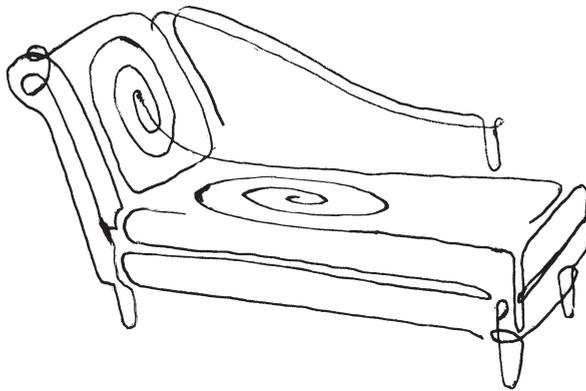


RUP | 121

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS



REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© DICIEMBRE DE 2015, APU

Director de Publicaciones LUIS VILLALBA	BEATRIZ DE LEÓN DE BERNARDI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	MÓNICA HAMRA (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	MÓNICA VÁZQUEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)
Secretario de Redacción ALEJANDRO GÁRBARINO	NANCY DELPRÉSTITTO DE VILLALBA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVANA HERNÁNDEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	MÓNICA VORCHHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)
Comité de Redacción MICHELLE AIN MORÓN NAHIR BONIFACINO MARIO DEUTSCH SILVINA GÓMEZ PLATERO GABRIELA LEVY ALBERTO MORENO PEDRO MORENO STELLA PÉREZ DIEGO SPEYER	ALDO LUIZ DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil) ABEL FERNÁNDEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	MARIANO HORENSTEIN (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina) SONIA IHLENFELD DE ARIM (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVIA WAJNBUCH (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina) LAURA WARD DA ROSA (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)
Lectores externos MARINA ALTMANN DE LITVAN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVIA FLECHNER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay) GLADYS FRANCO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	MARTA LABRAGA DE MIRZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay) CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	Comisión de Indización MIREYA FRIONI (Coordinadora) PATRICIA FRANCIA ANA DE BARBIERI MARTA DÍAZ STELLA PÉREZ ROSA PICCARDO AURORA POLTO
ANA BALKANYI HOFFMAN (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)	CRISTINA FULCO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	CLARA NEMAS (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)	Corrección MARÍA LAURA RODRÍGUEZ
RICARDO BERNARDI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	JAVIER GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	MÓNICA SANTAOLALLA (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)	Corresponsales en el exterior GUILLERMO BODNER (Barcelona) EDMUNDO GÓMEZ MANGO (París) ESPERANZA PÉREZ DE PLÁ (Ciudad de México)
GUILLERMO BODNER (Sociedad Española de Psicoanálisis, España)	SUSANA GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	DAMIÁN SCHROEDER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	Biblioteca PATRICIA FRANCIA
ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	VÍCTOR GUERRA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	FANNY SCHKOLNIK (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	Biblioteca Virtual PATRICIA FRANCIA
ALCEU ROBERTO CASSEB (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)	ENRIQUE GRATADOUX (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	EVELYN TELLERÍA DE SEIGAL (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	

Redacción y Administración

APU: Asociación Psicoanalítica del Uruguay
Canelones 1571 / Casilla de correo 813 / CP 11200 / Mvd-Uy / Telefax: 2410 7418
e-mail: revistauruguayapsi@gmail.com / www.apuruguay.org

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

ISSN 0484-8268 / Depósito legal 357.193-2015
ISSN 1688-7247 (en línea)

Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

Ilustración de portada

JOSÉ DE LOS SANTOS

Maqueta, diseño y armado

MANOSANTA, Desarrollo Editorial
Zelmar Michelini 1116
CP 11100 / Mvd-Uy
Teléfono y fax (598) 2902 7681
manosanta@manosanta.com.uy

Impreso en Uruguay

por MASTERGRAF S.R.L.

Tabla de contenidos

EDITORIAL 9

TEMÁTICA



Panel del 49.º Congreso de la API, Boston, 22-25 de julio de 2015

Sobre la técnica psicoanalítica en la Era del Desconcierto
Christopher Bollas15

Comentario a la conferencia de Christopher Bollas
Martin Teising.....24

Comentario a la conferencia de Christopher Bollas
¿Perplejidad - desconcierto?
Silvia Flechner.....30

Respuesta a los comentarios
Christopher Bollas 35

El oficio de analista y su caja de herramientas:
la interpretación revisitada
Virginia Ungar 41

El tercer modelo de la teoría del campo psicoanalítica
contemporánea
Stephanie Montana Katz64

Dialéctica de la interpretación transferencial,
campo analítico y metáfora
Beatriz de León 90



(Que)haceres, decires y contratransferencia: trabajando con niños
Laboratorio de Niños de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. 104

Cuando la ritmicidad que propone el encuadre analítico se torna
en exceso y obstáculo para el trabajo de simbolización: o de cómo
fortalecer el registro de la ausencia
Ana María Chabalgoity 116

Nuestra técnica frente a nuevos contextos tecnológicos
Nancy Delpréstitto 138

La implicación del psicoanalista en la praxis contemporánea
Damián Schroeder 152

POLEMOS



Cuerpo, sexualidad y género: Interfases
Leticia Glocer Fiorini 175

DE UNO Y OTRO



El 49.º Congreso de la API en Boston desde la mirada
de una analista en formación
Gabriela Dartayete 189

Reseña del III Coloquio Franco-Rioplatense:
Adolescencias: textos y contextos
Luisa Pérez Suquilvide 192

RESEÑA DE LIBROS



La realidad, el sujeto y el objeto
Jorge Luis Santalla 196



Parentalidades y cambios familiares: Enfoques teóricos y prácticos <i>Mario Deutsch & Pedro Moreno</i>	201
La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis <i>Cristina López de Caiafa</i>	207

OBITUARIO



Luz, una evocación <i>Cristina López de Caiafa & Francisco Ameglio</i>	217
---	-----

NORMAS DE PUBLICACIÓN.....	221
----------------------------	-----

Editorial

Ahora bien, ¿qué hacemos en esta «ciencia» muy particular? No tratamos de fabricar a nadie. En realidad estamos utilizando un tipo de artesanía muy especial, una artesanía con arcilla pensante, artesanía del convencimiento.

Willy Baranger, «Artesanías psicoanalíticas»

Si entendemos *oficio* como nuestro trabajo habitual y *artesanía* como una forma menor del arte, nos acercamos a lo que intentaremos desarrollar en esta publicación. En su etimología. La palabra *oficio* nos lleva a la idea de «servicio», «artesano», «obra», que expresa la perspectiva de esta nueva revista. Como dice Baranger, la nuestra es una artesanía muy especial. Si bien es verdad que no tratamos de fabricar a nadie, sí tratamos de que nuestros pacientes puedan, para seguir con los objetivos freudianos, *amar y trabajar*. Podríamos decir que restituimos capacidades perdidas o que no pudieron desarrollarse de forma adecuada. En este sentido, nos acercamos a los artesanos en tanto buscamos crear objetos útiles, no fabricar, sino facilitar el despliegue del conflicto psíquico y, de esa manera, la expresión de funciones que hasta el momento generaban angustia y empobrecimiento del Yo.

También nos une a otros artesanos el hecho de que no trabajamos en serie, sino que cada encuentro psicoanalítico es inédito, incluso en esto quizás nos acerquemos a un arte. Tanto artesanos como artistas poseen herramientas específicas, aunque el definirlas no sea tan simple, debido a que tampoco son objetos tangibles como martillos o pinceles, sino que el encuadre, como herramienta, es ficción en el sentido de crear un ambiente facilitador, al decir de Winnicott, para que de esa ficción pueda desplegarse nuestro método: la regla de la asociación libre y su contrapartida, la atención flotante.

La interpretación, compleja elaboración psíquica, requiere del análisis previo del psicoanalista, la creación de un vínculo transferencial y el enunciado verbal.

La transferencia, considerada una herramienta central, se produce una y otra vez en cada encuentro analítico, aunque no nos lo proponamos. Sin embargo, en nuestra labor, esta toma una tonalidad particular que permite no solo repetir viejas experiencias de la propia historia, sino crear, a partir de ella, una nueva historia en la cual el paciente es el principal protagonista.

Nuestras herramientas se han ampliado en la medida en la que se ha abarcado la clínica de niños y patologías más graves.

En este número, nuestros colegas intentan dar cuenta del oficio tocando y evocando segmentos del cuerpo del psicoanálisis.

Nuestro encuadre —con sus aspectos invariables pero que contienen modificaciones que van de la mano con un mundo cambiante— demanda fundamentaciones que permitan su vigencia. Nuestra función como psicoanalistas nació en la clínica, y ha sido ella la que viene produciendo los cambios, en la medida que plantea nuevos desafíos.

¿Reformulación de las herramientas habituales o creación de nuevas? Es posible que no sea una alternativa dicotómica, sino una suma, reformulación y creación.

El encuadre se fue fijando en los primeros años del desarrollo del psicoanálisis, tanto en lo teórico como en lo institucional, y terminó siendo tomado como un identificador del verdadero psicoanálisis. Si bien hay autores que han reflexionado desde este punto de vista, creo que hay que avanzar en los fundamentos clínicos, terapéuticos y teóricos del encuadre.

Se impone un debate más profundo que el del oro y el cobre, ya que el oro puede ser el plomo para algunos, y el cobre valer más que el platino para otros.

La interpretación es una de las nociones más estudiadas y quizás sea una de las cuestiones más complejas, ya que es la más idiosincrática de nuestro método. De cualquier manera, creo que hay algunas cuestiones que vale la pena replantear para producir nuevas controversias. Una de ellas es la oportunidad de la interpretación: ¿se interpretan todos los contenidos mentales expresados por el paciente desde que ingresa al consultorio, a la usanza de algunos analistas influenciados por las ideas kleinianas, o mantenemos un cauto silencio hasta que aparece alguna formación del inconsciente que amerite una intervención del analista? ¿Se interpretan

las resistencias desde el inicio? ¿Cómo trabajamos con la transferencia, y en transferencia? Desde esta noción central para el psicoanálisis, cruz y palanca al decir de Freud; surge nuevamente en cada analista, desde su bagaje teórico y clínico.

¿Las interpretaciones deben ser breves, concisas y simples o deben ser completas y abarcar las defensas y los contenidos inconscientes?

¿El uso de la construcción solo se aplica cuando existen lagunas del recuerdo que podemos llenar con relatos que lo expliquen, como fue pensada en los comienzos de nuestra disciplina? ¿O es un recurso que puede ser utilizado con mayor amplitud en los pacientes con fallas estructurales o con las llamadas patologías de déficit o en momentos peculiares por los que atraviesa una neurosis, tomando esta en sentido amplio? Seguramente, el narcisismo ha tomado otro lugar y otra articulación con lo que habitualmente incluíamos en el conflicto psíquico.

Las nuevas tecnologías nos enfrentan a situaciones cada vez más frecuentes, como los análisis a distancia no presenciales, en los que se usa desde la telefonía —en la que la voz y la palabra adquieren una primacía casi absoluta— hasta las comunicaciones que incluyen la imagen de los interlocutores o el uso del correo o de mensajes de texto —en los cuales la palabra escrita es el vehículo de la comunicación. ¿Cómo inciden en el desarrollo de los análisis, en las formas de encuadre, en las posibilidades del despliegue de las diferentes herramientas psicoanalíticas? Esa es otra de las preguntas que intentaremos desplegar.

La sección «Polemos» continúa despertando interés, y es nuestra expectativa que el debate prosiga acerca de la perspectiva de género y el psicoanálisis. En este número, Leticia Glocer acerca su punto de vista.

El espíritu de este nuevo número es continuar con la pluralidad de perspectivas, sin descuidar la calidad de los trabajos presentados.

Del Congreso Internacional en Boston, que tuvo lugar en julio del corriente año, publicamos algunos trabajos que marcaron líneas temáticas de interés actual, a lo que se suma que algunos de ellos pertenezcan a psicoanalistas de nuestra institución, lo que nos enorgullece aún más.

LUIS VILLALBA

Director de la Comisión de Publicaciones



TEMÁTICA

Sobre la técnica psicoanalítica en la Era del Desconcierto



CHRISTOPHER BOLLAS¹

En diciembre de 1910, o cerca, la naturaleza humana cambió. No estoy diciendo que uno salía, pongámosle al jardín, y ahí veía que una rosa había florecido, o que una gallina había puesto un huevo. El cambio no fue así de repentino y evidente. Pero, sin embargo, un cambio hubo; y, dado que uno debe ser arbitrario, pongamos por fecha alrededor del año 1910.

Virginia Woolf²

En los primeros años del psicoanálisis, podíamos dar por descontado al superyó: estaba ahí, una gran presencia en las vidas de nuestros analizandos. Ahora, no siempre es el caso.

Anna Freud³

En «Psicoanálisis en la Era del Desconcierto: Sobre el retorno de lo oprimido» consideraba cómo ciertas formas de pensamiento —cada vez más evidentes en el siglo XXI— deben estar orientadas por las demandas de un *self* más eficiente por parte del mundo globalizado.

Las personas que han sido víctimas de la tortura física, liberadas de esa tortura, mostrarán en su forma de andar y de hablar compromisos [*compromises*]⁴ en su forma de ser. Los oprimidos durante largos períodos

- 1 British Psychoanalytical Society (Incorporating the Institute of Psychoanalysis), Institute for Psychoanalytic Training and Research, Los Angeles Institute and Society for Psychoanalytic Studies. christopherbollas@mac.com
- 2 Woolf, V. (1924). *Mr. Bennett and Mrs. Brown*. London: Hogarth Press, p. 4.
- 3 Coles, R. (1998). Psychoanalysis: the American experience. In M. S. Roth (ed.), *Freud: Conflict and Culture: Essays on his life, work, and legacy*. New York: Alfred A. Knopf, p. 148.
- 4 N. del T.: Usado en el sentido del concepto freudiano de la «formación de compromiso».

de tiempo también pueden mostrar cambios en su forma de pensar, hablar y relacionarse.

En el trabajo *online* hacía referencia a una *constelación de formas* mentales que, sugiero, son evidencia de la opresión acumulativa, incluyendo: horizontalismo, operacionalismo, homogeneización, pseudoestupidez, refracción y vista filia [*sightophilia*].

El horizontalismo erradica el pensamiento jerárquico, transformando en iguales los contenidos mentales. Ninguna idea tiene más mérito que otra.

La homogeneización elimina la diferencia y funde la diversidad en un aglomerado. Los esfuerzos por distinguir una idea de otra son derrotados.

El operacionalismo *convierte* el pensamiento reflexivo en esquemas de acción. Es un tipo de «pensamiento-acción», citando a Kohut, en el que la interpretación psicoanalítica es rápidamente formulada bajo la forma de un plan de acción que descarta cualquier tipo de reflexión.

La refracción también reemplaza la reflexión, negándose a recibir la integridad de un pensamiento, haciéndolo añicos, disolviendo sus fragmentos en la oleada de ideas desmanteladas.

La vista [*sight*] reemplaza la mirada interior [*insight*]. Los espectáculos son buscados como verdades-en-sí-mismas en un mundo que desplaza el lenguaje con las imágenes. Piénsese en la urgencia por producir, transmitir y consumir imágenes, todo ello logrado a una velocidad extraordinaria.

La pseudoestupidez es un intento por atontar el mundo del *self* para que se amolde a la idiosincrasia [*idiom*] de este tiempo y evitar así un pensamiento que pudiera problematizar al *self* y sus otros.

Estos patrones de pensamiento no son formaciones endógenas que responden a fuerzas intrapsíquicas —pulsiones, afectos, recuerdos y demás— y, por lo tanto, carecen de la compleja entrelazada imbricación de la profundamente idiosincrática psicodinámica del *self*. Son mentalidades promovidas en nuestra cultura contemporánea, para la cual el yo adoptará adaptaciones.

Sin embargo, aunque son más desarrolladas primariamente en la psicología social que impulsadas desde las profundidades de la vida psíquica, pueden de todas formas volverse parte de nuestro ser. El yo fácilmente se escinde para acomodarse a los caprichos, a las divergencias de las múltiples

realidades diferentes de una existencia: endógenas, somáticas, familiares, comunitarias, maritales, vocacionales, nacionales y demás.

El precio de la civilización es que los *selves* [plural de *self*] se encuentran hoy menos dominados por un superyó que por un yo que oprime al *self* a través de formas de ser profundamente comprometidas [*compromised*].

El retorno de lo reprimido —un foco necesario para el psicoanálisis de comienzos del siglo xx— hace referencia al retorno de *contenidos* mentales indeseados a través de una articulación disfrazada. He introducido una idea relacionada: el retorno de lo oprimido. Hago referencia a la aparición de *formas* de pensamiento y de representación indeseadas que han sufrido transformaciones negativas cuando: el pensamiento reflexivo es reemplazado por un resplandor refractario, la articulación lingüística se transforma en crípticos bocados de sonido -k, el pensamiento histórico es desplazado por la fabulación oportuna.

El retorno de ideas indeseadas parafrasea el contenido de forma que la idea, en lo que respecta a la conciencia, es permitida bajo la forma de su articulación disfrazada. El regreso de formas indeseadas (de percepción, pensamiento, comunicación) lleva a estructuras de pensamiento simplificadas que degradan la capacidad para pensar.

Ambos tipos de retorno implican una alteración de lo desterrado.

Ambos implican complejas defensas contra el sufrimiento mental.

Ambos apuntan a satisfacer deseos humanos.

Un *self* que sufre una represión considerable puede revelar empobrecimientos a nivel del pensamiento y el afecto, aun si el empuje por el retorno de lo reprimido conduce a intrigantes síntomas, sueños, formulaciones lingüísticas o creaciones artísticas. Un *self* sujeto a una opresión acumulativa debe establecer formas de expresión que, incluso en un sentido minimalista, expresan aspectos del *self*.

El retorno de lo oprimido puede ser una forma de suicidio mental, o sujeticidio. El sujeticidio le ofrece al *self* una posición yoica en el nuevo orden social por medio de la eliminación de las formas sofisticadas de percepción y de ponderación.

Parte del desafío que enfrenta el psicoanalista de hoy es cómo restaurar el interés por ser un sujeto. El tema de este congreso son las «herramientas» que el analista puede usar para abordar la problemática moderna.

¿Qué herramientas puede usar el analista para analizar la opresión y el regreso de lo oprimido? ¿Cómo y de qué formas puede el psicoanálisis ofrecer orientación y puntos de vista durante la Era del Desconcierto?

«El carro alado del tiempo»⁵ me obliga a elegir solo un énfasis clínico y, desafortunadamente, a excluir otras herramientas vitales que se encuentran a nuestra disposición. Lamentablemente, dejo fuera de consideración cuán crucial es identificar e interpretar los cambios formales en el yo, es decir, analizar las estructuras mentales de lo oprimido. También dejo fuera el papel de la reconstrucción histórica en la ayuda que les ofrecemos a las personas para transformar los hechos mudos de su pasado en una historia significativa, crucial en la *contextualización* de los *selves*, muchos de los cuales viven ahora fuera de una historia: personal, familiar, cultural, transnacional. También dejo fuera el campo de la «interrelación», que incluye las transferencias y las contratransferencias, formadas en el campo relacional cultivado por los dos participantes.

En su lugar, me centraré en aspectos exclusivos de la libre asociación, considerada en términos del *self* en el siglo XXI.

Freud, como sabemos, era un pensador dialéctico que en sus escritos mantenía diversas líneas de pensamiento —a menudo, en creativa contradicción entre unas y otras—, y sus diversas perspectivas sobre la función y el método de la libre asociación reflejaban su idiosincrasia [*idiom*] intelectual. Pertenecía más al siglo XIX que al XX, tiempo en el que Walt Whitman decía sobre el pensar: «¿Me contradigo? Muy bien, entonces, me contradigo. Soy vasto, contengo multitudes». Y como Whitman, las entrelazadas *multitudinarias* líneas de pensamiento de Freud, entrecruzándose mutuamente en el acuerdo y luego en el desacuerdo —sobre el mismo tema—, imitan la naturaleza misma de los propios procesos de pensamiento inconscientes. Como un poema, son simplemente la evidencia manifiesta del pensamiento y la creatividad inconscientes.

Para reducir la mística del término *libre asociación*, me gustaría usar un sinónimo: *libre hablar*. Esto es lo que deseamos que haga el analizando: simplemente hablar, moverse espontáneamente entre las ideas y los temas

5 Cita del poema «To his coy Mistress», del autor y político inglés Andrew Marvell (1621-1678).

sin tratar de organizarlos. Esto se debe a que el discurso del inconsciente tiene lugar no en la revelación de cualquier pensamiento particular, sino en los intervalos entre unidades discontinuas del discurso. Es cuando el analizando *cambia de tema* de *a* hacia *b*, que él o ella sin darse cuenta revela una «cadena de ideas» que *es* el pensamiento inconsciente. En otras palabras, el significado inconsciente es revelado en la lógica de la secuencia.

Algunas de las formas de pensamiento del siglo XXI —pseudoestupidez, refracción y horizontalización, y demás— a menudo se manifiestan a través de un discurso vago o abstracto.

«Supongo que pasé tipo *ok* el fin de semana» o «Tuve una discusión con mi compañero anoche y estoy bajoneada hoy» o «Bueno, eh, no la pasé bien en la convención, quedé medio frito, ¿sabe?».

En estos ejemplos de comentarios de mis pacientes podemos ver una abstracción, k que libra al *self* del contacto con la realidad psíquica a través de la utilización de frases vacías.

Antes de que el analista pueda contemplar una cierta idea sobre qué genera estos resúmenes, necesita saber *en detalle* de dónde son sintetizados.

«¿No la pasó bien en la convención?», con una inflexión interrogativa usualmente promueve material psíquico.

A medida que el oscurecimiento defensivo de la abstracción es levantado y los detalles son provistos, el analizando *sin darse cuenta* está asociando libremente. Puede pensar que solo está recordando los sucesos del día, pero debido a que su inconsciente selecciona la lógica de la secuencia, el paciente habla su inconsciente. En palabras de Virginia Woolf (1953/1892), ha entrado en la «poesía de la existencia» (p. 55).

Con el tiempo, a medida que esas «cadenas de ideas» se transforman en evidencia producida por el psicoanálisis, tanto el analista como el paciente desarrollan una «tercera oreja» para escucharlas. A este respecto, como siempre pero con aún mayor significación en estos días, la libre asociación crea nuevos modos personales [*idioms*] de escucha, intensificando y propagando la habilidad del *self* para inconscientemente comprender el mundo.

A medida que el analizando cuenta los detalles y el analista reúne de tanto en tanto patrones de pensamiento, la extensa tarea de establecer una relación de objeto intrasubjetiva vital entre el *self* consciente y el ser inconsciente

comienza. Esta relación, exclusiva del psicoanálisis, lentamente evoluciona en el tiempo y desarrolla lo que podríamos concebir como una conciencia dinámica, en referencia a una conciencia que aprecia, recibe y usa el pensamiento inconsciente con una habilidad deliberada.

El resultado psíquico de esta materialización es profundo y su conceptualización es la plena comprensión por parte del *self* de lo que *es* ser un sujeto. Es estar *ahí* como un ser consciente continua e interminablemente *conmovido* por nuestros intereses inconscientes.

Hablar es descubrir el valor del lenguaje. El final del siglo xx se ha caracterizado por ser testigo de la muerte del lenguaje («lingüisticidio»), dando lugar a sistemas señal: de emotividad, de lugares comunes compartidos, de clichés y demás. Redescubrir el lenguaje en la era de lo anodino es brindarle poderes al sujeto para el momento en el que encare las tareas de introspección.

Descubrir, o redescubrir, el placer del lenguaje constituye una importante experiencia *emocional*. La expresión verbal libera afectos y emociones sofocados, enterrados y forcluidos, tanto por la inhabilidad para hablar como por los límites de la actuación [*enactment*].

Describir los detalles de nuestros pensamientos es establecer durante meses, y luego años, lo que podría ser pensado como un *residuo diario psicoanalítico*. Estos informes y asociaciones diarios brindan acceso a momentos de «alto valor psíquico» y luego generan sueños que llegarán solamente como resultado de estar en análisis.

La asociación libre puede entonces promover la curiosidad. Donde antes podía haber habido poco interés por la búsqueda individual de sentido, ahora el *self* produce articulaciones altamente significativas a partir de las sesiones analíticas, contribuyendo a lo que Freud llamó «el reservorio de ideas».

En estos días nos encontramos con cierta forma de sugerente reversión del uso de la libre asociación. Mientras que antes el *self*, disperso en su cotidianeidad, se encontraba con objetos que en la experiencia vivida acumulaban energía para ser soñados —una intersección nodal para la diseminación de sentidos del día—, hoy el repliegue hacia el reino mentalmente despojado del universo normopático aísla al *self* de la significatividad de lo vivido. La gente todavía sueña, pero el esfuerzo analítico por *vincular* el

sueño con los vívidos sucesos del día precedente fracasa. Tales momentos no han sido a menudo registrados por un *self* que se encuentra defendido para no recibirlos ni permitirles la formación de vértices de significado.

Esto significa que las sesiones *crean* el residuo diario a través de la descripción de sucesos en lo real. El libre hablar genera en la hora de sesión experiencias y epifanías emocionales que pueden promover la vida onírica posterior. El sueño, entonces es el genera⁶ que emerge de esas inmersiones psíquicas y es un nuevo punto medio (el genera psíquico⁷ es otro tipo de *après coup*: en lugar de coagular un sufrimiento diferido, congrega una inspiración diferida). Una idea inspirada es genera. Es el resultado (el efecto secundario) de un quizás largo período de trabajo psíquico de gestación, hasta que el pensamiento inconsciente da vida a una idea lúcida en la consciencia.

Los sueños —y las asociaciones libres a ellos referidas— ahora transfieren significatividad mental *hacia* las experiencias vividas el día siguiente, animando el mundo objetal con una vitalidad y un significado de los que carece.

Mientras que lo oprimido retorna, de ordinario, por vía de las complejas formas mentales que he descrito, a través del genera psíquico, el psicoanálisis permite una transformación a partir de una libertad de discurso incrementada, hacia una libertad de pensamiento, y desde allí hacia una comprensión [*insight*] de los distintos contenidos mentales que ocupan al *self*.

La lucha por preservar el contacto con nuestros mundos internos es, sin duda, filogenética. Pero en nuestro tiempo, tan preocupado por la guerra y la supervivencia, queda poco tiempo para el pensamiento reflexivo. La normopatía no es una nueva forma de personalidad presente; en efecto, muy pocas descripciones de esta formación del yo superan la caracterización que realiza E. M. Foster en *Howards End* (1910/2009). Henry Wilcox, un hombre de negocios, dice sofocando la risa «No soy un tipo que se preocupe por su propio interior» (p. 119). «Era trabajoso en los

6 N. del T.: Neologismo acuñado por el autor, que lo define así en «The Christopher Bollas Reader» (p. 58): «el trauma tiene un opuesto —genera— que es la incubación psíquica de las catexis libidinales del mundo objetal». (Traducción personal).

7 Para una discusión sobre «psychic genera», ver Bollas (1992).

caminos del alma del Sr. Wilcox» escribe Foster, ya que «él simplemente no notaba las cosas, y no había nada más que decir» (p. 119). Su reflexiva y algo largamente sufriente esposa, Margaret, trata de confrontarlo. Es uno de los pasajes más famosos de la literatura inglesa: «¡Solo conecta! Ese fue todo su sermón. Solo conecta la prosa y la pasión, y ambas serán exaltadas, y el amor humano será visto en su apogeo. Deja de vivir en fragmentos» (p. 119).

Citando este pasaje, muchos críticos han concluido erróneamente que «solo conecta» hace referencia a las relaciones humanas: que necesitamos conectarnos más unos con otros. En realidad, Foster hace referencia a la conexión entre el afecto y el lenguaje. A este respecto, su teoría es sorprendentemente similar a la primera visión de Freud sobre la transferencia, en la que sostenía que la transferencia era la conexión del pensamiento con el lenguaje: transferir una idea-emoción al discurso.⁸

Tanto en Foster como en Freud vemos la prioridad otorgada a la inscripción de la emoción en el campo del lenguaje, una pasión que, por supuesto, une a las personas. Propongo que las características centrales del psicoanálisis —en particular, el trabajo de libre asociación— conectan los sentimientos con las palabras, y de esta forma son crecientemente transformacionales, especialmente en el comienzo del siglo XXI, cuando podemos ser testigos de una disminución generalizada de nuestras capacidades para el pensamiento y la expresión. ♦

8 «Esto nos enseña que la representación inconciente como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconciente, y que solo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconciente, transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella. Este es el hecho de la *transferencia* que explica tantos sucesos llamativos de la vida anímica de los neuróticos. La transferencia puede dejar intacta esa representación oriunda del preconciente, la cual alcanza así una intensidad inmerecidamente grande, o imponerle una modificación por obra del contenido de la representación que se le transfiere» (Freud, 1900/1976, pp. 554-555).

Descriptores: TÉCNICA PSICOANALÍTICA / ASOCIACIÓN LIBRE / SOCIEDAD / GLOBALIZACIÓN / SELF / PENSAMIENTO / SUEÑO / LENGUAJE

Keywords: PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE / FREE ASSOCIATION / SOCIETY / GLOBALIZATION / SELF / THOUGHT / DREAM / LANGUAGE

BIBLIOGRAFÍA

- Bollas, C. (1992). *Being a Character*. London: Routledge; (2009). *The Evocative Object World*. London: Routledge.
- Coles, R. (1998). «Psychoanalysis: the American experience». In M. S. Roth (ed.), *Freud: Conflict and Culture: Essays on his life, work, and legacy*. New York: Alfred A. Knopf.
- Forster, E. M. (2009). *Howards End*. Cassia Press. (Original work published 1910).
- Freud, S. (1976). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Woolf, V. (1982). *A Writers Diary*. San Diego, New York, London: Harcourt, Inc. (Original work published 1953).

Comentario a la conferencia de Christopher Bollas



MARTIN TEISING¹

«Los oprimidos durante largos períodos de tiempo también pueden mostrar cambios en su forma de pensar, hablar y relacionarse». Esta frase de Christopher Bollas sobre la forma de pensar del individuo, infiltrada por los cambios y las presiones societarios, puede ser subrayada por los psicoanalistas alemanes, dada la experiencia histórica de su país, donde «la inocencia fue ahogada en sangre»,² como dice Bollas citando a Yeats, y con la censura en contra del «derecho del *self* a ser». En nuestros tratamientos nos encontramos con las consecuencias del Holocausto, en víctimas y perpetradores, dos o tres generaciones después. También tenemos que enfrentarnos con las consecuencias de la opresión que muchos de nuestros pares de Alemania del Este tuvieron que sufrir durante más de cuarenta años, que influyó sobre formas de pensar, hablar y relacionarse. Nos encontramos con formas de pensamiento y de negación específicas, y a menudo hallamos que las experiencias sobrecargan las posibilidades de la mente. El desarrollo descrito por Bollas, sin embargo, tiene una cualidad nueva en sí mismo, y la forma y la naturaleza de la opresión, tal como aparece en las sociedades occidentales, han cambiado. Christopher Bollas describe la manera en la que las tecnologías propias del siglo XXI están determinando la forma

1 German Psychoanalytical Association. martin.teising@ipu-berlin.de

2 N. del E.: Las citas de Bollas corresponden a artículo publicado *online*.

de pensar, inscribiéndose en la mente humana y haciéndola añicos. Menciona el horizontalismo, el operacionalismo, la homogeneización, la pseudoestupidez, la refracción y la «vistafilia» [*sightophilia*]. La digitalización global, en particular, produce una constelación de diferentes formas mentales que en forma acumulativa generan opresión. Esta opresión es una forma de adoctrinamiento, llamada por otros autores «capitalismo de la información», que lee, controla y vende pensamientos. En su espacio, fábricas de «pensamientos, sueños, esperanzas, mentiras y estrategias humanas» son formadas (Schirmacher, 2013, p. 269). En un mundo en el que la mente de los individuos se ve abrumada e inundada, y en el que los vínculos humanos se encuentran bajo ataque, la única forma de estar conectado con el inconsciente —de acuerdo con el propio Bollas en un trabajo anterior— es estar deprimido (Bollas y Marra, 2007, p. 58). Haciendo referencia a la idea de Pontalis de que «la pulsión de muerte se afirma en un proceso de desligadura radical», Bollas pregunta si no nos encontramos «bajo la sujeción de una pulsión de muerte colectiva y paralizante que nos impide efectuar un cambio».

Su respuesta es que «la pulsión de muerte supera el peso de la pulsión de vida» (trabajo prepublicado, p. 22), «la gravosa figura de la codicia, la destructividad y la indiferencia humanas marginaliza la creatividad humana» (p. 27, nota 8) y destruye la subjetividad «a través de la eliminación de las formas sofisticadas de percepción y de capacidad reflexiva» (p. 4). La capacidad humana para pensar está siendo destruida en una sociedad de vistas [*sights*] más que de miradas interiores [*insights*]. Sostiene esto sobre la base del pensamiento horizontal, en el que la reflexión y la estructuración orientada hacia los valores humanos están ausentes. En los pacientes y estudiantes con los que trabajo no puedo observar estos cambios como si fueran un fenómeno generalizado. Soy más renuente a afirmar la existencia de nuevos desarrollos de carácter social y, de hecho, me encuentro con ejemplos impresionantes de reflexión profunda y pensamiento inteligente. Por cierto, «los desarrollos en el psicoanálisis contemporáneo reflejan esta tendencia general hacia la horizontalidad» (Heenen-Wolff, 2007, p. 559). Nino Ferro describe el campo analítico de interacciones inconscientes, mientras que Wolfgang Loch en 1974 había descrito la función del analista «como legislador y maestro».

Observo cada vez más una sociedad en la que las estructuras triádicas paternas benevolentes están siendo abolidas junto con la destrucción de los lazos generacionales que forman la base de la civilización humana. Una característica importante de la flexibilidad que se considera cada vez más frecuentemente necesaria para los intereses de una economía de mercado próspera es la desestimación de los lazos familiares intergeneracionales. Esto se ve acompañado por una pérdida de la solidaridad y la comercialización y digitalización de las relaciones intergeneracionales e interpersonales: un «experimento anti-genealógico», como lo ha llamado Slotterdijk (1996). Los estudiantes ya no comienzan sus C.V. con sus padres, al tiempo que el cuidado de nuestros mayores se vuelve más y más profesionalizado. La frase «Queridos madre y padre, ustedes nos cuidaron durante toda su vida; ahora que ustedes están viejos, pueden finalmente cuidarse ustedes mismos» expresa las consecuencias destructivas de este cambio. Nos recuerda al aprendiz de brujo de Goethe, que no es capaz de dominar a los espíritus que ha invocado.

Los individuos se ven compelidos a dar forma y escenificar por sí mismos su propia biografía, incluyendo la organización de su propia muerte, y a experimentarlo de manera superficial, como una liberación. La autonomía individual se ha vuelto un fetiche y el valor máximo en las sociedades occidentales. Al mismo tiempo, están apareciendo una dependencia y una impotencia mayores que nunca. Entendemos cada vez menos las relaciones funcionales y, entonces, tenemos que confiar cada vez más en procesos funcionales y en las personas desconocidas que se encuentran detrás de ellos. Cuanto más incapacitado se vuelve el individuo y más depende de esa confianza, más fuertes son los pedidos de autonomía, que pueden escucharse, por ejemplo, en el actual debate sobre las voluntades de vida y el suicidio asistido, en que la fundamental inaccesibilidad de la vida y la muerte puede ser dejada de lado al insistir sobre la autodeterminación.

Al mismo tiempo, estamos asistiendo a otro desarrollo. Estamos conectados con todos, todo el tiempo y en todo lugar. Por un lado, esto es expresión de la capacidad para relacionarse (*relatedness*), pero por otro, puede ser visto como un síntoma de no separación, indiferenciación y homogeneización. Klaus Theweleit habla de «no haber nacido del todo». La habilidad para estar solo parece estar disminuyendo. El mundo interno

de la capacidad para relacionarse a través de relaciones objetales, que fue descubierto y descrito por el psicoanálisis, parece estar remplazado por una capacidad electrónica para relacionarse en el mundo virtual de Internet en vez de encontrarse agregado a esta capacidad. Si pierden el iPhone o el celular, que llamamos «Handy» en alemán —todos términos que usan o hacen eco de metáforas corporales, dicho sea de paso—, algunos pacientes expresan reacciones corporales como sudoración, palpitaciones, entre otras. Un paciente se sintió «amputado», para no decir «castrado». El mundo externo está penetrando en nuestro yo corporal.

«Los *selves* [plural de *self*] parecen identificarse a sí mismos como parte de esta maquinaria», dice Bollas en su trabajo *online*. Es una maquinaria para conectarse y «*webbing*» (estar en la Web, en Internet), como podríamos llamarlo, cualquier persona con cualquier otra, y también una maquinaria de aceleración.

Pero conectarse y «*webbing*» no son solamente llevados adelante por la maquinaria. Estas actividades pueden ser entendidas como expresiones de las necesidades pulsionales de los individuos. La Web nos permite hacer contacto y mantenerlo para encontrar y confirmar información de forma más rápida y sencilla que en cualquier otro momento del pasado, lo que abre infinitas posibilidades.

En tiempos en los que el pensar se encuentra bajo amenaza, Bollas focaliza la técnica del psicoanálisis en el hecho de que «el discurso del inconsciente tiene lugar no en la revelación de cualquier pensamiento particular, sino en los intervalos entre unidades discontinuas del discurso [...] él o ella sin darse cuenta revela una «cadena de ideas» que *es* el pensamiento inconsciente. En otras palabras, el significado inconsciente es revelado en la lógica de la secuencia» (p. 6).

Nos recuerda al psicoanalista suizo Fritz Morgenthaler (1919-1984), quien decía que la asociación libre estaba basada en el proceso primario. Las ideas que se suceden unas a las otras durante la asociación libre se encuentran conectadas de una manera muy específica. Esta conexión expresa aspectos inconscientes. El análisis de la sucesión es entonces esencial para el análisis de las fantasías inconscientes. La interpretación de la capacidad para relacionarse, de la conducta, de las fantasías y las ideas sostiene la defensa en tanto la situación de transferencia no sea clara. La interpretación

de la sucesión de ideas es la forma de aclarar la transferencia y preparar futuros momentos de *insight* (Morgenthaler, 1978).

Concuerdo con Christopher Bollas en que la contribución del psicoanálisis en la era del desconcierto es la de ayudar en el establecimiento de relaciones objetales intrapsíquicas entre el *self* y el inconsciente, en el redescubrimiento del placer en el lenguaje y en los sueños que encuentra inicio en la relación psicoanalítica. A través del trabajo con los sueños, el alcance del pensamiento se ve extendido.

El trabajo *online* de Bollas me pareció muy pesimista antes de leer sus palabras finales: «La generación del siglo 21 hereda un mundo de personas mentalmente comprometidas [*compromised*, en el sentido de “formación de compromiso”], pero la esperanza siempre puede residir en la extraordinaria resiliencia tradicionalmente propia del ser humano». Y en una entrevista del año 2007, Bollas decía: «La única manera para que los psicoanalistas pudieran recuperar al inconsciente era descubrir que tenían una responsabilidad cultural de mantener contacto con el mismo, y la embarraron» (Bollas y Marra, 2007, p. 59). Los psicoanalistas han descuidado esta responsabilidad en las últimas décadas mientras desarrollaban finos conceptos clínicos sobre el psicoanálisis microscópico. Por ello entiendo que el trabajo de Christopher Bollas es un llamado urgente a trabajar en pos de la supervivencia de la humanidad, del discernimiento y de un psicoanálisis que sea consciente de sus responsabilidades culturales y sociales. El potencial cultural crítico del psicoanálisis es valorado en el ámbito de las humanidades y es importante para la sobrevivencia del psicoanálisis en las universidades y en general.

Una foto publicada recientemente en Facebook muestra a un italiano de veintiocho años llevando en brazos a su débil y frágil abuela de ochenta y siete. En el mensaje, expresa su profunda gratitud hacia ella. Esta foto recibió 500.000 «Me gusta». Para mí, este es un símbolo de esperanza de que los valores humanos perduran y pueden ser comunicados a través de las redes sociales. ♦

Descriptorios: SOCIEDAD / GLOBALIZACIÓN / TECNOLOGÍA / SELF / PULSIÓN DE MUERTE /
GENERACIONES / PERCEPCIÓN / PENSAMIENTO / INCERTIDUMBRE / PERPLEJIDAD

Keywords: SOCIETY / GLOBALIZATION / TECHNOLOGY / SELF / DEATH INSTINCT / GENERATIONS /
PERCEPTION / THOUGHT / UNCERTAINTY / PERPLEXITY

BIBLIOGRAFÍA

- Bollas, C. & Marra, P. (2007). Conversations with Clinicians. *Fort Da*, 13, 51-66.
- Heenen-Wolff, S. (2007). Die Geschwisterbeziehung – Postmoderne psychoanalytische Perspektiven zur »Horizontalisierung« in der Beziehungswelt. *Psyche*, 61, 541-559.
- Loch, W. (1974). Der Analytiker als Gesetzgeber und Lehrer Legitime oder illegitime Rollen. *Psyche*, 28, 431-460.
- Morgenthaler, F. (1978). Zur Dialektik der psychoanalytischen Praxis. Frankfurt/M., Syndikat,
- Schirmacher, F. (2013). Ego: Das Spiel des Lebens. München: Blessing.
- Sloterdijk, P. (1996). Alte Leute und letzte Menschen. Notiz zur Kritik der Generationenvernunft. Im H. P. Tews, T. Klie, R. M. Schütz (Hg.), *Altern und Politik*. Melsungen: Bibliomed.

Comentario a la conferencia de Christopher Bollas

¿Perplejidad - desconcierto?



SILVIA FLECHNER¹

Su propuesta acerca del «retorno de lo oprimido», me llevó a pensar en el dolor psíquico. Ese dolor que es una sensación difícil de transmitir en palabras, al que se accede en parte a través de la angustia y el sufrimiento en la singularidad del encuentro —ante todo, con nosotros mismos—, como un indicador de diferentes formas de padecer, entre ellas, la opresión a la que usted hace referencia, generando sentimientos de inestabilidad, vacío, ajenidad, así como también pérdida de referencias conocidas, que parten desde las más primarias hasta las que corresponden al pensamiento y la palabra, lo que redundando en una fragilidad que expone al sujeto a numerosos peligros a nivel de su vida emocional y racional. El «retorno de lo oprimido» parecería justamente hacer desplegar en el sujeto el despojo de su verdadero *self* para protegerse de pérdidas que lo exponen a conflictivas que necesitan de mecanismos de defensa muy básicos, como los que usted plantea, para no perderse totalmente como sujeto.

Cerca del final de su ensayo, usted retoma lo que puede ser el icónico melodrama del siglo XIX planteado por Nietzsche: «Dios ha muerto». Sin embargo, usted plantea si estaremos enfrentando un nuevo mantra: ¿El

1 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Miembro pleno de la Federación Latinoamericana de Psicoanálisis y la Asociación Psicoanalítica Internacional.
silvifr77@gmail.com

humanismo está muerto? Su pregunta, que se amplía aún más al hablar de «sujeticidio», me condujo a evocar la magnitud de la crueldad de todos los siglos para poder entender si avanzamos o retrocedemos con respecto a la humanidad, o, quizás, si avanzamos y retrocedemos.

El retorno de lo reprimido en la obra de Freud está vinculado con la sexualidad y la agresividad, centrándose básicamente en el conflicto neurótico. Al incluir el retorno de lo oprimido, ¿no sería necesario, a su vez, incluir el término *violencia*?

Freud utiliza la palabra *violencia* en su respuesta a Einstein en su trabajo «¿Por qué la guerra?» (1933 [1932]/1976), en referencia más bien a una tendencia inherente al ser humano, mientras que en *Tótem y tabú* (1913 [1912-1913]/1976), sitúa una violencia originaria como fundante. Quizás la dificultad que ha mostrado Freud en relación con los antagonismos sincrónicos evitó colocar la violencia como un dinamismo previo e indispensable que apunta más hacia un diacronismo que implicaría una apertura progresiva sin fin.

Sabemos que las marcas psíquicas que se suscitan a partir del encuentro-desencuentro en los orígenes seguirán resignificándose a lo largo de la vida. Dichas marcas podrán ir integrándose o no a las formas posteriores en lo que atañe al retorno de lo reprimido, mientras que otras pueden transitar distintos caminos, entre los cuales se encuentran la desmentida y la aparición de elementos escindidos que consiguen aparecer bajo diferentes formas en algún momento de la vida del ser humano; nuestra fragilidad se despliega también en esas formas que hemos reconocido en todas las épocas y todos los tiempos. Algunas podrán volverse actos, y dichos actos pueden resultar impulsivos y violentos.

En tal sentido, al pensar en el retorno de lo «oprimido», recordé a Piera Aulagnier (1975/1977), cuando planteó la imposición de un sentido llevado a cabo por la madre sobre el bebé, con su concepto de violencia primaria. Pienso si tal vez la violencia materna, secundaria, podría provocar también un estado de opresión que promueva la aparición de zonas escindidas y desmentidas que podrían fermentar para converger en «violencia». Esta violencia, que hipotéticamente sería primordial, ¿podría quizás estar permanentemente al acecho, despertando, así, lo que llamaríamos «impulsos feroces o atroces», capaces de llevar a sujetos que han transitado su vida

básicamente como neuróticos a realizar acciones que pueden ser consideradas inconcebibles?

Cuando la violencia comparece desde lo cultural o lo social, el hecho violento podría tener un efecto de aplastamiento de la singularidad, provocando un sentimiento de inexistencia impidiendo la socialización a través del miedo y el terror. Esto implicará la ausencia de un espacio en el que la inscripción marque sus huellas, es decir que el espacio psíquico se encuentra imposibilitado de recibir aquellas marcas que eventualmente podrían ser introducidas a través de la palabra, dando lugar así al borramiento. Como es sabido, América Latina ha sufrido la opresión, el miedo y el terror de sus dictaduras. Ha padecido el exilio forzado, la prisión, la tortura y la muerte. Nos han robado cuerpos, han generado desapariciones en el mapa social y dejado profundas brechas oscuras y vacías. Las marcas quedan, los tiempos cambian.

Ante toda esta oscura situación, ¿dónde queda el psicoanálisis? Ha logrado, a través del propio Freud, sobrevivir a las guerras, pero ¿cuál es su lugar hoy en día, en el siglo XXI?

¿Qué sucedería si asumiéramos que también en nuestro quehacer vemos al psicoanálisis como parte del problema, y no como una solución? El psicoanálisis se ha extendido a través del mundo, y sigue haciéndolo, en pleno conocimiento de que no podemos exportar un «modelo» único a tan diversos y remotos orígenes, etnias, religiones, desarrollos y subdesarrollos. El contexto sociocultural y político cambia de país en país, de ciudad en ciudad y, lógicamente, de persona a persona. Consideraría que también nosotros, largamente analizados, contamos con esa cuota de violencia, quizás más refinada en forma de intolerancia a las diferencias que van desde lo corporal —el encuentro, la mirada, el olor, el color, el tono de voz, el acento— hasta el lenguaje, porque quizás no hablamos el mismo idioma en lo que concierne a estas variables y muchas más.

Nuestro aporte ha comenzado con Freud, con el descubrimiento del inconsciente, la sexualidad y la transferencia. Hemos hecho del lenguaje nuestra principal herramienta, con lo que nos hemos ubicado como pioneros en el alivio del sufrimiento de pacientes neuróticos. Sin embargo, en estos tiempos no hemos ganado adeptos; en muchos aspectos, hemos quedado de lado. ¿Por qué?

En este siglo nos encontramos con nuevas formas de encuentro, caracterizadas por su velocidad, su vértigo y, tal como lo plantea el profesor Bollas, vemos el nuevo rol del *self* como transmisor de información vía celulares, Twitter o Facebook.

Es cierto que actualmente tanto la televisión como Internet, sistemas prototípicos de esta nueva era, nos muestran todo el universo que nos rodea en una pantalla, cuanto más plana y grande, mejor, quizás como metáfora de la falta de profundidad en los vínculos de hoy en día. La pregunta que me surge es: ¿Acaso algo de este tenor sucede con el psicoanálisis incorporando las nuevas tecnologías?

Vemos que la desaparición del espacio privado es contemporánea a la del espacio público. Ni este es ya un espectáculo, ni aquel es un secreto. ¿Qué llevó a este brusco cambio en pocos años? ¿Será por la necesidad de funcionar con cierta certeza, sumada a la falta de esta, es decir, *el desconcierto*, condición para la aparición de clivajes y escisiones en el ser humano que horadan la psiquis en busca de una salida prematura y cruda?

La referencia del profesor Bollas al Fastnet me recordó un artículo de Brantly (2014)² sobre inteligencia y conRAINTeligencia, en el que menciona los ciberataques, que son una herramienta siniestra más de los últimos años.

El epígrafe con el cual Brantly inicia su trabajo también llamó mi atención: se trata de una cita de Einstein,³ en la cual dice: «No sé qué armas se usarán en la tercera guerra mundial, pero la cuarta será luchada con palos y piedras».

Los cambios informáticos y la vertiginosidad generalizada dan cuenta de una mutación que parece pasar de la unidad a la fragmentación, y viceversa. Estas mutaciones implicarán, para muchos, una visión catastrófica y

2 «Covert action is as old as political man. The subversive manipulation of others is nothing new. It has been written about since Sun Tzu and Kautilya. People and nations have always sought the use of shadowy means to influence situations and events. Covert action is and has been a staple of the state system. A dark and nefarious tool often banished to philosophical and intellectual exile, covert action is in truth an oft-used method of achieving utility that is frequently overlooked by academics. Modern scholars contend that, for utility to be achieved, activities such as war and diplomacy must be conducted transparently». (Brantly, 2014)

3 «I know not with what weapons World War III will be fought, but World War IV will be fought with sticks and stones». (Albert Einstein, citado por Calaprice, 2005, p. 173)

apocalíptica, mientras que, por otro lado, aparecen visiones más auspiciosas y optimistas. Consideraría que no son excluyentes, más bien, implican también ellas una inscripción personal en cada sujeto y el uso que cada uno les da a sus objetos.

Entre los ciberataques que nos hablan de una nueva forma de guerra mediática y las predicciones de Einstein acerca de la cuarta guerra mundial llevándonos nuevamente a tiempos originarios, se presenta un abanico interminable de experiencias positivas y negativas que deberán seguir siendo analizadas e investigadas. Es un hecho que no podemos, ni como psicoanalistas ni como seres humanos, cambiar las fuerzas de los poderosos descubrimientos de la tecnología que han venido para quedarse.

Por otro lado, y para finalizar, recuerdo aquella famosa frase de Freud en la cual dice: «La humanidad progresa, hoy solamente queman mis libros, siglos atrás me hubiesen quemado a mí». Creo que Freud nunca habría imaginado que sus obras completas iban a trasponer tantas fronteras y podrían ser bajadas por Internet con acceso a todo el mundo y en tantas lenguas. ♦

Descriptores: DOLOR PSÍQUICO / VIOLENCIA / SOCIEDAD / GLOBALIZACIÓN

Keywords: PSYCHIC PAIN / VIOLENCE / SOCIETY / GLOBALIZATION

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Brantly, A. F. (2014). Cyber Actions by State Actors: Motivation and Utility, *International Journal of Intelligence and Counterintelligence*, 27(3), 465-484. doi: 10.1080/08850607.2014.900291
- Calaprice, A. (2005). *The New Quotable Einstein*. Princeton: Princeton University Press.
- Freud, S. (1976). ¿Por qué la guerra? En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 179-198). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- (1976). Tótem y Tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13, pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).

Respuesta a los comentarios



CHRISTOPHER BOLLAS¹

Agradezco a Martin Teising y a Silvia Flechner por sus considerados y reflexivos comentarios, y por su aguda comprensión de que nuestra tarea es discutir los desafíos que enfrenta el psicoanálisis en el siglo XXI. Agregaré unas pocas palabras.

Martin cierra su trabajo con una imagen indeleble, una foto de un hombre italiano de veintiocho años llevando en brazos a su abuela de ochenta y siete. De manera ingeniosa, me parece, ha encontrado una vista [*sight*] que muestra tanto *insight* como un carácter memorable, visión y esperanza.

El efecto acumulativo del comentario de Silvia es, a la vez, de perturbación y de desafío. Relaciona el sufrimiento mental derivado de la opresión con esa violencia latente en todos que podría hacer de nosotros, opresores, incluidos los psicoanalistas. Sin embargo, su *descripción* de cómo era ser un sudamericano durante los tiempos de la opresión es lo que para mí resulta inolvidable:

Los latinoamericanos hemos
sufrido
el exilio,
la prisión,

1 British Psychoanalytical Society (Incorporating the Institute of Psychoanalysis), Institute for Psychoanalytic Training and Research, Los Angeles Institute and Society for Psychoanalytic Studies. christopherbollas@mac.com

la tortura
y la muerte.
Hemos
padecido el robo de nuestros cuerpos.
Las dictaduras
han generado
desapariciones
en el mapa social,
dejando
profundas
oscuras
y vacías brechas.
Las marcas perduran.
Los tiempos cambian.

Es una verdad de Perogrullo que a medida que cada generación se acerca a su extinción, idealiza su época juvenil mientras se muestra pesimista sobre el futuro.

Los analistas epigenéticos —como Erik Erikson— ven la «ancianidad» [*elderhood*] y su temperamento como una parte esperable del ciclo de la vida.

¿Pero *qué pasaría* si esta compulsión a la repetición generacional, predecible y fácilmente rastreable en los últimos siglos de hecho nos volviera ciegos a *ese momento* en el que nuestro sentido del fin se hace verdad? Como psicoanalistas, ¿no corremos el riesgo de aceptar estas posiciones como fantasías narcisistas comunes y no como formas inconscientes de percepción colectiva?

¿Y si viéramos las inquietudes de los mayores como más cercanas a una etapa ética tardía; no como un asedio narcisista, sino más bien como su opuesto: un sentido genuino de que a medida que vamos enfrentando la mortalidad, fracasamos en la aplicación de nuestra sabiduría de forma más efectiva social y políticamente? ¿Y si desde por lo menos el siglo XVIII la sensación que ha tenido cada generación de que el mundo estaba cambiando de forma nefasta constituyera un movimiento inconsciente en dirección a un cierto tipo de responsabilidad? ¿Y si se tratara de un imperativo ético emergente, de la concreción de una preconcepción que necesita conceptualización? ¿Y si estas ansiedades de las edades tardías

fueran formas latentes de responsabilidad colectiva e individual esenciales para la supervivencia de la especie?

Los poetas son en general los primeros escritores en asimilar y articular en forma inconsciente las nuevas formas que se imponen sobre la civilización.

Recordemos la poética performativa de los dadaístas; su mejor ejemplo sea, quizás, Tristán Tzara, cuyo trabajo, según Steve McCaffery, se caracteriza por «simultaneidades (de) sonido, texto, incompatibles ruidos, silbidos, gritos y tambores (que) se entretujan en una versión sonora de collage» (p. 119) donde resuena la máquina de la guerra. Escrita en «fragmentos lingüísticos» del francés, el alemán y el inglés, su poesía reflejaba las fuerzas en choque de la Gran Guerra que se tragó a su generación o, como lo expresó William Carlos Williams en su momento, «un nuevo tipo de asesinato. Hacemos leberwurst con ellos. Bratwurst». Más adelante, agrega: «para ello ahora / venimos a dedicar nuestro proyecto secreto: la aniquilación de cada / criatura humana sobre la faz de la tierra» (p. 179).

Más tarde, Williams declarará que el hombre y la ciudad (Paterson) son idénticos. Para pensar en el *self*, debemos usar el lenguaje de los paisajes ciudadanos. Williams insistía en que su escritura emergía de la poética de la vida laboral americana de todos los días, y es de interés para nosotros hoy que su amigo Keneth Burke haya escrito que el trabajo de Williams era «equipamiento para vivir, una guía necesaria entre *los desconciertos de la vida*» (Benfey, 2007, las cursivas son mías).

Cincuenta años más tarde, el poeta canadiense Christian Bok escribe poesía que imita el habla de las máquinas, no la voz humana. Predice un futuro en el las máquinas van a componer poemas para las máquinas, en un «futuro androide», y no se encuentra solo, ya que eminentes científicos, como Stephen Hawking, predicen que la inteligencia artificial llegará eventualmente a superar el pensamiento humano y a ponerle fin a la humanidad.

Tzara, Williams, y Bok, como otros poetas antes que ellos, son canarios en las cámaras del cambio.²

2 N. del T.: Alude a la expresión «canaries in the coal mine», que hace referencia al uso de canarios para advertir acerca del peligro por la presencia de gases tóxicos en las minas y se usa, por extensión, para indicar el anuncio temprano y útil de una situación adversa o peor que la actual.

Bok señala de forma reveladora que los jóvenes de hoy han optado por la música como su forma de comunión y autoexpresión, no solamente porque es más veloz que cualquier otro medio y más abstracta —liberada ahora de la letra—, sino porque el moderno *DJ* mezcla la música a un ritmo tal que supera nuestra capacidad de responderle; en su lugar, «induce en los oyentes todo un aluvión de reflejos y sacudidas emocionales, cualquiera de las cuales puede transformar a la audiencia en una prótesis irreflexiva del medio mismo» (p. 134). Escribirnos o hablarnos no son los medios preferidos para la autoexpresión apasionada en estos días.

A medida que los jóvenes se adaptan a las formas perturbadoras de este mundo no tan feliz,³ las generaciones mayores podemos hacer uso de la historia para contextualizar el sujeticidio y desafiar las identificaciones de la pulsión de muerte a través del poder declarativo del acto psicoanalítico de objetivación verbal, unido tanto a la historia como a la identidad humana, la realidad psíquica y las formas elegidas de autoexpresión.

La acción del psicoanálisis mismo, sin embargo, puede servir a la liberación de los *selves* [plural de *self*] de las nuevas generaciones de los tradicionales actos de identificación como adaptación. La cura por la palabra no ha tenido nunca antes una función cultural tan importante.

Mandatos como este, sin embargo, oscurecen nuestro desconcierto compartido o colectivo. Vale la pena anotar que la propia palabra *desconcierto* es usada por primera vez en 1811 y se transforma en sinónimo de *perplejidad*, *desorientación*, *ofuscación*, *atolondramiento*, *confusión*, *distracción*, *niebla*, *rompedero de cabeza*, *embrollo*, *asombro* y *enredo*.⁴

En los intersticios de nuestra existencia —todas las generaciones— nos detenemos ante un futuro que parece apresurar *su camino* hacia nuestro presente como si hoy fuésemos presa de la muerte. Si la juventud siempre pareció estar apurada para ir hacia el futuro, los seres milenarios (como muchos de nosotros) vacilamos ante un futuro confuso que se precipita sobre nuestro tiempo, evocando inimaginables «dispositivos» que han

3 N. del T.: En el original, «brave new», en referencia a *Brave new world (Un mundo feliz)*, de Aldous Huxley.

4 N. del T.: En el original, «*bafflement, bamboozlement, befuddlement, bemusement, confusion, discombobulation, distraction, fog, head scratching, muddle, mystification, perplexity, puzzlement, tangle and whirl*».

viajado en el tiempo hacia nosotros antes de que los podamos comprender. En el pasado, el futuro era, por lo menos en algunos sentidos, un espacio potencial que nos permitía diversas formas personales [*idioms*] de vacilación; hoy en día, nuestras pausas —en presencia de un futuro que nos presiona— son la vacilación del desconcierto. Mientras que antes sí teníamos nuestra *avant garde*, ahora la mayoría nos sentimos en la retaguardia, excepto por los genios del *software*, que literalmente inventan nuestros futuros, futuros que, se supone, debemos consumir y usar, no para sentar las bases de un conocimiento reflexivo, sino para un colectivo de transmisión refractivo: un acto en el cual de forma bastante literal *transferimos* nuestra vida mental a pequeñas cajas inteligentes.

El psicoanálisis ha representado muchas cosas para muchas personas alrededor del mundo, pero uno de los mayores logros de Freud fue su insistencia en que el psicoanálisis también fuera una forma de acción cultural. Lo vemos en los trabajos que abordan no al analizando individual, sino al mundo que lo rodea, en textos tan seminales como *El porvenir de una ilusión*, *Psicología de grupos y análisis del yo*, *El malestar en la cultura*, *Moisés y el monoteísmo* y otros. Si, como pienso, el psicoanálisis *solamente* ha sido siempre —y sigue siendo— un proyecto (un emprendimiento), entonces, uno de sus cometidos principales, brindar perspectivas incisivas para una amplia gama de lectores, no se ha cumplido. De hecho, ¿y si lo que parece ser simplemente un interés personal de Freud —un comentario crítico sobre la vida de los grupos y la cultura— era una parte intrínseca de su trabajo clínico? ¿Y si, digamos, los vínculos que establece Freud entre la vida psíquica, el proceso grupal y la cultura humana *son* una técnica clínica integrada?

¿Era la solicitud freudiana de un análisis lego un intento por mantener el psicoanálisis profesionalmente ligado al análisis grupal y cultural?

Si nosotros, como profesión, hemos suprimido ese vínculo vital para este proyecto, un vínculo entre el análisis del individuo consistente con el análisis del grupo y de nuestra cultura, entonces, sin darnos cuenta, hemos oprimido el lado lego de nuestro proyecto. Si nuestra formación se encuentra excesivamente adherida a dos profesiones —por más esenciales y meritorias que sean la psicología y la psiquiatría—, avanzamos en el siglo XXI solo con una visión parcial: una relación de objeto miope que carece de sentido.

Demos la bienvenida a nuestra profesión a las *otras* disciplinas (oprimidas) —historia, literatura, filosofía, antropología, etc.— y restauremos esos vínculos freudianos entre el análisis individual, grupal y de la cultura, no solamente para cumplir con ese proyecto que fue y sigue siendo el psicoanálisis, sino también porque si vamos a hacernos camino a través de los factores de desconcierto que enfrentará nuestra civilización en las décadas por venir, necesitaremos vincularnos con todas las demás disciplinas y ofrecerles un lugar en nuestra formación, para beneficio de todos.

Termino con el poema corto «Sentido en la vida», del poeta sueco Kiell Hiern:

Me siento solo y abandonado por Dios y el hombre, y la desesperanza no está muy lejos. Entonces, de repente recuerdo que tengo un par de zapatos que ir a buscar al zapatero, por los cuales ha estado esperando más de un mes para cobrar. Mi depresión ha desaparecido por completo y descubro que todavía hay algún sentido en la vida (p. 78). ♦

Descriptor: SOCIEDAD / GLOBALIZACIÓN / PULSIÓN DE MUERTE / TECNOLOGÍA / GENERACIONES / PSICOANALISTA / PERCEPCIÓN / PERPLEJIDAD / PENSAMIENTO / INCERTIDUMBRE / NARCISISMO

Keywords: SOCIETY / GLOBALIZATION / DEATH INSTINCT / TECHNOLOGY / GENERATIONS / PSYCHOANALYST / PERCEPTION / PERPLEXITY / THOUGHT / UNCERTAINTY / NARCISSISM

BIBLIOGRAFÍA

- Benfey, C. (2011). The Blooming Foreigner. Retrieved from <http://www.newrepublic.com/article/books-and-arts/magazine/97770/william-carlos-williams-america-whitman>
- Bok, C. (2009). When Cyborgs Versify. In M. Perloff & C. Dworkin (eds.), *The Sound of Poetry/the Poetry of Sound*. Chicago, London: University of Chicago.
- Hjern, K. (1996). Meaning to Life. In W. J. Smith & L. Sjöberg (eds.), *The Forest of Childhood: Poems from Sweden*. Minneapolis: New Rivers Press.
- McCaffery, S. (2009). Cacophony, Abstraction, And Potentiality: The Fate of the Dada Sound Poem. In M. Perloff & C. Dworkin (Eds.), *The Sound of Poetry/The Poetry of Sound*. Chicago, London: University of Chicago.
- Williams, W. C. (1986) Spring and All. In A. Walton Litz & C. MacGowan (eds.), *The Collected Poems of William Carlos Williams* (Vol. 1). New York: New Directions. (Original work published 1923).

El oficio de analista y su caja de herramientas: la interpretación revisitada

VIRGINIA UNGAR¹

La invitación a reflexionar sobre la forma y el uso de las *herramientas del psicoanálisis* en estos tiempos (en rigor, sobre el oficio del psicoanalista) resulta un desafío que podría sintetizarse con la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las herramientas que utilizamos los psicoanalistas? ¿Qué compone nuestra caja de herramientas? Por otra parte, esta interrogación —en la medida en que la formulamos hoy— nos permite dar un paso más y ensayar un contrapunto entre el modo de pensar esa caja de herramientas en la actualidad y hace más de cien años.

Este contrapunto, claro está, no pretende ser un ejercicio de mera comparación histórica. Más bien, es parte de una constatación histórica: la operatoria psicoanalítica, como toda construcción humana, está condicionada y afectada por los códigos hegemónicos de cada época. Y en este sentido, cuando pensamos y repensamos nuestras herramientas como psicoanalistas, resulta necesario problematizar tanto la variación epocal de la que somos parte como sus consecuencias.

La teoría freudiana fue uno de los acontecimientos más revolucionarios para la cultura de principios del siglo XX. Más de cien años después de su formulación primera y en el marco de una serie de cambios vertiginosos

1 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. virginiaungar@gmail.com

en las instituciones sociales y de intensas mutaciones tecnológicas de alto impacto en la subjetividad, revisar estas variaciones y sus efectos sobre nuestra tarea no parece ser una inquietud sociológica menor de los psicoanalistas, sino que es una condición necesaria para el ejercicio del oficio.

En este contexto, la revisión actual en diversos foros de los textos clásicos del psicoanálisis puede ser entendida como un saludable ejercicio en torno de este asunto. Sin ir muy lejos, las discusiones sobre el modo de concebir el encuadre analítico ayer y hoy. También forman parte de estos debates, aunque tal vez se desarrollen más tímidamente, interrogaciones acerca de la vigencia de conceptos teóricos centrales para nuestra disciplina. En esta dirección, las mutaciones en la fisiología reproductiva como consecuencia del avance de la tecnología en esta materia, las novedosas y heterogéneas configuraciones familiares, la caída de la hegemonía de la función paterna y otras variaciones en la subjetividad generan cuestionamientos nuevos. Por ejemplo, acerca de la vigencia del complejo de Edipo en su configuración clásica, el lugar de la represión como mecanismo de defensa *princeps* o el determinismo freudiano con el modelo que podría ser llamado *arqueológico* de la cura.

Presentada la pregunta que consideraremos en esta comunicación, me interesa introducir dos conceptos que revisaré en la comunicación. En primer lugar, la noción de herramienta. En cualquiera de las ediciones del diccionario de la Real Academia Española, al menos las modernas, el término *herramienta* está asociada con: (I) instrumento, por lo común de hierro o acero, con que trabajan los artesanos; (II) conjunto de este tipo de instrumentos. Ambas acepciones asocian la herramienta con un elemento simple, manual y que tiene por finalidad hacer algo, como puede ser un objeto artesanal. Pero, esta definición puede ser complementada por otra que hace eje en las características (objetividad del objeto) de la herramienta, aunque también en su uso (subjetividad del uso). Tratándose del oficio psicoanalítico, no hay nada equivalente al martillo del carpintero o al bisturí del cirujano. Sin embargo, es posible identificar un conjunto de recursos (visibles o no) con los que cuenta el psicoanalista en su caja de herramientas.

En segundo lugar, la noción de dispositivo que, por otra parte, es usada con frecuencia en la bibliografía psicoanalítica de la última década.

Sin pretender desarrollar un análisis exhaustivo de la bibliografía sobre este concepto, vale considerar una primera definición. Michel Foucault se preguntó qué es un dispositivo y construyó una respuesta genealógica en la *Microfísica del poder*. Para el filósofo francés, un dispositivo es una red de relaciones entre elementos heterogéneos (discursos, instituciones, lenguajes, ideologías, estéticas, etc.), explícitos e implícitos, dichos y no dichos. Pero además esa relación no es estable, sino más bien lo contrario;² entre otras cosas, porque emerge en una situación de urgencia.

Ahora bien, ¿por qué visitar estos conceptos (herramientas y dispositivo) cuando nos preguntamos por nuestra práctica clínica? Tal vez podamos pensar la clínica psicoanalítica como un dispositivo compuesto por una serie de elementos heterogéneos que, como todo dispositivo, nace relacionado con una situación de urgencia o, al menos, con una situación nueva. En nuestro caso, además, vinculado al padecimiento que cambia y muta, como la subjetividad. A la luz de estas variaciones, ¿qué consecuencias tienen para nuestro dispositivo psicoanalítico? ¿Cómo podría permanecer esa estructura elaborada por el psicoanálisis hace más de cien años sin variaciones? Así pensada, la interrogación sobre las herramientas y el dispositivo es una interrogación sobre el oficio psicoanalítico y su caja de herramientas.

No es sencillo determinar cuáles son las herramientas con las que un psicoanalista opera. Sin embargo, sería impensable que pudiera trabajar sin la noción de inconsciente, la de transferencia, el concepto de neutralidad analítica o el de asociación libre. La lectura de «Consejos al médico» de Freud (1912/1976) es una excelente entrada a este tema porque allí se puede percibir el esfuerzo que hace el creador del psicoanálisis por transmitir su experiencia acerca de cómo usa el «instrumento», en sus palabras, a los jóvenes analistas.

Ensayar un ejercicio de síntesis equivalente no resulta sencillo. Sin embargo, haremos el esfuerzo a lo largo de estas páginas. En primer lugar, nos detendremos en las variaciones epocales y su impacto en el ejercicio de

2 Cabe señalar la importancia de los aportes de Giorgio Agamben y Gilles Deleuze en lo que respecta a la reflexión teórica en torno a este concepto.

la clínica. Luego, y en segundo lugar, una vez revisado el encuadre como el dispositivo analítico que permite que la transferencia se despliegue, me concentraré en la interpretación como herramienta *princeps* del analista.

PRIMERA PARTE

1. Sobre los cambios socioculturales y su impacto en los procesos de subjetivación

Partamos de una evidencia: somos contemporáneos de una serie de transformaciones en la subjetividad. Por mi especialidad clínica y porque entiendo que allí se observan más intensamente los cambios subjetivos de nuestra época, me concentraré en la descripción de algunas mutaciones en la subjetividad adolescente que, por otra parte, constituyen un desafío a la hora de pensar nuestra práctica. Como sabemos, la adolescencia es un proceso de fuertes cambios que pone en cuestión la estructura rígida que se construyó en el *período de latencia*, la que elabora diques a la sexualidad y habilita al niño a dedicarse a aprender. Se trata de su ingreso en la cultura. Entonces, son cuestionados los modelos ofrecidos, aparece la sexualidad en primer plano y reina una gran confusión.

El psicoanálisis se ha ocupado extensamente de esta etapa del ciclo vital. El o la joven se ve frente a la tarea de «emigrar» del mundo del «niño en la familia» hacia la construcción de la subjetividad adulta. Si bien desde recién nacido —y también antes, en su «prehistoria»— el sujeto está imbricado con el otro y con el mundo que lo circunda, es en la adolescencia cuando se topa con la tarea de encontrar su lugar en el mundo a través de la tarea que describiera Freud como «el desasimiento de la autoridad parental» (1909/1976).

Las instituciones, comenzando por la familia y siguiendo por la escuela, actuaron como fuerzas externas reguladoras del sujeto y moldeadoras de identidad, ayudando a reglamentar este pasaje. No se nos escapa que ambas han estado y siguen estando, en gran medida, produciendo un imaginario nacido hace más de doscientos años. Tal vez como consecuencia de esas distancia, estas instituciones han perdido fuerza en su función de regulación.

Cuando revisamos las más diversas situaciones históricas, observamos que cada sociedad construye ritos de pasaje para acompañar situaciones de

umbral como el nacimiento, la muerte o el matrimonio. Esas ceremonias rituales acompañan en la medida que anuncian y certifican un hecho que aconteció. En tiempos remotos, así como sucede en algunas sociedades tribales en la actualidad, existían ritos de pasaje de la infancia a la adultez. Si nos detenemos en esos ritos, observamos que la sociedad provee a los jóvenes de ceremonias que instituyen su condición de *adultos*.

Podríamos decir entonces que la sociedad contemporánea no provee de los ritos de iniciación institucionalizados. Los rituales de hoy en día, creados por los mismos jóvenes —y llamativamente parecidos en distintos lugares del mundo occidental—, se asemejan más a las pruebas de coraje que pueblan los cuentos infantiles. Pueden consistir en besarse con alguien a quien acaban de conocer —no necesariamente de diferente género—, tomar alcohol hasta perder la conciencia, fumar marihuana o ingerir otras sustancias, entre otras.

Enlazado con estas variaciones, otra tendencia adquiere notable presencia en los espacios de discusión en psicoanálisis: es el denominado desfallecimiento o caída de la llamada «función paterna».³

Si bien esta declinación tiene una larga historia, de hecho, algunos historiadores la vinculan con el nacimiento del primer cristianismo; es el Estado Moderno a través de sus instituciones el que limita al padre y regula los derechos del hijo (notemos que ya no son *sobre* el hijo, sino *del* hijo). En este contexto, en el que también nace el psicoanálisis, surge un modelo de familia nuclear, burguesa, monogámica y heterosexual. Esta configuración familiar, en combinación con las prácticas de crianza dominantes, explica —y bien— la elección de Freud del mito de Edipo como complejo nuclear de las neurosis y su lugar central en la estructuración de la personalidad y en la organización de la sexualidad humana. Como sabemos, Freud —además de formular su centralidad— también proclamó su universalidad.

3 La función paterna no se arma de improviso, se *deviene* padre. Se trata de la construcción lenta, silenciosa y reformulada a cada paso de la función que se pone a prueba al mismo tiempo que se construye y se ejerce. Por este motivo resulta más pertinente hoy hablar de *parentalidad*, término que recubre una superficie entre dos círculos que se intersectan produciendo un territorio común: los dos círculos serían el devenir madre y el devenir padre.

Pero la formulación de esta universalidad no nos impide observar las variaciones en las configuraciones familiares y las estrategias de crianza. Por ejemplo, en las sociedades premodernas, el modelo de crianza no estaba centrado en los niños. Adultos y niños convivían con parientes y vecinos sin que existieran espacios diferenciados para adultos y para niños que se excluyeran. En este contexto, las regulaciones para evitar el incesto estaban a cargo de la Iglesia y el Estado, no de la familia. En contraposición, la familia moderna —cuya vigencia como modelo se extiende hasta mitades del siglo XX— hace centro en la pareja conyugal. El amor debía circular en la pareja, entre ellos y sus hijos. Según Moreno (2014), «en esta nueva modalidad de crianza, se favoreció definitivamente, también como ideal, la cercanía física y afectuosa de padres e hijos amorosos» (p. 61). Esta tendencia, que por otra parte también podría entenderse como una práctica de encierro, tuvo una curiosa consecuencia que destaca el autor en el mismo capítulo: al mismo tiempo, la familia moderna cumplía una doble y paradójica función al prohibir el incesto y promover la sensualidad en el seno de la familia. No es de extrañar, entonces, que Freud se encontrara con la sintomatología neurótica prevalente en la época (la histeria y las fobias) ni que resultara natural ubicar al complejo de Edipo como el complejo central de toda neurosis en su expresión de la neurosis infantil.

Ahora bien, la crisis de la sociedad moderna también implica la crisis de las prácticas de aislamiento con la estimulación de la sensualidad endogámica y la prohibición simultánea. El modelo de la familia actual *posmoderna* está muy lejos del ideal moderno. Por un lado, los pacientes que nos consultan pueden pertenecer a configuraciones familiares diversas: familias ensambladas, monoparentales, parejas del mismo sexo, entre otras. Tampoco el contrato entre cónyuges está basado en una unión permanente.

Asimismo, la atribución de autoridad al padre se ha debilitado, como ya señalamos. En este momento ya no confundimos, o no deberíamos hacerlo, la función paterna con el rol que desempeña un hombre que en general se llama padre y que habita en una familia en la que es padre de los hijos y marido de la esposa, por ejemplo. Hoy en día no es necesario que ese rol lo cumpla un hombre y que a la vez sea el padre. Puede ser otra persona y no necesariamente del género masculino.

También adquiere centralidad un conjunto de interrogaciones en torno de la filiación a partir de los desarrollos tecnológicos que comienzan a cuestionar lo que antes parecía irreductible: la paternidad biológica y el concepto de incesto.

Por otra parte, el aislamiento en la familia no es una tendencia imperante en esta época. Hoy en día predomina un ritmo acelerado que impone la presión de la cultura a través de una suerte de carrera hacia un prometido éxito que no podríamos decir en qué consiste. Somos parte de un engranaje que nos hace correr sin que sepamos hacia dónde nos dirigimos. Esta presión también la sufren las instituciones educativas que hoy proponen iniciar la escolaridad a niños que no hablan y usan pañales, asegurándoles, dicen, un lugar en determinadas escuelas y más adelante en la universidad. También la sufren los padres que exigen a los psicoanalistas resultados rápidos para «reencauzar» al niño o al joven en la carrera.

Como parte de este clima de variaciones, observamos que las madres, que en el pasado sufrían por tener que regresar al trabajo luego de la licencia por maternidad, a veces vuelven antes del período establecido. Es fácil condenar esta conducta si no comprendemos algo de lo que está pasando: como la maternidad se ha retardado en edad, las mujeres púerperas han dejado lugares de trabajo que temen perder, y no sin razón. Pero tal vez no sea solamente eso.

La tecnología con sus avances en la comunicación ha «roto» o «atravesado» el encierro moderno. Lo que caracteriza a nuestra época es el acceso directo a un discurso inmediato a través de Internet que se ofrece fácilmente y lleno de opciones. Hoy en día el lugar de encuentro es predominantemente virtual: textos o SMS, Facebook, Twitter, WhatsApp, Instagram, Snapchat, Tumblr y blogs son algunas de estas posibilidades. El territorio del encuentro también puede acontecer en los teléfonos celulares, que cada vez tienen más elementos.

Con estas descripciones, no pretendo sintetizar el conjunto de variaciones epocales; tampoco ensayar un análisis exhaustivo sobre los adolescentes actuales. Más bien, pretendo subrayar algunas variaciones en la subjetividad en general y en el adolescente en particular, que tienen consecuencias para la clínica psicoanalítica y nos exigen revisar nuestra caja de herramientas.

A la luz de la caracterización realizada, surgen algunas interrogaciones. A saber: ¿Cómo se produce subjetivación y se construye la sociabilidad en un contexto como el actual, fuertemente mediatizado con preponderancia de la imagen, la exposición, la visibilidad y la celebridad, entronizados por los *mass media*? Esta pregunta, claro está, requiere de una perspectiva temporal que todavía no tenemos. Como dicen los historiadores: no se puede escribir la historia mientras está ocurriendo; se necesita una cierta distancia para observar los cambios, describirlos y pensarlos. Sin embargo, mi impresión es que los mecanismos mentales usados por los niños, los adolescentes y los adultos familiarizados con la informática se acercan más a los que están ligados a la escisión, o *splitting*, que a la represión. No es que piense que la represión no se utiliza, pero el tipo de interacción mediática por la cual un joven puede estar mirando televisión, chateando, mirando un video corto de YouTube y enviando un SMS al mismo tiempo me parece analizable en términos de *splitting* y disociación de diversos niveles del *self* que le permiten ¿dispersar? o ¿concentrar? la atención en varias cosas a la vez.

Confrontado con estas situaciones, el psicoanálisis tiene por delante la gran tarea de encontrar la definición de los mecanismos mentales que prevalecen en nuestra época para así dar cuenta de lo que vemos en la clínica con pacientes jóvenes. En relación con la sexualidad, por ejemplo, las características del mundo con el que el adolescente de hoy se encuentra son muy diferentes a las de las jóvenes tratadas por Freud, como Dora, Catalina o la joven homosexual. Aquí también cabe preguntarse si la idea de represión sexual propia de la concepción victoriana —tan presente en la época de Freud— sigue siendo el mecanismo *princeps* en la actualidad.

Vayamos desde lo más visible hacia un terreno conceptual. La relación entre lo visible y lo oculto de la sexualidad, claramente observable en los cambios paulatinos en la manera de vestirse, denotan que si en la época victoriana la consigna era ocultar, en la actualidad —con la prevalencia de la imagen y el anhelo de «hacerse ver»— la consigna parece ser el mostrar. En otro terreno, Marcelo Viñar (2014) nos señala que «antes regía el mandato social de castidad y se fomentaba la fobia a la desfloración, hoy rige (en el imaginario colectivo) el mandato de iniciación sexual precoz» (p. 4).

Si retomamos el concepto de intimidad, tan significativo para la sexualidad adulta, vemos que este fue afectado fuertemente por la revolución

informática hasta el punto en que se ha dado vuelta y ha pasado a ser un espectáculo, tal como lo plantea la autora argentina Paula Sibia (2008). Sin perder de vista estas variaciones, entiendo que aunque la privacidad sea irrumpida por los medios, hay un espacio, el de la intimidad, que puede ser cuidado y preservado. Es un espacio mental que le brinda a un individuo la posibilidad de tomar contacto con un área de la mente en la que transcurren las relaciones emocionales y la creatividad en todas sus dimensiones (una de las cuales, la de generar sueños, es muy preciada por nosotros). En nuestra época, para algunas personas el único espacio de privacidad lo constituyen sus sesiones analíticas, y es allí donde puede comenzar la construcción de la noción de intimidad.

Cuando repasamos estas variaciones, el oficio del psicoanalista parece conmoverse. Miramos nuestra (vieja) caja de herramientas y a veces no encontramos lo que buscamos o, al menos, lo que encontramos no nos alcanza. Los niños, adolescentes y jóvenes, y también los adultos y las familias en general no se parecen a lo que pensó Freud. Entonces, sobrevuelan las preguntas sobre cuál es el estatuto de estas variaciones, en qué consisten, qué tipo de lenguaje está en juego (dimensión clave para nosotros), cómo conceptualizar la temporalidad de estos vínculos, etc. Una vez más, los psicoanalistas nos confrontamos con la necesidad de volver a preguntarnos sobre nuestras herramientas para que un encuentro sea posible.

SEGUNDA PARTE

1. Variaciones en los dispositivos y las herramientas.

Acerca de la interpretación y sus cambios

Con la pretensión de subrayar las transformaciones en la caja de herramientas del analista, nos detuvimos en la primera parte de este artículo en algunos cambios sociales y culturales en la subjetividad y en las configuraciones familiares. Con estas descripciones no pretendemos ser exhaustivos, ni muchos menos.

Por otro lado, en esta segunda parte procuramos dar un paso más vinculado con nuestra pretensión de pensar el oficio actual de psicoanalista. Si, como señalamos, aquellos que se presentan en el consultorio cambian y ya no son lo que eran, ¿qué consecuencia tiene esta tendencia sobre nuestra

tarea? ¿Qué efectos observamos sobre la caja de herramientas con la que estamos habituados a operar?

Esta interrogación puede ser abordada de diversas formas. Hacer eje en unos dispositivos o unas herramientas o concentrarse en otros. En este caso, decidí focalizarme en una herramienta clave para nuestro oficio que sospecho se ve afectada por las variaciones que hemos considerado. A saber: la interpretación psicoanalítica. Estamos ante una de las modalidades posibles de intervención del analista en la sesión. Pero no se trata de cualquier modalidad. Más bien, estamos ante la que es considerada la herramienta *princeps* del analista.

Me concentraré en el encuadre como dispositivo para luego considerar, al ritmo de mi propio devenir como psicoanalista en los últimos años, en qué ha cambiado la herramienta interpretación en cuestión.

Comencemos por una evidencia para los analistas: para que la transferencia se desarrolle es condición necesaria el encuadre analítico instalado. Vale aclarar que con encuadre no me refiero a las condiciones formales de este, sino al encuadre como condición a ser internalizada y, por eso, ligada a la llamada *actitud analítica*. Así definido, el método analítico es la salvaguarda que tenemos los psicoanalistas ante cualquier trasgresión técnica que podamos cometer. Por otro lado, el método también es lo que les ofrecemos a los pacientes que nos consultan. Inclusive desde la definición de Freud, en él confluyen la investigación y la terapia. Y en este último aspecto está incluida la teoría de la cura que cada analista sostiene de acuerdo a sus referenciales teóricos.

Ahora bien, el encuadre ha sufrido cambios en los aspectos formales desde que nació el psicoanálisis: número de sesiones semanales, formas de saludo entre paciente y analista, monto de honorarios y modalidades de pago, entre otros aspectos. Más allá de estas variaciones, también registramos cambios en aspectos más internos y sutiles. Por ejemplo, los modos de comunicación. En la Argentina, sin ir muy lejos, el uso difundido del tuteo en lugar del obligado *usted* de otras épocas se ha transformado en algo frecuente. Por otra parte, analista y paciente no siempre están solos en el consultorio, ya que muchas veces son acompañados por los elementos que brinda la tecnología. Los SMS, WhatsApps e emails están incorporados como modos de pedir cambios, avisar ausencias y decir

«estoy llegando». Hace no mucho tiempo, me solicitaron a través de una comunicación telefónica. Al estar frente a frente en la entrevista, le pregunté al paciente cómo había llegado a mí, y me respondió sin vueltas: «La googleé, doctora».

Como destacué en la introducción, pensar las variaciones de las que somos parte implica pensar las transformaciones en las subjetividades actuales, pero también en las condiciones de trabajo para los analistas. Al respecto, puedo considerar mi propia experiencia que, por otra parte, es representativa de una tendencia: vivo y trabajo en Buenos Aires, ciudad que ha sido escenario de un auge del psicoanálisis en las décadas del cincuenta y del sesenta, y que parece muy difícil de comprender desde otras latitudes. Para poner un breve ejemplo, cuando quise pedir hora para iniciar mi análisis didáctico, cerca del fin de la década del setenta, llamé a cinco analistas, y cuatro me respondieron que con mucho gusto me iban a atender al cabo de dos, tres o cuatro años. No sería necesario agregar que hoy esta situación es inexistente.

Por otro lado y como parte de un proceso social y cultural más general, nuestra época se caracteriza por el cuestionamiento de la autoridad, incluso aquella vinculada con el saber. Maestros y profesores, la escuela en general, están atravesados por estas variaciones. También el analista. Ahora bien, este cuestionamiento tiene efectos que se observan tanto en los dispositivos como en las herramientas que usa el psicoanalista. Ante este cambio de estatuto, una primera reacción podría ser considerar que los efectos han sido necesariamente negativos. Por ejemplo, ante el crecimiento de las ofertas de alivio rápido del sufrimiento, se ha perdido terreno. Sin embargo, desde mi perspectiva, yo creo que el psicoanalista se ha vuelto más sensible a las circunstancias de su entorno y a sus propias resistencias al psicoanálisis. De esta manera, se ha permitido revisar críticamente su actitud frente a la tarea y cierto aislamiento prescindente.

Si el psicoanálisis es cuestionado desde afuera, ¿por qué no interrogarlo desde adentro? ¿Por qué no preguntarnos acerca de nuestras herramientas, sobre su validez y sentido? Como se trata de un campo problemático enorme, apenas me concentraré en un asunto, como adelanté: en la interpretación en tanto herramienta *princeps* de un psicoanalista. A través de esta pregunta, tal vez, podamos interrogarnos acerca de nuestra propia práctica.

2. La interpretación psicoanalítica ayer y hoy

La literatura psicoanalítica en torno de la interpretación es amplia y variada desde los inicios del psicoanálisis. Se impone un recorte a los fines de introducir el tema. Comencemos, entonces, por el maestro R. Horacio Etchegoyen.

Etchegoyen (2014), quien se ha ocupado del tema de manera minuciosa y profunda, considera la interpretación psicoanalítica como el instrumento fundamental para la tarea de un analista. Según su perspectiva, esta es la herramienta del terapeuta en tanto que condición necesaria y suficiente para su ejercicio. *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* (1986) y el valioso *Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica* (1999) son de insoslayable consulta. Ahora bien, en el capítulo V del mencionado ensayo, el autor define la interpretación transferencial como «la más singular y específica de nuestro quehacer» (p. 53). Por otra parte, la interpretación *completa* abarca en pasos sucesivos tanto el conflicto trasferencial como el que no está estrictamente ligado a la transferencia. Y este último puede ser el conflicto actual o el histórico, tanto infantil como el más temprano que incluye las vivencias del período preverbal.

Una última cuestión que merece ser subrayada. Según Etchegoyen (1999), la interpretación puede ser testeada durante la sesión analítica, y esto implica «incluir en el diálogo analítico el juicio sobre lo que le hemos interpretado» (p. 66). No se trata, señala, del juicio racional, sino que proviene del inconsciente y surge sin que el paciente sepa lo que hace.

Esta posición (que ve el psicoanálisis como una ciencia) contrasta con una propuesta que sostienen varios autores⁴ que entiende que la práctica analítica está más cerca del arte o de una artesanía. Así pensado, interpretar no es tanto explicar, dar sentido o «descubrir» los contenidos inconscientes, sino una actividad ligada a describir y a conjeturar imaginativamente en un trabajo interpretativo llevado adelante por analista y paciente. Sobre esta cuestión, compleja por diversas razones, volveremos más adelante.

4 Entre ellos, Bion, Meltzer, Ferro.

Retomemos la noción de interpretación. En este caso, de la mano de un artículo clásico en psicoanálisis, de Strachey (1934), sobre la interpretación mutativa. Cuando Etchegoyen revisa el trabajo, sugiere que es quizás el artículo que mejor describe la dialéctica de la interpretación. En una breve síntesis, podríamos decir que Strachey se pregunta sobre los efectos terapéuticos del psicoanálisis y sostiene que la interpretación depende de los cambios dinámicos que produce, en especial, la interpretación mutativa.

En este marco, el autor postula la creación de un Superyó auxiliar que es resultado de la proyección de los impulsos y los objetos arcaicos en el analista. La presencia del analista como Superyó auxiliar genera, entonces, impulsos dirigidos al analista, pero este, al no comportarse como el objeto original, hará que el analizado tome conciencia de la distancia entre el objeto arcaico y el actual. Por otro lado, esto es lo que va a permitir, en términos de Strachey, romper el círculo vicioso neurótico. Para que esto ocurra, claro está, es necesario sostener el *setting* analítico e intervenir con la interpretación.

Según Strachey, la interpretación mutativa produce un cambio estructural, se modifica el objeto arcaico que se puede reintroyectar como más benévolo y cambia la naturaleza severa del Superyó.

Hoy, a ochenta años de la publicación de uno de los artículos más citados y discutidos en psicoanálisis desde variadas perspectivas teóricas, cabe preguntarse sobre la vigencia de las ideas presentadas. Por otro lado, esta pregunta está vinculada con la expansión del campo de los cuadros psicopatológicos tratados con la terapia analítica. En este sentido, ya no es posible desarrollar generalizaciones sobre el uso de la herramienta interpretación sin singularizar al paciente, al analista y sus referentes teóricos.

A partir de los estudios sobre el desarrollo psíquico temprano y el análisis de niños pequeños, en sus diferentes aproximaciones conceptuales, se ha incluido en la aproximación a la interpretación todo lo referido al lenguaje no verbal (gestos, mímica tonos de voz, silencios).

De todas maneras, la pregunta acerca de la acción terapéutica de la interpretación psicoanalítica sigue dejando abierta la cuestión y es germen de posibles desarrollos futuros en un momento en el que el psicoanálisis tiene abiertos espacios de debate acerca de las condiciones actuales de nuestro trabajo, la posibilidad de análisis a distancia utilizando los avances tecnológicos y la viabilidad del uso de nuestras herramientas en contextos ampliados.

Después de revisar ideas de Etchegoyen y de Strachey sobre la noción de interpretación, me interesa hacer una breve incursión por otras disciplinas.

El término *interpretación* también tiene una larga historia fuera del ámbito del psicoanálisis. En el campo de la filosofía, por ejemplo, la relación entre la percepción y la génesis del conocimiento ha sido un objeto de preocupación de larga data. Esta discusión es compartida actualmente por las ciencias duras, para las que no solamente no existiría el objeto observado sin observador, sino que el observar produciría efectos en lo observado.

La interpretación también se relaciona estrechamente con el arte, cualquiera sea su expresión. Susan Sontag, en su célebre artículo «Contra la interpretación» (1961/1996), pone en cuestión el papel históricamente atribuido a la crítica en su tarea de interpretar, traducir y develar lo que una obra de arte expresa. El punto central, para Sontag, es que este tipo de crítica confunde la obra con su contenido. Esto lleva, según la autora, a que el arte se vea exigido a dar cuenta del sentido, lo que lleva a la exigencia de interpretarla. Este ensayo, revulsivo y crucial en los años sesenta, conserva hoy el valor de poner en cuestión el valor absoluto de la interpretación en el arte.

Para Susan Sontag, los procesos de interpretación de la obra de arte, los intentos por volver inteligible un texto en particular o una obra en general, esconden una tentativa de alteración: no se trata de «leer» el cuerpo textual (sea literatura o artes visuales), sino de revelar su sentido, su contenido secreto.

Este ensayo, que merecería un mayor espacio, resulta estimulante al entrar en el terreno de la interpretación psicoanalítica pues nos incita a pensar nuestra práctica desde una actitud de interrogación y cuestionamiento. En esta dirección, la crítica de Sontag nos invita a repensar nuestra propia práctica a la luz de las alteraciones actuales. Por ejemplo: ¿Las herramientas clínicas elaboradas a fines del siglo XIX nos permiten intervenir en la clínica de la misma manera? ¿Qué ha cambiado? ¿Qué permanece? ¿En qué sentido una herramienta puede dejar de serlo?

Ahora bien, esta disposición a la revisión no resulta sencilla. Me atrevería a decir que, a veces, nos cuesta tanto o más que a nuestros pacientes.

Dicho esto, no hay que perder de vista que la interpretación en tanto herramienta *princeps* para el analista sigue vigente. Tal como adelanta-

mos, el impacto de los cambios culturales, sociales, familiares, subjetivos y tecnológicas se hace sentir en nuestros consultorios. Ha cambiado la presentación de la psicopatología y el encuadre analítico acepta nuevos modos de comunicación con la realidad informática presente en el vínculo analítico. Sin embargo, es necesario repensar la herramienta en cuestión.

Si ampliamos el foco con una mayor lente de aumento, detectamos cambios y mutaciones que implican transformaciones profundas en la manera de concebir el diálogo analítico. Si volvemos a la pregunta sobre la interpretación en el marco del consultorio, no hallamos algo equivalente a «la interpretación correcta». Si el analista construye una opinión acerca de lo que está ocurriendo en la relación transferencial, él mismo se hace cada vez más dependiente del contacto con su propia contratransferencia que va a poner a prueba, siguiendo a Bion (1962/1987), la *capacidad negativa*, es decir, la capacidad de tolerar dudas, incertezas y el no embarcarse en la búsqueda irritante de hechos y razones. Se trataría, podríamos concluir, de una *construcción* que puede operar y funcionar, pero que siempre es tentativa, conjetural y contingente.

Para avanzar en esta caracterización, vale detenernos con un poco más de detalle en dos aspectos técnicos: el contenido y la formulación de la interpretación. Respecto al contenido y haciendo una observación sobre mi propia tarea a lo largo de muchos años de práctica,⁵ puedo detectar diversos cambios. En el marco de la tradición ligada al modelo kleiniano —en el que me formé, por otra parte—, se supone una prevalencia de la hostilidad al comienzo de la vida, con la percepción del impulso de muerte y su posterior deflexión por temor al aniquilamiento. Este enfoque —que ciertamente no se corresponde con la manera de interpretar de Melanie Klein— tuvo consecuencias en una manera de interpretar, la que hizo foco en la hostilidad por sobre un variado repertorio de ansiedades a tomar. Este modelo, al que Meltzer (1984) denomina «teológico», supone que al nacer estamos amenazados de «infierno», y a través de ciertas operaciones mentales, tales como el *splitting* y la idealización, se emprende el camino del desarrollo. Las ansiedades en juego en esta

5 En análisis de niños, adolescentes y adultos.

configuración —esquizoparanoide— determinan un clima especial en la atmósfera del consultorio que podríamos llamar, en consonancia con el modelo que Meltzer (1984) llama teológico, el «clima del descenso a los infiernos». Este clima pudo haber hecho aparecer como natural el trabajo interpretativo del analista con cierto apuro por otorgar significación. Tal vez se trate de que, con los sentimientos contratransferenciales imperantes en ese clima, siempre resulte más apropiado entrar en el infierno con argumentos que sin ellos.

Esta tendencia pudo llevar, según entiendo, a la génesis de circuitos cerrados de índole paranoide en la interacción analítica. A mi juicio, se estrechó la receptividad que, por otra parte, tendría que dar lugar a los impulsos que vengan al campo transferencial. Cabe aclarar que no estoy diciendo que la transferencia negativa no existe. Por el contrario, considero esencial su interpretación, pero siempre en contrapunto con los impulsos libidinales que, en última instancia, permiten que el paciente esté en la sesión hablando o jugando con nosotros.

Si leemos trabajos con material clínico de hace más de treinta años, es notorio que se interpretaba mucho más que hoy en día. Quizás un cierto furor interpretativo puede tener como causa una necesidad defensiva del analista, quien, a través de la acción de hablar, puede dar curso a su propia ansiedad frente al contacto con la hostilidad más primitiva. Si ahora examinamos el área de la formulación de la interpretación y colocamos, como contrapunto, al modelo estético que postulé en el año 2000, se puede desprender una modalidad interpretativa diferente basada, creo yo, más en la posibilidad de observar y describir que en la de explicar (Ungar, 2000). Desde mi punto de vista, esta modalidad interpretativa metacomunica, asimismo, una actitud de observación, de reflexión y de conjetura.

Retomaremos aquí el debate acerca de si el psicoanálisis es una ciencia o un arte que apenas señalamos antes. El analista presenta a su paciente conjeturas bajo la forma de interpretaciones, y este debe realizar un trabajo psíquico con ellas. La interpretación es, así pensada, una invitación a trabajar. A diferencia de una hipótesis científica, que es taxativa, la conjetura imaginativa supone una opacidad que determina una actitud más pudorosa en el momento de interpretar. En esta dirección, el tipo de formulaciones «a mí me parece», «yo pienso que» o «podríamos pensar» no es

una estrategia diplomática para que el analista luzca más humilde, sino una enunciación que nos recuerda la imposibilidad esencial de saberlo todo.

3. Una visita al consultorio de ayer y de hoy

Para dar cuenta de los cambios en mi propia manera de trabajar, he revisado materiales clínicos de los comienzos de mi tarea con pacientes en análisis y otros más recientes desde una actitud de observación, experiencia de comparación que me ha permitido tomar contacto con las transformaciones en la práctica de manera muy vívida.

A continuación presentaré dos viñetas de mi propia clínica para estudiar cómo esta se ha modificado. La primera proviene del análisis de un niño realizado hace treinta años y la segunda es de una paciente, estudiante universitaria, en una sesión de hace poco tiempo atrás. Este contrapunto nos permitirá observar las intensas variaciones en torno de la interpretación.

El primer ejemplo es un breve fragmento de la primera sesión del análisis de Andrés. Se trata de un niño de cinco años que fue traído por una intensa tartamudez y dificultades en el nivel de gráficos esperables para su edad. Su análisis fue realizado con una frecuencia de cuatro sesiones semanales.

Llega y se despide fácilmente de la madre (quien lo trajo). Viene comiendo caramelos efervescentes que hacen ruido en su boca. Abre la boca y me dice: «Mirá cómo explotan». Yo lo miro. Comienza a hablar a gran velocidad en tono alto, tartamudea mucho, tose y estornuda. Cuenta que le regalaron una bicicleta y que en un asado el día anterior «los papás comían afuera».

Le interpreto: «Como es la primera sesión, estás asustado, querés llenar todo de palabras porque adentro tenés ideas que sentís que son cosas que te explotan en la boca como el caramelo».

Andrés agrega: «Que me explotan en la boca como bombas».

Le interpreto: «Me tenés miedo, no sabés cómo voy a recibir lo que sentís que son bombas adentro tuyo».

Andrés: «Decime: ¿Para qué vine? Ah, sí... vine para que me digas que tengo que venir. Pero yo practico básquet, y hoy falté».

Le interpreto: «Por un lado, quisieras ver conmigo por qué te explotan las palabras en la boca y las cortás y tartamudeás, pero por otro, tenés miedo y preferirías quedarte con lo que ya conocés, que es el básquet».

Este breve ejercicio de observar mi modalidad interpretativa cuando era una joven analista resultó revelador. Al leer las interpretaciones que le hice a Andrés en su primera sesión, estoy de acuerdo con el contenido —me parece que apuntaban al centro de máxima ansiedad, como nos enseña Melanie Klein (1926/1975)—; al mismo tiempo, la formulación me resulta muy asertiva. Otorga significado y no abre caminos. Más bien, presenta hipótesis que no dejan prácticamente lugar a otras ideas nuevas.

El contacto con la obra y la persona de Meltzer, sobre todo en la formulación de un modelo estético (Ungar, 2000), tuvo un gran impacto, en mi manera de entender el oficio psicoanalítico y a la hora trabajar. En el modelo estético, el saber del analista va a estar siempre excedido por lo que el paciente transfiere, no hay chance de conocimiento total o completo dadas las cualidades no observables desde lo sensorial del llamado objeto psicoanalítico. Así, se desprende un estilo de interpretación psicoanalítica que se basa fundamentalmente en la posibilidad de observar y describir, no de explicar.

Si retomamos el breve ejemplo clínico de la primera sesión con un niño de cinco años, vemos que la primera interpretación le adjudica al niño desde sentimientos a intencionalidades. «Como es la primera sesión, estás asustado, querés llenar todo de palabras porque adentro tenés ideas que sentís que son cosas que te explotan en la boca como el caramelo». Cuando hoy releo estas viñetas, me veo a mí misma como una joven analista muy entusiasmada, pero con poca vacilación. Hoy tendría una actitud más descriptiva, con una mayor aceptación de que el trabajo interpretativo supone una secuencia, un diálogo, una serie de conjeturas. Si tratara, en una suerte de ejercicio, de imaginar mi modalidad de intervención actual, se me ocurre lo siguiente: hoy me detendría en el comienzo de mi interpretación. Entonces, le hablaría a Andrés de su temor de comenzar una experiencia nueva con alguien que apenas conoce mientras su mamá se queda afuera (tomando lo de que ayer, en el asado, los padres comieron afuera). Hoy, además, no me apresuraría a interpretar las ideas le «explotan en la boca», y no lo haría porque entiendo que esa fantasía no está. Me sigue resultando evidente, como en ese momento, que hay una fuerte relación entre la agresión y su síntoma (las palabras salen cortadas). Sin embargo, esperaré a que el niño tuviese

la oportunidad de llegar a eso de algún modo. En síntesis, con mi ayuda, pero desde él.

Por otra parte, Andrés acepta inmediatamente mi sugerencia de que algo le explota en la boca, y agrega «que me explotan en la boca como bombas». Eso le produce más excitación, y trata de utilizar defensas maníacas omnipotentes de poseer material explosivo que puede utilizar. Luego de mi segunda interpretación, relacionada con su posible temor de que no pueda recibir su agresión, surge la confusión, y recién ahí parece preguntarse dónde está y con quién: «Decime: ¿Para qué vine? Ah, sí... vine para que me digas que tengo que venir».

El niño se pregunta, y tal vez no pueda esperar una respuesta. Se contesta con algo que puede calmarlo: que yo le voy a decir para qué tiene que venir a análisis. Esa invitación es la que hoy tendría cuidado de aceptar, la de responder rápidamente al servicio de atenuar la ansiedad de ambos.

Durante el tratamiento de Andrés, que fue intenso y no muy largo, la hostilidad pasó a la acción en varios momentos, incluido el lanzamiento de objetos que me golpearon. Tuvimos que suspender sesiones antes de la hora, con presencia de la madre en la sala de espera hasta que terminara la sesión, trabajando allí con él. Lentamente apareció la posibilidad de dibujar, y luego de un lapso de tiempo, el síntoma disminuyó. Este paciente, como casi todos, me enseñó mucho acerca de la técnica con niños y, sobre todo, a seguirlo a él en sus posibilidades de acercarse al centro de su ansiedad y de su dolor mental, lo que me ha resultado de utilidad en el trabajo con pacientes de cualquier edad.

La cuestión de la invitación, a la que me referí al presentar la viñeta del análisis de Andrés, me ofrece una entrada para observar-me trabajando en una sesión bastantes años después.

Una joven paciente en el curso de su cuarto año de análisis y a poco de empezar la sesión de un día lunes me comunica, con mucha emoción y en tono de pregunta, que ha decidido invitarme a la ceremonia de su graduación universitaria, que tendrá lugar dentro de dos meses. Luego, se queda en silencio.

Yo no respondo nada ni siento necesidad de hacerlo. Al rato, ella sigue hablando acerca de lo difícil que le resultó llegar a esa decisión de

invitarme, pero siente que para ella será importante mi presencia, que jamás se le hubiera pasado por la cabeza invitarme a una fiesta —por ejemplo, de su cumpleaños— pero que esto es diferente.

Hace otro silencio de varios minutos. Luego dice que estuvo hablando con su novio y pensaban que seguro yo no querría ir porque eso es salirse del encuadre. Hace otro silencio —esta vez, más prolongado— y dice que pensándolo más, quizás yo no querré ir porque pienso que la podría poner más ansiosa a ella.

Debo decir que transcurrió más de la mitad de la sesión en la secuencia descrita.

Recién ahí le interpreté que quizás necesitaba mi presencia concreta en su ceremonia de graduación porque no confiaba en contar conmigo desde adentro de ella, que luego llegó sola a la conclusión, primero, de que no iría porque estoy encerrada en las reglas del encuadre, para pasar a pensar que quizás no iría para cuidar su análisis y, así, a ella.

La sesión continuó y fue evidente el clima de alivio que sintió la paciente; tardó poco en decir que ahora pensaba que quizás se sentía obligada a invitarme por algo ligado a su propio sentimiento de exclusión en diferentes grupos desde niña.

Esta situación transferencial abrió el camino para seguir explorando aspectos de su conflictiva edípica, ya que enseguida asoció con que sus padres le han contado que en la primera visita que hiciera al hospital cuando nació su hermano, tres años menor que ella, se cayó al entrar y tuvieron que hacerle una curación menor en el mismo lugar.

Luego de una breve intervención mía en relación con que parecía que en ese momento su enojo por sentirse desplazada se volvió contra ella misma, la paciente sigue recordando lo difícil que fue para ella encontrar un lugar no solo en la familia —es la hermana del medio de tres—, sino que esta situación se repitió en los grupos de niñas en su infancia y su temprana adolescencia.

A partir de este breve fragmento de una sesión y con la pregunta de la interpretación como norte, me pregunto por otras posibilidades, ante esa invitación, que hubiera desarrollado a lo largo de mi propia historia como analista. Podría haber permanecido callada, según el modelo de que el analista no debe contestar preguntas. También podría haberle interpretado

a la paciente en relación con lo que significa mi presencia en su graduación como una proyección de su *self* infantil en mí, presente en la escena primaria. El hecho es que no le respondí. Creo ahora que utilicé como indicador mi contratransferencia, al no sentir presión ni necesidad de mi parte de hacerlo. No hablé en ese momento porque no lo sentí necesario. Pienso que decidí tomar su pregunta y pensar, sobre todo, pensar qué podía ofrecerle a ella para seguir pensando acerca de su deseo de invitarme. Ahora bien, eso fue posible luego de sostener una actitud de silencio hasta formular una interpretación que permitiera que la paciente hiciera un recorrido: desde su idea de invitarme hasta llegar, sola, a la decisión de no hacerlo.

Este recorrido por la situación clínica y centrada en la operación interpretativa no pretende sintetizar la complejidad de nuestro escenario, tanto a nivel de las variaciones en las subjetividades como en el oficio del analista. Sin embargo, entiendo que nos permite pensar una variación sustantiva en el estatuto de interpretación. Al revisar ese contrapunto, que por otro lado es parte de mi historia como analista, no puedo dejar de observar las variaciones a la hora de interpretar. Visto en perspectiva, veo diferencias que describen mi posición, pero estoy segura que también la de otros analistas. Hoy me veo interpretando más cerca del paciente y de su estado de ánimo. Observo un trabajo conjunto. Se trata de una invitación a un proceso de pensamiento que, para seguir vivo, requiere volver a pensar.

Para concluir, retomemos la pregunta relacionada con la caja de herramientas: ¿Qué herramientas de nuestra clínica necesitamos poner en cuestión para seguir trabajando como psicoanalistas? En el caso de la interpretación, la herramienta *princeps*, esta pregunta es compleja porque no se trata de sustituirla por otra, como lo haría el artesano mientras mira su caja de trabajo, sino de revisar su uso a la luz de las variaciones actuales y en tensión con ellas. No hay dudas de que no se trata de un ejercicio sencillo. Sin embargo, resulta necesario y se convierte en una invitación que no podemos dejar pasar. ♦

RESUMEN

En los últimos cincuenta años se han producido cambios acelerados en la cultura que tienen impacto en las subjetividades infantiles, adolescentes y adultas. Me voy a referir sobre todo a las modificaciones en las configuraciones familiares y en los modos de crianza, y al avance tecnológico. Estas transformaciones han tenido un impacto en la práctica psicoanalítica, tanto en las presentaciones clínicas como en la técnica, y es posible que también haya modificaciones en la teoría psicoanalítica. Este panorama nos obliga a pensar si las herramientas construidas en la época en que nació el psicoanálisis siguen vigentes y si han sido afectadas por los cambios de la época. Se tomará el tema de la interpretación psicoanalítica y el encuadre.

Descriptores: SUBJETIVACIÓN / CAMBIO PSÍQUICO / ADOLESCENCIA / CLIVAJE / MATERIAL CLÍNICO / GLOBALIZACIÓN / SOCIEDAD / FUNCIÓN PATERNA / INTERPRETACIÓN

SUMMARY

In the last fifty years infant, adolescent and adult subjectivities have undergone greater and greater modifications due to changes in the surrounding culture. This paper is focused above all on the resulting modifications in family configurations, modalities of upbringing and the advance of technology. These transformations have had a significant impact on psychoanalytic practice, both in the clinical matter we encounter in our everyday work and in technique, and there will also be possible modifications in psychoanalytic theory. This panorama leads us necessarily to consider whether the tools forged in the times of the birth of Psychoanalysis retain their validity, or whether they have been affected by changes in the intervening period and of the present day. The topics of psychoanalytic interpretation and the setting will also be dealt with.

Keywords: SUBJECTIVATION / PSYCHIC CHANGE / ADOLESCENCE / SPLITTING / CLINICAL MATERIAL / GLOBALIZATION / SOCIETY / PATERNAL FUNCTION / INTERPRETATION

BIBLIOGRAFÍA

- Bion, W. R. (1987). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Etchegoyen, R. H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1999). *Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica*. Buenos Aires: Polemos.
- (2014). Comunicación personal.
- Freud, S. (1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 107-121). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- (1976). La novela familiar de los neuróticos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 9, pp. 213-220). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Klein, M. (1975). Los principios psicológicos del análisis infantil. En H. Friedenthal (trad.), *Contribuciones al Psicoanálisis. Obras Completas* (vol. 2). Buenos Aires: Hormé. (Trabajo original publicado en 1926).
- Meltzer, D. (1984). *Dream Life: A Re-examination of Psychoanalytic Theory and Technique*. Perthshire: Clunie Press.
- Moreno, J. (2014). *La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Strachey, J. (1934). On the nature of the therapeutic action of psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 25, 127-159.
- Sontag, S. (1996). *Contra la interpretación*. Buenos Aires: Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1961).
- Ungar, V. (2000). *Transferencia y modelo estético*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional El desarrollo del método psicoanalítico. Estudios teóricos y clínicos de las contribuciones de Donald Meltzer al psicoanálisis, Florencia, Italia, febrero de 2000. Publicado en *Psicanálise* 2, 1.
- Viñar, M. (2014). *Anudamientos y contradicciones entre el orden simbólico y el imaginario cotidiano. Algunas preguntas sin respuesta nítida*. Trabajo presentado en el panel Representaciones Incestuosas: entre la realidad y la fantasía, VIII Congreso de APU, XVIII Jornadas de Psicoanálisis, 15 y 16 de agosto de 2014.
- Winnicott, D. H. (1979). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).

El tercer modelo de la teoría del campo psicoanalítica contemporánea¹



STEPHANIE MONTANA KATZ²

Siempre hay un tercero en psicoanálisis. En este trabajo voy a discutir un tercero en la teoría psicoanalítica: el tercer modelo de la teoría del campo psicoanalítica contemporánea. Dos modelos psicoanalíticos, uno basado en el trabajo de Madeleine y Willy Baranger, y el otro en el trabajo de Antonino Ferro, son reconocidos como teorías del campo. No siempre se comprenden las diferencias sustanciales entre estos dos modelos. Esto lleva a que algunas personas piensen que la «teoría del campo psicoanalítica» es un modelo. Como expresaré a continuación, estos dos modelos de teoría del campo son distintos, y cada uno de ellos ha evolucionado y se ha desarrollado de una manera diferente.

Existe, además, un tercer modelo. Este no es frecuentemente reconocido como una forma de teoría del campo psicoanalítica. El tercer modelo deriva de una familia de modelos psicoanalíticos que se desarrollaron principalmente en los Estados Unidos. Los miembros más sobresalientes de esta familia son los modelos psicoanalíticos interpersonal, intersubjetivo, motivacional y relacional. La historia temprana del desarrollo de los modelos en esta familia fue por momentos dolorosa. Esto quizás haya llevado a poner un mayor énfasis en, y a veces a la exageración de, lo nuevo de estos modelos y de lo que ellos rechazaban.

En esta familia de modelos en los Estados Unidos parecía haber un desinterés por los sueños y el soñar. Inclusive, más radicalmente, se podía

1 Traducción: Patricia Schiavone.

2 American Psychoanalytic Association. smkatz2@verizon.net

percibir una indiferencia a los procesos inconscientes, los cuales, por supuesto, son la base del trabajo psicoanalítico. Los sueños y el acto de soñar son procesos fundamentales en los otros dos modelos de la teoría del campo. Estas percepciones destacadas del trabajo psicoanalítico contemporáneo en Norteamérica, consideradas junto con otros factores que discutiré más adelante, han resultado en esta familia de modelos psicoanalíticos a los cuales no se les reconoce el parecido con otras formas de la teoría del campo psicoanalítica. Espero alterar esta percepción.

Preveo tres etapas de desarrollo de la teoría del campo psicoanalítica. El desarrollo inicial de la teoría del campo a mediados del siglo pasado fue la primera etapa. La teoría del campo de Baranger y Baranger, así como los modelos norteamericanos, comenzaron en esta primera etapa. La teoría del campo psicoanalítica contemporánea es la segunda etapa. El modelo de Ferro pertenece a esta segunda etapa, y la tercera todavía permanece en el futuro. Para que la teoría del campo en psicoanálisis se pueda mover hacia el futuro, es útil delinear las formas principales de la teoría del campo. De esta manera, los supuestos, los principios operativos y las técnicas específicas de cada modelo pueden precisarse, considerarse y compararse con aquellos de los otros modelos de la teoría del campo. Este tipo de clarificación puede llevar también a situar la teoría del campo psicoanalítica dentro del contexto más amplio del psicoanálisis.

Por razones que explicaré más adelante, en este trabajo le doy nuevos nombres a cada uno de los tres modelos de la teoría del campo. Al modelo de la teoría del campo basado en el trabajo de Baranger y Baranger lo llamo *modelo mitopoeico*. Al modelo desarrollado por Ferro lo llamo el *modelo onírico*. Al modelo de la teoría del campo basado en el trabajo de los psicoanalistas norteamericanos lo llamo el *modelo plasmático*.

LA HISTORIA DEL DESARROLLO DE LOS MODELOS DE LA TEORÍA DEL CAMPO PSICOANALÍTICA: LOS DESCUBRIMIENTOS DEL CONTEXTO, LA INTERDEPENDENCIA Y LA RELACIÓN

La teoría del campo psicoanalítica tiene sus semillas en los sucesos y desarrollos posteriores al comienzo del último siglo. Este fue un período en el que se hicieron añicos creencias que antes se habían sostenido con

firmeza. La certeza de los hechos ya no resistió más el examen. La verdad, la realidad y los valores se vieron cuestionados. Este período en la historia de las culturas occidentales generó el nacimiento de varias perspectivas psicoanalíticas nuevas que se parecen entre sí en sus valores centrales.

Los sucesos y las tendencias luego del comienzo del siglo pasado llevaron a cambios en el psicoanálisis, algunos de los cuales fueron elaboraciones o extensiones de las formulaciones originales de Freud, incluyendo algunas modificaciones hechas por el propio Freud. Otros desarrollos tuvieron lugar como respuesta a las fallas que se percibieron en la teoría y técnica psicoanalíticas. Estos desarrollos contribuyeron con la germinación de las teorías del campo psicoanalíticas a través de varios continentes, aproximadamente al mismo tiempo y de manera relativamente independiente.

Hubo un período de cambio significativo entre las guerras mundiales. Durante este período tuvo lugar un cuestionamiento del significado, de la existencia y de la certeza. Hubo un movimiento de alejamiento de los modelos sociales y científicos positivista y fundacionalista. Estos modelos proponían una base objetiva cierta y absoluta en objetos básicos de la realidad y en verdades básicas incontrovertibles. Lo que emergió en su lugar fueron modelos basados en *gestalts* e interrelaciones.

Los descubrimientos y las ideas del primer tercio del siglo pasado revolucionaron los modelos que se tenían hasta ese momento. No pudo continuar manteniéndose la creencia en la objetividad científica y en la separación entre el observador y lo observado. Las teorías de la relatividad de Einstein no solo cambiaron la física, sino también la comprensión científica moderna. En las dos teorías de la relatividad se introdujo en la medición el concepto de relación. Por ejemplo, las nuevas teorías establecieron que el espacio y el tiempo deben considerarse juntos, como una unidad de trabajo. Se demostró que la medición era una función del objeto de medida en conjunto con el movimiento relativo de los observadores.

El Principio de Incertidumbre de Heisenberg también demostró la importancia de la relación con la medición. El *principio de incertidumbre* determina el grado de incertidumbre en la medición como resultado del acto de medición por parte del observador. El *efecto observador* aborda específicamente el impacto de las herramientas y el acto de la observación

sobre lo observado. El efecto observador le otorga solidez a la comprensión de que la observación no es una actividad inerte. Esto tuvo una gran aplicación, más allá de las ciencias naturales, en todos los campos de estudio en los cuales jugaba un papel la observación. Particularmente el efecto observador fue relevante para el psicoanálisis y los conceptos del rol del analista en el proceso analítico.

Estas formulaciones contemporáneas y muchas otras pusieron énfasis en la interdependencia y en la comprensión de los individuos y de la experiencia humana como fundamentalmente incrustados en el todo complejo o en ambientes complejos. Con los descubrimientos de este período se consolidó un énfasis en la relación y en la interdependencia.

Durante el período medio del último siglo, el trabajo social del psicólogo Kurt Lewin influyó en el desarrollo de la teoría del campo psicoanalítica. Lewin elaboró un modelo de comportamiento y experiencia humanos. Este modelo usó fundamentalmente conceptos contextuales de *gestalts* y ambientes. Lewin creó el concepto de un campo de fuerza en el cual el individuo y el ambiente son interdependientes. El individuo y el ambiente eran considerados como variables inteligibles y predecibles solo como una constelación. Los conceptos del campo de Lewin se volvieron la base de la teoría del campo psicoanalítica.

En las secciones siguientes discutiré brevemente algunos aspectos sobresalientes de los modelos de Baranger y Baranger, y Ferro. Esto permitirá, luego, una comparación con los aspectos centrales de la familia de las teorías del campo en Norteamérica. Ofreceré una descripción de un modelo resultante para la inclusión del todavía no formulado tercer modelo de teoría del campo psicoanalítica contemporánea.

EL MODELO DE LA TEORÍA DEL CAMPO PSICOANALÍTICA DE MADELEINE Y WILLY BARANGER

Baranger y Baranger (1961, 2009) desarrollaron una teoría del campo psicoanalítica en Sudamérica. Este modelo estuvo influido por la psicología Gestalt y la teoría del campo de Lewin. Ubicando el concepto de campo de Lewin en la base de su teoría psicoanalítica junto con el trabajo de Melanie Klein sobre la identificación proyectiva y otras influencias, Baranger y

Baranger ofrecieron una reformulación del modelo estructural. El ímpetu por el trabajo de Baranger y Baranger puede comprenderse como el pensar a través de las consecuencias de los conceptos psicoanalíticos y los principios para el trabajo clínico. La teoría del campo psicoanalítica de Baranger y Baranger es una extensión del modelo estructural, y no una desviación de él. Esto se contrasta con las teorías del campo norteamericanas cuyas motivaciones fueron proveer de alternativas a la teoría de la pulsión y al enfoque clínico mecánico del modelo estructural.

Baranger y Baranger mantuvieron en la superficie mucho del modelo estructural, incluyendo los objetivos del proceso psicoanalítico, el encuadre, la asociación libre y la interpretación. El objetivo de un proceso que usa la teoría del campo analítico de Baranger y Baranger es que el analizando gane *insight*. Baranger y Baranger describen los objetivos de los procesos psicoanalíticos como la resolución de los conflictos del analizando a través de la interpretación y del *insight*.

Los conceptos de identificación proyectiva y contratransferencia contribuyeron a que Baranger y Baranger desarrollaran un concepto de campo para describir lo que se despliega en un proceso analítico. Con el énfasis en la interdependencia de los participantes en el proceso, Baranger y Baranger describieron la relación de la pareja analítica como bipersonal. El campo de los Baranger es bipersonal. El analista es visto como un participante pleno en el proceso. Los roles de los participantes son asimétricos, sin embargo, y se considera que el yo observador del analista está siempre activo. El factor de la bipersonalidad del campo lo distingue del modelo estructural. La interdependencia de la pareja en un proceso analítico ocurre dentro de la constelación de un campo. Este tipo de campo dinámico es lo que Baranger y Baranger describieron como un campo psicoanalítico. De acuerdo con la heurística de este modelo del campo, los desarrollos en el proceso analítico no pueden ser atribuidos a ninguno de los participantes.

En este modelo el principal objeto de interés y observación dentro de un proceso terapéutico es el campo analítico. Debido a que el campo es el objeto de estudio, aunque en un proceso analítico hay dos individuos involucrados, cada participante es entendido como constituido por el proceso en el campo. Ninguno de los miembros de la pareja analítica puede ser comprendido sin el otro. Ambos están inmersos en el proceso

del campo. El trabajo del analista es, a través de la interpretación, liberar a ambos participantes de los procesos patológicos que emergen en el campo. A diferencia de los modelos estructural y de la *psicología del yo*, y a semejanza de otros modelos norteamericanos de la primera etapa de la teoría del campo, cada pareja analítica y cada proceso analítico son entendidos como necesariamente únicos.

La divergencia de este modelo con el estructural y con el modelo de la psicología del yo yace en la comprensión y las consecuencias de la biperpersonalidad de la situación analítica. Esto distingue claramente la teoría del campo psicoanalítica de Baranger y Baranger. Los Baranger articulan la comprensión emergente de mediados del último siglo del rol del analista y de la contratransferencia y sus implicancias. Para el momento en el que fue originalmente formulado, este modelo constituyó un punto de partida radical. Baranger y Baranger describen al proceso analítico en términos kleinianos, incluyendo la identificación proyectiva como un elemento crucial. La influencia de Lewin le dio a este modelo, además, una dimensión diferente. Estas diferencias afectaron la técnica clínica. Para explorar las modificaciones y divergencias del modelo estructural, Baranger y Baranger elaboraron nuevos términos técnicos. Algunos de los nuevos términos son «campo psicoanalítico», «punto de urgencia», «ambigüedad esencial», «baluarte» y «segunda mirada».

Un ejemplo de cambios en la técnica deriva de un énfasis en lo que Baranger y Baranger llamaron la «ambigüedad esencial» de la situación psicoanalítica. Esto llevó a entender la cualidad de las sesiones como material onírico, lo cual no era un concepto clínico completamente nuevo. Bertram Lewin (1955) ya había escrito en este período acerca de extender el análisis de los sueños a las sesiones clínicas. Fue novedosa la manera en la que Baranger y Baranger aplicaron la ambigüedad esencial al trabajo clínico como en una situación similar a la de los sueños. El uso dominante de la calidad onírica de las sesiones por parte de los Baranger impactó de manera significativa en los desarrollos futuros de la teoría del campo.

Baranger y Baranger entendieron la ambigüedad esencial de la sesión como que el proceso psicoanalítico enfrenta una temporalidad alterada, como en los cuentos de hadas o en los sueños. La experiencia del tiempo de las sesiones hace espirales y contiene simultáneamente el pasado, el

presente y el futuro. La ambigüedad en la situación analítica asume para Baranger y Baranger lo que ellos llaman una cualidad mitopoeica. Aquí, el énfasis que ponen Baranger y Baranger en la metáfora de Freud del proceso analítico como un juego de ajedrez, más que ser una expedición arqueológica, toma una importancia específica. Se trata del proceso creativo emergente como elemento esencial para el trabajo analítico más que una búsqueda de material genético.

Siguiendo la heurística de una sesión como si fuera un juego de ajedrez, una sesión tiene dos participantes involucrados en un proceso creativo estructurado. Los significados de los movimientos en la sesión y las comunicaciones son entendidos como mitopoeicos, señalando el aspecto de la ambigüedad esencial. Esto hace surgir una cualidad de tipo onírico en las sesiones. En este modelo, un campo es una escena onírica construida asimétricamente por los participantes. El trabajo del analista es determinar la fantasía inconsciente sobresaliente de la sesión o de las sesiones e interpretar. Las fantasías que surgen en el campo le pertenecen al campo, y no a ninguno de los participantes separadamente.

Los procesos inconscientes y las fantasías son entendidos en este modelo como bipersonales y como pertenecientes al campo. En este modelo, el campo mismo tiene sus propios procesos inconscientes. Los procesos inconscientes del campo son descritos como un producto creativo único del proceso analítico. Un resultado del surgimiento de las fantasías del campo es la creación del proceso inconsciente del campo. Esto se considera no solo diferente de los procesos inconscientes de los participantes, y no la suma de ambos procesos inconscientes, sino, además, como algo diferente. Lo inconsciente del campo es un producto creativo del proceso psicoanalítico. Las fantasías y los procesos inconscientes del campo son fundamentalmente diferentes de los de cada participante. Los procesos inconscientes del campo no podrían haber sido predichos antes de que se desplegara su momento a momento en el proceso analítico. Según Baranger y Baranger, los objetos de interés específicos en un proceso terapéutico son el proceso inconsciente y las fantasías del campo, y no los del analizando.

La calidad de la experiencia de las sesiones es la de un espacio onírico en el cual cada elemento del campo es al mismo tiempo algo más. El analista escucha las comunicaciones del analizando como si estuviese

escuchando una historia. Baranger y Baranger llaman a esto el «circuitito mitopoeico» del proceso analítico. Esta forma de escucha analítica y de interacción bipersonal entiende todas las comunicaciones como infundidas con elementos metafóricos y de fantasía.

Las herramientas terapéuticas de este modelo son la asociación libre, la interpretación, el circuitito mitopoeico y lo que Baranger y Baranger llaman «baluartes» y «segunda mirada». Este último conjunto de técnicas duales se introduce para describir bloqueos o impasses en el trabajo y su disolución. Un baluarte evoluciona en el campo por una confabulación inconsciente de los participantes. Cuando el analista reconoce que hay un bloqueo para el trabajo, debe dar un paso atrás e intentar evaluar la situación, dando lo que Baranger y Baranger llaman una segunda mirada.

EL MODELO DE LA TEORÍA DEL CAMPO PSICOANALÍTICA DE ANTONINO FERRO

Unas pocas décadas más tarde, principalmente en Italia, se desarrolló otra teoría del campo que recibió la influencia del modelo de Baranger y Baranger, y también estuvo fuertemente influenciada por el trabajo de Wilfred Bion. Esta teoría ha sido llamada recientemente la teoría del campo bioniana y fue desarrollada por Antonino Ferro (2006/2009, 2007/2011) acompañado por Giuseppe Civitarese (2008/2010, 2013).

Ferro se basó en el trabajo de Baranger y Baranger, Bion, Klein, Langs y Ogden, y además tuvo la influencia de la narratología. Ferro introdujo un nuevo modelo de teoría psicoanalítica del campo. Yo designo la teoría del campo basada en este modelo como *modelo onírico* de la teoría psicoanalítica del campo. El trabajo de Ferro llevó a una desviación significativa del modelo previo de teoría del campo de Baranger y Baranger. También contiene cambios radicales en la técnica clínica.

El modelo de Ferro toma y pone el acento en la cualidad onírica de los campos de Baranger y Baranger. Los campos psicoanalíticos de este modelo son escenas en las que la cualidad onírica de las sesiones es esencial y omnipresente. Ferro describe al analista como quien escucha todas las comunicaciones del analizando como comunicaciones en, y también sobre, un sueño. Este tipo de campo analítico, así como el de los Baranger, tiene su

propio proceso inconsciente cocreado e independiente. Aquí también está el campo, sus movimientos, estancamientos y perturbaciones, que son el objeto de interés del proceso analítico. El campo es considerado heurísticamente como un organismo vivo, que respira. Una diferencia con el modelo de Baranger y Baranger es que aquí se considera que durante las sesiones, los participantes están en un sueño. En cambio, Baranger y Baranger pusieron énfasis en analizar la historia bipersonal que surge en el campo.

La forma de la teoría del campo de Ferro hace uso del modelo de funcionamiento mental de Bion. Este modelo utiliza los conceptos de Bion, incluyendo la función alfa, los elementos alfa y beta, los «pensamientos del soñar despierto» [*waking dream thoughts*] y *rêverie*. La noción del pensamiento del soñar despierto de Bion se usa y se expande sobre la cualidad onírica de las sesiones de Baranger y Baranger. En este modelo de la teoría del campo se pone énfasis en el pensamiento del soñar despierto como una manera de describir los aspectos de los procesos mentales en curso. La interacción bipersonal en un proceso analítico incluye la evacuación y proyección de elementos beta del analizando. El modelo requiere el presupuesto de que pensar demanda dos mentes. Los elementos beta, los elementos protosensoriales no metabolizados, son idiosincráticos como en la función alfa de un individuo que transforma los elementos beta en pictogramas. Se considera que los elementos beta del analizando son procesados por la función alfa del analista. Los elementos alfa resultantes pueden luego ser proyectados nuevamente al analizando para su metabolización y usados en el pensamiento del soñar despierto.

La transformación en elementos alfa permite el pensamiento del soñar despierto. Un aspecto principal del rol del analista en este modelo es darle al campo una función alfa relativamente más fuerte para que, a partir de la creación de la función alfa del campo, se genere progresivamente la del analizando. De este modo, la función alfa del analizando se desarrolla a través del proceso analítico. En este modelo de la teoría del campo, un objetivo principal de los procesos psicoanalíticos es movilizar la función alfa del campo y, en última instancia, del analizando. La meta de un proceso analítico en este modelo de la teoría del campo también es descrita como expandir el pensamiento, el soñar y el sentimiento del analizando. Los objetivos de esta forma de teoría del campo tienen implicaciones técnicas.

Una consecuencia del foco de este modelo es que se les quita énfasis a los contenidos y a la historia. La función del sueño en las sesiones se utiliza para analizar todas las comunicaciones entre el analizando y el analista, así como el campo y la diada. Esto lleva a diferencias con otros modelos de la teoría del campo en términos de teoría y también de técnica. La influencia de la narratología en este modelo de la teoría del campo contribuye a darle forma a la técnica clínica. Una manera de entender esta influencia en el marco clínico es que está al servicio de los personajes introducidos en el campo a través de las comunicaciones del analizando en términos del rol que juegan en la historia que se está contando. Se entiende la sesión como una realidad virtual, una escena onírica en movimiento.

Parte del rol del analista en este modelo es escuchar los elementos narrativos de las interacciones bipersonales en el campo y pensarlos como imágenes holográficas funcionales. Un punto prioritario en el trabajo de Civitaresse es que la cualidad onírica de las sesiones puede entenderse como una obra de teatro. La realidad relativa de las sesiones se compara con la realidad relativa de una obra para una audiencia absorta en una actuación. En el caso de las sesiones analíticas, cada participante, el analista y el analizando, es a la misma vez el autor y el actor de la obra. La selección de los personajes y también la cocreación de ambos participantes pueblan y le dan forma al campo.

El foco de este proceso está en aquello que hay en el campo. En este modelo, esto sucede de una manera más radical que en otros modelos de la teoría del campo. Aquí existe menos interés en discernir los objetos, las estructuras o los patrones en funcionamiento o históricos del analizando. Lo que está disponible para ser usado en el proceso analítico es lo que está en el campo. El campo es un producto creativo del trabajo de la pareja analítica. Este modelo le ofrece al analista un rango más amplio de opciones clínicas. En un sentido básico, es lo que es en el campo tal como es vivido por el analista, que es el sujeto del trabajo analítico.

MODELOS DE LA TEORÍA DEL CAMPO PSICOANALÍTICA CONTEMPORÁNEA EN NORTEAMÉRICA

Las teorías del campo que comenzaron a evolucionar a mediados del siglo pasado en Norteamérica, contemporáneamente al trabajo de Baranger y

Baranger, tuvieron diferentes instancias. Todas ellas fueron diferentes al modelo desarrollado en América del Sur. A diferencia de lo que motivó el desarrollo del modelo de Baranger y Baranger, las teorías del campo que se desarrollaron en América del Norte fueron una reacción a los problemas encontrados en el modelo estructural y, particularmente, en la psicología del yo norteamericana. A pesar de ello, el trabajo de Hartmann y Kris (1945) comenta sobre la compatibilidad de la teoría del campo y la psicología del yo. Otro indicio de que hubo aspectos de la aplicación clínica de la teoría del campo contemporánea que estuvieron presentes dentro del movimiento de la psicología del yo norteamericana es el trabajo de B. Lewin a mediados del siglo pasado sobre una versión del paradigma del sueño del proceso analítico.

Las objeciones a la teoría de la pulsión y a los conceptos freudianos de pulsión fueron un impulso para los desarrollos de las teorías del campo en Norteamérica. Otras motivaciones estuvieron vinculadas con repensar los conceptos psicoanalíticos de neutralidad, intercambiabilidad del analista, el rol del analista y la contratransferencia. La tendencia a cuestionar los conceptos básicos del psicoanálisis llevó a varias maneras diferentes de replazar los modelos intrapsíquico y genético. Esto dio como resultado nuevos modelos que incluían un campo psicoanalítico que contenía a la pareja analítica como una unidad. Las teorías del campo en Norteamérica además de estar influenciadas por el trabajo de K. Lewin, también lo estuvieron por el posmodernismo y la hermenéutica. De esta forma, los nuevos modelos en Norteamérica priorizaron el lenguaje, el significado y la narrativa.

Hay diferentes líneas de teorías del campo en América del Norte, que incluyen una línea dominante de Harry Stack Sullivan a través de Edgar Levinson y Donnel Stern, otra que parte de la teoría de las relaciones objetales británica a través de Stephen Mitchell y Heinz Kohut hasta George Atwood y Robert Stolorow, y una tercera que hace uso de las teorías de los sistemas, principalmente en el trabajo de Joseph Lichtenberg y en el de Lichtenberg, Frank Lachmann y James Fosshage. Esto ha resultado en diferentes formas de teorías psicoanalíticas del campo llamadas teoría interpersonal, teoría intersubjetiva, psicoanálisis relacional y teoría de los sistemas motivacionales. A pesar de ser distintas, todas estas teorías del

campo tienen elementos centrales en común. Este centro común incluye el énfasis en el desarrollo humano y el lenguaje, e incluir en las metas del proceso psicoanalítico la liberación del analizando de estructuras y patrones experienciales osificados.

Levenson priorizó la importancia de la atención al lenguaje y fue el primer psicoanalista en los Estados Unidos que demostró la importancia de usar los conceptos posmodernos en el psicoanálisis (Levenson, 2005). A este respecto, Levenson puso el énfasis en la descripción narrativa sobre la verdad objetiva. El pasado se entiende como reflejado a través de la experiencia y de la comprensión del presente. Al pasado se lo considera como un constructo en el presente sin una existencia independiente u objetiva en sí mismo. El proceso analítico hace foco en las interacciones en vivo en el presente entre el analista y el analizando.

Los padrones que emergen en la relación analítica interpersonal tienen contribuciones por parte de ambos participantes, con un mayor peso de los patrones emergentes del analizando. En el trabajo de Levenson, el concepto de mente se articuló de una manera radical como un fenómeno del campo. Escribió: «el cerebro es individual pero la mente es un fenómeno del campo... a la Winnicott no existe la mente como tal» (Levenson, 2001, traducción propia).

Levenson ubica el cambio terapéutico como surgiendo de dentro de y desde la situación presente en la cual se encuentran juntos el analista y el analizando, quienes en última instancia exploran y llegan a comprender sus patrones y situaciones de interacción. Incrustados en los patrones que emergen en su diálogo estarán algunos de los que Levenson llama los «mitos personales» del analizando. De acuerdo con Levenson, el campo interpersonal contrae la «enfermedad» del analizando. El analista se involucra en el problema y pasa a ser parte de él. Tales fenómenos del campo son creaciones que surgen a través de la comunicación inconsciente de los participantes. Es tarea del analista reconocer la configuración experiencial de la pareja analítica.

Un paso crucial en este tipo de proceso analítico es que el analista comprenda su propia participación. Luego de esto, el analista puede hacer participar al analizado en una comprensión conjunta de la respuesta a la pregunta clínica de Levenson: «¿Qué está sucediendo aquí?». El objetivo

es liberar a la pareja analítica de un campo enfermo. El objetivo de un proceso analítico es que progresivamente se traigan a la luz de la exploración en el campo interpersonal los elementos de los mitos personales inconscientes del analizando. Esto se entiende como lo que le permitirá al analizando una mayor libertad de las restricciones de los mitos y una mayor elección y espontaneidad en la vida. En este proceso, el analista está inmerso en el campo y participa en él. El trabajo del analista es también ser un observador de su propia experiencia en el campo.

A continuación se presenta un ejemplo clínico de Levenson (1978) que demuestra algunos aspectos de esta manera de trabajo.

Permítanme usar otro sueño como ejemplo de esto. Este es un paciente que sueña que se come su sombrero. Omitiré la mayoría de los detalles, pero lo importante del sueño es que se está comiendo un sombrero que él describe como hecho de «polímero uretano». En el sueño piensa: «Es raro que no sepa a goma». Elegí este sueño porque ilustra los diferentes parámetros de la metáfora y la metonimia, y su superposición. Hay muchos vínculos asociativos: por ejemplo, él trabaja para una empresa química. Inclusive hay asociaciones con masticar su sombrero. Pero uno no necesita saber nada sobre este hombre para saber que la metáfora de comerse su sombrero es algún tipo de acto de arrepentimiento o perder una apuesta y pagarla. Hay todavía más temas metafóricos. Cualquier persona que tenga la edad suficiente para recordar los años treinta recuerda que era un tema visual muy común en las tiras cómicas y en las películas. Este hombre es visual, tiene la suficiente edad y es bastante ingenioso. Por lo tanto, uno podría pensar que o bien la referencia es de alguna manera anacrónica, no es un término que la gente use mucho ya, o quizás da el período de la experiencia histórica relevante. Pero aún más, examine la lógica del sueño. Él se come el sombrero, lo saborea y se dice a sí mismo: «Es raro que no sepa a goma». Esta precisamente es la lógica de la fiesta del té del Sombrerero Loco cuando este trata de reparar un reloj con manteca y Alicia le dice: «No puedes arreglar un reloj con manteca», y él lo sumerge en el té y comenta melancólicamente: «Pero era la mejor manteca de todas».

Ahora, esas no son asociaciones libres ni son asociaciones particularmente relevantes para la experiencia privada del paciente, pero son el tipo

de juego que pienso que hacen la mayoría de los terapeutas. Una vez que uno capta la lógica alocada del sueño, del tipo de *Alicia en el país de las maravillas*, el terapeuta de pronto se da cuenta de que él y su paciente han estado teniendo exactamente este tipo de intercambio, que sucede todo el tiempo cuando uno habla con este hombre, que presenta este tipo extraño de negativismo paralógico tangencial. La metáfora del sueño entonces toma un significado no solo por el sueño, sino también porque lleva sus patrones a la transferencia y a las otras áreas de la vida del paciente. En otras palabras, son variaciones del otro. La metáfora «transmite», que es lo que se supone que hacen las metáforas. Además, una vez que uno oyó la metáfora y la extendió con sus asociaciones metonímicas, el paciente nunca parece ser el mismo otra vez y uno nunca más oye lo que está diciendo exactamente de la manera en que lo oyó antes. Y es más, uno no tiene absolutamente ninguna elección en el asunto. Algo ha sucedido en la terapia. [Traducción propia]

Otro modelo norteamericano es el psicoanálisis intersubjetivo, que creció a partir de la *psicología del self*, desarrollado por George Atwood y Robert Stolorow (2014). La teoría intersubjetiva estuvo influenciada, además de por la psicología del *self*, por el estructuralismo, la fenomenología, el existencialismo y la hermenéutica. En esta teoría se priorizan las estructuras del desarrollo. Uno de los focos de los procesos terapéuticos es discernir los patrones inconscientes del desarrollo y las estructuras del analizando tal como emergen en la interacción intersubjetiva entre el analista y el analizando. La teoría ubica la personalidad como construida desde los principios organizadores que subyacen a las estructuras del desarrollo, y los principios organizadores se entienden como evolucionando a partir de las interacciones intersubjetivas tempranas y actuales con los cuidadores y otros. Se describe el proceso psicoanalítico como desarrollándose en un campo intersubjetivo psicológico.

La teoría de los sistemas motivacionales fue desarrollada por Lichtenberg (1989) y por Lichtenberg, Lachmann y Fosshage (2011). Esta teoría se basó en la investigación infantil. En ella, la motivación humana emerge de la experiencia intersubjetiva. El enfoque de los sistemas motivacionales de Lichtenberg y de Lichtenberg, Lachmann y Fosshage es un modelo del

desarrollo que prioriza la experiencia intrapsíquica dentro de un contexto intersubjetivo. Se describen siete sistemas motivacionales como operativos en cada persona desde el comienzo de su vida. Cada sistema consiste en una necesidad, evoluciona a lo largo de la vida de un individuo y puede ser más o menos notable en relación con los otros seis sistemas motivacionales en cualquier momento de la experiencia de la persona. Las motivaciones se entienden como los elementos básicos de la experiencia humana.

Cada sistema motivacional opera dentro del contexto inmediato de los siete sistemas motivacionales en un individuo. El individuo opera dentro de un contexto más amplio de interacción con los sistemas motivacionales de los otros. Juntos, el analista y el analizando forman un sistema interactivo. Se afirma que el modo empático del analista sitúa a este dentro de la experiencia del analizando. En un proceso analítico, el analista y el analizando construyen y están inmersos en escenas modelo que capturan y organizan la experiencia en estructuras inconscientes del desarrollo del analizando. Al hacer esto, la pareja analítica desarrolla una comprensión de los roles relativos de los sistemas motivacionales en las escenas modelo y las metáforas incrustadas en ellas. La teoría de los sistemas motivacionales tomó una postura radical de oposición al concepto de las pulsiones. En su lugar, la teoría de los sistemas motivacionales desarrolló y articuló una nueva noción de motivación humana. La motivación se describe aquí en términos de los conceptos de emergencia y generación creativa de la teoría de los sistemas. Esto allana el camino y prioriza el elemento creativo en la experiencia humana y en el proceso terapéutico.

Hay que mencionar aquí un desarrollo final y prominente de las teorías del campo en Norteamérica: la teoría relacional de Jay Greenberg y Stephen Mitchell (1983). El psicoanálisis relacional es un modelo de desarrollo bipersonal que estuvo influenciado por las relaciones objetales, Fairbairn y el modelo interpersonal. El trabajo clínico se da en un campo relacional desde el cual la comprensión del analizando es construida como un resultado del proceso analítico. El proceso analítico relacional busca hacer uso de la historia y la genética comprendidas como estructuras inconscientes del desarrollo que emergen del analizando dentro de la experiencia relacional. El enfoque usa las relaciones objetales para modelar la experiencia y el desarrollo tempranos. La comprensión de estos elementos es contex-

tual. Al campo relacional también se lo llama una matriz interactiva y se lo considera como único en lo referente a la pareja analítica. Es ahí, en la matriz, que cobran significado la comunicación y las hebras incrustadas de las secuencias experienciales en el proceso analítico.

El significado es construido en el campo interactivo y no es algo preexistente a ser descubierto. El objeto de interés en un proceso terapéutico en el psicoanálisis relacional es el campo relacional de interacción. El individuo, y en particular el analizando, es descrito como emergiendo del campo. El concepto de mente se describe como constituyendo los patrones inconscientes y las estructuras derivadas del campo relacional. Los objetivos del proceso terapéutico relacional son que los patrones relacionales y las estructuras del analizando emerjan entre la pareja analítica y que sean explorados y comprendidos. Como resultado, el analizando se vuelve capaz de tener una experiencia relacional nueva.

A continuación se presenta un ejemplo clínico abreviado de Mitchell (1991):

Él preguntó sobre la posibilidad de que yo redujera en algo mis honorarios. Acordamos que si venía tres veces por semana, yo reduciría en \$5 los honorarios de las tres sesiones. [...] En sus asociaciones del sueño recordó varias escenas de su niñez que involucraban momentos «dulces» entre él y su padre, cuando este volvía a casa de su trabajo con regalos especiales para él, ambos muy felices de verse nuevamente. [...] A medida que el hijo fue transformándose en un adulto, el padre estaba constantemente tratando de darle dinero, tanto cantidades más grandes como también fichas de subterráneo, las cuales trataba de meter en los bolsillos de su hijo cuando este no estaba mirando. El hijo algunas veces rechazaba su ayuda; otras veces, la aceptaba. Sentía que rechazar final y definitivamente el dinero de su padre sería, de alguna manera, romper su relación; su piadoso padre nunca podría comprender, y no habría mucho más entre ellos. [...] El honorario reducido se sentía para él como las fichas de su padre, de alguna manera insignificante pero a la vez una declaración poderosa, simbólica, de dos caras, acerca de mi actitud protectora hacia él y mis esfuerzos de mutilarlo con mi amabilidad. Quedó claro que el honorario reducido había estado todo el tiempo cargado con significado. Lo había hecho sentir especial y

cuidado, y a la vez, reducido e infantilizado. [...] Comencé a preguntarme por qué había sido yo tan rápido en decirle que no le subiría los honorarios. ¿Cuán dedicado estaba yo a ser su protector piadoso? ¿Era en detrimento mío? ¿Realmente yo no necesitaba el dinero extra? [...] Parecíamos atrapados en el mundo cerrado de estas dos configuraciones relacionales en las cuales él era o cruelmente desfavorecido o amorosamente mutilado. Esto era, desde mi punto de vista, precisamente el tipo de trampa en la cual necesitábamos que nos pillaran. [Traducción propia].

Al trabajar en el presente y sobre el presente, el énfasis clínico de estos modelos desarrollados en los Estados Unidos se opone a la idea de buscar verdades acerca del pasado. Por el contrario, el foco está en la narrativa bipersonal de las sesiones. Se demostró que explorar esta narrativa en su sentido más amplio para incluir todas las formas de comunicación y afecto dirige las estructuras inconscientes del desarrollo del analizando, ejemplificadas en el marco analítico. Estos temas llevaron a que algunos psicoanalistas de este período le prestaran una especial atención al lenguaje. El énfasis en el lenguaje y en el significado del lenguaje promovió un interés en la singularidad de la comunicación en cada proceso analítico.

Una manera de demarcar el fin de la primera etapa de la teoría del campo y el comienzo de la segunda es a través de un cambio en la comprensión psicoanalítica de conceptos básicos tales como el inconsciente como procesos. Esto fue un cambio gradual, que ocurrió durante un período en el cual se estaban reformulando los términos de la exploración de los procesos mentales también en otras disciplinas, incluyendo lingüística, filosofía, psicología y biología. El movimiento incluyó un cambio hacia un énfasis general a los procesos.

Para el comienzo de este cambio fue de importancia central el trabajo del psicólogo del yo, Jacob Arlow (1969), de finales de los años sesenta, al respecto del concepto de la fantasía inconsciente. Arlow adelantó el movimiento de la psicología del yo norteamericana. Entendía la fantasía inconsciente como un proceso. La formulación de Arlow se distinguía a la manera en que la fantasía había sido entendida hasta ese momento, como algo más semejante a una instantánea estática. Arlow entendía el proceso de la fantasía inconsciente como una función mental. Describió la fantasía

como un aspecto continuamente presente de los procesos mentales en vigilia y durante el sueño.

Arlow afirmó que el proceso de la fantasía inconsciente de un individuo contiene la «disposición mental» con la cual el individuo vive el mundo. Algunos elementos de la disposición mental de un individuo pueden ser compartidos con otros en virtud de similitudes psicológicas, culturales y de otro tipo entre los individuos. Otros elementos pueden ser muy idiosincráticos, habiéndose desarrollado a través del tiempo y, en particular, como resultado de desarrollos en la experiencia temprana.

La manera de entender el funcionamiento mental por parte de Arlow fue continuada en el contexto de la teoría relacional por Arnold Modell (2005). El concepto de fantasía inconsciente estuvo muy identificado con el enfoque intrapsíquico. Ninguna perspectiva psicoanalítica específica se atribuyó el concepto de metáfora. En el trabajo de Modell, los procesos metafóricos se consideraron inconscientes y la «moneda de la mente». Los conceptos de fantasía inconsciente en el trabajo de Arlow y los procesos metafóricos inconscientes en el trabajo de Modell son similares en muchos aspectos cruciales. Lo que separa a los conceptos son los modelos en los cuales están incluidos; el primero, en un modelo estructural intrapsíquico basado en las pulsiones, y el último, en una versión del modelo bipersonal.

Los modelos de la teoría del campo en los Estados Unidos concuerdan en lo que respecta a la técnica clínica en la que la pareja analítica está trabajando y acerca del momento presente de la sesión, que el trabajo es cercano a la experiencia y en el aquí y ahora. Se considera una tarea analítica central comprender al analizando y su experiencia como moldeados por las estructuras de organización inconscientes que evolucionan con el desarrollo. Un foco central común de los modelos es construir y discernir metáforas, patrones y estructuras en la relación analítica que emerge de la experiencia del analizando en el presente y en el pasado, incluyendo narrativas fosilizadas del *self*. Estos conceptos entran juntos en la categoría de procesos metafóricos inconscientes. Levenson (1978) entendió que el trabajo terapéutico consistía en deconstruir y modificar las metáforas del analizando. Una vez que se discernen las metáforas, surge en la relación psicoanalítica la posibilidad de deconstruir los patrones rigidizados y las narrativas personales del analizando. Esto en cada uno de los modelos se

entiende como abrir el potencial para que el analizando tenga un nuevo *self*, un nuevo otro y una nueva experiencia relacional.

Los modelos desarrollados en este período en los Estados Unidos podrían entenderse como respuestas y desafíos al modelo estructural pero también específicamente a la psicología del yo norteamericana. Todos los modelos ponen un énfasis significativo en la dimensión bipersonal de la experiencia humana que se demuestra en el uso de los campos interactivos de dos personas. En mis descripciones de estos modelos he intentado explicitar las grandes similitudes entre ellos. Hay varios tipos diferentes de campos usados en estos modelos. Hay campos interpersonales, intersubjetivos y relacionales.

Los modelos del campo psicoanalítico bipersonal en Norteamérica tienen un núcleo de temas en común. Hay al menos cinco temas dominantes y centrales compartidos. Estos temas incluyen el uso esencial de un campo bipersonal en el proceso analítico y para comprender la experiencia humana en general. Stern describe el campo como «la unidad más pequeña de la vida humana». Los modelos también hacen un uso esencial de la investigación relativa al desarrollo humano y focalizan en los procesos metafóricos inconscientes y en las estructuras y los patrones del desarrollo, los cuales se entienden como habiendo evolucionado dentro de la experiencia bipersonal. Otro tema es el remplazo de las pulsiones freudianas por concepciones de motivación que son creadas bipersonalmente en el desarrollo. Estas teorías tienen en común que entienden los objetivos de los procesos terapéuticos psicoanalíticos como incluyendo la exploración de las metáforas, las estructuras y los patrones del analizando a medida que emergen en el intercambio analítico. Finalmente, también hay un interés central en la naturaleza del lenguaje y la comunicación de los procesos psicoanalíticos.

Estos temas comunes tomados en conjunto forman un modelo específico y una técnica clínica de la teoría del campo psicoanalítica que es claramente norteamericana. A este modelo lo llamo el *modelo plasmático*. El término *plasmático* es tomado del nombre del cuarto y más común estado de la materia, el plasma. Hay muchos aspectos de este término de la física que capta los principios directivos de las teorías del campo en Norteamérica. Por ejemplo, el plasma tiene una naturaleza fundamentalmente interactiva. Su comportamiento es complejo, no sigue reglas ni es

aleatorio. También el plasma se forma en el espacio con configuraciones fractales, una forma de conceptualizar estructuras emocionales que se ha discutido (Lichtenberg, Lachmann y Fosshage, 2011).

En el modelo plasmático, la mente incluye y opera por medio de principios organizadores inconscientes, patrones o configuraciones interactivas. Se pueden captar juntos estos conceptos en la noción de procesos metafóricos inconscientes. Los procesos metafóricos se forman en un individuo a partir de la experiencia temprana y repetida con los otros. Estas experiencias se internalizan con una estructura idiosincrática. A su vez, la experiencia de un individuo es el resultado de lo que emerge a través de los filtros de los procesos metafóricos operativos en la mente. Los procesos mentales en esta teoría del campo consisten en la activación, la modificación permanente y el desarrollo de los procesos metafóricos de un individuo en interacción. Los procesos metafóricos de un individuo son únicos. Los procesos metafóricos organizadores también tienen el potencial de compartir patrones del desarrollo similares con otros. En este modelo de procesos mentales se pone más énfasis en los patrones del desarrollo humano que en las etapas del desarrollo relativamente rígidas.

TRES PRINCIPIOS DE LA TÉCNICA DE LA TEORÍA DEL CAMPO PSICOANALÍTICA CONTEMPORÁNEA

Ahora delinearé una guía heurística, un principio clínico para cada uno de los tres paradigmas de la teoría del campo. Estos principios son todos diferentes entre sí y cada uno tiene consecuencias en el trabajo clínico.

EL PRINCIPIO DE MITOPOIESIS. Baranger y Baranger proponen el principio heurístico clínico de prestar atención a las elaboraciones mitopoeicas de las comunicaciones del analizando. Una de las maneras que han propuesto para aplicar el principio de mitopoiesis es escuchar las comunicaciones del analizando como uno escucharía un cuento; escuchar insertando la expresión «había una vez» al principio de cada comunicación. Una manera de conceptualizar esto es pensar en la expresión «había una vez» como un operador modal que actúa sobre las comunicaciones emocionales en un proceso analítico.

El operador «había una vez» pone énfasis en la naturaleza de la temporalidad de las comunicaciones del analizando y puede servir para resaltar la fantasía incluida en todas las comunicaciones del analizando.

«Había una vez» ubica la afirmación hecha por el analizando en al menos un grupo de contextos de significados con los cuales jugar en el proceso analítico a los efectos de hacer, agregar o reconfigurar una construcción. Este operador pone a la vista la realidad relativa de la sesión. Esto trae a la superficie la fantasía y los niveles metafóricos de las comunicaciones del analizando. Al mismo tiempo, les infunde a las sesiones y al proceso analítico una cualidad de realidad agudizada. Al hacer esto, se pone énfasis en la naturaleza siempre cambiante de la historia afectiva y oral en curso del proceso analítico. Esta manera de abordar el proceso terapéutico hace emerger la realidad relativa de las sesiones y del proceso psicoanalítico, y más específicamente, la realidad relativa del momento presente. También despliega la naturaleza plástica de la memoria, la genética y la historia. Esta manera de explorar los niveles de significado de las aseveraciones dentro de un contexto analítico indica la relevancia disminuida del valor de verdad y de evaluar el valor de la verdad.

EL PRINCIPIO ONÍRICO. El modelo onírico, basado en el trabajo de Ferro, utiliza un principio heurístico clínico onírico. Una manera de aplicar este principio a la escucha analítica es prestar atención a las comunicaciones del paciente insertando antes la construcción «tuve un sueño en el que» (Ferro 2009, 2007/2011). Como en este modelo se pone menos énfasis en las contribuciones individuales del participante al sueño, las fantasías y las corrientes en y del campo, se puede pensar el operador modal onírico como «el campo está soñando que».

El operador «el campo está soñando que» resalta la cualidad onírica y multifacética de todas las comunicaciones en un proceso analítico, y las comunicaciones inconscientes en él. De esta manera, pensando en términos de poner delante de todas las comunicaciones de un analizando el operador modal «el campo está soñando que», el analista es llevado a reflexionar sobre los diferentes niveles de significado de la comunicación, privilegiando lo que surge de lo inconsciente del campo. Ferro indica que usar esta construcción expande y deconstruye el pensamiento del

analista. Al tomar las comunicaciones del analizando como si fueran de un sueño, se destacan el espacio onírico y la calidad del proceso analítico que componen el terreno en el que el analista trabaja. Esto, a su vez, lleva a la interpretación y a la coconstrucción de una realidad emocional en el campo que fomenta la habilidad del analizando para sentir, soñar y pensar. Según Ferro, este espacio onírico, también conocido como el campo analítico, es el campo en el cual el cambio del paciente es posible.

Tanto el operador modal psicoanalítico mitopoeico como el onírico son déicticos. Esto significa que son dependientes del contexto y sensibles a él. Son dependientes de varias variables, como mínimo de cada miembro de la pareja analítica, un hablante específico, y una ubicación espacio-temporal.

EL PRINCIPIO PLASMÁTICO. Las teorías del campo en Norteamérica ponen el énfasis en la naturaleza contextual de las comunicaciones en un proceso analítico. Al principio heurístico clínico para estas teorías del campo se lo puede llamar plasmático. El operador plasmático prioriza la relación entre el analista y el analizando, y la escucha analítica que atiende al tono de la aventura minuto a minuto, relacional, ambiental, que se despliega en el campo. El operador podría expresarse como la afirmación «Estoy aquí y ahora haciendo esto contigo». Este operador tiene al menos cinco variables déicticas. Los modelos clínicos que podrían entenderse como haciendo uso del operador plasmático no están escuchando las comunicaciones del analizando como un sueño. En su lugar, el énfasis está puesto en la relación y en lo que está sucediendo en ella, en ese momento. El analizando surge de la exploración de lo que está sucediendo en el momento en medio de y entre la pareja analítica. La atención está puesta en la creación y el entendimiento de los procesos metafóricos inconscientes incrustados en el hacer, en ese ahora particular, en esa relación particular. El campo como objeto de estudio tiene el objetivo de responder a la pregunta de Levenson: «¿Qué está sucediendo aquí (ahora, entre nosotros)?».

En los paradigmas mitopoeico y onírico hay un claro indicio de un énfasis dominante en los procesos inconscientes y en la comunicación de inconsciente a inconsciente. En el paradigma plasmático, los procesos inconscientes emergen y se les presta atención a través del surgimiento de

procesos metafóricos que están involucrados en el momento presente de la relación. La exploración de estos procesos metafóricos hace surgir el potencial para la comprensión de sistemas del *self* inconscientes o mitos personales a través de la experiencia del analizando.

CONCLUSIONES

Espero haber mostrado convincentemente que hay tres modelos principales de teoría del campo psicoanalítica contemporánea. Espero especialmente haber mostrado que hay una única teoría del campo en Norteamérica, la llamada modelo plasmático. Los tres modelos de la teoría del campo son diferentes entre sí, hacen distintas descripciones heurísticas de la mente y de los procesos mentales. Sin embargo, todos incluyen el factor central de la naturaleza esencial bipersonal del funcionamiento mental. A partir de las respectivas descripciones del funcionamiento mental, cada modelo permite diferentes técnicas clínicas y objetivos terapéuticos. A pesar de esto, todos concuerdan en que es en los procesos inconscientes que evolucionan en el campo bipersonal del proceso analítico donde están los centros neurálgicos de la atención analítica y del cambio terapéutico.

Los tres modelos de teoría del campo difieren unos de otros en varios aspectos importantes. Los campos del modelo onírico son diferentes de los del modelo mitopoeico. A diferencia de un juego de ajedrez, en el cual cada participante hace movimientos discretos, en este tipo de campo no siempre se considera comprobable ni de importancia de cuál de los participantes evolucionó o emergió algo. Esto también es diferente de los campos del modelo plasmático, en el cual parte del proceso terapéutico está articulando quién está haciendo qué, a quién y con quién (Fosshage, 2011).

Cada uno de los modelos de la teoría del campo mitopoeica y onírica pone el énfasis en especificar qué concepto de campo psicoanalítico está usándose en el modelo teórico y en la técnica clínica. Las teorías del campo relacionadas con el desarrollo del modelo plasmático no han puesto el foco en la articulación del campo, sino que su énfasis ha estado en la clarificación de la relación analítica y las estructuras incrustadas ahí. En los otros dos modelos se da la situación opuesta.

La discrepancia acerca del foco de atención ha llevado a malentendidos acerca de cada modelo desde la perspectiva de los otros. Estos énfasis diferentes son coherentes con las formas que cada uno de los tres modelos ha tomado. También apuntan a fortalezas y debilidades relativas en cada modelo. En particular, la falta de priorización en el modelo onírico de las formas de la relación de los participantes es coherente con la falta de foco en el desarrollo y en la fuerza de las estructuras inconscientes del desarrollo. La falta de énfasis en el modelo plasmático del concepto de campo indica una atención insuficiente al aspecto creativo de expandir las capacidades de simbolización y del soñar del analizando.

Una atención cuidadosa a las similitudes y diferencias de técnica, teoría y heurística de los tres modelos puede permitir el desarrollo, el enriquecimiento y el mejoramiento de las teorías del campo psicoanalíticas del futuro. También puede clarificar el rol y los roles futuros potenciales de las teorías psicoanalíticas del campo dentro del contexto más amplio del psicoanálisis. ♦

RESUMEN

En este trabajo describo el contexto histórico y clínico para el desarrollo de una familia de conceptos de la teoría psicoanalítica del campo que se ha desarrollado desde mediados del siglo xx en Sudamérica, Norteamérica y Europa. Se señala que hay tres formas distintas de teoría del campo, una para cada continente. Propongo que la forma de la teoría del campo en Norteamérica consiste en lo central de lo que se mantiene en común de las teorías psicoanalíticas de los sistemas interpersonal, intersubjetivo, relacional y motivacional que se han desarrollado principalmente en los Estados Unidos. Se describen brevemente las teorías del campo desarrolladas por Madeleine y Willy Baranger, y Antonino Ferro. Posteriormente, procedo a desarrollar el tercer modelo de la teoría psicoanalítica del campo. Se comparan los tres modelos de la teoría del campo, y extraigo un principio clínico heurístico central para cada uno de los modelos. Se exploran las similitudes y diferencias entre los tres modelos.

Descriptor: TEORÍA / CAMPO PSICOANALÍTICO / PSICOANALISTA / INTERVENCIÓN / FANTASÍA / INCONSCIENTE / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / ESCUELA AMERICANA

Autores-tema: BARANGER, MADELAINE / BARANGER, WILLY / FERRO, ANTONINO

SUMMARY

This paper describes the historical and clinical context for the development of a family of concepts in the psychoanalytic field theory which has been developed since the middle of the twentieth century in South America, North America and Europe. Three different forms of the field theory are mentioned, one for each continent. The paper suggests that the form of the theory we find in North America consists of the core of what is common to the interpersonal, intersubjective, relational and motivational systems, which have developed primarily in the United States. The field theories developed by Madeleine and Willy Baranger, and by Antonino Ferro are briefly described. The paper proceeds to describe the third model of the psychoanalytic field theory. The three models are compared and the author extracts a central heuristic clinical principle

for each one of the models. Similarities and differences among the three models are explored.

Keywords: THEORY / PSYCHOANALYTIC FIELD / PSYCHOANALYST / INTERVENTION / UNCONSCIOUS / PHANTASY / HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / AMERICAN SCHOOL

Authors-subject: BARANGER, MADELAINE / BARANGER, WILLY / FERRO, ANTONINO

BIBLIOGRAFÍA

- Arlow, J. (1969). Unconscious fantasy and disturbances of conscious experience. *Psychoanalytic Quarterly*, 38, 1-27.
- Atwood, G., & Stolorow, R. (2014). *Structures of Subjectivity*. London: Routledge.
- Baranger, M., & Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- (2009). *The Work of Confluence*. London: Karnac.
- Civitaresse, G. (2010). *The Intimate Room*. New York: Routledge. (Original work published 2008).
- (2013). *The Violence of Emotions*. New York: Routledge.
- Ferro, A. (2009). *Mind Works*. New York: Routledge. (Original work published 2006).
- (2009). Transformations in dreaming and characters in the psychoanalytic field. *International Journal of Psychoanalysis*, 90, 209-230.
- (2011). *Avoiding Emotions: Living Emotions*. New York: Routledge. (Original work published 2007).
- Fosshage, J. (2011). The use and impact of the analyst's subjectivity with the empathic and other listening/experiencing perspectives. *Psychoanalytic Quarterly*, 80, 139-160.
- Greenberg, J., & Mitchell, S. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hartmann, H., & Kris, A. (1945). The genetic approach in psychoanalysis. *Psychoanalytic Study of the Child*, 1, 11-30.
- Levenson, E. (1978). Two essays in psychoanalytical psychology. *Contemporary Psychoanalysis*, 14, 1-17.
- (2001). The enigma of the unconscious. *Contemporary Psychoanalysis*, 37, 239-252.
- (2005). *The Fallacy of Understanding & The Ambiguity of Change*. Hillsdale: The Analytic Press.
- Lewin, B. (1955). Dream psychology and the analytic situation. *Psychoanalytic Quarterly*, 24, 169-199.
- Lichtenberg, J. (1989). *Psychoanalysis and Motivation*. Hillsdale: The Analytic Press.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F., & Fosshage, J. (2011). *Psychoanalysis and Motivational Systems*. New York: Routledge.
- Mitchell, S. (1991). Wishes, needs and interpersonal negotiations. *Psychoanalytic Inquiry*, 11, 147-170.
- Modell, A. (2005). Emotional memory, metaphor and meaning. *Psychoanalytic Inquiry*, 25, 555-568.

Dialéctica de la interpretación transferencial, campo analítico y metáfora



BEATRIZ DE LEÓN¹

En esta oportunidad quisiera revisar un aspecto central de la teoría del campo: el carácter dialéctico de la interpretación transferencial. En mi visión, la interpretación transferencial surge en el contexto de un vínculo analítico particular que implica fenómenos complejos, verbales y no verbales, los cuales van más allá de las intervenciones e interpretaciones explícitas del analista. Este aspecto ha sido destacado por la experiencia clínica acumulada, distintas teorizaciones psicoanalíticas y la investigación empírica. Momentos no interpretativos de encuentro entre paciente y analista (Stern et al., 1998), inciden centralmente en el afianzamiento de la relación terapéutica. También se ha señalado cómo el encuentro analítico supone «compromiso o cercanía entre terapeuta y paciente, lo que caracteriza la “alianza terapéutica positiva”» (Levenson, 1974, p. 359, traducción propia) e implica la globalidad de la personalidad del paciente y el analista, contribuyendo a revelar aspectos íntimos e inconscientes de la subjetividad del analizado.

El foco de esta presentación será, sin embargo, el estudio de aquellos momentos del análisis en los cuales la transferencia se hace explícita. Me detendré especialmente en el análisis del lenguaje metafórico usado por el analista, por el paciente o coconstruido entre ambos (León de Bernardi de, 2013; León de & Altmann, 2014). Retomo, asimismo, aportes

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. deleon.bea@gmail.com

de Bleger (1969) sobre el carácter situacional, dramático y dialéctico del psicoanálisis.

Bleger postuló con énfasis el carácter dialéctico del psicoanálisis. Posteriormente, Ogden (1992) señaló el carácter dialéctico de la constitución del sujeto psicoanalítico destacando la permeabilidad dialéctica entre los sistemas consciente e inconsciente, como he señalado en un trabajo anterior (León de Bernardi de, 2000).

Bleger integró y amplió algunas de las nociones psicoanalíticas de pensadores rioplatenses, como E. Pichon-Rivière, H. Racker y M. y W. Baranger (quienes desarrollaron su pensamiento en Buenos Aires y Montevideo desde el inicio de los años cuarenta). Por ejemplo, entre otras, las nociones de vínculo analítico de Pichon, la de contratransferencia complementaria de Racker y la de campo dinámico de M. y W. Baranger.

PERSPECTIVA DIALÉCTICA EN LA SITUACIÓN Y PROCESO ANALÍTICO

La perspectiva situacional, dramática y dialéctica de Bleger sobre el psicoanálisis lo lleva a retomar la noción de «vínculo analítico» (Bernardi & León de Bernardi de, 2012) entendida por Pichon-Rivière como una estructura dialéctica establecida entre sujeto y objeto. Esta noción de vínculo, que ponía especial énfasis en sus aspectos inconscientes, modificaba la noción de relación de objeto presente en las formulaciones de M. Klein, quien había considerado especialmente las relaciones de objeto y fantasías inconscientes propias del mundo interno del sujeto. Pichon-Rivière, en cambio, concibió el vínculo como una estructura compleja de dos participantes que se interrelacionan dialécticamente, aspecto que incidió en la concepción de la fantasía inconsciente compartida del campo analítico de M. y W. Baranger. Pichon consideró, además, el «grupo interno» de figuras primarias interiorizadas no solo en la escena analítica, sino en estrecha interrelación con los vínculos familiares y sociales del analizando.

Toda la vida mental inconsciente, es decir, el dominio de la fantasía inconsciente, debe ser considerado como la interacción entre los objetos internos (grupo interno), en permanente interrelación dialéctica con los objetos del mundo exterior. (Pichon-Rivière, 1998, p. 42)

Por otro lado, no solo la relación analítica es concebida dialécticamente, sino que también el tratamiento analítico fue concebido como un proceso dialéctico por distintos autores. Distintos desarrollos del psicoanálisis rioplatense (Etchegoyen, 1986), ofrecieron un análisis de la situación analítica en un corte sincrónico, como lo fue la primera conceptualización del campo dinámico (Baranger & Baranger, 1961), pero también del proceso analítico considerado en su globalidad y en su diacronía. La perspectiva dialéctica incorpora una visión de la temporalidad en relación con la interpretación en el *aquí y ahora*, pero también en relación con el proceso de análisis. Esta dimensión temporal se expresa especialmente en la metáfora de la «espiral dialéctica» propuesta por E. Pichon-Rivière y retomada por M. y W. Baranger.

LA «ESPIRAL DIALÉCTICA»

La idea de «espiral dialéctica» de Pichon-Rivière aparece como metáfora del movimiento interpretativo del análisis que se ubica como bisagra entre el *aquí y ahora* de la escena analítica y el *allá y entonces* del pasado infantil, idea retomada por M y W. Baranger. Las vueltas de espiral suponen un círculo hermenéutico de sentidos contrapuestos, arraigados en la experiencia emocional del paciente, que se amplifican en un juego de oposiciones que se van integrando en nuevas síntesis y significaciones a lo largo del análisis. En este sentido, la interpretación transferencial tiene para Pichon, y también para M. y W. Baranger, no solo un valor retrospectivo, sino prospectivo, integrando el presente de la situación analítica con el pasado infantil y la historia del análisis, pero, a la vez, dando paso al futuro. En esta perspectiva, la transferencia es concebida no solo como actualización del pasado, sino también como apertura a una nueva relación con el analista que puede transformar circuitos repetitivos.

El juego de oposiciones planteado por Pichon como propio de la experiencia analítica —ya sea en la estructura del vínculo establecido entre el paciente y analista (en el cual se ponen de manifiesto fenómenos de depositación y simbiosis), como entre el presente de la relación actual y el pasado de relaciones primarias— aparece también en la visión de la contra-transferencia complementaria de Racker (1977). En esta, el analista queda

ubicado en un rol complementario, en el sentido de opuesto, al de un objeto del mundo interno del paciente. Este rol es muchas veces actuado calladamente, favoreciendo las resistencias al proceso. Los ejemplos más claros aportados por Racker son aquellos en los cuales el analista queda ubicado en el lugar del Superyó del paciente, actuando sádicamente (con respuestas de carácter taliónico al paciente), o en el lugar del Yo del analizado, ocupando un lugar masoquista frente a demandas de este (León de Bernardi de, 2014). Por otro lado, el juego de opuestos se hace patente en la descripción que tanto Pichon como Bleger realizan de los mecanismos de identificación proyectiva y los procesos de escisión. Las categorías de depositante, depositario y lo depositado propuestas por Pichon son retomadas por Bleger (1978) en el análisis de María Cristina (Bernardi & León de Bernardi de, 2012) para ilustrar fenómenos de depositación de aspectos de uno mismo en el otro, lo cual está en la base de la simbiosis subyacente en el vínculo de María Cristina con su madre.

Es necesario tener en cuenta el marco cultural que incidió en la reflexión de estos pensadores. Como ellos mismos lo señalaron, recibieron, entre otras, la influencia de ideas de la fenomenología a través del filósofo Merleau Ponty e ideas de Marx y Hegel sobre la dialéctica. El enfoque fenomenológico llevó a destacar la perspectiva situacional y dramática de la experiencia psicoanalítica. El enfoque dialéctico resaltó el dinamismo de opuestos que surgen en el corazón de la experiencia clínica y los procesos de integración por el *insight* como consecuencia del proceso interpretativo, al que se suceden nuevas oposiciones y reestructuraciones del campo del análisis. Sin duda, estas ideas han sido confrontadas con nuevos desarrollos de la teoría psicoanalítica y nuevos paradigmas culturales. Especialmente la perspectiva dialéctica —y en especial la noción de síntesis— ha sido la más objetada por el cambio de paradigmas en distintos pensadores. Así, Lacan, en el marco del estructuralismo, contrapone la noción de ruptura y reposicionamiento subjetivo a la de integración emocional, o síntesis. La interpretación y los procesos de condensación y sustitución de significantes verbales provocan rupturas en el discurso conocido consciente del analizado y reestructuraciones en el psiquismo del analizado (León de Bernardi de, 2013). Bion, por otra parte, destacó la «capacidad negativa» de dejar en suspenso el pensamiento y hacer lugar

al desconocimiento que posibilita la captación de emociones básicas en la experiencia analítica. Esta confrontación de paradigmas entre una visión que destaca los procesos de integración dialéctica y una visión que destaca las experiencias de ruptura y desconocimiento es señalada por Szpilka (1976) cuando se refiere a las mudanzas que se producen en la perspectiva epistemológica. Desde su punto de vista, se produce un fenómeno de corte entre «una epistemología positiva, continuista, evolucionista y empirista» que había predominado hasta ese momento y «una epistemología negativa, discontinua y apuntando hacia rupturas, estructura, con objetos que se privilegian desde su ausencia o pérdida». En mi visión, momentos de ruptura y de movilización de defensas inconscientes alternan dialécticamente con momentos de integración. Volveré a este punto en la consideración de los ejemplos clínicos. Quiero detenerme ahora en el tema de la metáfora.

METÁFORA

En un trabajo anterior (León de Bernardi de, 2013) me he referido a distintas acepciones del término *metáfora* en psicoanálisis. En un sentido amplio, Borbely (1998) señaló cómo la comunicación analítica puede ser comprendida, en general, como un proceso metafórico en el cual se establecen conexiones entre el sentido literal de las expresiones de analista y paciente, y el sentido latente de estas. Asimismo, Wallerstein (2013) en uno de sus últimos trabajos retoma la visión de Lakoff and Johnson (1980), cuyos estudios mostraron cómo la metáfora es parte esencial del proceso cognitivo desde los inicios de la vida, así como del pensamiento filosófico, científico y la cultura. Siguiendo esta línea de pensamiento, Wallerstein sostuvo que la metáfora no solo es un producto del lenguaje, sino un producto mental que forma parte del proceso de pensamiento. Desde esta perspectiva es que revaloriza el carácter metafórico de la teoría analítica como instrumento para pensar la clínica.

En un sentido estricto, el término *metáfora* —como figura del lenguaje— ha sufrido modificaciones a través del tiempo. Tradicionalmente se ha considerado como una comparación abreviada. Aristóteles puso énfasis en los procesos de transmisión y extensión de significado por el cual el sentido literal de un término se usa figuradamente al transferirse a otro,

ampliando así su significado original. Visiones posteriores agregan nuevas acepciones. Ricoeur (1970) considera que la metáfora surge frente a vacíos semánticos, generando nuevos sentidos que resultan «impertinentes» frente al sentido literal y usual de los términos. Para D. Davidson (1978) las metáforas crean cambios conceptuales en el oyente al proponer nuevos significados. La metáfora no sustituye el sentido literal de un término por otro figurado, sino que en la metáfora se conserva el sentido literal de un término junto al figurado, pero lo relevante es el grado de indeterminación entre ellos. Esto posibilita que surjan nuevas asociaciones y emociones en el oyente. D. Davidson, destacando el valor pragmático de la metáfora, pone el acento en los efectos que produce en el oyente más que en la transmisión y la extensión de significado.

Metáforas surgidas en el campo analítico permiten inferir los pensamientos latentes, mostrando el dinamismo del análisis. En ocasiones se integran en las interpretaciones transferenciales del analista con un fuerte impacto figurativo y dramático. Estas generan dinamismos dialécticos en la comunicación y nuevas reestructuraciones del campo analítico. Estos dinamismos van incluyendo en algunos casos el movimiento de diferentes perspectivas, a veces, opuestas en la mente del paciente y el analista, y son las intervenciones del analista, acordes a las respuestas del analizado, las que contribuyen a recuperar la fluidez y la permeabilidad entre ellas. Por ejemplo, entre los vínculos actuales del analizado y el vínculo actual con el analista; entre el vínculo con el analista y el pasado infantil; entre la historia infantil del analizado y la historia del análisis en sus distintos momentos; entre las vivencias intrapsíquicas y la experiencia del analizado en el mundo exterior; entre sus vivencias emocionales, corporales y verbales; entre momentos interpretativos y momentos de encuentro no verbalizados con fuerte carga emocional; entre momentos de ruptura y desconocimiento, y momentos de integración e *insight*; entre momentos de interpretación transferencial e interpretaciones extratransferenciales. Al establecer enlaces entre las distintas áreas de la experiencia psíquica del analizado, la interpretación puede promover transformaciones.

Por otro lado, expresiones metafóricas están imbuidas de teorizaciones implícitas preconscientes del analista, dando origen a «minimodelos» (Leuzinger-Bohleber & Fischmann, 2006) que incluyen, en ciertos casos,

hipótesis alternativas «abiertas» sobre el analizado, la propia participación del analista y el proceso de análisis. Si bien sabemos que los procesos interpretativos son complejos y muchas veces implícitos, los momentos en los cuales la transferencia se hace explícita tienen un valor retrospectivo y prospectivo, marcando, por su significación, la historia del análisis (León de, 1993).

DOS SITUACIONES CLÍNICAS

Juan, de 45 años, consulta por sentimientos de frustración en relación con el logro de algunos objetivos de su vida. Me llama la atención su tendencia a dejar de lado metas valoradas, lo cual no se condice con sus posibilidades.

Juan se caracteriza a sí mismo como alguien que ha sufrido de mucha timidez durante gran parte de su vida infantil, por lo que le ha costado mucho la integración grupal. Otros ocupaban fácilmente su lugar, él se sentía postergado. En una sesión de análisis, revive el sentimiento doloroso de ser dejado de lado. Metáforas condensan la vivencia infantil de sí mismo: «Era considerado un insecto», «yo era un insecto», «me costó mucho modificar eso». «Además, me sentía frágil ya que era muy delgado y me enfermaba frecuentemente». «Era el lugar que tenía asignado».

En el correr de la sesión, muestra otro aspecto de sí mismo: «También me llamaban “leoncito” porque en ocasiones aparecía el “león” furioso, pero se burlaban de mí y no me tomaban en serio».

Juan relata también cómo, en distintos momentos de su vida, le ha costado mostrar sus posibilidades. Al final de esa sesión, trae un breve sueño: «En el sueño, usted me decía: “Ahora puede soltarse”». A lo que respondo: «¿Soltar aquí al león?». Sonreímos al fin de la sesión.

Me referiré, ahora, con el consentimiento del autor, a una situación clínica de características francamente distintas a las del momento clínico anterior. Esta proviene de un estudio sistemático sobre materiales clínicos de candidatos durante el proceso de su formación curricular (León de, 2010). Se trata de un paciente con experiencias de abuso infantil, actos hetero— y autoagresivos, intento de suicidio y depresión. En su segundo año de análisis y previo a las vacaciones de su analista, el paciente comienza diciendo:

P: Quería pedirte disculpas porque no te llamé el jueves que no vine. Me la pasé tirado en la cama, no pude salir. Al otro día llegaba mi novia. Salí recién de noche. Tomé, me drogué... Desde que mi novia me contó que estuvo con otro, sentía un dolor en el pecho que viene creciendo... *Me siento más fuerte. pero no sé cómo voy a reaccionar. Cuando salí, me desbandé, aunque te tenía presente.*

A: *Pudiste tenerme presente y confías en que juntos podamos procesar este dolor sin desear la muerte como el año pasado [intento de suicidio antes de mis vacaciones] o como cuando eras niño, que querías desaparecer para no sufrir.*

Un recuerdo de la historia infantil del paciente y de la historia del análisis emerge en el analista y está en la base de su interpretación: «El paciente siempre recordaba que de niño, cuando cruzaba la arena caliente, el padre le decía como consigna: “La arena caliente no arde ni hierre”, frase que tomó como paradigma de la imposibilidad de manifestar quejas y dolor. A lo largo de la sesión busqué que expresara con palabras el dolor en lugar de actuar».

RECAPITULANDO

En ambas situaciones clínicas, el pensamiento metafórico opera en la mente del analista y el paciente en un proceso dinámico que va incluyendo diferentes perspectivas sobre la mente del analizado y la relación entre ambos. Estas distintas facetas aparecen como opuestas en primera instancia, pero el transcurso de los distintos momentos de la sesión va modificando el sentido de estas oposiciones, al mismo tiempo que estas, aunque diferenciadas, se ligan, como en la metáfora, en un movimiento dialéctico de ida y vuelta. No se trata solamente de circuitos hermenéuticos de significados o significantes verbales, sino de que estos van incluyendo diferentes circuitos de experiencias emocionales encarnadas que van adquiriendo nueva densidad en la situación presente del análisis. Así, la metáfora del «insecto» evoca sentimientos de disminución, abandono, soledad, sufrimiento y el pasar desapercibido por sus inhibiciones infantiles, pero también representaciones corporales de sí mismo y modalidades de contacto corporal con los otros, a los que se superponen el impulso a luchar por lo propio y

expresarse en la metáfora del «león», que representa en parte el deseo de expansión de su emocionalidad y agresividad, y sus movimientos corporales. En este sentido es que podemos hablar de «metáforas encarnadas». Mi intervención «soltar aquí al león», que indica con el verbo una acción conjunta de analista y paciente, agrega otras dimensiones, y la sonrisa conjunta muestra un momento de encuentro, en cierta medida de integración de lo anteriormente trabajado, pero conservándose, como señaló Davidson, un interjuego, una «jungla» de significaciones y emociones entre los distintos polos que representan las imágenes en la sesión. Es un momento de reestructuración del campo analítico con la apertura más explícita de la dimensión transferencial. Tengo presente, sin duda, la dimensión de la sexualidad implícita, pero el trabajo interpretativo sobre ella dependerá de la posterior marcha del análisis.

El segundo caso es diferente. Las intervenciones del analista buscan compensar las dificultades del funcionamiento mental del paciente para procesar el dolor mental. Así, resurgen en el analista momentos de la historia de ese análisis en las palabras del padre del paciente «La arena caliente no arde ni hiere», vividas por este como un mandato de negación del dolor físico, palabras que son equiparadas por el analista al desconocimiento del dolor mental. No podemos hablar de metáfora en un sentido estricto, como figura del lenguaje, pero sí de pensamiento metafórico del analista, que genera un nuevo producto mental al restablecer las relaciones entre las palabras del padre como negación del sufrimiento físico y la tendencia a la actuación y la negación del dolor mental por parte del paciente. La intervención «me tuviste presente» busca modificar el vínculo de la escena infantil de exigencia y desconocimiento del sufrimiento. Las palabras del padre, experimentadas como verdad incuestionable, junto a otras características del paciente y de la historia del análisis llevan al analista a reflexionar sobre la incidencia de los efectos traumáticos de los vínculos primarios de su paciente. Si en el primer caso la paciente podía metaforizar sus diferentes estados emocionales en conflicto, sus identificaciones y vínculos primarios, en este caso, en cambio, los niveles simbólicos (de la imagen y la palabra) y subsimbólicos (emocionales y corporales), las áreas de la mente, el cuerpo y el mundo —como señalara Bleger— aparecen rígidamente separadas. La fuerza del mandato paterno muestra la difi-

cultad del paciente de encontrar (simbolizar, mentalizar) una voz propia. Para Bleger, el proceso mayéutico de la interpretación tiene un efecto de desalienación y dialectización en la medida en que las defensas mantienen separados los términos del conflicto psíquico. En este caso, no se trata en primera instancia del trabajo sobre los conflictos intrapsíquicos, edípico y otros, sino de déficits en los modos de funcionamiento mental, los que sin duda tiñen las formas en las que el paciente percibe el mandato paterno. Los cambios ocurren no solo a través del trabajo interpretativo verbal, sino, como lo señala el paciente, a través de la interiorización de una nueva «presencia» y relación analítica.

He elegido en este análisis detenerme en un aspecto de la teoría del campo: el que tiene que ver con el carácter dialéctico de la interpretación transferencial vinculándolo a los modos de pensamiento metafórico. Sin duda, muchos aspectos quedan abiertos a la discusión. Así, la misma noción de dialéctica surgida en un contexto ideológico y filosófico determinado necesita ser revisada a la luz del conocimiento psicoanalítico actual y aportes interdisciplinarios sobre el pensamiento complejo (Morin, 1977), pero también los temas referidos a la interpretación transferencial y sus características. En los dos casos presentados, la transferencia emerge naturalmente en las palabras del paciente, surgida del vínculo analítico establecido y del campo del análisis, sin responder a la voluntad explícita del analista. A la vez, el lenguaje es breve y no saturado, pero de alto impacto dramático.

¿En qué sentido hablamos hoy de interpretación y transferencia? Sin duda, las formas de interpretar esto se han modificado a través del tiempo, de acuerdo a la evolución de la teoría, la práctica psicoanalítica y cambios culturales. Sin embargo, momentos puntuales de interpretación explícita de la transferencia nos llaman la atención sobre una dimensión implícita permanente del encuentro analítico que necesita ser escuchada y trabajada según las necesidades y características del paciente, y del momento del análisis.

Por último, en la visión freudiana se adjudicó a la figurabilidad un sentido regresivo acorde a la idea de regresión formal, propia de la concepción de Freud sobre los mecanismos del sueño. Si pensamos en la noción de baluarte del campo analítico tal cual fue formulada por M. y W Baranger,

esta se apoyó —en el marco del pensamiento kleiniano— en las ideas sobre las primitivas fantasías inconscientes de Susan Isaacs. En este sentido, el baluarte como formación del campo está constituido por fantasías infantiles de carácter regresivo y defensivo compartidas por analista y paciente. Estas implicancias mutuas pueden llevar a actuaciones de distinto tipo y a paralizar el proceso de análisis si no se logra su desciframiento en una mirada retrospectiva sobre la participación del analista en la sesión y en períodos del proceso.

Es necesario tener también presente no solo el carácter regresivo de la figurabilidad y la imagen en el análisis; creo que es importante considerar al carácter progresivo y dialéctico de la construcción de procesos figurativos y su contribución a procesos de simbolización o mentalización en el analizado. En estos casos, la imagen contribuye al proceso interpretativo y no sigue un camino regresivo. Integrada a pensamientos metafóricos cocreados por paciente y analista, sigue un camino progresivo, al modo de una espiral, en sucesivos niveles de integración mental, tanto en la sesión como en las elaboraciones posteriores de paciente y analista. Sin duda, esta no es la única vía de intervención del analista ni el único camino de elaboración en la comunicación establecida en el campo analítico, pero constituye, en mi visión, una de las piezas clave del proceso de análisis. ♦

RESUMEN

El presente trabajo aborda el tema de la interpretación transferencial y sus características. En él se retoman ideas de Bleger sobre el carácter situacional, dramático y dialéctico del psicoanálisis, y la idea de «espiral dialéctica» de E. Pichon-Rivière. Se reflexiona sobre los aspectos explícitos e implícitos de la interpretación transferencial. Esta supone la atención a la propia participación en el proceso, pero también la consideración de diferentes facetas de la mente del analizado, a veces opuestas, que se articulan, en ocasiones, dialécticamente en un movimiento de ida y vuelta en la tarea interpretativa. Se integran desarrollos sobre el tema de la metáfora en psicoanálisis y en el proceso interpretativo revisando, sintéticamente, un aspecto de la teoría del campo. Finalmente, en base a la presentación de dos situaciones clínicas se introduce la reflexión sobre las variaciones en la forma y el contenido de la interpretación explícita de la transferencia en distintos pacientes, situaciones y procesos de análisis.

Descriptores: PROCESO PSICOANALÍTICO / INTERPRETACIÓN / TRANSFERENCIA / CAMPO PSICOANALÍTICO / PENSAMIENTO / METÁFORA / VÍNCULO / DIALÉCTICA / FIGURABILIDAD

SUMMARY

The paper deals with transferential interpretation and its characteristics. Bleger's ideas on the situational, dramatic and dialectic characteristics of psychoanalysis and E. Pichon-Rivière's idea of "dialectic spiral" are discussed. The author reflects on the explicit and implicit aspects of transferential interpretation, which assumes the attention that is characteristic of the participation in the process itself, but also the consideration of different facets, sometimes opposed, in the mind of the analysand, which, occasionally, articulate dialectically in a back-and-forth movement in the interpretive task. Some developments on the place of metaphor in psychoanalysis and in the interpretive process are integrated, revisiting, synthetically, one aspect of the theory of the field. Finally, based on two clinical situations, the author reflects on variations in form and content of the explicit interpretation of the transference with different patients, situations and processes of analysis.

Keywords: PSYCHOANALYTIC PROCESS / INTERPRETATION / TRANSFERENCE / PSYCHOANALYTIC FIELD / THOUGHT / METAPHOR / BOND / DIALECTIC / FIGURABILITY

BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M., & Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- Baranger, W. (1979). «Proceso en espiral» y «campo dinámico». *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 59(17), 32.
- Bernardi, R., & León de Bernardi de, B. (2012). The concepts of vínculo and dialectical spiral: A bridge between intra- and intersubjectivity. *Psychoanalytic Quarterly*, 81, 531-564.
- Bleger, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis. La praxis psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11, 287-303.
- (1978). *Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Borbely, A. F. (1998). A psychoanalytic concept of metaphor. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 923-936.
- Davidson, D. (1978). What metaphors mean. *Critical Inquiry*, 5(1), 31-47.
- León de, B. (1993). El sustrato compartido de la interpretación. Imágenes, afectos y palabras en la experiencia analítica. *Revista de Psicoanálisis y Boletín de la API: 38.º Congreso de la API, Amsterdam, 1993*, 50(4-5), 809-826.
- (2010). La formación psicoanalítica en un contexto de pluralismo teórico y técnico. *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 9, 119-138.
- León de, B., & Altmann, M. (2014). The three-level model in psychoanalytic training. En M. Altmann (ed.), *Time for Change: Tracking Transformations in Psychoanalysis-The Three-level Model* (pp. 281-294). London: Karnac.
- León de Bernardi de, B. (2000). Contratransferencia: una perspectiva desde Latinoamérica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92, 71-104.
- (2013). Metaphor, Analytic Field, and Spiral Process. En S. M. Katz (ed.), *Metaphor and Fields. Common Ground, Common Language, and the Future of Psychoanalysis* (pp. 182-203). New York: Routledge.
- (2014). Commentary on: «The Compulsion to Confess and the Compulsion to Judge in the Analytic Situation», by Stefano Fajrajzen. *International Journal of Psychoanalysis*, 95, 995-1006.
- Etchegoyen, R. H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lakoff, G. & Johnson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana* (vol. 2). Madrid: Cátedra.
- Leuzinger-Bohleber, M., & Fischmann, M. (2006). What is conceptual research in psychoanalysis? *International Journal of Psychoanalysis*, 87, 1355-1396.
- Levenson, E. A. (1974). Changing concepts of intimacy in psychoanalytic practice. *Contemporary Psychoanalysis*, 10, 359-368.
- Morin, E. (1977). *Le Méthode* (vol. 1-5). Paris: Le Seuil.
- Ogden, T. H. (1992). El sujeto dialécticamente constituido/descentrado del psicoanálisis I. El sujeto Freudiano. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 8, 99-108
- Pichon-Rivière, E. (1998). *El Proceso Grupal. Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Racker, H. (1977). *La neurosis de contratransferencia*. En *Estudios sobre técnica psicoanalítica* (pp. 182-221). Buenos Aires: Paidós.

Ricoeur, P. (1970). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.

Stern, D. N., Sander, L. W., Nahum, J. P., Harrison, A. M., Lyons-Ruth, K., Morgan, A. C. et al. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The «something more» than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.

Szpilka, J. I. (1976). Complejo de Edipo y «a posteriori». *Revista de Psicoanálisis*, 33(2), 285-300.

Wallerstein, R. S. (2013). Metaphor in Psychoanalysis and Clinical Data. En S. Montana Katz (ed.), *Metaphor and Fields Common Ground Common Language and the Future of Psychoanalysis* (pp. 22-38). New York, London: Routledge.

(Que)haceres, decires y contratransferencia: trabajando con niños



LABORATORIO DE NIÑOS DE LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DEL URUGUAY¹

Preguntarnos qué sucede en un momento de análisis y cuáles son los procesos que intervienen en él nos enfrenta a un difícil y enigmático problema. Los intentos de respuesta dependerán, en parte, de las diversas formas de conceptualizar el tema, que se nos hace aún más complejo si tenemos en cuenta las características especiales que tiene el análisis de niños.

Tomaremos como punto de arranque una viñeta clínica de una niña de nueve años. Intentaremos utilizarla como referente para reflexionar acerca de lo que sucede en la situación analítica con el niño y las particularidades de este encuentro, signado por la presencia elocuente del cuerpo y en el cual las palabras son uno de los tantos modos de comunicación posibles.

Hemos escogido esta forma de presentación del trabajo porque recoge el modo de funcionamiento del Laboratorio de niños en sus discusiones.

1 Laboratorio de Niños de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay del año 2002, integrado por José Barreiro, Luba Bondnar de Szajnoholc, María Bordaberry de Viana, Pilar de la Hanty de Taró, Eurídice de Mello de Ganón, Virginia Faval de Rossi, Mercedes Gallinal de Chiara, Víctor Guerra, Mariel Gutiérrez, Cristina López de Cayaffa, Vida Maberino de Prego, Carmen Médici de Steiner, Aída Miraldi, Julia Ojeda de Prego, Isabel Plosa, Alba Pinaluba, Carmen Rama de Tabárez, Damián Schroeder y Paulina Volisni de Hoffnung.



LUCÍA

¿Qué hace el analista «en su cabeza»?

Fue Lucía quien planteó esta pregunta. En una oportunidad, ante una intervención de su analista, preguntó: «¿Esas cosas raras que se te ocurren, vos las hacés en tu cabeza?». De su mano y por un hecho puntual ocurrido en su análisis, el tema nos despertó especial interés.

Después de tres años de tratamiento, ocurrió un episodio significativo que produjo un cambio importante en el devenir del trabajo. Hasta el momento, la mayoría de las sesiones tenían un modo de funcionamiento caracterizado por un primer tiempo de encuentro-reencuentro a través de la transgresión o agresión (intentaba, por ejemplo, romper algo del consultorio, levantarle la pollera a la analista, etc.). La respuesta de esta era tanto la puesta de límites como la interpretación centrada en lo transferencial.

Las interpretaciones aludían, por ejemplo, al enojo con su madre y, por ende, con la analista, que en ese momento era para Lucía como una madre que le ponía límites y la hacía enojar mucho. También iban dirigidas a trabajar la curiosidad sexual y la diferencia de sexos.

Estas intervenciones eran habitualmente seguidas por una propuesta lúdica de la niña. La mayoría de las veces, el juego consistía en que ella era siempre la más hermosa y millonaria modelo del mundo. La analista debía acompañarla o, eventualmente, servirla. También en y desde los lugares que le eran designados a la analista en el juego, surgían interpretaciones centradas en lo transferencial, que eran más fácilmente aceptadas y generaban movimientos, sobre todo en relación con la temática lúdica.

La secuencia de encuentro, enojo, transgresión y juego estaba teñida de una contradicción difícil de evaluar. Se jugaba, se interpretaba, daba la impresión de un tratamiento en marcha, pero ciertos aspectos del vínculo transferencial parecían permanecer inamovibles.

Un día, a la hora de su sesión, sonó el timbre. La analista escuchó que la señora que habitualmente atiende abría la puerta. Luego de preparar el consultorio, salió para hacer pasar a su paciente, pero se encontró con una sorpresa: no había nadie. Pensó, entonces, que el timbre podría haber

sido para otra persona de la casa. Entró a la cocina para preguntarle a la señora, y vio que tampoco estaba. De sorpresa en sorpresa, abrió la puerta del apartamento, trancada con llave, y encontró en el palier a la señora, que le dijo que le había abierto la puerta a la paciente y que —no sabía cómo— la niña la había hecho salir, había entrado y pasado rápidamente llave, la había dejado del lado de afuera.

Lucía apareció escondida debajo de la mesa del comedor, separado de la sala de espera por una puerta. Cuando la analista la vio, la tomó de un brazo, y mientras la llevaba a la sala de espera, le dijo en tono fuerte que cómo iba a hacer semejante cosa: dejar a la señora afuera, sin poder entrar, y esconderse ella de ese modo. Lucía se sentó hecha un ovillo, arrolló las piernas y tiró la cabeza hacia delante, con lo que quedó prácticamente cubierta por su lacio y rubio cabello. Mientras, la analista empezó a sentirse angustiada, tratando, sin mucho éxito al principio, de entender la situación.

Quedó en silencio a su lado, esperando ordenarse, y entonces emergieron en ella pensamientos como: «¿Qué estoy haciendo acá?», «¿Por qué mejor no me dedico a la cocina?». Surgieron también sentimientos de desvalorización, angustia y enojo consigo misma. Fue hasta el consultorio, buscó papel y lápiz, regresó y se puso a garabatear. Finalmente, dibujó una mujer con cara de enojada. Al rato, cuando Lucía trató de mirar de reojo lo que ella hacía, le extendió la mano. Lucía aceptó, y entraron al consultorio. Mientras le mostraba el dibujo, comentó: «Salió bastante parecida a mí, ¿no es cierto?». Lucía demoró en contestar, y luego dijo: «¿Sabés que... me acuerdo...? ¿Sabés? Mi mamá nunca, nunca se enojó conmigo».

Al tiempo de transcurrido este episodio, Lucía, que hasta el momento estaba muy limitada en sus vínculos familiares, paulatinamente se fue acercando a una tía abuela y le pidió que le enseñara a cocinar. Fijaron, entonces, un día para cocinar juntas, y esta le transmitió secretos culinarios que a ella le había enseñado su madre y que, según sus palabras, le habían servido «para defenderse en la vida», ya que se dedicaba profesionalmente a la cocina.

El tratamiento continuó durante dos años más. Para la última sesión, Lucía propuso un té de despedida: ella traería las bebidas y la analista debía cocinar alfajores. Efectivamente, así se hizo.

TEMA:² INTERPRETACIÓN (ACTO, GESTO, PALABRA) Y CONTRATRANSFERENCIA

El análisis se desarrolla en un espacio compartido en el que los lugares de paciente y analista se sostienen por el encuadre y nuestro marco conceptual. Cuando el encuadre se «quiebra», se crea una situación de conmoción, y los lugares pueden llegar a confundirse.

La eventual insuficiencia en el proceso de mentalización del paciente transferida al analista (o la del analista, por motivos propios) pudo hacer que la actuación invadiera el campo, afectando el proceso interpretativo. Cuando la analista logró rescatarse en su posibilidad elaborativa, restituyó a Lucía lo que había proyectado masivamente. Esto permitió incluir la memoria y recuperar la dimensión temporal. El paréntesis silencioso que siguió al *acting* fue el primer paso del reencuentro de la analista consigo misma, que habilitó distintos niveles interpretativos y, con ellos, el restablecimiento del espacio analítico.

Las preguntas que ella se hizo: «¿Por qué pasó?», «¿Con qué cosa mía o de la paciente se articula», dan cuenta de su intento de recuperar la posibilidad de pensar a través de un diálogo interno movido por lo transferencial-contratransferencial.

Por otro lado, el *acting* de la paciente nos permite acercarnos a un desafío frecuente en el análisis de niños. Se trata del equilibrio, tan difícil de mantener, entre acto y pensamiento.

En términos muy generales, podemos decir que la atención flotante y las asociaciones son la materia prima esencial con la cual analista y paciente trabajan. En el análisis de un paciente adulto, se acota la participación del cuerpo y tiende a ampliarse el espacio de la reflexión, la interpretación intenta mantener el privilegio de la palabra. Para ello, en la propia mente del analista se va haciendo un trabajo en el que hay resonancias del diálogo consciente e inconsciente con sus maestros, las teorías y su historia y la de su paciente. Este último no está ajeno a esta elaboración, ya que algunos de sus aspectos psíquicos forman parte de lo que internamente procesa

el analista. Esto nos evoca lo que Bedó (1998) ha denominado «*insight* compartido».

Es notoriamente diferente la situación en el análisis de niños. Allí estamos involucrados con el cuerpo, la palabra, el acto y el gesto, compartiendo el juego, lo que hace que la interpretación transite por estos registros diferentes e igualmente válidos. La mente del analista establece un diálogo con el niño que fue, con lo infantil operando en él y con el adulto que es, a una velocidad que puede llegar a ser vertiginosa (pensemos en los tempranos). Su capacidad de pensar se ve jaqueada con mayor frecuencia, y el silencio necesario para la reflexión es notoriamente más escaso.

Por otro lado, la interpretación, siempre hilada por la transferencia, tiene en el niño el plus de un psiquismo en estructuración que hace que la persona «real» del analista adquiera un peso de mayor importancia aún. A este complejo entrecruzamiento debemos sumarle todavía la presencia de los padres, atravesando el discurso infantil y el pensar del analista. Así, se juega también la relación del analista como hijo, con sus padres, y de él mismo como padre.

Pensando en las diversas situaciones clínicas en la práctica con niños, en los frecuentes «callate y jugá», nos preguntamos cómo interactúan acto y palabra en esa práctica.

¿A QUIÉN PRESTA MEJORES OÍDOS EL PACIENTE INFANTIL? ACERCA DEL JUEGO Y LA INTERPRETACIÓN

¿El paciente infantil le presta mejores oídos al analista que habla, al que juega o al que habla desde el personaje del juego? Se nos ocurre que hay una palabra lúdica, que surge del ámbito lúdico y pertenece a este, y una palabra que se formula desde un lugar «otro», carente de tono lúdico. Pensamos que la primera, cuyo prototipo sería la intervención desde el rol del juego o desde el personaje, se inserta cómodamente en el funcionamiento de la transicionalidad de la escena lúdica.

En el niño, la fantasía lúdica comanda el despliegue de los vectores transferenciales, ilusión necesaria e imprescindible al placer del jugar. Se nos ocurre que cuando el analista pretende formular una interpretación, y el niño contesta «callate y jugá», lo que hace no es —o puede no ser— un

movimiento resistencial, sino una convocatoria a que nos reinstalemos en la escena del juego, de la cual momentáneamente nos hemos corrido. El analista, que habla desde su lugar de analista-adulto, suspende transitoriamente el juego, el desempeño del rol que el paciente le asignó. En tanto adulto, y por el solo hecho de serlo, como agudamente señalara Anna Freud (1983), ocupa un lugar pedagógico, lugar ambivalente de ideal y modelo, de autoridad más o menos benévola.

El uso del «lenguaje correcto» es parte de la superioridad del adulto frente al niño. A la vez, la interpretación puede ser vivida con un valor «oracular» (hablamos a alguien de su realidad psíquica, diciéndole, de modo más o menos explícito, que la conocemos mejor que él mismo), y esto aun cuando utilicemos marcadores lingüísticos de duda u opinión: «quizás», «me parece», «creo». Hablar de este modo tiene seguramente un peso específico propio en la escena terapéutica y en el proceso transferencia-contratransferencia.

Cuando hablamos acotando, señalando, comentando, subrayando hechos del juego o de los personajes, nuestros decires se integran a la secuencia del juego sin interrumpirlo, enriqueciéndola en su valor de lenguaje. Pensamos que nuestras palabras allí funcionan al modo de signos de puntuación que enfatizan, interrogan, remiten a otras palabras o subrayan aspectos del discurso-juego. Se integran así, sin violencia, a la secuencia lúdica, enriqueciéndola en su aspecto de mensaje.

Consideramos pertinente reflexionar sobre el tiempo necesario para el despliegue placentero del juego, antes de que este se vuelva patrimonio interpretativo. Coincidimos con Winnicott (1971a/1980) cuando afirma que «es imposible desentrañar el significado de un juego a menos que se lo juegue y disfrute. Por principio, el analista siempre permite que se establezca el goce del juego antes de emplear su contenido para la interpretación».

Quizás la mayoría de los «callate y jugá» son sabios llamados a frenar la premura del analista para dar una interpretación. Preguntarnos, como muchas veces nos sucede, «¿no estaré jugando demasiado?», «¿no debería interpretar ya?» implica, en oportunidades, un apremio superyoico. Otras veces, es un cuestionamiento tanto del balance personal que hacemos entre juego y palabra como de los modelos que hemos acuñado en el transcurso de nuestra formación.

Acaso estamos todos de acuerdo en privilegiar teóricamente el despliegue gestual y lúdico, en el que el cuerpo, el movimiento y la sensorialidad ocupan la escena y dicen de los afectos y conflictos allí desplegados. Tal vez no alcanzamos tal unanimidad cuando consideramos el valor de la interpretación formulada verbalmente. Entre nosotros, hay quienes acentúan la importancia de poner en juego la palabra en su función de organizador y soporte representacional. Se trata de una palabra que retoma lo jugado, lo sentido, lo experimentado, y los inscribe en una historia que se hará memoria compartida y punto de partida de nuevas elaboraciones para ambos participantes del trabajo analítico. Otros colegas se preguntan si el peso esencial no radica en el propio acto de jugar, con sus posibilidades elaborativas. Este contrapunto nos parece interesante a la hora de la discusión; tal vez no da cuenta del interjuego de ambas posiciones en el fragor del aquí y ahora de la sesión, empero, la técnica tomará tonalidades diversas según cuál de ambas vertientes se priorice.

REGRESO AL MATERIAL: POLIFONÍA Y CONTRAPUNTO. ¿ACTING?
¿INTERVENCIÓN EN ACTO? ¿INTERPRETACIÓN COMO PROCESO?

El material clínico propuesto comienza con un acto de la paciente, cuyo matiz transgresor nos llevó a denominarlo *acting*, denominación sobre la que no hubo acuerdo. Los efectos de este desacuerdo determinaron el recorrido de un despliegue de ideas: «acto cargado de sentido», «puesta en escena», «llamado al analista». Partiendo de este, pensamos el movimiento regresivo de la analista, el bloqueo de su pensamiento que, tomando cuerpo en un «quehacer», contribuyó luego al proceso interpretativo.

Interpretación, regresión, transferencia-contratransferencia y el analista como persona real son algunas de las tantas ideas que el material nos ofrece para ser pensadas.

Nos preguntamos: ¿Qué valor tuvo este «hacer» de la analista? ¿Hubo allí un *acting* suyo o no? ¿Podríamos sostener que algún nivel interpretativo quedó vehiculizado por este hacer? ¿O pensaríamos que el acto adquiere valor interpretativo *a posteriori*, después de un recorrido temporal?

Si nos atenemos a una definición *tradicional* o *clásica* de interpretación, esta requiere del uso de posibilidades simbólicas. La analista sintió

su pensamiento obturado y atinó a hacer un gesto acompañado del afecto concomitante (tomó a la niña del brazo, con enojo), le habló, dibujó y volvió a hablarle. Recorrido temporal, simbólico-representacional, pues, que incluyó acto - silencio - palabra - dibujo - comentario semihumorístico de la analista (reconocimiento manifiesto de su enojo). El proceso desencadenado finalizó con la emergencia de un recuerdo de la paciente, que actualiza en transferencia una clave de su conflictiva.

El pensar grupal nos llevó luego a centrarnos en el proceso de la interpretación: ¿Qué nos permite llegar a formular una interpretación? ¿Qué instrumentos utilizamos para elaborarla?

El trabajo del analista requiere, entre otras cosas, de su disponibilidad emocional para dejarse afectar por el paciente. Esto supone poder confundirse, angustiarse, desordenarse y cometer lapsus y actos fallidos. Alude a la operativa de su propio inconsciente, su historia personal y analítica, sus afectos, su disponibilidad teórica y sus filiaciones. Perder la capacidad de pensar, verse invadido y obturado por una corriente afectiva parecería configurar claramente un jaqueo a la potencialidad interpretativa del analista. Sería necesario, entonces, «reubicarse», recuperar la posibilidad elaborativa.

Así planteado, suena muy fácil. Sin embargo, si entendemos que el énfasis habría que ponerlo en lo que sucede entre el paciente y el analista, lo que se debe recuperar sería la posibilidad de trabajar en un campo de intensas corrientes afectivas, campo oscuro para ambos integrantes de la pareja analítica, que trabajan desde distintos vértices para producir esas transformaciones que hacen pensable la experiencia emocional que está teniendo lugar entre ellos. Sin una cierta dosis de «desubique», ¿cómo podría el analista comprender los afectos que están en juego? Aprendemos-aprehendemos emocionalmente con el paciente gracias a esa experiencia que nos desubica.

Es que ese lugar «ubicado» del analista se nos aparece como una ilusión que compartimos, posible resto idealizado de la relación con nuestros propios analistas y que variará según el sustento teórico de cada uno. Entre la «asepsia» y la permanencia del encuadre meltzerianos, y la prescindencia que de estos aspectos postula la teoría lacaniana, hay una hiancia imposible de salvar.

De igual modo, la restitución del encuadre que, tomando la viñeta, todos sentimos necesaria, puede conceptualizarse en un abanico: desde

posturas como las de Segal (1973/1993), quien teoriza sobre la necesidad de defender su rigurosidad para que puedan manifestarse los fantasmas más profundos sin contaminar la psique del analista, hasta las de Bion (1962/1997) y Ferro (1998), quienes sostienen que el trabajo analítico solo puede llevarse a cabo, precisamente, por haberse dejado contaminar por las identificaciones proyectivas del paciente.

Pensamos que el eje del problema no pasa por la ruptura del encuadre, el desborde afectivo o la «contaminación»: creemos que, más bien, se trata de poder pensar *cómo* recuperar las condiciones necesarias para proseguir el trabajo de elaboración compartida.

El acto ha sido en psicoanálisis el ejemplo más clásico de las situaciones pensadas como de desubicación del lado del analista. Acto, *acting*, *acting out*, acción, son conceptos que han generado interminables debates. Sin abocarnos más que tangencialmente a su discusión, el acto de Lucía se nos presentó como el final de una serie de actos que, percutiendo y re-percutiendo, siempre con una nota dominante, interpelaron a la analista y precipitaron la situación buscada: puesta de límites que se transformó en un momento fecundo del análisis.

Entre el acto de Lucía y el gesto enojado con el que la analista la saca de su escondite bajo la mesa y la lleva a la sala de espera, se transita por un verdadero pretil entre el acto y la interpretación. En nuestra práctica cotidiana, producimos distintos tipos de interpretación: el silencio, la interpretación de sentido y la interpretación propiamente dicha serían otros tantos modos de interpretar (Nassio, 1986) que reencontramos en la secuencia de nuestro material.

BAJO CONTINUO: ACERCA DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

Otra posible escucha del material transparenta la fuerte impregnación de la sexualidad infantil, con su ardiente curiosidad, sustentando las transgresiones que la analista describe. La escena relatada parece mostrar una niña que actúa un impulso curioso, movido por el deseo, y una señora que se queda afuera, sorprendida y anonadada.

Del lado de Lucía, estar bajo la mesa del comedor —escondite infantil predilecto— es otro modo de estar bajo las polleras de mamá, de saciar

la curiosidad sexual, de acceder a los misterios y secretos que los adultos procuran ocultar (recuérdese la escena de *El tambor de hojalata*, la novela de Gunther Grass, cuyo protagonista escondido bajo la mesa percibe, en los pies de los adultos que se tocan, el adulterio materno).

Del lado de la analista, el enojo se nos aparece dirigido hacia la niña y hacia sí misma: se enoja con su paciente por haber quedado ubicada fuera, pero también se enoja consigo misma. «¿Cómo me pasó esto?», «Me tengo que dedicar a la cocina», son tanto expresiones de su enojo como modos de reconectarse en los niveles más profundos con la niña curiosa de los secretos de mamá que ella misma fue: vigencia de un deseo sexual infantil universal que pulsa y desencadena la escena en cuestión, presencia implícita de supuestos básicos en el psicoanálisis, que —formulados o no— subtienden nuestro posicionamiento y nuestra escucha.

Cuando se restablece la conexión entre ambas, hay una inundación de afectos que reclaman, apremiantes, ser pensados, narrados, historizados. El gesto espontáneo de la analista dice con claridad su mensaje: «Yo estoy enojada, pero no se trata solo de eso. También quiero pensar y entender esto que nos está pasando, que podamos hablarlo». Por esta vía, muestra que la espera es posible y la incertidumbre, tolerable. La puesta en acto de la analista funcionó simultáneamente como límite y puente que dio paso a una nueva experiencia vincular. Se materializó, así, un sentido que apuntaba al trabajo analítico del episodio. ♦

RESUMEN

Este trabajo se propone reflejar el pensamiento grupal del Laboratorio de Niños de La Asociación Psicoanalítica del Uruguay apoyándose en una viñeta clínica que comienza con el acto de una niña, cuyo matiz transgresor convoca distintas respuestas de la analista (gesto, acto, silencio, palabra, dibujo, etc.). Interpretación, acto, *acting*, regresión, transferencia y contratransferencia, y el analista como persona real son algunas de las ideas que el material nos ofrece para ser pensadas.

Respecto del valor de la interpretación en el psicoanálisis con niños, se observa la importancia de poner en juego una palabra que retome lo jugado, lo sentido, lo experimentado y su inscripción en una historia compartida, punto de partida de nuevas elaboraciones para ambos participantes del trabajo analítico. También señalamos el peso esencial del propio acto del jugar, con sus posibilidades elaborativas.

Finalmente, en una nueva lectura del material, se trabaja el papel de la sexualidad infantil y como esta atraviesa la transferencia y la contratransferencia.

Descriptores: MATERIAL CLÍNICO / ACTUACIÓN / CONTRATRANSFERENCIA / TÉCNICA PSICOANALÍTICA EN NIÑOS / LENGUAJE NO VERBAL / CURIOSIDAD

SUMMARY

The aim of this paper is to show the group perspectives of the Children Laboratory of the *Asociación Psicoanalítica del Uruguay* (APU) supported on a clinical vignette that starts with a girl's act, the transgressive character of which prompts different responses from the analyst (gesture, act, silence, words, drawing, etc.). Interpretation, act, *acting*, regression, transference – countertransference and the analyst as a real person, are some of the ideas that the vignette lends itself to consider.

Concerning the value of interpretation in child Psychoanalysis, the paper indicates the importance of providing words that can account for what has been played, felt, experienced and its inscription in a shared story,

a starting point for new processes of working through for both members of the analytic couple. The authors also underline the vital importance of the activity of playing itself, with its possibilities for working through.

Finally, in a new approach to the vignette, the group works on the role of child sexuality and its role in transference and counter-transference.

Keywords: CLINICAL MATERIAL / ACTING / COUNTERTRANSFERENCE / PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE IN CHILDREN / NON VERBAL LANGUAGE / CURIOSITY

BIBLIOGRAFÍA

- Bedó, T. (1998). Insight, perlaboración e interpretación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 68, 39-55.
- Bion, W. R. (1997). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Paidós Ibérica. (Trabajo original publicado en 1962).
- Casas de Pereda, M. (1992). *Acto, acting out y discurso infantil*. Montevideo: EPPAL.
- (1999). *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós.
- Ferro, A. (1998). *Técnicas del psicoanálisis infantil*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freire de Garbarino, M., Casas de Pereda, M., Volinski de Hoffnung, P., Braun de Bagnulo, S., Weigle, A. et al. (1986). *El juego en psicoanálisis de niños* (vol. 1). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- López de Caiafa, C. y Ameglio, F. (1999). En torno a la interpretación en el análisis de niños. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 90, 93-103
- Nasio, J. D. (comp.). (1986). *El silencio en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sandler, J., Kennedy, H. y Tyson, R. (1983). *Conversaciones con Anna Freud: La técnica en psicoanálisis de niños*. Barcelona: Gedisa.
- Segal, H. (1993). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Winnicott, D. W. (1980). *Psicoanálisis de una niña pequeña: The piggie*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971a).
- (1997). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971b).

Cuando la ritmicidad que propone el encuadre analítico se torna en exceso y obstáculo para el trabajo de simbolización

o de cómo fortalecer el registro de la ausencia



ANA MARÍA CHABALGOITY¹

CONSIDERACIONES INICIALES

Tomaré prestadas palabras de la obra póstuma de Albert Camus, *El primer hombre* (1994/2003):

En la clase del señor Bernard, por lo menos, la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial todavía para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba a un ganso. Les presentaban un alimento ya preparado rogándoles que tuvieran a bien tragarlo. En la clase del señor Germain, sentían por primera vez que existían y eran objeto de la más alta consideración: se los juzgaba dignos de descubrir al mundo. (p. 128)

1 Miembro asociado en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Miembro habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Miembro fundador de la Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. amchabal@adinet.com.uy

Pienso que este posicionamiento frente a lo instituido da cuenta de una de las tantas motivaciones que me conducen a comunicar estas reflexiones.

¿Cómo respetar y mantener la rigurosidad de una concepción metapsicológica, fruto de la enorme riqueza del legado freudiano y de sus continuadores, sin que ello implique quedar adherido a una suerte de obediencia ideológica a los modelos teórico-técnicos establecidos por las instituciones que ofician de soporte referencial y de pertenencia a nuestra identidad analítica?

¿Cómo sostener, desde un posicionamiento analítico, lo esencial del método, y a su vez dar lugar a las variaciones técnicas que pretenden respetar la singularidad y las vicisitudes de cada situación analítica?

¿Cómo no quedar *cebados* por los alimentos-conocimientos instituyentes y, al mismo tiempo, no pretender *cebar* a los pacientes con intervenciones que, más que abrir el camino de sus creaciones personales, tienden a cerrarlos con saturaciones de sentidos o intentan ajustarlos a nuestros a priori conceptuales?

Estos interrogantes, metafóricamente expresados, interpelan mi práctica cotidiana.

Por lo que los planteamientos que a continuación compartiré son producto de la búsqueda de anclajes teóricos desde los cuales desentrañar las complejidades implícitas en determinadas variaciones del dispositivo analítico clásico cuando se trabaja con patologías que desbordan las neurosis.

Con este cometido propongo reflexionar desde la doble vertiente del «pensamiento clínico» (Green, 2000/2001, 1990b/2002, 2003/2005): dimensión epistemológica y teoría de la clínica.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

INTRODUCCIÓN. Tengo la firme impresión que los avatares de la clínica son mucho más complejos de lo que las teorías pueden dar cuenta.

Apertura a lo incierto, aun a riesgo de saber que las teorías que nos atraviesan pueden tener el efecto de cierre a la interrogación, al estar siempre presente el peligro de que la realidad que vemos sea solo aquella que entra dentro del registro de las significaciones que manejamos.

Ahora bien, ¿es posible una articulación entre la teoría y la clínica?

Se puede inferir un hiato, un espacio insoldable entre la teoría y la clínica, de manera tal que ambas conserven su libertad de movimiento creativo, pero donde, a su vez, se entretajan hilos de conexión entre uno y otro campo de modo tal que los interrogantes de uno interpelen las afirmaciones que surgen en el contexto del otro, y viceversa.

Por lo tanto, los fragmentos del breve ejemplo clínico que expondré no pretenden dar cuenta de ese tratamiento en particular, sino que serán utilizados como forma de ilustrar y de evocar algunas hebras del complejo entramado teórico-clínico que se va construyendo en ciertas *curas difíciles*.

Y más que colocar el punto de inflexión en lo que sucede en la mente del analista, me interesa, en esta oportunidad, trabajar en torno a las preguntas, —¿qué sucede en «la mente» de estos pacientes que se ven favorecidos con las modificaciones rítmicas de las sesiones?; —¿qué dinanismos psíquicos se facilitan de este modo?

DESDE LA CULTURA A LA PRAXIS PSICOANALÍTICA. Las categorías de tiempo y espacio, al igual que otras creaciones humanas, son tanto construcciones como ejes determinantes de la instancia yoica y de los modos de organización cultural.

En la actualidad, la privación objetal coexistiendo con la simultaneidad intrusiva de estímulos, el aislamiento afectivo y la vivencia de un presente quemante y efímero, los agrupamientos homogeneizantes y la expansión disruptiva, el borramiento de límites entre lo público, lo privado y lo íntimo se revelan como algunas de las peculiaridades que caracterizan los intercambios relacionales entre los sujetos.

Estos modelos que impregnan desde lo sociocultural los procesos de subjetivación suelen poner a prueba la consistencia de los diques que sostienen la escisión estructural del sujeto psíquico. Testimonio de ello resultan ser la tendencia a las actuaciones y —a veces— los pasajes al acto, que nos sorprenden cada vez con mayor frecuencia en el trabajo clínico con diferentes pacientes, más allá de su pertenencia a tal o cual clasificación gnosográfica.

Dichas conductas dan cuenta de importantes perturbaciones en el trabajo reflexivo y nos conducen a interrogarnos acerca de los «sistemas de

ligazón simbolizantes»² que ofrecen tanto los objetos significativos como los objetos propuestos desde la cultura.

Sin embargo, lo que resulta novedoso para la organización de la vida en sociedad no lo es, ni lo ha sido, para la vida de algunos sujetos en los cuales prevalecen trastornos del *yo* en sus funciones organizadoras, defensivas e inhibitoras de la descarga pulsional. Estos funcionamientos rinden tributo a modalidades intrapsíquicas e intersubjetivas en las que la temporalidad ha resistido su devenir (no se ha instalado firmemente la flecha del tiempo) y la organización espacial no ha terminado de delimitar las fronteras territoriales (*yo-no yo*; mundo interno-mundo externo).

En la dinámica y en la economía psíquica de estos sujetos coexisten zonas de indiscriminación, responsables de la persistencia de formas arcaicas de satisfacción sexual-narcisista, junto a funcionamientos triádicos, consustanciales con la función paterna de corte-separación-interdicción, característica de la lógica edípica, por lo que reflexionar sobre algunas de las particularidades que adquieren las coordenadas temporo-espaciales de la instancia *yoica* es ubicarnos en esa zona de tensión donde lo intrapsíquico, lo intersubjetivo y lo transubjetivo se entretajan y anudan al estilo borromeico, ya que no hay sujeto psíquico radicalmente *desujetado* de un orden cultural ni totalmente por fuera de la intersubjetividad.

Desde este contexto, el debate sobre los nuevos paradigmas que organizan lo social y el trabajo clínico con patologías que desbordan las neurosis (y/o el trabajo con los aspectos no neuróticos de la personalidad) vienen complejizando e interrogando tanto nuestras teorías como las herramientas técnicas que posibilitan la aplicación del método analítico.

- 2 Concepto construido a partir de la interpretación que realicé de los planteos de Bleichmar en «Primeras inscripciones, primeras ligazones», capítulo 1 de *La fundación de lo inconsciente* (1993): «para que la cadena de facilitaciones pueda frenar sus modos de evacuación compulsivos e instaurar vías colaterales que propicien un entramado ligador desde los orígenes, es necesario no solo que el semejante sea un sujeto hablante, sino que se aproxime al cachorro humano con representaciones totalizantes, narcisistas. Estos sistemas de representación *yoicos-narcisistas* tienen, por supuesto, como prerrequisito la instalación del proceso secundario, es decir, del lenguaje en el preconscious... pero ello siendo condición necesaria, no es suficiente. Para que estos sistemas representacionales del auxiliar materno operen generando condiciones de ligazón en el niño deben de estar en funcionamiento pleno en el momento de crianza» (p. 48).

En las últimas décadas y desde una psicopatología psicoanalítica, Roussillon (1999, 2001, 2006) ha propuesto reunir con la denominación «trastornos o sufrimientos identitario-narcisistas» a la amplia y diversa gama de situaciones clínicas en las que las problemáticas narcisistas adquieren papel protagónico. Esta denominación me resulta útil para pensar la clínica, ya que, junto a las fallas en la consistencia del estructurante trabajo de la represión, se coloca el acento también en la función que cumple el narcisismo en la dinámica y en la economía psíquica.

Recordemos que el *yo* —ese ser de frontera, tal como lo denominó el propio Sigmund Freud— puede ser más o menos laxo, más o menos fluctuante en todos los sujetos, de acuerdo con ese precipitado de identificaciones (primarias y secundarias) que lo constituyen.

El trabajo con estos pacientes nos recuerda una y otra vez la importancia que tiene para el sujeto psíquico el funcionamiento a pleno de la instancia yoica (*yo-superyó-ideal del yo*). Nos obliga a reflexionar acerca de las graves consecuencias que trae aparejado el desfallecimiento de sus funciones defensivas-organizadoras, la preeminencia del accionar de un *superyó* sádico-arcaico, y los efectos de lo que se ha dado en denominar patología de los sistemas ideales. En este sentido, Freud ya señalaba en «Introducción al narcisismo» (1914/1976) que la existencia del *ideal (ideal del yo)* es condición de represión.

Recordemos también que la tópica yoica será la responsable de introducir en el psiquismo la lógica ligadora del proceso secundario a través de las representaciones-palabras que brinda el sistema preconsciente-consciente. A la vez, su función de contrainversión asegurará, a través de la represión secundaria, el mantenimiento en lo inconsciente de aquellas inscripciones que, destinadas a conformar el núcleo de lo inconsciente reprimido, se constituirán en motor del trabajo psíquico.

Paradojalmente, el *yo* (con sus clivajes estructurales) se revela, entonces, como lugar de desconocimiento y como instancia que tiene a su cargo la permanente tarea «traductiva» (Laplanche, 1987) de las inscripciones alojadas en lo inconsciente.

Considero que con estos pacientes, la tarea analítica no se limitará tan solo al trabajo con las formaciones del inconsciente, sino que nos enfrentará también —y entre otras— a las problemáticas derivadas de las

escisiones yoicas que, sostenidas por la desmentida patológica, tienden a expresarse en la clínica a través de pasajes al acto o del soma.

En este sentido, me planteo que los contenidos psíquicos que han sido objeto de un rechazo más radical del que propone la represión permanecen enquistados, «¿encapsulados?, ¿enclavados?» (Laplanche, 2007) en el psiquismo, y no tienen facilitado el camino de la retranscripción representacional. Por tanto, no podrán ser trabajados para su perlaboración por el tiempo psíquico del *après coup*.

DEL DISPOSITIVO ANALÍTICO Y DE SU ENCUADRE. El vínculo analítico, caracterizado por la asimetría de roles y funciones, se coconstruye en el campo dinámico bipersonal (M. Baranger y W. Baranger, 1961) delimitado por un encuadre que contiene y atraviesa la dupla paciente-analista.

Dada la enorme profusión de escritos sobre estas temáticas, me limitaré a señalar que entiendo al *encuadre* como aquel conjunto de normas explícitas e implícitas que al mantenerse fijas (Bleger, 1967) otorgarán una «estructura encuadrante» (Green, 1990b/2002) al proceso analítico, en tanto este implica movimiento, cambio, transformación (Bleger, 1967).

En este contexto, la demarcación del tipo de dispositivo más apropiado para cada situación clínica (pacientes con los que se trabajará de acuerdo al motivo de consulta —individual, vincular—, la franja etaria —inclusión de entrevista con padres, hermanos—, características del ambiente-consultorio, actitud del analista, etc.) implicará la implementación de una serie de condiciones, tanto externas como internas, que tendrán como objetivo facilitar la emergencia y el trabajo con diferentes producciones del inconsciente y/o el abordaje de algunas problemáticas vinculares.

A los fines de este trabajo, emplearé de un modo ampliado la denominación *dispositivo* analítico como sinónimo del concepto de *setting* introducido por Donald Winnicott (1958b/1999; 1971b/1991), en tanto hace referencia a la dinámica y las características de la situación analítica en su conjunto, y no solo a su encuadre.

Ahora bien, según la plasticidad con la que el analista pueda prestarse con cada paciente para ser *usado*, siguiendo a Roussillon (1999), como «objeto a simbolizar en su alteridad, en sus diferencias, en sus carencias» y, a su vez, como «objeto para simbolizar», es decir, para ser *utilizado* como

objeto en la tarea misma de la simbolización, se podrá favorecer —o no— el proceso de apropiación subjetiva-subjetivante³ y, por tanto, el desarrollo de su capacidad de simbolización.

Será imprescindible, por parte del analista, el autoanálisis de las diferentes vivencias y los diferentes afectos a los que se ve convocado, de modo que —sostenido por la «matriz encuadrante» (Green, 1990b/2002; 2003/2005) que le brinda su propio «encuadre interno» (Alizade, 2002; Green, 1990b/2002, 2000/2001, 2003/2005)— pueda ir coconstruyendo con el paciente cadenas de ligazón a representación-palabra junto a la tarea de desligazón, dinámica psíquica que al posibilitar los sucesivos movimientos de desplazamiento y sustitución representacional, abren el camino a la metáfora y a la metonimia. Pero es necesario precisar que estos dinamismos cobrarán eficacia psíquica siempre y cuando el analista pueda manejar maleablemente la alternancia de su presencia-ausencia.

Vínculo analítico, transferencia y contratransferencia son pensados, entonces, como devenires en los cuales lo intersubjetivo y lo intrapsíquico irán conformando una malla, al estilo de un «espacio-tiempo transicional» (Winnicott, 1971a/1972) donde se despliega y acontece el proceso analítico.

A su vez, la situación analítica se irá constituyendo en un lugar privilegiado de reapertura de la «situación originaria» (Laplanche, 1987) si se logra crear y sostener un dispositivo «maleable, confiable y consistente» (Roussillon, 1991, 1999), tanto en sus posibilidades de transformación, como en los límites que establece en función de cada singularidad.

DE LA PRESENCIA-AUSENCIA A LA INVASIÓN-ABANDONO. Para que los *objetos significativos* puedan ser representados en el espacio y tiempo subjetivante de la ausencia, será imprescindible que tanto sus percepciones como sus pérdidas entren en concordancia con los tiempos y las distancias tole-

3 En «El "lenguaje" del encuadre y la transferencia sobre el encuadre» (2006), Roussillon plantea: «En las situaciones transferenciales en las cuales la cuestión del sufrimiento identitario-narcisista juega un rol dominante, las transformaciones que acarrea el funcionamiento de la situación analítica son vividas como amenazas para la identidad. [...] Las exigencias que emanan del encuadre y del modo de funcionamiento que este impone, jaquean al analizante, o despiertan vivencias históricas de fracaso de sus capacidades de simbolización, amenazan los arreglos psíquicos que ha podido establecer para paliar los efectos de la vivencia traumática» (p. 8).

rables por el *infans*. De este modo, se evitará el desborde de la excitación pulsional, efecto de la presentación sin pausas y del alejamiento excesivo.⁴ El displacer de la pérdida se va entretejiendo, entonces, con el placer de su representación, que brindará satisfacciones sustitutivas. En este sentido, tanto la interiorización de la realidad como la creencia omnipotente en su dominio son estructurantes del psiquismo.

La separación con los objetos podrá, así, ser tolerada mediante su evocación con el pensamiento y la palabra, movimientos psíquicos sostenidos por el trabajo de la represión.

Pienso que, en Psicoanálisis, *la presencia y la ausencia* se implican recíprocamente y son consustanciales con la paradoja temporo-espacial que Winnicott (1971a/1972) conceptualizó como «espacio transicional»: zona de la ilusión, del juego, de la creación, de la cultura. Sin embargo, esta potencialidad estructurante solo es posible si el objeto auxiliador acepta la pérdida y reconoce la alteridad, es decir, si tiene internalizada la terceridad que hace *tope* a los deseos fusionales.

Ahora bien, ¿qué implicancias tienen para la estructuración y el funcionamiento psíquico las fallas en esta alternancia rítmica? ¿Es posible un trabajo de simbolización en el contexto de la invasión-abandono? Desde estas preguntas pondré a trabajar otra modalidad rítmicas del *está-no está* de los *objetos primordiales*, que remiten al exceso, con su contrapartida de carencia, tanto de sus formas de presentación como de sus alejamientos. Los excesos y las carencias son el anverso y el reverso de una misma modalidad vincular, y ambos dificultan la consolidación de esa *tercera zona* que es la transicionalidad, por lo que estos sujetos suelen quedar entrampados en un modo relacional con sus objetos originarios que resulta paradójal —se está pero no se está—, aspecto que los instala en un desasosiego identitario.

4 Siguiendo los planteos de Roussillon (1999) sobre estas temáticas, quien, a su vez, se apoya y amplía conceptos de Winnicott.

FORMULACIÓN DE LA HIPÓTESIS DE TRABAJO

Apoyándome en estos planteamientos teóricos y articulándolos con las vicisitudes de la práctica clínica, propongo detenernos en las dificultades que presentan estos pacientes en su actividad ligadora y, más precisamente, en lo que Roussillon (1999), parafraseando a Wilfred Bion, denomina «el aparato de simbolización», para desde allí reflexionar sobre las variaciones rítmicas que en ciertas curas difíciles solemos realizar como forma de intentar trabajar algunas de las situaciones paradójales que a nivel transfero-contratransferencial se escenifican y encarnan en el vínculo analítico.⁵

Me planteo que en estas situaciones clínicas los cambios en la ritmicidad temporo-espacial de las sesiones tienen como función acercarse al tipo de ritmo que les resulta conocido y familiar, en tanto recrean el modo relacional de estos sujetos con sus objetos originarios. Este ritmo resulta paradójal en tanto está caracterizado por lo discontinuo y lo imprevisible. Es decir, sus características son antagónicas con lo que solemos conceptualizar como rítmico: continuo, constante, previsible.

Desde esta perspectiva y en el contexto de estas situaciones clínicas, pienso que estas modificaciones del encuadre tienden a favorecer el fortalecimiento de un registro de la ausencia. Recordemos que solo en su seno puede adquirir espesor y consistencia el trabajo de representabilidad psíquica, de mentalización, por lo que considero que estas variaciones rítmicas pueden colaborar a potenciar y ampliar las posibilidades de simbolización,⁶ capacidad imprescindible para todo trabajo de elaboración y perlaboración psíquica.

5 En tal sentido, sostiene Roussillon como introducción a «La fonction symbolisante de l'objet», cap. XI de *Agonie, clivage et symbolisation* (1999): «Si la teoría es necesariamente una teoría del sujeto y una teoría para un sujeto, no podría evitar ser simultáneamente una teoría del objeto y una teoría del modo como el objeto subjetivo permite al sujeto experimentarse como tal. Esta es la función simbolizante del objeto, si se acepta superponer el desarrollo de la simbolización con la función de apropiación subjetiva y subjetivante» (p. 169).

6 Como señala Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]/1976), «cuando [el lactante] no ha visto a su madre una vez, se comporta como si nunca más hubiera de verla, y hacen faltas repetidas experiencias consoladoras hasta que aprenda que a una desaparición de la madre suele seguirle su reaparición. La madre hace madurar este discernimiento, tan importante para él... de este modo puede sentir, por así decir, una añoranza no acompañada de desesperación» (p. 158).

DEL USO DEL ESPACIO Y TIEMPO DEL ENCUADRE ANALÍTICO. Los pacientes en los que el sufrimiento identitario-narcisista juega un papel central en su dinámica psíquica, suelen plantear una ritmicidad que nos resulta peculiar en cuanto al *uso* que hacen del espacio y tiempo que propone el dispositivo analítico.

Considero que en el contexto de sus tratamientos, el estudio de estas vicisitudes nos puede permitir avanzar en los modos de abordaje de algunas de las dificultades que presentan para el trabajo de simbolización.

Descriptivamente, decimos que estos sujetos no logran una *distancia óptima* en sus vínculos. En la clínica tienden a desplegar una suerte de expansión espacial, por la cual el analista es requerido más allá de los encuentros en el consultorio: a través de llamadas telefónicas; mensajes de textos, solicitudes de sesiones extras, etc. Junto a estas conductas, faltan de manera repetida a las sesiones o directamente interrumpen el análisis.

Me planteo que el pensar esta particular ritmicidad tan solo como movimientos resistenciales de los pacientes, como ataques al encuadre o como huidas defensivas frente al temor-deseo de fusionarse con el analista conlleva el peligro de dejarlos librados a la mera repetición de estas modalidades relacionales evacuativas. En el entramado del vínculo transferencial, propongo pensarlas también como indicios de un trabajo psíquico que va posibilitando la apropiación subjetiva-subjetivante del objeto-analista y de la función simbolizante que encarna la situación analítica en sí misma. Pero para que estas conductas adquieran esa cualidad funcional, es fundamental que el analista contenga y signifique sus acercamientos y alejamientos como el camino que transitan para ir inscribiendo la representación del «objeto-analista» (de su persona, de su posicionamiento) y del funcionamiento del proceso analítico (pensado como la situación analítica en su conjunto).

Esta representabilidad psíquica propiciará —junto a la internalización de los *sistemas de ligazón representacional* (Bleichmar, 1984/1986) que se les vaya ofreciendo— la creación y el fortalecimiento de un registro de la ausencia. De este modo, se propiciará en estos pacientes el trabajo de duelo que implica la aceptación de la pérdida del objeto, y así se irá construyendo y fortaleciendo los cimientos de todo trabajo de simbolización. Muchas veces, este trabajo psíquico solo es posible llevarlo a cabo a través de una

modalidad de encuentro con la persona del analista, en el que es necesario que este se deje *alejar y acercar*, y permanezca *a la espera* de ser requerido, *encontrado-creado*. Pienso que de esta manera se recrea el trabajo del *forda* en el seno mismo del vínculo transfero-contratransferencial.

Para el analista, esto implica sostener un modo de *estar* que resulta paradójal: es necesario que reafirme su presencia potencial en el contexto de los alejamientos del paciente. De este modo, es posible que el retiro del objeto-analista vaya siendo gradualmente significado como ausencia, y no como abandono, y su nueva presentación, como presencia, no como intrusión.

A su vez, la actitud de espera en el marco de la terceridad, que propone el posicionamiento analítico, funciona como garante de la continuidad del tratamiento aun cuando el paciente manifieste —y pase al acto— su retiro temporario. Como ya fue explicitado, la discontinuidad marcada por los reiterados distanciamientos es sostenida por la repetición en transferencia de los ritmos y las cualidades propias del medio ambiente facilitador, y por tanto, estos han sido internalizados como modo de «relacionarse con la actividad de simbolización»⁷ (Roussillon, 1999, p. 170).

Será imprescindible que el analista apele a su «encuadre interno» como forma de sostener el difícil equilibrio entre la flexibilidad y la abstinencia, ya que se verá una y otra vez compelido a limitar y desviar la irrupción pulsional, efecto de las vivencias de exceso, de sobresaturación, que la presencia del otro-analista y el clima intimista de las sesiones suelen provocar en estos pacientes: trabajo con y de la contra-transferencia, en tanto elemento esencial del método analítico.

Pienso que este particular *uso* del dispositivo les permitirá, a su vez, acotar la omnipotencia de sus fantasías deseantes al comprobar que el analista *sobrevive* a su agresividad, así como ir adquiriendo y fortaleciendo la capacidad *para estar a solas*, con la confianza que les otorga la presencia a distancia *a la espera* del analista.

7 En «La fonction symbolisante de l'objet», cap. xi de *Agonie, clivage et symbolisation* (1999), Roussillon sostiene: «Las características de la relación de objeto primarias tienden a transferirse a la relación del sujeto con la actividad de simbolización... Es en el modo de presencia de los objetos que el sujeto debe tomar los materiales de su actividad representativa y no solamente en su ausencia "bien temperada"» (p. 170).

¿Modo peculiar de ir construyendo esa capacidad conceptualizada por Winnicott (1958a/1993).⁸

Siguiendo a este último autor, recordemos que el juego de construcción-destrucción es tan importante como el del objeto creado-encontrado. Es decir que el objeto es también destruido-encontrado, y en ese juego se crea la exterioridad. De este modo, se posibilita para él la salida del mundo subjetivo omnipotente, del mundo como *manejo de proyecciones* de la relación dual. Desde aquí, ese *otro* se convierte en ajeno, opaco, diferente... y al ir cambiando el estilo de comunicación, podrá ir surgiendo la preocupación por el *otro*. Pero este proceso solo es posible por la repuesta del ambiente que sobrevive a la destrucción.⁹ Por tanto, el devenir de cada uno de estos tratamientos dependerá de la forma en la que cada analista signifique estos «actos mensajeros» (Roussillon, 2004b/2006).

USO DE LA HIPÓTESIS DE TRABAJO: SU ARTICULACIÓN TEÓRICO-CLÍNICA

EN LA CLÍNICA. La oscilación entre la dependencia extrema y la aparente prescindencia del analista suele ser, entonces, un signo distintivo en el devenir de estos tratamientos. Sin embargo, la intensidad de la repetición de sus funcionamientos duales en el vínculo transferencial no deja de sorprendernos, por lo que sostener su despliegue junto al mantenimiento de la terceridad se constituye en un desafío a nuestra tarea práctica.

- 8 En «La capacidad para estar solo», *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (Winnicott, 1993): «Aunque muchos tipos de experiencias llevan a establecer la capacidad para estar solo, existe uno que es básico, y cuya insuficiencia impide el desarrollo de esta capacidad: esta experiencia es la de estar solo en la infancia y en la niñez, en presencia de la madre. De modo que la base de la capacidad para estar solo es una paradoja: se trata de la experiencia de estar solo mientras alguien más está presente» (p. 38).
- 9 Retomo las palabras de Prego Silva (1989): «Cuando hay un yo intacto y el analista puede dar por sentada la existencia de cuidados infantiles, la interpretación adquiere más valor que el marco (setting) pero cuando aquellos cuidados no existieron o fueron insuficientes, allí no habrá un yo suficiente como para hacerse cargo de las interpretaciones y entonces, lo más importante es el setting. Recordemos aquí lo que para Winnicott son las necesidades básicas del infante: el holding y el halding y la presentación del objeto en el lugar y en el momento oportuno» (p. 122).

¿Cómo intentar ligar las diferentes actuaciones a cadenas representacionales? ¿Cómo evitar que estas repeticiones desligantes conduzcan a la interrupción definitiva del proceso?¹⁰

La viñeta clínica que pasaré a compartir y las reflexiones teóricas que se encuentran a continuación pretenden ilustrar el modo en el que me es útil interpretar las modificaciones temporo-espaciales que solemos realizar cuando el dispositivo analítico ofrecido tiende a obstaculizar el trabajo de simbolización en el paciente.

PRESENTACIÓN DEL MATERIAL CLÍNICO. ¿Quién era Eloísa? Esta fue una pregunta recurrente durante los primeros años de este proceso analítico. ¿Era la chica de hablar pausado, de mirada serena y tierna? ¿Era la joven que en sus irrupciones de ira parecía querer destruir todo lo construido? ¿Era la mujer retraída y aislada en su dormitorio que se vivenciaba sumergida en estados de vacío que le resultaban intolerables? Estas vivencias de sí, desorganizadas, caóticas, fueron desplegándose tanto en el vínculo conmigo como en diferentes situaciones de su vida cotidiana y parecían haberla acompañado a lo largo de su devenir existencial con una expresión más virulenta en su temprana adolescencia.

A pesar de tener casi treinta años al momento de la primera consulta, Eloísa mantenía una total dependencia, tanto afectiva como económica, con su familia de origen. No había logrado acceder al mercado laboral. Previamente, había comenzado e interrumpido varios intentos de tratamientos, tanto psicológicos como psiquiátricos. Su discurso, su modo existencial, su forma de presentación parecían expresar el impacto y la desorganización psíquica que le había provocado haber sido partícipe, en los comienzos de su pubertad, de diversos «detalles» que develaban la severa conflictiva de la pareja matrimonial y la perturbación psiquiátrica paterna.

10 Parafraseando a Roussillon (2006) en «El "lenguaje" del encuadre y la transferencia sobre el encuadre»: estas situaciones límite del psicoanálisis ponen al rojo vivo las condiciones del análisis y amenazan el proceso con una forma de desimbolización. Si el analista no está en condiciones de reconocer qué trauma de la actividad simbolizante se actualiza de ese modo y se transfiere al encuadre, se encontrará entonces en grandes dificultades para destrabar la situación cuya «mecha se ha encendido» en la representación en curso (Freud, 1914, p. 8).

Poco a poco, pudimos ir armando una novela familiar que en los inicios de este tratamiento era fragmentaria y en la que los huecos de su entramado estaban principalmente relacionados con la internalización del mandato de su entorno familiar de «no recordar y olvidar» todo aquello que pudiera evocar la figura de su padre. El diagnóstico psiquiátrico-forense, que consideraba como incapaz a este padre, otorgó la tenencia definitiva a su madre. A esto se sumó la partida de este hombre hacia otro país, aspecto que la dejó encerrada en lo endogámico-incestuoso con la figura materna. Eloísa necesitaba salir de estas formas de vínculos y funcionamientos.

Había en ella un *antes* que se guardaba encapsulado —y que se evidenciaba a través de sus severas actuaciones— y un *después* que rechazaba el hecho de que tenía un padre. Habilitar su existencia y abrir el derecho a su recuerdo, de modo de acotar diferentes conductas que se erigían como testigos indestructibles de su existencia, fue uno de los desafíos en este primer tramo de su tratamiento.

Los trastornos en el sueño y en la alimentación, el consumo de alcohol, la dificultad para sostener en el tiempo diferentes emprendimientos laborales y de estudio, la alternancia brusca en sus estados de ánimo, el encierro en su dormitorio por varios días —durante los cuales se negaba a interactuar con los demás— nos condujeron por pretilos muy peligrosos.

A lo largo de su tratamiento, se hizo imperioso el trabajo de algunos aspectos identificatorios con sus figuras parentales que le resultaban alienantes. La paulatina desidentificación y el entramado de estos rasgos en nuevas reorganizaciones representacionales le fueron permitiendo, gradualmente, varios logros significativos en su vida relacional, en la regulación afectiva y en su dinámica intrapsíquica. Terminar un oficio, que le dio acceso a trabajos que habilitaron la posibilidad de vivir sola, y establecer un vínculo amoroso que le permitía proyectarse fueron también indicios del logro de una mayor estabilidad emocional. A su vez, pudo restablecer un encuentro epistolar con su padre, sacándolo del lugar de desaparecido, modalidad que al tiempo que la acercaba, la mantenía a una distancia *prudencial* que impedía que quedara nuevamente avasallada por sus conductas invasivas, ambiguas, enloquecedoras.

FRAGMENTO DE SESIÓN: A TRES AÑOS, APROXIMADAMENTE,
DE LOS INICIOS DEL TRATAMIENTO

«No puedo ir la próxima sesión. Estoy bien. Además quiero y necesito terminar el tratamiento». Mediante este mensaje de texto, Eloísa expresa, con la distancia afectiva que asegura este tipo de comunicación, su deseo-necesidad ¿de qué? En estos últimos meses venía siendo frecuente que no acudiera a las sesiones, funcionamiento que no había podido revertir a pesar de mis diferentes interpretaciones. Lo que sí se había modificado, en relación con otros períodos en los que también faltaba y desaparecía, literalmente, era que me avisaba y me comunicaba los motivos por los cuales no iba a venir, así como un escueto informe de su estado de ánimo.

A la sesión siguiente, llega muy ansiosa:

—No sé cómo explicarte lo que me pasa... Necesito terminar... No sé bien por qué, pero es lo que quiero... Me doy cuenta que aunque te diga que voy a venir, después no lo hago, se me hace pesado, no tengo ganas... Necesito que me entiendas, no es como otras veces que no quería venir porque estaba en el pozo y no quería nada con nada... Estoy bien... quiero dejar de venir...

Queda expectante a mi respuesta mientras me mira fijamente con un gesto que interpreto entre desafiante y temeroso.

—Eloísa, escuché bien tu planteo de querer terminar. De todos modos, me parece importante que podamos pensar juntas los porqués de esta necesidad de terminar. ¿Será que necesitás comprobar que te podés separar de mí?

—Yo ya estuve pensando sola antes de decírtelo... Estoy cansada de venir, de analizar... Es mucho trabajo de la mente, y cuando me voy de acá, quedo superagotada. No quedo mal; bueno, a veces, sí, aunque sé que después me hace bien... pero necesito un poco de respiro... Yo ya lo tengo decidido... no sé si me podrás entender...

—¿Qué tendré que entender? ¿Sentirás esta idea de terminar, de irte, como algo que se te impone hacer, como te ha pasado con el comer, el tomar o el dormir y abandonar todos tus emprendimientos...?

—Es algo pensado, no es algo que se me ocurre y lo tengo que hacer... Antes ya me había pasado de no querer venir, pero igual después venía y

nunca me planteé el terminar, pero esta vez es distinto... Al menos por un tiempo, necesito dejar... y necesito que lo entiendas...

—¿Y qué pasaría si no lo entiendo? ¿Tenés miedo a que yo te quiera retener por la fuerza como lo viviste con tu madre, y si te vas me enoje mucho y no quiera verte nunca más? ¿O también tendrás temor a que si tú te alejas de mí, yo desaparezca como tu padre?

Responde con tono de angustia—: Todo eso que decís, debe estar, yo no lo pensé, al menos conscientemente, así, pero mientras te escuchaba, me vinieron muchas ganas de llorar... —Llora serenamente—. A mí este espacio me ha servido mucho, yo no soy la misma que vine hace más de tres años, pero ahora estoy bien, he logrado mucho, sigo con x [su pareja], tenemos pensado pasar a convivir y estoy pudiendo sostener mis cosas, la casa, mi trabajo. Yo sé que me da miedo dejar este espacio, pero siento que necesito vivir lo que he logrado, yo sola, sin vos, quiero probarme, al menos por un tiempo, y ver qué me pasa... Yo ahora me estoy sintiendo bien... y venir acá me significa cuestionarme, empezar a revolver todo lo que he logrado y lo que no... Sé que lo tengo que seguir haciendo... que hay muchos temas que aún no los tengo resueltos, pero necesito un tiempo de no pensar, bueno, es un decir, pero no sé cómo expresártelo.

—Tal vez necesitás asegurarte de que podés separarte de mí y de este espacio, sin discusiones, sin desapariciones... pero sí, pienso que es necesario seguir trabajando juntas... Por eso entiendo tu planteo, no como una terminación, sino como un período en el que necesitás transitar a solas, sin mi presencia... —Escucha atentamente y en silencio cada una de mis palabras haciendo gestos afirmativos con movimientos reiterados de su cabeza—. Parece que necesitás comprobar que lo que has logrado construir y comprender de ti misma y de tu historia no desaparece si no me ves... Eloísa, yo voy a seguir estando acá disponible para cuando puedas y quieras retomar este trabajo... Lo que sí te aclaro, por si me llamás, es que probablemente tengas que esperar para que encuentre un horario disponible...

Tuve presente aquí sus urgencias y su irritación cuando me pedía alguna hora extra, y yo no podía dársela inmediatamente.

Con un gesto de franco alivio, sonrío distendida:

—¡Puf! ¡Qué suerte que me entendés! Tenía mucho miedo que me dijeras que no podía volver, más si no seguía ahora con el tratamiento...

¡¡Sé que voy a volver!! Me tranquiliza saber que puedo hacerlo... Estoy recién pudiendo pisar firme en algunas cosas de mi vida, creo que ya quedaron atrás mis descolokes totales, aunque sé que puedo volver a caer en mis encierros y bajones, en mis atracones y borracheras, en querer solo dormir y no soportar a nadie a mi alrededor... Lo recuerdo y me da mucho miedo volver a sentirme tan mal, tan furiosa y con esa sensación de que nada tiene sentido —se angustia—, pero vengo comprobando que cada vez recaigo menos y logro salir mucho más rápido... Además, con los trabajos siempre cumplo, no he dejado nada por estar mal...

COMENTARIOS SOBRE ESTA SESIÓN. A lo largo de estos años, ante la repetición de sus idas y vueltas, le fui proponiendo diferentes construcciones que implicaban, entre otros dinamismos, movimientos de desligaduras y nuevas ligaduras, movimientos psíquicos que implicaban, además, reintegrar lo inconscientemente desmentido al flujo representacional del preconsciente para que desde allí pudiera ser trabajado por el mecanismo de la represión, y así adquirir la potencialidad simbolizante. Conjuntamente, propuse la modificación de la frecuencia semanal (pasamos de tres a dos sesiones) como forma de ajustarme al ritmo que, en los hechos, era el que parecía poder sostener.

Esta variación en el encuadre le permitió mantener por un tiempo prolongado la continuidad de su concurrencia y la disminución de sus inasistencias. Sin embargo, desde hacía varios meses se había reinstalado la repetición de sus faltas. Cuando concurría, mantenía una actitud de alejamiento y distancia afectiva para conmigo. Me dejaba saber muy poco de ella. Esta actitud sí era novedosa. Y en este contexto, manifestó su decisión de interrumpir, planteamiento que no me sorprendió.

Si bien, más allá de mi repuesta, era evidente que iba a interrumpir su tratamiento, cabe la reflexión en torno al modo en que significué su decisión. ¿Por qué la habilité? ¿Esta actitud tuvo efectos en ella? ¿De qué tipo? ¿Incidió en su posibilidad de retomar su espacio analítico más adelante?

Pienso que en esta situación clínica, como en otras semejantes, cuando lo fusional adquiere protagonismo en el escenario analítico, hay períodos en los que el dispositivo y la presentación del analista son vivenciados como un exceso, y para que lo trabajado pueda seguir siendo integrado y *amasado* internamente por el paciente, es necesario habilitar esta peculiar

forma de tránsito analítico en la cual no son ni sus viajes por trabajo ni la lejanía geográfica la razón de esta particular ritmicidad.

A mi modo de ver, la sobresaturación y la amenaza de desimbolizar la situación analítica se estaba haciendo presente en el vínculo transferencial. Necesitaba tomar distancia real de mi persona y del espacio analítico. De este modo, yo apostaba a que Eloísa pudiera continuar tramitando a solas, pero con la seguridad de mi presencia en espera, lo construido en este período entre las dos. Apostaba a que los sistemas de ligazón simbolizantes, que ya estaban inscriptos en su psiquismo, trabajaran al modo de una nueva «implantación» (Laplanche, 1996).

Si bien era consciente de la precaria consistencia de sus cambios, consideré que escuchar y acompañar su pedido de distanciarse era una apuesta esperanzadora (de mi parte) a que, en un alejamiento que fuera vivenciado como ausencia y no como desaparición, lograra resignificar y articular en nuevos entramados representacionales lo trabajado. Si esto era así, podría proseguir en el camino de subjetivación de diferentes experiencias histórico-vivenciales que habían tenido un efecto disruptivo en su psiquismo al haberlas significado como «quiebres en su sentimiento de continuidad existencial» (Winnicott, 1958a/1993).

Después del fragmento de sesión presentado, Eloísa se comunicó un par de veces conmigo para pedirme una hora, a la cual luego me avisaba que no iba a concurrir, o bien porque ya había resuelto lo que la tenía embarullada y desbordada, o bien porque se había dormido, pero reiteraba su pedido de que la esperara y de que la dejaba tranquila saber que yo estaba ahí.

Seis meses después de su primer *alejamiento*, retomó la continuidad del tratamiento siendo consciente ya de la intensa ambivalencia que le provocaba necesitarme en mi lugar analítico. Esa vez pudimos trabajar por otro par de años, y luego se repitió, una vez más, su *necesidad* de distanciarse, pero en esa segunda ocasión manifestó explícitamente que por favor la esperara. Varios meses después, retornó, y luego de más de diez años de trabajo conjunto, caracterizado también por varias idas y vueltas, pudo finalizar su tratamiento.

Para finalizar, evoco aquí lo que expresó en una de sus sesiones finales: «Para mí ha sido fundamental cómo puedo ir al encuentro y separarme sin que eso sea causa de conflicto».

Pienso, de un modo esperanzador, que se había inaugurado en ella otra forma de separación muy diferente a las que había mantenido con sus objetos primarios y que luego transfería a las relaciones de su vida adulta, y que, como vimos, estuvo también presente durante mucho tiempo en su proceso analítico. ♦

RESUMEN

¿Qué implicancias tienen para la estructuración y el funcionamiento psíquico las fallas en la alternancia rítmica de la presencia-absencia de los objetos significativos? ¿Qué sucede cuando deviene en invasión-abandono?

A partir de estas preguntas, el presente artículo reflexiona sobre el peculiar uso que los pacientes con «sufrimiento identitario-narcisista» (Roussillon, 1999) suelen hacer del tiempo y espacio que propone el encuadre analítico. Frecuentemente, oscilan entre demandas que desbordan el marco establecido, repetidas inasistencias a las sesiones e interrupciones del tratamiento.

Se considera que el estudio de estas vicisitudes podría permitir el abordaje de algunas dificultades implicadas en el trabajo de simbolización. Pensarlas tan solo como movimientos resistenciales, como parte de sus ataques al encuadre o como huidas defensivas frente a su temor-deseo de fusionarse conlleva el peligro de dejarlos librados a la mera repetición de estos modelos relacionales evacuativos.

Se propone considerarlas también como el modo que tienen estos pacientes de ir logrando, en el entramado del vínculo transferencial, la apropiación subjetiva-subjetivante del objeto-analista y de la potencialidad simbolizante que encarna la situación analítica.

Esto implica, desde la perspectiva del analista, sostener un modo de *estar* paradójico: reafirmar su presencia *en espera*, en el contexto de los alejamientos del paciente.

Descriptores: ENCUADRE PSICOANALÍTICO / SIMBOLIZACIÓN / INTERRUPCIÓN / MATERIAL CLÍNICO / NARCISISMO

SUMMARY

What are the implications for psychic structuring and functioning of flaws in the rhythmic alternation of the presence-absence of significant objects? What happens when it turns into invasion-abandonment?

Based on these questions, this paper reflects on the peculiar use made by patients with «narcissistic-identity suffering» (Roussillon, 1999) of the time and space proposed by the analytical setting. They frequently oscillate between demands that go far beyond the established frame, repeated absences from the sessions and treatment interruptions.

The study of these vicissitudes could open a path to address some difficulties involved in the work of symbolization. To think of them just as resistance movements, as part of their attacks to the setting or as defensive flights in the face of their fear-desire to merge implies the danger of leaving them as the mere repetition of these evacuative relational models.

The paper suggests considering them also the way in which these patients can gradually accomplish, within the fabric of the transferential bond, the subjectivizing appropriation of the object-analyst and of the symbolizing potentiality that the analytical situation incarnates.

This implies, from the analyst's perspective, to sustain a paradoxical way of *being*: to reaffirm their presence *waiting*, in the context of the patient's absences.

Keywords: ANALYTIC SETTING / SYMBOLIZATION / INTERRUPTION / CLINICAL MATERIAL / NARCISSISM

BIBLIOGRAFÍA

- Alaunier, P. (1975). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Alizade, M. (2002). El rigor y el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- Anfusso, A. e Indart, V. (2009). *¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?* Montevideo: Psicolibros.
- Baranger, M. y Baranger W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- Baranger, W. (1979). Proceso en espiral y campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 59, 1732.
- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En J. Bleger, *Símbiosis y ambigüedad* (pp. 237-250). Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico: del mito a la historia*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1984).
- (1993). *La fundación de lo inconsciente: destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1999).
- Camus, A. (2003). *El primer hombre*. Barcelona: Fábula. (Trabajo original publicado en 1994).
- Casas, M. (1999). *En el camino de la simbolización: producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- de Urtubey, L. (1999). El encuadre y sus elementos. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 49-68.
- Errandonea, E. (2010). *Lo dual y la contratransferencia*. Trabajo presentado en Reunión Científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- Freud, S. (1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-160). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- (1976). Introducción al narcisismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- (1976). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5, pp. 345-700). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- (1976). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1976). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 1, pp. 323-461). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original escrito en 1895 y publicado póstumamente en 1950).
- García, S. (2009). La heterogeneidad del inconciente y el conflicto psíquico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 109, 77-90.
- Green, A. (1995). El encuadre. Significación del encuadre. En A. Green (ed.), *El lenguaje en el psicoanálisis* (pp. 110-124). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1984).
- (2001). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1990a).
- (2001). *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2000).
- (2002). *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1990b).
- (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2003).
- Guerra, V. (2007). Le rythme, entre la perte et les retrouvailles. *Spirale*, 44, 139-146.
- (2014). Ritmo, mirada, palabra y juego: hilos que danzan en el proceso de simbolización. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 119, 74-97.

- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: la seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1996). Implantación, intromisión. En J. Laplanche, *La prioridad del otro en psicoanálisis* (pp. 103-106). Buenos Aires: Amorrortu.
- (2007). *Sexual: la sexualité élargie au sens freudien*. París: Puf.
- (2009). Tres acepciones de la palabra «inconsciente» en el marco de la teoría de la seducción generalizada. *Alter*, 4. (Trabajo original publicado en 2003).
- Marcelli, D. (2000). *La surprise, chatouille de l'âme*. París: Albin Michelle.
- Prego Silva, L. (1989). Notas sobre la transferencia en la obra de Winnicott. *Temas de Psicoanálisis*, 11, 118-123.
- Roussillon, R. (1995). Traumas y escisiones. En R. Roussillon, *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis* (pp. 181-261). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1991).
- (1999). *Agonie, clivage et symbolisation*. París, Presses Universitaires de France. (Traducción interna del Grupo de Teoría de la Técnica, Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Montevideo, 2005).
- (2001). *Le plaisir et la répétition*. París: Dunod.
- (2004a). *A corps et à cri*. Congreso organizado por A. Braconnier y B. Golse, París. (Traducción al español de Maren Ulriksen de Viñar).
- (2006). *Cuerpos y actos mensajeros*. Coloquio Lyon. (Trabajo original publicado en 2004b).
- (2006). *El «lenguaje» del encuadre y la transferencia sobre el encuadre*. Trabajo presentado en 80º Coloquio de la Sociedad Psicoanalítica de París, Mutualidad, París.
- Schkolnik, F. (1987). Abstinencia y transgresión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 65, 21-29.
- (1989). Acerca de la concepción freudiana de la transferencia. *Temas de Psicoanálisis*, 11, 124-127.
- (1992). *Desmentida y escisión del yo*. Trabajo presentado en 1º Congreso de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 68-81.
- (2001). Los fenómenos residuales y la represión originaria. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 94, 48-58.
- (2003). *El pensamiento analítico: entre el enigma y el dolor psíquico*. (Trabajo inédito). Montevideo.
- (2010). Cambios en la cultura y el psicoanálisis: nuestra contemporaneidad nos interroga. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 722.
- Schkolnik, F. y Svarcas, M. (1991). El dilema del paciente narcisista-fronterizo: entre la desmentida y la discriminación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 74, 161-169.
- Schroeder, D. (2010). Repensando el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 144-160.
- Ulriksen de Viñar, D. (2005). Construcción de la subjetividad del niño: algunas pautas para organizar una perspectiva. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 339-355.
- Urribarri, F. (2012). André Green. El pensamiento clínico: contemporáneo, complejo y terciario. *Revista de Psicoanálisis*, 69(1), 245-262.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971a).
- (1991). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1971b).
- (1993). La capacidad para estar solo. En D. Winnicott (ed.), *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 17-46). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958a).
- (1999). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958b).

Nuestra técnica frente a nuevos contextos tecnológicos



NANCY DELPRÉSTITTO¹

El siglo XXI le acerca a nuestro oficio nuevas tecnologías que nos obligan a replantearnos las herramientas que utilizamos, marcando su presencia en nuestra práctica psicoanalítica. Como punto de partida, me propongo reflexionar acerca de un paciente en análisis con el cual, por un período acotado de tiempo, el correo electrónico fue nuestro medio de comunicación.

La inclusión del uso del computador a través del correo electrónico marcó un punto de inflexión en este proceso de análisis: es así como los interrogantes son múltiples y corresponden a estratos diferentes de nuestra praxis. El encuadre y los elementos que lo conforman sufren una transformación. El tiempo de la escritura y la escritura en sí misma son una variable, lo mismo que lo era el tiempo de elaboración del texto que enviaba a modo de respuesta. Quedó subrayada la ausencia de lo presencial en esta nueva presencia a través de un instrumento tecnológico.

Así, el espacio de la sesión pierde sus referentes sensoriales, destacándose la ausencia de la presencia corporal, reduciéndose la comunicación al lenguaje escrito. También los tiempos cambian, tanto para el paciente como para el analista. Desconocemos el tiempo de elaboración de la comunicación del paciente, y la respuesta escrita también tiene otros tiempos. La asociación libre y la atención flotante funcionan de diferente manera. Al decir de Viñar (2002), nuestro oficio dejó de ser «de confección» para pasar a ser «a medida» del paciente que nos consulta en la actualidad.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nancydelprestitto@gmail.com

El computador ha sido incluido en nuestra práctica de modos diversos, incluso en el trabajo con niños y adolescentes, así como en el llamado análisis «remoto», telefonía celular, etc. Antaño, usar estas nuevas modalidades podría haber sido visto como un modo de transgresión, actuar en forma opuesta a todo lo que proclamábamos como lo legítimamente analítico. Pero los tiempos han cambiado, e intentamos pensar en incorporar o no estos medios, y cómo hacerlo. Estos producen alteraciones a la hora de hacerlos trabajar en nuestros consultorios. Cuáles, cómo y por qué los incorporamos a nuestra tarea son preguntas que surgen con más fuerza cuando nos parecen imprescindibles para algunos pacientes en situaciones peculiares. Esta incorporación de nuevas tecnologías modifica las herramientas, obligándonos a pensar en sus modos de inclusión.

ANTECEDENTES

Me retrotraje al siglo XIX, cuando el psicoanálisis ya avizoraba su nacimiento: Breur presenta a Freud y Fliess. Las biografías coinciden en que la afinidad que se produjo entre ambos selló el comienzo de un largo y fecundo intercambio epistolar.

Hoy podríamos decir que la correspondencia de Freud con Fliess ofició, por lo menos de manera parcial, de análisis, lo que habitualmente se llamó el autoanálisis. Freud necesitó a otro, un interlocutor que a modo de escucha le permitiera ir formulando sus avances y sus preguntas, así como sus fallos. Sabemos que intercambiaban también el relato de los avatares de su intimidad. Sin querer hacer comparaciones burdas, Freud encontró un interlocutor que oficiara de analista. Esta comunicación a veces era, incluso, presencial, cuando Fliess viajaba a Viena a visitar a su familia política. Las cartas se hicieron públicas a través de la Sra. de Fliess después del fallecimiento de este. Freud las había destruido. Seguramente no lo hizo por el intercambio acerca de sus ideas, sino por la intimidad que develaban de sí mismo.

Parece ineludible la necesidad de que otro sea depositario de verdades que pueden desbordar lo contenible en sí mismo con el objetivo de una posible metabolización de las propias angustias. Anzieu (1959/1978) nos dice que tal vez pensar estos intercambios como un modo de identificaciones proyectivas

sea insuficiente: «Es el mecanismo del fenómeno transicional, cuyo descubrimiento debemos a Winnicott, el que finalmente conviene más» (p. 141).

Los trabajos sobre técnica en Freud de 1911 a 1915 dan cuenta de un tono más normativo. Allí, explicita claramente lo que estaba permitido —así como lo que no era recomendable— poner en práctica. Resulta importante tener en cuenta que los consejos técnicos propuestos en esa época tenían relación directa con recomendaciones dirigidas a los nuevos analistas, prescribiendo y recomendando el análisis personal como herramienta *princeps* para iniciar la práctica clínica. La duración del tiempo de las sesiones, la frecuencia, el uso del diván, el cobro de honorarios han tenido fundamentaciones reglamentarias como manera de definir qué es psicoanálisis. Tuvieron que pasar veinte años luego de la formulación de su segunda tópica para dar otra vuelta a la técnica en «Construcciones en el análisis» y «Análisis terminable e interminable», ambos de 1937.

La que explicita de modo más personal es el uso del diván, ya que se refiere a que no se sentía a gusto con los pacientes frente a frente. Hoy no tomamos el uso del diván en esos términos, sino que lo proponemos, a mi modo de ver, de acuerdo con el tipo de psicopatología así como a diferentes momentos en un mismo análisis.

La duración de las sesiones ha sido cuestionada por Lacan y sus seguidores, que utilizan el corte de la sesión o escansión como herramienta terapéutica, o Winnicott, con el uso de las sesiones prolongadas.

Así como la frecuencia ha sido y sigue siendo un tema controvertido —sobre todo desde el punto de vista institucional— como norma que permite diferenciar el análisis de la psicoterapia, otros la cuestionan atendiendo a la psicopatología del paciente.

La regla fundamental, que se explicita al comienzo del tratamiento, es lo que se mantiene más inamovible: asociación libre y su contraparte, la atención flotante, para aquellos pacientes que se enmarcan en la neurosis.

También es importante subrayar el concepto de abstinencia, que con el devenir del tiempo ha ido ampliando su contenido. Freud lo planteaba en términos de reserva de la vida personal para impedir posibles deslices que llevaran al novel analista a poner en acto deseos inconscientes sexuales reprimidos aprontados en la contratransferencia, contando en ese momento solo con la primera tópica. Por tanto, la noción de contratransferencia a

su vez es escasamente desarrollada en aquel allá y entonces. Sin embargo, el requisito imprescindible fue y seguirá siendo el análisis personal del analista, que envuelve todos los múltiples factores. Ogden (1989) plantea que «la relación analítica es una de las relaciones humanas más formales y al mismo tiempo una de las más íntimas» (p. 141).

Mucha tinta ha corrido desde esos tiempos hasta la actualidad, múltiples autores posfreudianos desarrollan cada uno de los puntos mencionados. En sus orígenes, el psicoanálisis definió conceptos fundamentales: transferencia, sexualidad, inconsciente. Más allá de volver a interrogarlos y modificar nuestra interpretación de ellos, lo esencial es que continúan siendo el corazón del psicoanálisis, tanto en términos teóricos como clínicos.

REFLEXIONES SOBRE EL ENCUENTRO ANALÍTICO

Hace ya un tiempo, un paciente adulto en análisis tenía que ausentarse por un mes por circunstancias laborales propias del mundo globalizado. Debía viajar al exterior, a distintos puntos geográficos. A medida que se acercaba la fecha de su partida, la angustia se iba intensificando en clave de miedos diversos: que le sucediera algo a su familia en su ausencia, viajar solo a lugares desconocidos, enfrentarse a tareas laborales nuevas. Pero el temor más relevante es qué le podía ocurrir a él frente a la separación de su analista, con esta interrupción del análisis.

Tiempo antes, el paciente había expresado en sesión su gusto por la escritura, mediante la cual, según él, se expresaba más fluidamente que cuando tenía que hablar en presencia de otros, cercanos a sus afectos. Decía: «No logro soltarme del todo», reconociendo su dificultad. En aquellos momentos, esa expresión iba dirigida a mí cuando no encontraba una expresión más acabada para hablar con mayor fluidez. El contacto cercano cobraba una tonalidad un tanto amenazante, seguramente, representante de fantasmas tanto incestuosos como arcaicos, que tocaban y evocaban un narcisismo frágil, más intenso que el que él dejaba traslucir en los comienzos de su tratamiento. Se debatía entre un demasiado cerca o un demasiado lejos, al tiempo que yo intentaba intervenir con el objetivo de encontrar una proximidad sin temores, pero —he aquí su conflicto central— donde el ensamble de lo incestuoso y la indiscriminación con el objeto logran

poder ser subjetivados o cursar un camino de simbolización sin perder el *como si* que amenazaba toda la relación.

En la última sesión antes de su viaje, me preguntó: «Si mis miedos aparecen, ¿puedo llamarte?». En ese momento, transferencias mediante, «casi sin darme cuenta», le propuse que me escribiera, ya que, por diferencia horaria, iba a ser complicado comunicarse por teléfono. En este comentario mío, el *casi* marcó un significante importante que más tarde desarrollaré. Habría podido anticipar el uso de otro modo de comunicación y coordinar si se presentaba ese tímido pedido, pero el mecanismo de la desmentida —lo sé, pero aun así— según lo plantea Mannoni (1969), que deslicé con el uso del *casi*, nos envolvió a ambos. En su última sesión, pensé que no iba a concretarse; el paciente solo mostró su dificultad para separarse queriendo seguir presente en mí durante su ausencia.

Siguiendo la misma línea, para mi sorpresa, días después me encontré con un correo electrónico en el que relataba qué estaba sintiendo, relacionado con la distancia, con sueños, con cuestionamientos. La extensión de sus correos no excedía una página; sin embargo, mostraba claramente el conflicto del que era presa y sus modos de convivir con la angustia a través de los temores que en él se despertaban, dando cuenta de la atenuación de sus defensas, permitiendo poner su atención en aspectos centrales, buscando caminos para desentrañar por qué sus miedos lo llevaban a pensar en desenlaces catastróficos. A través de la escritura, él lograba dejarse ver sin rodeos.

En este sentido, la comunicación por escrito también podría plantearse como *acting* que se mantiene en el tiempo. En «Plenario. La clínica psicoanalítica en el contexto de cambio», De Freitas Giovanetti (Hanly, Eizirik, Fainstein, Boschan, De Freitas Giovanetti et al., 2011) hace referencia a un paciente que se comunicaba vía Skype la mayor parte de las veces, y se encontraban personalmente cuando él estaba en San Pablo. Plantea: «Cuando le cuestioné y le pregunté si sería que esto lo ayudaba, su respuesta fue: “No te muevas, no salgas de ahí” dejando claro para mí que la naturaleza y el anclaje de los vínculos humanos son mucho más complejos que aquellos que clásicamente consideramos en psicoanálisis» (p. 31). Este medio de comunicación permitió la continuidad de un análisis que hubiese sido imposible dadas las condiciones laborales del paciente.

Asimismo, como recomienda Lanza Castelli en sus trabajos, no debemos tomar toda expresión escrita como defensiva hasta conocer sus contenidos, destacando sus aspectos positivos de *insight* en pacientes para quienes la presencia del analista actúa de manera inhibitoria.

Luego de esa primera comunicación —a la cual respondí; más adelante desarrollaré de qué modo elaboré la respuesta—, el intercambio se tornó habitual, inaugurando una frecuencia que de alguna forma se injertó como un neoencuadre.

En algunos de sus correos, el paciente se despedía con estas palabras: «La seguimos...» o «Gracias por estar ahí». Todo iba nutriendo el vínculo transferencial. La contratransferencia seguía anidando cierta ceguera, lo que posteriormente contribuyó para destrabar ciertos aspectos, dando luz al proceso analítico.

En otros correos, reconocía su «soltura», a la inversa de lo que sucedía en sesión. Fue entonces que escribió: «¿Qué pasará cuando vuelva a mi análisis normal?», pregunta que yo también me hacía y que seguramente aún sigo sin develar en su totalidad. La diferenciación entre análisis normal e intercambio a través del correo electrónico es una de las interrogantes planteadas.

Este tramo del tratamiento tuvo peculiaridades manifiestas. La primera fue el uso de esta forma de diálogo que se estableció, en la que el *feedback* —a diferencia de lo que sucede en la sesión presencial— es en diferido. Esta modalidad de responder —en la que tenía la posibilidad de leer y volver las veces que, a mi modo de ver, encontraba necesarias— fue algo nuevo a tener en cuenta. Fue así que me permití reflexionar creando otros modos de intervenciones. Lo difícil para mí fue hallar la manera de formular en forma escrita una interpretación que no favoreciera la intelectualización, de modo de no obturar, haciendo un uso del proceso secundario que se acercara lo más posible al estilo que utilizo en las sesiones habitualmente.

Ahora bien, ¿por qué tomé el camino de responder a sus correos? Podría haber respondido que había recibido su correo con el solo fin de comunicar que lo había leído, y esperar su reacción acerca de mi respuesta, pero no lo hice. Respondía con palabras que buscaban contener su angustia, así como con preguntas abiertas que intentaban dejar fluir la comunicación que se había establecido, al tiempo que escribía en los márgenes de sus correos comentarios que no enviaba, con el propósito manifiesto de no movilizar

otros contenidos que aumentaran su angustia o que promovieran —al ser leídos-escuchados a distancia— el despertar de una tonalidad persecutoria.

Esta nueva modalidad de intercambio había despertado en mí curiosidad así como la ilusión de tomar esto como un *continuum* del análisis. Sin embargo, surgía la siguiente pregunta: ¿Cómo se produciría a su regreso la inclusión de lo que el paciente había entregado en sus correos, así como de lo escrito por mí en los márgenes? Días antes de que se reintegrara al análisis, tomé todo el intercambio que se había producido y lo leí sin pausa junto con estos comentarios o reflexiones. Y en ese volver, percibí que no había funcionado como un *continuum* del análisis: esa ilusión se desvaneció. Ambos habíamos quedado envueltos en esa fantasía compartida, más allá de que se había dejado ver la expectativa de que algo diferente podía producirse a su regreso. Él, a su diván; yo, a mi sillón, al encuadre habitual.

El paréntesis que produjo el intercambio cibernético fue dejando algunas migajas por un camino lateral que colaboró para producir un cambio de perspectiva de su conflictiva que hasta ese momento no se había producido. Hasta ese entonces, para el paciente yo había sido «acompañante» y «depositaria» de sus deseos sexuales hostiles. Ambos la evitábamos: el paciente, por temor a que yo no lograra recibirla y, por tanto, se la devolviera con la misma fuerza que era proyectada, y yo, como su analista, evitaba la tormenta transferencial que se avecinaba y que cultivó este diálogo analítico.

M. y W. Baranger (1969/1993) pensaron la situación analítica como campo dinámico por la complejidad de variables en juego. Es así que plantearon que tanto analista como paciente están implicados desde diferentes lugares en el interjuego de transferencias y expresaron la necesidad de una segunda mirada sobre lo que estaba sucediendo en la situación analítica, noción que se relaciona con la técnica y la clínica más directamente. Allí, dicen: «La situación analítica tiene por lo tanto que formularse no como situación de una persona frente a un personaje indefinido y neutral [...] sino como situación de dos personas indefectiblemente ligadas y complementarias mientras está durando la situación, e involucradas en un mismo proceso dinámico. Ningún miembro de esta pareja es inteligible dentro de la situación sin el otro» (p. 129). Más adelante, agregan: «Toda modificación del campo espacial vivenciado es naturalmente significativa de una modificación global de la relación analítica» (p. 130).

Estos autores toman la conceptualización de Racker acerca de la contratransferencia, en su vertiente concordante o complementaria. En esta segunda mirada, la primera pregunta que surge es qué objeto fui para el paciente en estos intercambios, o bien, si este intercambio puso sobre el tapete el uso de la contratransferencia complementaria.

¿Quién estaba marcando la ruta en este proceso de análisis? Hoy respondo que, en algunos momentos, él marcaba el camino y yo funcionaba como *objeto acompañante*: depositaba en mí sus miedos, así como los deseos que se ocultaban detrás de ellos, y controlaba, de esa manera, mi posicionamiento analítico, no permitiendo hacer interpretaciones que calaran profundo y desestabilizaran sus defensas, que en su resistencia solo pedían amoldarse a las situaciones conflictivas sin producir cambios, inmovilizando el proceso. Pude detectar esta modalidad de contratransferencia complementaria, tal como la plantea Racker, actuando como un objeto interno del paciente, externalizado y proyectado en mí, impidiendo colocarme en una contratransferencia concordante que me dejara escuchar ese objeto temido, proyectado, borrando el tercero como maniobra para no reintegrar a su interioridad lo persecutorio y desestabilizador que podía acontecer en el paciente.

Sin embargo, la segunda mirada sobre el campo dinámico y los movimientos transferenciales y contratransferenciales que se habían producido me permitieron captar la conformación de un baluarte que estaba en formación desde antes de este modo de comunicación establecido por medio del correo electrónico. Según M. y W. Baranger (1969/1993), este baluarte siempre está presente, es como que el «analizando no quiere poner en juego porque el riesgo de perderlo lo pondría en un estado de extrema desvalidez, vulnerabilidad, desesperanza» (p. 151). Al deconstruir estos movimientos complejos en el campo del análisis, pude correrme de ese lugar que fue asignado por el paciente, al que yo acompañé como objeto interno, actuando en consonancia. Me permitió, por tanto, construir otra estrategia para confrontarlo con sus conflictos, que si bien eran relatados en sesión o escritos en correos, no prosperaban generando cambios en el paciente; sus miedos seguían presentes, pero sus intenciones inconscientes no contactaban en él.

Green plantea en la *Metapsicología revisitada* (1995/1996) «la ambigüedad de la demanda fóbica: “¡Ayúdeme! Y sea impotente para ayudarme porque su potencia, que yo tendría obligatoriamente que introyectar para

salir de mi prisión, me hará sentir que soy desbordado por una fuerza incontrolable que, en mi pasividad aparente, dejaré escapar y que se volverá contra usted... sin embargo, permítame evadirme, o sea ir y venir (por dentro y por fuera), alejarme de usted libremente y volver como me plazca, pero, sobre todo, no se marche usted y quédese ahí, esperándome”» (p. 312).

Entretanto, el trabajo de la contratransferencia planteado por De Urtubey (1994) apuntaría a develar que esta es inconsciente; con este paciente en particular se produjo un momento de dualidad en el que la asimetría se había perdido, quizás no solo en una mirada negativa, sino como un obstáculo que se transformó en beneficio para el progreso del proceso analítico. Había quedado capturada por un discurso inteligente y seductor a la vez que respetuoso del encuadre, funcionando con un pensamiento reflexivo, asociativo en apariencia libre, trayendo sueños donde todo apuntaba a un «casi» paciente ideal de análisis, tocando mis ideales, pero entre lo ideal y lo posible, la realidad se impone. Produjo lo previsible: una desestabilización con montos de angustias por momentos masivas, pero la relación se tornó más confiable, más auténtica y menos seductora, desenredándome de un discurso inteligente y respetuoso en todos los términos acordados en el encuadre. El paciente venía, asociaba, soñaba, pero nada parecía moverlo lo suficiente.

Al decir de Green (1995/1996), «la estrategia fóbica es una estrategia de evasión» y «el peligro de intrusión concierne al hecho de ser visto y de, por este hecho, tener que verse» (p. 311). En esta experiencia, todo en principio parecía perderse con la inclusión del computador: la no presencia; el encuadre habitual, que se desdibujaba; el lenguaje no verbal, que no podía ser percibido; el saludo al inicio y al final de la sesión; la presencia y los intervalos entre sesiones; seguramente, más elementos que me preocupaban. Sin embargo, acepté dejar entrar el intercambio en estos términos que describí y enfrenté un nuevo desafío para mi práctica habitual, y el balance fue positivo. Si bien obstaculizó, los obstáculos ya estaban generándose desde antes, por eso tal vez yo pongo al comienzo «casi sin darme cuenta» —trampas de lo consciente—, mientras que el beneficio fue mayor en tanto mi postura se modificó, el baluarte se destrabó y, de este modo, en él comenzaron hacerse más lugar sus propios deseos, frente a los cuales su huida perdía espacio.

La importancia del encuadre interno se me ha hecho evidente, me ha permitido rescatarme cuando los aspectos formales se desdibujaban, haciendo posible que pensara en una segunda mirada sus diversos sentidos para poder devolverlos al análisis. Pienso en las ideas de Bleger (1967) sobre encuadre como contenedor de los aspectos más regresivos del paciente y en los autores que han trabajado con pacientes que desbordan la neurosis clásica, con los que se plantean los problemas entre la firmeza y la flexibilidad necesarias, en ocasiones como actitudes contradictorias, que no son fáciles de manejar.

Si bien este paciente se enmarca en la neurosis, me pregunto si en esta situación se pusieron en primer plano carencias primarias vinculadas a la separación, donde la constancia interna del analista como objeto sostenedor no estaba suficientemente representada.

Podríamos en este punto preguntarnos si el uso de estos nuevos medios de comunicación solo se entiende por las dificultades externas como la imposibilidad de una sesión presencial y si estas en sí mismas dan cuenta de elementos propios de la conflictiva del paciente. También pienso en las determinantes culturales en un momento en el que la realidad virtual adquiere una presencia tan importante. Es posible que existan diferencias generacionales difíciles de discernir entre jóvenes pacientes nativos digitales y analistas veteranos que se integraron en su vida adulta a estos tipos de comunicación. Es posible que, como con toda novedad, haya algo del pasado que se pierda; debemos preguntarnos, entonces, qué es lo importante en el uso de nuestras herramientas y qué modificaciones técnicas las nuevas tecnologías nos exigen.

COMENTARIOS FINALES

Enfrentarnos al impacto de las nuevas tecnologías nos lleva a preguntarnos por lo central de nuestra práctica analítica. Nuestras herramientas están al servicio de una mejor comprensión de la conflictiva inconsciente del paciente, que redunde en su capacidad de amar y trabajar, al decir de Freud.

El encuadre se estableció como el dispositivo más apropiado para el descubrimiento de las resistencias al cambio, de recuerdos inconscientes, siguiendo las ideas de la primera tópica. Sin embargo, en el pasaje a la

formulación de su segunda tópica, la complejidad marcó un nuevo tejido para pensar la estructuración psíquica, mientras que los aspectos formales del encuadre no cambiaron.

En los desarrollos posfreudianos, los cambios más importantes se dieron con los aportes de Melanie Klein al psicoanálisis de niños, lo que habilitó también el uso del psicoanálisis para patologías más graves que obligaban a adoptar nuevos encuadres. Este último desarrollo se vio en parte frenado por la excesiva confianza de los analistas y la pobreza de resultados. Más adelante, con la propuesta de Lacan del recurso a la escansión como nueva herramienta que permitía al analista finalizar la sesión cuando lo creyera significativo, se generó una gran polémica en la que se mezclaron aspectos teóricos, técnicos y éticos. Por otra parte, Winnicott planteó el uso de sesiones prolongadas basado en consideraciones clínicas. Actualmente, la polémica está centrada en la frecuencia de las sesiones desde una perspectiva institucional. También hay autores que hacen consideraciones acerca de la relación entre frecuencia y psicopatología.

Este aspecto del encuadre se desdibuja cuando el intercambio es escrito, por correo electrónico, aunque podría pactarse un número de comunicaciones por semana. Si bien en este caso no se hizo, pienso que dejar en claro ciertos límites podría ser la manera de hacer entrar un tercero esencial para el proceso analítico.

En relación con esta situación clínica, pienso que resulta interesante verla desde la perspectiva del *acting* o del *enactment*. Este último, en especial, permite pensar actuaciones o transgresiones del encuadre debidas a lo que está sucediendo en el campo transferencial y que pueden ser analizadas dando nuevos *insights*. Los conceptos de campo analítico, segunda mirada y baluarte son aportes que iluminan esta situación clínica.

Las ideas de Bleger (1967) acerca del encuadre pueden ser también de gran utilidad, en tanto teoriza sobre los aspectos más regresivos depositados en él mismo. Quizás no solo se expresen elementos psicóticos, y, en el caso de transgresiones menores, sean aspectos regresivos propios de pacientes menos graves. Por supuesto que todas estas consideraciones únicamente pueden hacerse desde dispositivos teóricos específicos. El encuadre actuaría como una norma inflexible a la que deben someterse ambos protagonistas en el marco de la asimetría y, por tanto, marca impli-

caciones diferentes. Los autores que trabajan la idea de encuadre interno como los límites incorporados en todo analista producto de su propio análisis ponen el énfasis más en los aspectos psíquicos del encuadre que en los formales. Esta distinción puede ser de gran relevancia en la manera en la que nos manejamos con flexibilidad y firmeza. Como enseña el proverbio, no es la vara más rígida la que resiste mejor el viento, sino la que es más flexible y se curva y vuelve a enderezarse cuando cesa el temporal.

¿Hay o no ruptura del encuadre con este paciente? Desde el punto de vista del encuadre formal, sin duda que la hay y nos enfrenta al problema de volver las cosas a su cauce. Desde el punto de vista interno, la respuesta es más compleja. En tanto paciente y analista continúan trabajando los contenidos inconscientes, el vínculo transferencial se mantiene y aparecen nuevos elementos hasta ese momento desconocidos. Es posible que esta presencia virtual calmara ansiedades muy profundas y afianzara la transferencia positiva. También puede ser una forma de resistencia, en tanto la distancia de la comunicación virtual aleja estos nuevos contenidos psíquicos en el paciente. Hay algo de lo presencial que da una intensidad a la comunicación que este paciente rehuía.

La asociación libre (AL) y la atención flotante (AF) son consignas difíciles de cumplir y que se ven afectadas de una u otra manera en todo análisis. En los casos más difíciles, hasta puede estar contraindicada cuando los pacientes tienen dificultades mayores en la estructuración psíquica. La comunicación escrita sin duda establece diferencias tanto en la AL como en la AF; es posible que la porosidad del discurso consciente sea menor, aunque las defensas también puedan disminuir, dando cuenta de la complejidad del fenómeno.

El uso de la comunicación escrita va más allá de las nuevas tecnologías, y si bien, como señalamos al principio, fue un medio relevante para los inicios del psicoanálisis, no ha tenido desarrollos posteriores desde los puntos de vista teórico y técnico. Siempre ha sido de interés el rol de la literatura y la poesía como fuente de conocimientos del psiquismo humano, pero si bien se destaca su importancia, la comunicación escrita no ha sido suficientemente tenida en cuenta frente a la importancia de la comunicación oral.

En este trabajo intenté transmitir una experiencia que me sorprendió y me preocupó, llevándome a pensar acerca de las comunicaciones

vía correo electrónico con pacientes en psicoanálisis. Considero que es necesario desarrollar la teoría de la técnica para incorporar estos nuevos modos de comunicación en forma de encuadres más sistematizados. ♦

RESUMEN

En este trabajo, la autora plantea reflexionar acerca de la inclusión de las nuevas tecnologías en el marco de práctica psicoanalítica, y sus consecuencias técnicas y teóricas. En este sentido, se parte de un caso de un paciente en análisis con el cual el correo electrónico fue el medio de comunicación por un período acotado de tiempo. Para el análisis de esta situación en particular, la analista hace uso de los conceptos de campo dinámico, segunda mirada y baluarte planteados por Madelaine y Willy Baranger. Se plantea la necesidad de continuar con la reflexión acerca de la inclusión de estas nuevas modalidades de comunicación y su relación con el encuadre.

Descriptores: TECNOLOGÍA / ESCRITURA / MATERIAL CLÍNICO / TRANSFERENCIA / ENCUADRE PSICOANALÍTICO / CAMPO PSICOANALÍTICO

SUMMARY

This paper reflects on the introduction of new technologies in the context of psychoanalytic practice, and its theoretical and technical consequences. The author describes an analytic situation in which, for a limited period of time, the e-mail was the means of communication. In order to analyze this situation in particular, the author resorts to concepts such as: dynamic field, second view and stronghold [*baluarte*] described by Madelaine and Willy Baranger. The need to continue with this reflection on the inclusion of new means of communication and its relation to the psychoanalytic setting are discussed.

Keywords: TECHNOLOGY / WRITING / CLINICAL MATERIAL / TRANSFERENCE / ANALYTIC SETTING
/ PSYCHOANALYTIC FIELD

BIBLIOGRAFÍA

- Alizade, M. (2002). El rigor del encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- Anzieu, D. (1978). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* (tomo 1). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1959).
- Baranger, M. y Baranger, W. (1993). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman. (Trabajo original publicado en 1969).
- Bleger, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 107-121). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- (1976). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (Nuevos consejos sobre técnica del psicoanálisis, III). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 159-174). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- (1976). Recordar, repetir y reelaborar. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 145-157). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- (1976). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- (1976). Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre técnica del psicoanálisis, I). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Green, A. (1990). El analista, la simbolización y la ausencia en el encuadre analítico. En A. Green (ed.), *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1972).
- (1996). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba. (Trabajo original publicado en 1995).
- Hanly, C., Eizirik, C., Fainstein, A., Boschan, P., Freitas Giovanetti de, M., Schkolnik, F., Hanly, M. (2010). Plenario. La Clínica Psicoanalítica en el Contexto de Cambio. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, 15-43.
- León de Bernardi de, B. (1999). Contratransferencia, comunicación analítica y neutralidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 95-111.
- (2015). La teoría del campo como metáfora y las metáforas en el campo y en el proceso analítico. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, 74, 167-198.
- Mannoni, O. (1969). *Clefs por imaginaire ou l'autre scène*. Paris: Seuil.
- Ogden, T. (1989). *La frontera primaria de la humana experiencia*. Madrid: Julián Yébenes.
- Schkolnik, F. (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 69-82.
- Urtubey de, L. (1994). Sobre el trabajo de contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 51(4), 719-727.
- Viñar, M. (2002). Sobre encuadre y proceso analítico en la actualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 31-36.

La implicación del psicoanalista en la praxis contemporánea



DAMIÁN SCHROEDER¹

En la atención «parejamente»² flotante de nuestra escucha psicoanalítica, «el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo» toda contratransferencia y todo deseo del analista son, *al mismo tiempo y desde un principio, sociales*.³

El otro (*der Andere*) y lo otro (*das Andere*) son conceptos que pueden leerse en la obra de Freud (Gratadoux, Delpréstitto y Schroeder, 2008). Estas figuras del otro —como semejante en el complejo del prójimo (*Nebensch*), como auxiliador en la experiencia de satisfacción, como seductor en las primeras teorizaciones acerca de la sexualidad, así como lo otro del otro en el narcisismo— tienen un carácter multívoco, configurando conceptualizaciones y enfoques diferentes, cuando no contradictorios, tanto en lo metapsicológico como en lo clínico.

Del primer modelo freudiano puede desprenderse una teoría centrada en el conflicto psíquico en la que la práctica con las neurosis de transferencia implica el análisis de las resistencias, y la contratransferencia constituye un obstáculo.

- 1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. damianschroeder@gmail.com
- 2 Las comillas obedecen al carácter imposible de que la atención sea *parejamente* flotante, aspecto que abordaré más adelante.
- 3 Parafraseo de la Introducción de *Psicología de las masas* de Freud (1921/1978).

En los modelos posfreudianos, el foco de las teorías se desplaza ya hacia la relación de objeto, ya hacia el lazo estructural con el otro/Otro. En el primer caso, en el rol del analista se privilegió la contratransferencia, mientras que en el segundo, el deseo del analista (Uribarri, 2008).

Los desarrollos posfreudianos que han introducido el concepto de la prioridad del Otro en la estructuración psíquica han permitido novedosas reformulaciones en la práctica psicoanalítica. Me propongo abordar *viejas y nuevas* implicancias que este lugar del otro tiene en nuestra escucha psicoanalítica, en nuestro lugar como analistas.

Para ello, abordaré desarrollos en torno a la contratransferencia⁴ y el deseo del analista, señalando algunos hitos, mojones e *impasses* en las evoluciones de ambos conceptos para luego indicar lo que denomino la implicación del analista en la praxis contemporánea.

En un trabajo anterior (Schroeder, 2000) señalábamos que «El término alemán die *Gegenübertragung* (la contratransferencia) puede ser separado en tres partes: 1) *gegen*, que literalmente se traduce por “contra”, pero que también quiere decir “hacia, alrededor”; 2) *über*, que significa “sobre”, “encima de...”; 3) *tragung*, que proviene del verbo *tragen*, “cargar, llevar, acarrear”» (p. 137).

Aunque la traducción hegemónica de *Gegenübertragung* es «contratransferencia», considero que el prefijo *contra-* no da cuenta de la complejidad que entraña. Etimológicamente, se desconoce el origen del término. Antiguamente tenía el sentido de «ir hacia», «acercarse, encontrarse», y solo mucho después adquirió el sentido de «contra». El adverbio de lugar *gegenüber* remite a lo que está enfrente, «del otro lado», tal vez más cerca de la traducción de López Ballesteros, en el sentido de la transferencia recíproca. El análisis terminológico nos conduce a una reacción a algo, a una indisoluble unión y a algo que está enfrente.

Esta «dispersión» que nos brinda el análisis del término puede oficiar de mero antecedente para el abordaje de la multivocidad de definiciones específicas de la contratransferencia en las diferentes concepciones metapsicológicas.

4 No es el propósito de este trabajo realizar la imposible tarea de examinar los miles de artículos escritos sobre la contratransferencia a partir de que Freud la mencionara por primera vez en 1910.

Freud menciona tres veces el término *contratransferencia*. La primera, en 1910 durante el congreso de Núremberg, en el contexto de la creación de la Asociación Psicoanalítica Internacional, y dos veces en 1915, en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (1913/1976). Señaló su condición de obstáculo, revelando los puntos ciegos del analista a partir del «influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconciente» (1910/1976, p. 136), lo que, de este modo, lo condujo a indicar el análisis del analista como condición imprescindible para el ejercicio de su función. Los llamados «Consejos» de los trabajos conocidos como *Escritos técnicos* han operado como una serie de indicaciones establecidas por Freud en aquel entonces, constituyéndose a modo de reglas instituidas que regulan la relación paciente-analista que durante mucho tiempo no habrían tenido modificaciones sustanciales.

Es conocido el punto de inflexión operado por Racker en el Río de la Plata y por Paula Heimann en Londres en relación con la contratransferencia. Si bien el artículo de Racker es leído en 1948 en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), y el de Heimann, en 1949, en Londres, este último se publicó primero, luego de las famosas Controversias,⁵ y tuvo una enorme repercusión. Para Heimann significó su ruptura con Melanie Klein, quien se opuso a su publicación, ya que Klein, alineada con Freud, pensaba que la contratransferencia era un obstáculo a resolver en el análisis personal del analista. En 1956, Heimann se alejó del grupo kleiniano y se incorporó al *Middle Group*.

En la «metapsicología» kleiniana, la contratransferencia es entendida como la totalidad de los sentimientos que el analista experimenta en la relación con su paciente. Es el paciente quien crea la contratransferencia, y lo hace por medio de la identificación proyectiva en el analista. El obstáculo se vuelve instrumento. Esta instrumentalización de la contratransferencia llegará a su apogeo de la mano de los desarrollos de la psicología del yo en los Estados Unidos y tendrá con Lacan un giro que nos interesa explorar.

5 Controversias entre Anna Freud y Melanie Klein (1941-1945).

CONTRATRANSFERENCIA Y DESEO DEL ANALISTA⁶

Por su parte, en *Intervención sobre la transferencia* (1951) —luego de un agudo examen de las inversiones dialécticas del proceso de análisis emprendido por Freud con Dora, e interrumpido por ella—, Lacan va a interrogarse: «¿Qué es la transferencia, sino una entidad totalmente relativa a la contratransferencia entendida como la suma de los prejuicios, perplejidades e insuficiente información del analista?» (p. 214). La interrupción de Dora tendría entre sus fundamentos los prejuicios y las perplejidades de Freud acerca de los impulsos homosexuales de Dora hacia la Sra. K, como en parte consigna el propio Freud en 1923.

En los primeros párrafos de *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958/1984) —presuntamente, de los más leídos de toda la obra de los *Escritos*—, Lacan señala su impropiedad conceptual, su condición de «mala palabra». Indica Cabral (2009) que en la versión francesa figura *vilant mot*, lo que se traduciría como «palabra incómoda», y no como «mala palabra».

El *Seminario 8*, establecido por Miller, lleva por título solo *La transferencia*, mientras que en las versiones originales estenográficas se hace referencia en el subtítulo a la «disparidad subjetiva». En este seminario, Lacan realiza una crítica exhaustiva a la contratransferencia tomando como referencia los «mejores círculos kleinianos».

Criticando ciertas «reeducaciones emocionales» de la psicología del yo, así como la mayoría de los desarrollos kleinianos, luchando contra todo intento de «ubicar al yo en el lugar del ello», va a insistir en las capturas imaginarias y en la función de desconocimiento del yo. Así, objeta que el final de un análisis exitoso consista en la identificación del analizante con su analista y realiza, de este modo, un fuerte cuestionamiento a los análisis didácticos en la Asociación Psicoanalítica Internacional (API).

Si bien analizante y analista estamos «hechos de la misma arcilla», la disparidad subjetiva en la situación analítica para Lacan residiría en

6 Para abordar este punto, tomaré las sucesivas formulaciones de Lacan en relación con la contratransferencia en una interlocución con los desarrollos kleinianos, apoyándome para ello en aportes de Gloria Leff y Alberto Cabral.

que el analista, en tanto analizado, posee una experiencia de su propio inconsciente. Dicha experiencia es, primero, con el analista en el lugar de otro imaginario, a efectos de acceder al Otro simbólico. En la medida en que ese otro imaginario que es el analista para su paciente puede dejar vacante su lugar a efectos de que el deseo del analizante se abra camino, se vuelve posible que el deseo del paciente, por medio del advenimiento de la transferencia simbólica, se realice como deseo del Otro. En la experiencia analítica se tratará de que el analista pueda, al modo del *muerto* en el juego del bridge, «bajar sus cartas», deconstruir las capturas imaginarias y permitir, así, el advenimiento de lo simbólico.

Cuanto más analizado —y porque posee la experiencia acerca de su propio inconsciente—, el analista estará en mejores condiciones de sentir ganas de «ir al grano con su paciente, contenerlo en sus brazos o tirarlo por la ventana» (Lacan, 1960-1961/2013, p. 214). Considero que es preciso aquí advertir un malentendido en relación con la apatía estoica evocada por Lacan en referencia al lugar del analista. Las pasiones no quedan subsumidas en la operación de la reducción imaginaria sugerida por Lacan, como señala Cabral (2009). Lacan sostiene en el Seminario de *La transferencia* (1960-1961/2013) que cuanto más analizado esté el analista, mayores serán las posibilidades de que «esté francamente enamorado o francamente en estado de aversión, o de repulsión» (p. 214), pero es también debido a dicha experiencia de análisis personal que se habría producido una mutación en la economía de su deseo. Esta mutación es la que le permite «jugar al (con el) muerto» (p. 216), prefigurando ya lo que Lacan denominaría el deseo del analista, un deseo de analizar por encima y más allá de las pasiones. Las pasiones en su dimensión real remiten a lo pulsional, y es esto lo que se juega en la transferencia inconsciente.

La contratransferencia como concepto dejará de tener sentido en la medida en que sería una entidad totalmente relativa a la transferencia. No solo sería *impropio* distinguir una de otra, sino que, según Miller, la contratransferencia en la técnica lacaniana posee un carácter negativo, no es un instrumento de exploración. Esta impropiedad conceptual de la contratransferencia opera como un fuerte instituido que *divide aguas* en la API, aspecto que desarrollaré más adelante.

Estos son los argumentos principales de Lacan hasta marzo de 1961, mediante los cuales cuestionó la intersubjetividad como soporte de la experiencia analítica. Las cuentas parecían *haber quedado saldadas* en relación con la contratransferencia, la cual, resumidamente, sería una «mala» palabra, incómoda, conceptualmente impropia y totalmente relativa a la transferencia.

¿Por qué reabrir la cuestión tan solo dos años más tarde, en el seminario de *La angustia* (1962-1963/2008), con Lacan en pleno proceso de «excomunió» de la API? Este punto ha sido retomado por Gloria Leff, —analista argentina radicada en México, perteneciente a la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL)— y por Alberto Cabral —a quien ya nos hemos referido, psicoanalista argentino perteneciente a la APA—, activo promotor del espacio Lacan en IPA.

Señala Leff (2007) que «es necesario distinguir entre el rechazo sistemático de Lacan a la noción de contratransferencia y el señalamiento, también sistemático, de que en esta referencia es donde mejor aparece articulada la implicación del analista en la transferencia» (p. 117). Para Leff, *las cuentas con la contratransferencia no habían cerrado bien*. En su reapertura, Lacan va a dialogar con autores «contratransferencialistas» (tomo prestada esta expresión de Alberto Cabral), como Margaret LITTLE, Barbara Low y Lucy Tower.

Señalo, por otra parte, que a fines de los cincuenta y principios de los sesenta, Lacan lee y pone a trabajar textos anglosajones publicados dos o tres años antes en el *International Journal*, y realiza un extenso y elogioso comentario del trabajo de Lucy Tower, analista norteamericana que escribió un artículo sobre la contratransferencia en 1956, en ese contexto de auge de la psicología del yo en los Estados Unidos. Allí, define la contratransferencia como aquello significativo que el analista recibe y reprime.

En el estudio de uno de los casos presentado, Tower afirma que se trata de un hombre que «fue capaz de plegarme [*to bend*] a su voluntad» (citado por Lacan, 1962-1963/2008, p. 135). De acuerdo con Lacan, este «plegar a la analista a su voluntad» (p. 216) fue posible porque la analista pudo confiar como mujer en este hombre. Destaca Tower (1956) ese pequeño cambio que debe operarse también en el otro participante del encuentro analítico, eso que viene del lado del analista y que debe plegarse al deseo

del paciente. Tower no puede creer que dos personas puedan encerrarse «en un mismo cuarto, día tras día, semana tras semana, año tras año, sin que algo le suceda a cada una de ellas respecto de la otra» (p. 123), y que puede tomar la forma de un acto fallido o un sueño, tal como nos lo revela la propia Tower en su artículo, que para Lacan muestra, por primera vez y de un modo bien articulado, lo que viene del lado del analista.

Aunque Lacan señale que para dar cuenta de este fenómeno no se pueda prescindir de colocar las cosas en el plano del deseo del analista, se observa una postura mucho más matizada a efectos de darle un lugar a lo que se juega del lado del analista. Un «pequeño cambio» (p. 123), en palabras de Lucy Tower, un no solo inevitable, sino necesario «plegarse, acomodarse a las necesidades del paciente» (p. 135), que aparece con las formaciones del inconsciente. Es el acto fallido y el sueño del analista jugando en su implicación subjetiva en la transferencia.

Considero que este caso clínico de Lucy Tower, comentado por Lacan y retomado por Gloria Leff y Alberto Cabral, va en la dirección del reclamo de Green —recogido por Ricardo Bernardi— acerca de la importancia de verdaderos debates a partir de materiales clínicos que nos permitan abordar la situación analítica —expresión común a Lacan y los Baranger— en que paciente y analista, como en el cuento del Talmud evocado por Lacan, están «juntos en la chimenea», y al salir los dos deberán «lavarse la cara».

Para Leff (2007), el trabajo de Lucy Tower —al que afirma que llegó a través de la lectura del seminario de *La angustia*— ha resultado relevante porque con su presentación, Tower habría realizado el proceso de analizante a analista, y ha indicado así el camino del tan mentado *pase*, tan caro para aquellos —adeptos o detractores— que han seguido *institucionalmente* las enseñanzas de Lacan. La frase «el analista se autoriza por *lui-même*» ha sido a la vez fuente de profundos malentendidos y motivo de encendidas peleas. De acuerdo con Allouch, se habría tratado de un «pase salvaje», en la medida en que no habría tenido un dispositivo institucional que lo avalara.

La definición de marzo de 1963 de Lacan de que «es contratransferencia todo aquello que, de lo que recibe en el análisis como significante, el psicoanalista reprime» es lo que estudiamos en la versión estenográfica. En la versión publicada, establecida por Miller, Lacan aparece atribuyendo a Lucy Tower esta definición. En la publicación de *La angustia, Seminario*

10 (1962-1963/2008) establecida por Miller —publicada en 2005—, Tower aparece citada como si hubiera manejado en 1956 la categoría conceptual de significante tal como la manejaba Lacan en este mismo texto, que corresponde al 13 de marzo de 1963. Miller *establece* que Lacan dice que Lucy Tower dijo. Estos textos establecidos por Jacques-Alain Miller —tal como figura al comienzo de cada uno de los seminarios editados— padecen efectos mayores de transcripción, traducción y transliteración. Solo a modo de ejemplo, señalo que en el mismo contexto en el que Lacan propone el abordaje de autores «contratransferencialistas», un seminario como el del 20 de febrero, que estuvo a cargo de Perrier, Aulagnier y Granoff —cuando Lacan se encontraba de vacaciones de invierno— no aparece publicado en el texto establecido por Miller.

De acuerdo con Cabral, se habría producido un «estancamiento imaginario» con *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*, tal el título de su libro, publicado en 2009. Este *impasse* tuvo un nuevo giro con el debate sostenido en junio de 2002 entre Daniel Widlöcher y Jacques-Alain Miller, entonces presidentes de la Asociación Psicoanalítica Internacional y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, respectivamente. Dicho debate tenía por objeto *el porvenir del psicoanálisis*. Sorprende que el tema central abordado haya sido el de la contratransferencia, lo que aparece considerado en los comentarios posteriores que realizaran Ricardo Bernardi, Leonardo Peskin, Alberto Cabral y, nuevamente, Daniel Widlöcher.

La contratransferencia resulta elevada a la categoría de emblema, en la medida en que para Miller y para muchos seguidores de su enseñanza, la contratransferencia es aquello que une a todos los psicoanalistas de la API y, por lo tanto, es lo que separa a estos de los psicoanalistas lacanianos, que por lo mismo encuentran en su rechazo a ella su propio punto de unión. Al respecto, Widlöcher considera que se trata de la dimensión política en juego y, de acuerdo con Cabral, este *diagnóstico* de Miller acerca del «denominador común contratransferencialista» de los miembros de la API resulta un forzamiento de carácter político.

Según Gloria Leff, el comentario de Lacan al *análisis exitoso* de la situación clínica presentada por Lucy Tower permite superar el *impasse* al que se habría arribado con las nociones de contratransferencia y deseo del analista. Si la contratransferencia no es obstáculo ni brújula, el deseo del

analista tampoco logra circunscribir la problemática de la implicación del analista en el amor de transferencia, en la que el analista es el soporte y el destinatario de dicho amor.

La renovada exploración que realiza Lacan de la contratransferencia en el seminario de *La angustia* (1962-1963/2008) indica una distancia con sus formulaciones de 1951, 1958 y 1961, y señala también su diferencia con Freud. En *Análisis terminable e interminable* (1937/1976), Freud vuelve a realizar una referencia implícita a la contratransferencia al indicar que el análisis personal del analista nunca sería suficiente para poner fin a las exigencias pulsionales que se despiertan inevitablemente a partir del trabajo con lo reprimido. El análisis sería interminable a causa de los sucesivos *reanálisis*.

En la concepción lacaniana de la contratransferencia que surge del seminario de *La angustia* (1962-1963/2008), el analista activa su contratransferencia a modo de un artificio, el análisis no queda detenido en la angustia de castración. En clave lacaniana, el objeto *a* —verdadera invención de Lacan, quien de acuerdo con Allouch habría obtenido su *carta de ciudadanía* el 9 de enero de 1963—, al no quedar enquistado en el analista, puede ponerse a jugar del lado del analizante. El analista asume las consecuencias de su implicación en la transferencia, se deja llevar por el malentendido y, por último, no se opone a que se revele el equívoco. De acuerdo con Gloria Leff (2007), Lucy Tower

aún sin saber lo que hace, ocupa su lugar de analista, según Lacan, cuando advierte que no contiene el objeto causa de deseo del analizante. Esta advertencia no la despoja de su implicación erótica. Por el contrario, la pone en condición de desplazarse por su contratransferencia, aunque a veces no sea muy cómodamente [en la medida en la que] absolutamente nada, le garantiza al analista el poder sobrellevar cualquier demanda de cualquier analizante en cualquier circunstancia. (p. 243)

LA CONTRATRANSFERENCIA EN SENTIDO AMPLIO

La contratransferencia en sentido restringido está relacionada con lo más radicalmente inconsciente que se juega en la sesión, y así se diferencia de la contratransferencia en sentido amplio que se ha prestado a equívocos

mayores. Ciertamente, la presunta *necesidad* de interpretación de la contratransferencia puede llegar, a través del autoanálisis del analista en la sesión, al extremo de una sesión *interactiva* como la que presentó Jacobs (1993) en el Congreso Internacional de la API en 1993, algo que produjo el rechazo de André Green (1993). Los riesgos del autoanálisis en la sesión por parte del analista, incluyen, entre otros, dejar de escuchar el discurso del paciente.⁷

La contratransferencia no sería ni brújula ni herejía que solo concierna al narcisismo del analista. Cabral (2009) cita a Miller, quien sostiene que concebir: «la contratransferencia como un instrumento, como un medio de la cura, resulta de una posición herética, no freudiana. Este criterio es el que justifica para nosotros al psicoanálisis lacaniano en su pretensión de ser freudiano ortodoxo» (p. 99). Concluye Cabral que esta formulación milleriana se funda en la necesidad *política* de definir la identidad lacaniana.

En nuestro medio, Beatriz de León y Ricardo Bernardi (2000) han distinguido la contratransferencia en un sentido restringido y en un sentido amplio, señalando que: «Cuando los conflictos del analista invaden el campo del análisis, sin que pueda demostrarse la participación del paciente, corresponde hablar de transferencia del analista más que de contratransferencia» (p. 80).

La contratransferencia en sentido amplio abarca la globalidad del funcionamiento mental del analista durante la sesión. El concepto tiende a incluir no solo la respuesta inconsciente del analista a la transferencia del paciente, sino también aspectos más amplios y abarcativos del funcionamiento preconscious-consciente del analista.

Tal vez haya sido Racker (1955) el primero en esbozar un sentido amplio de la contratransferencia al hacer referencia a una contratransferencia indirecta, «cuando el objeto que moviliza la contratransferencia no es el propio analizado» (p. 488), sino que los objetos introyectados pueden ser también transferidos «sobre el analizado como factor importante dentro de otras relaciones de objeto del analista» (p. 488), en referencia a que la fuente de la contratransferencia no reside en la transferencia del analizado, sino en lo que moviliza en el analista, tanto los familiares del paciente, la sociedad analítica y los grupos de pertenencia o la *sociedad toda*.

7 Este tema ha sido abordado por muchos autores, entre los cuales destaco a Luis Campalans.

Al pensar la contratransferencia con el modelo del sueño y de la primera tónica, Luisa de Urtubey (1994) distingue un sentido restringido de la contratransferencia de un sentido amplio, en lo referente a lo latente. La contratransferencia nunca aparece directamente en la conciencia, sino en los más diversos retoños del inconsciente: se halla en el polo opuesto de las representaciones conscientes, pero comporta, sin embargo, aspectos preconscientes, es decir, inconscientes desde el punto de vista dinámico. Para esta autora, la metapsicología de la contratransferencia no es unipersonal, lo que la aproxima a la idea de campo de los Baranger, quienes a su vez tomaron —entre otras referencias— los aportes de Bion en relación con lo inconsciente en los grupos, y definieron la situación analítica como integrada por el paciente, al analista y a los terceros de los que hablan, idea esta última expresada por Pichon-Rivière.

El trabajo con y de la contratransferencia surge ante la necesidad del sofrenamiento del *acting* incestuoso. Considero que este punto de partida insiste en los perfiles endogámicos de los *prismas transferenciales*⁸ que constituyen los dispositivos de las instituciones psicoanalíticas. Nótese que también para De Urtubey el origen de la contratransferencia no puede ser otro que la transferencia vivida en la experiencia personal con su propio analista, luego internalizada. Es gracias a que ha experimentado que su analista se servía de su propia contratransferencia para interpretar que puede luego autoanalizarse.

Son muchos los autores que con distintas formulaciones hacen hincapié en la incidencia de nuestras filiaciones transferenciales, de nuestras adhesiones teóricas, de nuestros grupos de pertenencia, así como en las características y circunstancias de la vida personal y profesional en nuestro ser analistas.

IMPLICACIÓN. LA PARADOJA DE LA PRECESIÓN DE LA CONTRATRANSFERENCIA

Ha sido Neyraut quien ha extremado la *amplificación* de la contratransferencia, al punto de escribir un libro con el título *La transferencia* (1976), en cuyo primer capítulo aborda la contratransferencia. Si la contratrans-

8 Como señaló Luz Porras en una comunicación en reunión científica de la APU.

ferencia en sentido restringido responde de manera estricta a la situación analítica, paradójicamente, también la precede. Se trata de una respuesta que *está ya ahí*, y es dicha precesión lo que hace posible que el analista sea pasible de recibir la demanda de ayuda. A la vez, dicha *respuesta* contratransferencial que Neyraut define en sentido amplio —desbordando la definición *tradicional* en la medida en la que incluye el análisis *didáctico* previo y la formación del analista— encierra una demanda: la de la sublimación de la transferencia.

Al comienzo de este trabajo hice referencia a la atención «parejamente» flotante. ¿Existe una atención pareja? ¿Es posible, deseable? En torno a 2001 resurge la cuestión de la contratransferencia de la mano de los *peligros de la neutralidad* (Renik, 1999). En el posicionamiento analítico no hay neutralidad, sino abstinencia.⁹ En rigor, Freud nunca habló de neutralidad, sino de indiferencia. En 1999, nuestra *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* ya puso a trabajar el tema con aportes de Nadal Vallespir, Ricardo Bernardi, Sélíka Acevedo y Luisa de Urtubey.

La atención siempre es desapareja. W. Baranger (Baranger y Baranger, 1968) señaló la imposible abstinencia ideológica del analista, consignando a pie de página que era un tema que distaba de tener resuelto. Se trata de poner a trabajar, a perlaborar lo que de desapareja tiene esa atención en la que intervienen «nuestros prejuicios, perplejidades y nuestra insuficiente información» (p. 103).

Esto último se relaciona con lo que en el debate Widlöcher-Miller (2002) se destaca con respecto al lugar del analista en la escucha. Se trataría de un lugar *desubjetivado*, de un analista que no piensa, en palabras de Miller. Ciertamente, esta posición extrema se funda en una crítica radical a una experiencia psicoanalítica entendida como la de una reciprocidad al modo del *estadio del espejo*. Tendría como antecedente un *primer* Lacan postulando una abnegación, una necesaria impasibilidad en el lugar del analista, quien al implicarse en la transferencia *debe pagar con la desposesión de su persona*, apuntando a evitar cualquier simetrización dual e imaginaria. Estas ideas están relacionadas con la importancia otorgada

por Racker al *olvidarse de sí* por parte del analista, quien al mismo tiempo alertaba acerca del riesgo de *bloquear* la subjetividad del analista.

A efectos de conceptualizar la posibilidad asintótica de esta posible desubjetivación que permita que el *ser* analista ceda paso al *estar* analista,¹⁰ pienso que es necesario deconstruir la implicación en nuestra praxis.

¿En qué consiste esta operación de reducción imaginaria de la implicación subjetiva del analista en la transferencia? Es en este punto que me parece necesario retomar el comienzo: ¿En qué sentidos está el otro en la atención «parejamente» flotante del analista? Ciertamente, está en juego una complejidad de elementos, entre los que se destaca la función de la terceridad, de lo simbólico, de una segunda mirada, a sabiendas de los límites del autoanálisis en la escucha.

A la vez, se trata de una escucha en tiempos de una modernidad «líquida», de la actualidad de los procesos de subjetivación, en los que se incluyen nuestra formación y nuestra praxis psicoanalítica.

DE LO SOCIAL A LO PSÍQUICO

El parafraseo del comienzo de la introducción a la *Psicología de las masas* de Freud (1921/1978) —que lo remite a la contratransferencia y al deseo del analista— supone una anterioridad lógica del *nosotros* respecto del sujeto en la constitución de lo humano y opera como un punto crucial de referencia y fundamento. La relectura de *Psicología de las masas y análisis del yo* que realizara Pichon-Rivière (1971) nos ha permitido repensar la polaridad individuo-sociedad.

Para la misma época en la que Pichon elaboraba su teoría, Bleger distinguía distintos ámbitos: el psicosocial de un sujeto singular, el de los grupos, el institucional y el comunitario, con la importancia del modelo conceptual con el que se trabaja. Se puede estudiar el ámbito sociodinámico con el modelo de un sujeto singular, así como este con un modelo institucional o sociodinámico. Es decir que se trata de estas dimensiones —singular, grupal, institucional y comunitaria— jugando en un mismo sujeto.

10 La expresión pertenece a Fernando Ulloa.

A partir de los aportes del socioanálisis francés, René Lourau (1970) concluye también en que es una falsa oposición la de individuo-sociedad y que puede *analizarse el yo con la psicología colectiva*. Sin embargo, da un paso más al señalar que este aporte de Freud nos permite aproximarnos al concepto de institución y que es necesario diferenciarlo del concepto de organización.

Las instituciones¹¹ son cuerpos normativos jurídico-culturales compuestos de ideas, valores, creencias que determinan la forma de intercambio social entre los sujetos, los grupos y las organizaciones. A modo de ejemplo: la sexualidad, el género, la salud, el trabajo, el tiempo libre son, entre otras, instituciones universales que se particularizan en cada sociedad y cada momento histórico.

Lo instituido es lo que está establecido como conjunto de normas y valores dominantes y que constituye el sostén de todo orden social, con pretensión de universalidad y perennidad de verdad. La dialéctica del cambio social se produce por la emergencia de una fuerza instituyente que surge como negación de lo instituido.

Las instituciones constituyen abstracciones, y las organizaciones son su sustento material y tienen efectos productores sobre los sujetos y sobre los procesos de subjetivación, e inciden en la constitución de su «mundo interno». Por lo tanto, las organizaciones son mediadoras en la relación entre las instituciones y los sujetos.

El concepto de *institución* —que importa diferenciar del de *organización*— permite entender los procesos de subjetivación como el interjuego de fuerzas entre lo instituyente y lo instituido. De este modo, la subjetividad daría cuenta de eso que llamamos *social* y, a la vez, los sujetos singulares, los grupos y las organizaciones serían las expresiones de esos procesos de subjetivación.

A mi juicio, al conceptualizar la *precesión* contratransferencial, Neyraut (1976) se aproxima a esta idea de institución que él define como el pensamiento psicoanalítico. Esta precesión incluye prescripciones que «limitan, condenan, toleran y reglamentan» (p. 23) por intermedio de la formación didáctica, la presión de las escuelas y «obediencias de todo orden» (p. 23),

11 En los apartados que siguen tomamos los aportes de Leonardo Schvarstein.

el posicionamiento analítico. Es decir que habría un *antes* de esta forma de entender la contratransferencia, que se manifiesta en el *después* del *aquí* y *ahora* de la sesión; hace a la implicación del analista, que —de acuerdo con Neyraut— hace al contexto, en un sentido amplio, que permitirá el establecimiento de la demanda transferencial.

Racker (1955) reflexionaba en esta dirección con la idea de la contratransferencia indirecta, haciendo referencia a la influencia de los dispositivos institucionales (seminarios, supervisiones curriculares, etc.) en la práctica del analista en formación.

En los aspectos más amplios del funcionamiento inconsciente, así como preconscious-consciente del analista —eso que De Urtubey define como lo latente de la contratransferencia, con un carácter inconsciente en sentido dinámico— incluyo las ideologías, la «suma de los prejuicios», el interjuego instituyente-instituido que hacen a las prescripciones y proscripciones que incluyen la relación con la institución psicoanalítica en particular y las complejas relaciones entre subjetividad y psicoanálisis en general.

El concepto de implicación señalado por Neyraut (1976) se enriquece con los aportes del análisis institucional inspirados en Lourau (1970), quien sostiene que «se llamará “implicación institucional” al conjunto de las relaciones, conscientes o no, que existen entre el actor y el sistema institucional» (p. 270).

Esta definición de Lourau tiene como antecedentes las experiencias de psicoterapia hospitalaria y el trabajo de análisis institucional con organizaciones en las que el concepto de contratransferencia no era suficiente para comprender todo lo que se ponía en juego del *lado del analista*, entendido entonces como *contratransferencia institucional*. Así comprendida, la implicación resulta una extrapolación de la *clínica individual a la clínica colectiva*. Los dispositivos sociales en los que desarrollamos nuestras praxis constituyen *máquinas* productoras de significaciones.

A mi juicio, la praxis psicoanalítica puede ser concebida como un sistema institucional, como un dispositivo y un conjunto de relaciones en los que pensar en términos de implicación supone poder pensar los atravesamientos institucionales en la *contratransferencia*. Considero que es necesario entender la dimensión institucional de la contratransferencia y del deseo del analista como implicación. Incluyo, en su carácter más radicalmente

inconsciente, lo que ha sido definido como contratransferencia, deseo del analista, transferencia del analista. Este hecho clínico insoslayable que tiene que ver con lo que se pone en juego del lado del analista no se laudará, reaparecerá una y otra vez en el movimiento psicoanalítico como algo que insiste en cada encuentro analítico. Se trata de la «Contratransferencia aún», como reza uno de los títulos de un artículo de Cabral (2013).

Pensar en términos de implicación subjetiva del analista en la transferencia supone conceptualizar un territorio común en el que la contratransferencia puede ser entendida en su carácter más radicalmente inconsciente, allí mismo donde se juega el deseo del analista. Si contratransferencia es lo que de significativo el analista recibe y reprime, lo inconsciente del analista —porque está «suavizado» (la expresión es de Lacan) y porque nunca hay verdadera «purificación» (la expresión es de Freud)— se pondrá inevitable y necesariamente en juego en la experiencia analítica, es lo que viene del lado del analista.

A mi juicio, resulta útil, en nuestra anhelada búsqueda de las mediaciones entre lo psíquico y lo social, considerar la dimensión grupal e institucional de la subjetividad, en la que las relaciones sociales son entendidas en ese interjuego de fuerzas instituidas e instituyentes.

La noción de implicación hace, de este modo, a todos aquellos *atravesamientos* que operan también de manera latente en nuestro posicionamiento analítico en el campo transferencial. Dichos *atravesamientos* tienen que ver con el *prisma transferencial* ya señalado que constituye toda institución psicoanalítica, así como con las *influencias* ideológicas, afectivas, implícitas en nuestros esquemas referenciales.

Señala Myrta Casas (2002) que

no debemos perder de vista que el encuadre, los elementos que sostienen una práctica están profundamente articulados con la concepción de su objeto, el inconsciente, y que a su vez desborda planos racionales científicos o académicos. Pero el inconsciente cambia, no es inmune o fijo al imaginario colectivo cambiante que responde a los cambios históricos políticos y sociales. [...] Por eso importa mantener abierto el cuestionamiento acerca de si el marco institucional ofrece la eficacia simbólica imprescindible a través de los diversos dispositivos estatuidos en torno a la formación y la

previsión consecuente de espacios renovados de reflexión sobre la tarea [...] la ética impregna nuestra praxis pero también la desborda hacia el comportamiento institucional dado que no solo existe la transferencia paciente analista, sino también las múltiples transferencias que se suceden en la compleja estructura institucional con su perfil endogámico. (p. 8)

Este perfil endogámico, de carácter incestuoso, está en la *base* de estas múltiples transferencias de las complejas estructuras institucionales, que son productoras de subjetividad; cada sujeto, cada analista en formación y ya formado es una singularidad de las subjetividades instituidas. Por otra parte, pensar y contextualizar las cuestiones acerca de la incidencia de los cambios socio-históricos en los procesos de subjetivación de los analistas —así como también en los sufrimientos de las personas que solicitan nuestra ayuda y con qué herramientas y encuadres lo hacemos— son asuntos mayores que conciernen a nuestra praxis.

Realizar un análisis de nuestras implicaciones supone dar cuenta de las condiciones sociales, políticas, económicas, de construcción de saberes, de elementos técnicos que conforman nuestra práctica, siempre en renovación.

La hipótesis consistiría en que si logramos dilucidar y poner a trabajar la implicación, y dar cuenta de los atravesamientos de los instituidos que operan en nuestra atención flotante, podremos disponer de una escucha más abierta al inconsciente del otro y al juego en el campo analítico. ♦

RESUMEN

Tomando como referencia al otro (*der Andere*) y lo otro (*das Andere*) como conceptos que pueden leerse en la obra de Freud, el autor aborda el lugar que el otro tiene en nuestra escucha psicoanalítica, en nuestro lugar como analistas.

Trabaja desarrollos en torno a la contratransferencia y el deseo del analista, señalando algunos hitos, mojones e *impasses* en las evoluciones de ambos conceptos. Se examina el giro que habría realizado Lacan en relación con la contratransferencia con el comentario que realiza en 1963, en el seminario de *La angustia*, a un caso de «análisis exitoso» presentado por la psicoanalista norteamericana Lucy Tower en 1955.

En relación con la contratransferencia en sentido amplio, una noción que se ha prestado a equívocos mayores, se señala la incidencia de nuestras filiaciones transferenciales, de nuestras adhesiones teóricas, de nuestros grupos de pertenencia en nuestro ser analistas.

Se propone hacer aportes a la comprensión de la operación de reducción imaginaria de la implicación subjetiva del analista en la transferencia. El autor toma los aportes José Bleger, Enrique Pichon-Rivière, Michel Neyraut y René Lourau, entre otros, postulando la existencia de una dimensión singular, grupal, institucional y comunitaria, jugando en un mismo sujeto, para así indicar lo que denomina la implicación del analista en la praxis contemporánea.

Descriptor: CONTRATRANSFERENCIA / INSTITUCIÓN PSICOANALÍTICA / DESEO DEL ANALISTA / ATENCIÓN FLOTANTE / OTRO

Autores-tema: LACAN, JACQUES

SUMMARY

Considering the other (*el otro/ der Andere*) and that thing other (*lo otro / das Andere*) as concepts that we can find in Freud, the author approaches the place the other has in our psychoanalytic listening, in our position as analysts.

The paper discusses countertransference and the desire of the analyst, indicating some landmarks, milestones and impasses in the development of both concepts. The author examines the turn introduced by Lacan regarding countertransference in his comment, in his 1963 Seminar on *Anxiety*, on a case of “successful analysis” presented by the American psychoanalyst Lucy Tower in 1955.

As regards countertransference in a broad sense, a notion that has lent itself to major misunderstandings, the paper points out the incidence of our transference affiliations, our theoretical adherences, our peer groups as analysts.

The paper aims at contributing to the understanding of the imaginary reduction operation of the subjective implication of the analyst in the transference. The author follows the contributions from José Bleger, Pichón-Rivière, Michel Neyraut and René Lourau, among others, and suggests the existence of a singular, group, institutional and community dimension in interaction within the same subject, in order to indicate what he calls the implication of the analyst in contemporary praxis.

Keywords: COUNTERTRANSFERENCE / PSYCHOANALYTIC INSTITUTION / DESIRE OF THE ANALYST / SUSPENDED ATTENTION / OTHER

Authors-subject: LACAN, JACQUES

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Psicoanalítica del Uruguay (ed.). (1999). *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89.
- Baranger, M. (1992). La mente del analista: de la escucha a la interpretación. *Revista de Psicoanálisis*, 49(2), 223-237.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 4(1), 3-54.
- (1968). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
- Bauman, Z. (2003). *Amor líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bernardi, R. (2004). El porvenir de un diálogo: Comentario al debate de D. Widlöcher-J.-A. Miller. *Revista de Psicoanálisis*, 61(1), 113-128.
- Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y Psicología Institucional*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En J. Bleger, *Símbiosis y ambigüedad* (pp. 237-250). Buenos Aires: Paidós.
- Cabral, A. (2006). El deseo del analista y la contratransferencia, más allá de los unos y los otros: un aporte al debate Widlöcher-Miller. *Revista de Psicoanálisis*, 63(3), 667-677.

- (2009). *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- (2013). Contratransferencia e implicación subjetiva; los confines del cálculo del analista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 116, 52-66.
- Campalans Pereda, L. (2004). Sobre el uso (y abuso) del término «autoanálisis». *Revista de Psicoanálisis*, 61(2), 419-429.
- Casas, M. (2002). Reflexiones sobre la frecuencia de sesiones en la práctica analítica. Trabajo presentado en el Pre Congreso de FEPAL, Montevideo.
- Delpřstíto, N., Gratadoux, E., y Schroeder, D. (2008). El lugar del otro en la teoría y la práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 106, 120-148.
- Freud, S. (1976). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 211-255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- (1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 107-121). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- (1976). Estudios sobre la histeria. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 2, pp. 1-43). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893-1895).
- (1976). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 11, pp. 129-142). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- (1976). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 159-174). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- (1978). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- (1979). Esquema del psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 133-210). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1938).
- Granger, B. (2003). El porvenir del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 60(4), 1051-1070.
- Green, A. (1993). ¿Una sesión interactiva? (contestación al trabajo de Jacobs). 38.º Congreso Internacional de Psicoanálisis en Amsterdam, Amsterdam.
- Heimann, P. (1961-1962). Acerca de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 4(1), 137-149.
- Jacobs, T. (1993). Las experiencias internas del analista. 38.º Congreso Internacional de Psicoanálisis en Amsterdam, Amsterdam.
- Lacan, J. (1984). Intervención sobre la transferencia. En J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 204-219). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1951).
- (1984). La dirección de la cura y los principios de su poder. En J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 565-627). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1958).
- (2008). *La angustia, Seminario 10* (E. Berenguer, trad.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- (2003). Crítica de la contratransferencia. En J. Lacan, *La transferencia, Seminario 8* (clase 13, pp. 209-227). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).
- Leff, G. (2007). *Juntos en la chimenea. La contratransferencia, las «mujeres analistas» y Lacan*. México: Epeele.
- León de, B., & Bernardi, R. (2000). *Contratransferencia*. Buenos Aires: Editorial Polemos.
- Lourau, R. (1970). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Neyraut, M. (1976). Contratransferencia y pensamiento psicoanalítico. En M. Neyraut, *La transferencia* (Cap. 1, pp. 11-55). Buenos Aires: Corregidor.

- Peskin, L. (2004). Comentario sobre el debate «El porvenir del psicoanálisis». *Revista de Psicoanálisis*, 61(1), 137-149.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Racker, H. (1955). Aportación al problema de la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 12(4).
- Renik, O. (1999). Los peligros de la neutralidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 9-29.
- Schroeder, D. (2000). El sujeto y el objeto de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92, 137-159.
- (2006). Subjetividad y psicoanálisis. La implicación del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 40-58.
- (2010). Repensando el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 144-161.
- Schvarstein, L. (1991). *Psicología social de las organizaciones. Nuevos aportes*. Buenos Aires: Paidós.
- Tower, L. (1956). La contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 3.
- Uribarri, F. (2008). Las prácticas actuales y el paradigma contemporáneo: Las tres concepciones de la contratransferencia y el trabajo psíquico del analista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 106, 76-109.
- Urtubey de, L. (1994). Sobre el trabajo de contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 51(4), 719-727.
- Wildlöcher, D. (2004). Respuesta a los comentaristas de «El porvenir del psicoanálisis». *Revista de Psicoanálisis*, 61(2), 403-407.
- Wildlöcher, D., & Miller, J. A. (2002). El porvenir del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 60(4), 1051-1070.



POLEMOS

Cuerpo, sexualidad y género

Interfases



LETICIA GLOECER FIORINI¹

La relación entre cuerpo, sexualidad y género es compleja, con muchas aristas a revisar. Cada una de estas categorías remite a variadas problemáticas que se van ramificando, por lo que enfocaremos la cuestión desde el punto de vista de los procesos de subjetivación sexual.

Esta propuesta será encarada desde una perspectiva de interfase. Esto significa tomar cada una de las variables «en relación» con las otras y analizar sus concordancias y discordancias en los procesos de subjetivación sexual. Además, esto implica que ninguna de estas variables puede analizarse independientemente de las otras. Supone también que no hay una preeminencia «esencial» de una sobre las otras, sino que actúan recursivamente entre sí.

La línea de trabajo que guía este texto está basada en:

- Lógicas y formas de pensamiento que hemos trabajado en otras publicaciones; primero, en relación con lo femenino, y luego, con la problemática de la diferencia sexual (Glocer Fiorini, 1994, 2001, 2015).
- Estas ideas tienen sus raíces en la práctica clínica, específicamente, en los *impasses* que surgen de pensar en términos de polaridades excluyentes, de dicotomías binarias, insuficientes para abarcar los procesos de subjetivación sexual y sus presentaciones en la clínica.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. lglocer@intramed.net.ar

- Esto nos condujo al encuentro de otras formas de pensamiento: en interfase, en las intersecciones. Se trata de un modelo de pensamiento que acepta lo heterogéneo, que puede trabajar con la coexistencia de heterogeneidades que no se resuelven armónicamente, es decir, de una cohabitación en tensión. Y esta es una forma de pensar la producción de subjetividad.
- Son expresiones de esta forma de pensamiento: el paradigma de la complejidad de Morin (1990/1995), el pensamiento en intersecciones de Deleuze y Guattari (1980/1994), la lógica del límite de Trías (1991). Enfatizamos especialmente la propuesta de Trías de que el ser se constituye en el *limes* («límite»), en las fronteras, propuesta muy sugerente para el campo psicoanalítico.
- Una de las tantas preguntas que surgen y que demandan una respuesta no esquemática es cómo pensar las funciones que habitualmente, y en forma normativa, cumple la familia nuclear (interpretadas psicoanalíticamente en términos de atravesamiento del complejo de Edipo-castración), en especial cuando la familia nuclear ya no es la misma, a la vez que las sexualidades y los géneros adoptan, cada vez más, características migrantes.
- En este contexto, es necesario pensar qué relaciones hay entre cuerpo, sexualidad y género, y cómo esto impacta en las funciones necesarias para la construcción de subjetividad. ¿Se necesita un determinado cuerpo (femenino), un género femenino y una determinada elección de objeto para ejercer la función «materna» de cuidados? O bien, ¿un cuerpo masculino, un género masculino y una elección de objeto heterosexual para ejercer una función simbólica, «paterna»?
- Nuestra posición es que estas relaciones deberían sostenerse en un pensamiento recursivo, alejado de las causalidades directas, de una causa final, «esencial», más importante que el resto de las variables en juego. Esto se asienta en la idea de que la causa es efecto, y el efecto, causa (Morin, 1990/1995).
- Estas ideas, que son la base de nuestro pensamiento sobre estos temas, se alejan de las abstracciones y, en cambio, nos ofrecen una base epistemológica para encarar las problemáticas mencionadas. No se trata de eliminar los binarismos, ya inscriptos en el pensamiento y en

el lenguaje, sino de incluirlos en complejidades mayores. No significa desconocer causalidades, sino pensarlas en forma recursiva.

Esta línea de pensamiento guía nuestra clínica frente a los desafíos que nos presenta el mundo contemporáneo, en el que constatamos que se difumina la idea de diferencia sexual a la vez que adquieren mayor visibilidad las sexualidades «nómades» y transgéneros, al mismo tiempo que aumentan las consultas por parejas homosexuales que desean o ya tienen hijos.

Se plantean dos caminos para el psicoanálisis: pensar que nuestras propuestas teórico-clínicas son suficientes, o bien, tomar estas cuestiones como un desafío para repensar algunas de esas categorías.

BORDES Y FRONTERAS

Abordamos esta temática con una serie de preguntas que marcan el eje de este trabajo:

1. ¿Qué significa hablar de *cuerpos* masculinos, femeninos o mixtos?
2. ¿Cuáles son las consecuencias de considerar los *géneros* masculino y femenino, pero también la propuesta de que habría un género neutro, transgéneros o géneros migrantes?
3. ¿Qué implicancias tiene pensar que la sexualidad siempre actúa en exceso sobre las categorías ya mencionadas? ¿Cómo pensar la sexualidad infantil perverso-polimorfa y su «ordenamiento» bajo la égida del complejo de Edipo-castración?

I. Solo con fines expositivos, comenzaremos con la categoría *cuerpo*, con sus distintos niveles de aproximación y significaciones.

Hay que tener en cuenta que cada cultura tiene una perspectiva distinta sobre los cuerpos en general, y sobre los cuerpos sexuados en particular. Recordemos que para Platón (trad. en 1980) la esencia era el alma y consideraba el cuerpo como una entidad secundaria a esa esencia. Sin embargo, también es verdad que las esculturas griegas nos muestran una mirada profunda y detenida sobre los cuerpos. Para Descartes (Belaval,

1992), el «pienso, luego existo» es una afirmación del valor trascendental del pensamiento sobre el cuerpo. Por otro lado, constatamos que, en la filosofía francesa contemporánea, los cuerpos pasan a tener un valor preponderante, especialmente en la obra de Foucault (1984/1995), con sus raíces en Nietzsche, entre otros.

En las sociedades contemporáneas, señala Le Breton (2011), los cuerpos —especialmente en la adolescencia— se ponen en juego a través de conductas de riesgo, en parte como búsqueda de identidad (desde cortes en el cuerpo hasta conductas con riesgo de muerte), y agrega otra faceta: en parte, también como resistencia. Este último aspecto merece destacarse.

Si ampliamos más el panorama, destaquemos que una cuestión es hablar de los cuerpos en general, de su lugar en las concepciones sobre el sujeto, y otra, más específica, es hablar de los cuerpos de la diferencia sexual. Freud (1925/1979) sostuvo que «la anatomía es el destino». Esta afirmación puede ser interpretada desde distintas perspectivas. ¿Es que todo se define en el ámbito de la anatomía: «tiene o no tiene»? ¿Cómo se compatibiliza esto con otra propuesta freudiana de enorme peso en la teoría y en la práctica clínica: que el complejo de Edipo-castración y su resolución definen el «destino» sexuado de cada sujeto? Son dos líneas de pensamiento en la obra de Freud que solo se podrán abordar estableciendo un meta punto de vista sobre ambas.

En esta línea, recordemos a Foucault (1984/1995). Este autor nos habla de cuerpos dóciles y disciplinados desde la cultura; esta propuesta fue tomada también por Bourdieu (1998/1999) en sus estudios etnográficos, quien nos recuerda que los esquemas de percepción y conocimiento dominantes marcan las significaciones dadas al cuerpo y, aún más, marcan los cuerpos. Describe así las posturas corporales que evidencian sumisión en las mujeres de las tribus de Cabilia. La dominación se inscribe en los cuerpos, como señala este autor. Esto apunta a enfatizar los fenómenos de dominación y violencia entre los sexos, como la violencia de género. Señala que estos «hechos» son sometidos a un proceso de deshistorización que naturaliza lo que no es natural.

Cuando Foucault (1984/1995) nos describe cómo de un modelo de encierro en el siglo XIX se pasa a un modelo de control en el siglo XX, entendemos que aquí está incluido el control sobre los cuerpos. Indudablemente,

estas propuestas suponen pensar en relaciones de poder que actúan sobre las subjetividades y los cuerpos. Más aún, tienen poderosos efectos en las concepciones que se manejan sobre la diferencia, a la vez que responden a esas concepciones.

En este marco, es necesario agregar que hay, indudablemente, aspectos no simbolizables en los cuerpos, aunque considerando que los límites entre lo simbolizable y lo no simbolizable son «porosos», y que, incluso, se van desplazando siempre.

Pero ¿qué sucede cuando los cuerpos ya no son los mismos que hemos inscripto en nuestros ideales? Si damos un paso más, en la actualidad nos encontramos con los cuerpos virtuales que hacen del encuentro sexual un encuentro aparentemente sin cuerpos, aunque en realidad participan de otra manera: a veces, hiperidealizados: a veces, degradados o fragmentados; muchas veces, engañosos.

El auge en progresión geométrica de la cibercultura nos conduce a enfocar problemáticas específicas. ¿Qué papel juegan los cuerpos de la «realidad» en el encuentro sexual virtual? ¿Cómo se juega la diferencia sexual y de géneros en los juegos de espejismos, identidades cambiantes y cuerpos imaginarios?

Nos encontramos también con los cuerpos «construidos» de las cirugías estéticas, de los trasplantes; con los cuerpos, también «construidos», de las maternidades actuales (donación de gametas, úteros subrogados).

Y hay aquí un punto de mayor importancia: la forma en la que se construyen cuerpos ficcionales, unificados. Nasio (1977/1996) señalaba que la totalidad es una ficción que es necesario atravesar para la constitución de lo imaginario y para la eficacia de lo simbólico. Lacan (1937/1971) lo había descrito a partir del estadio del espejo. Podríamos pensarlo en un sentido más amplio: frente a los cuerpos, muchas veces «fragmentados», de la biotecnología y de la cibercultura, podemos interrogarnos sobre cómo se construye una unidad ficcional, necesaria para la subjetivación y «la vida en común», unidad ficcional que, en su complejidad, permitiría pensar en un anclaje «identitario» necesario, pero también en una subjetividad en movimiento, en devenir.

En esta línea, podemos considerar que la anatomía es siempre significada: por la cultura y los discursos vigentes sobre los cuerpos, el género,

la sexualidad. Nunca es anatomía pura. En el humano, la naturaleza ya no es más natural.

Y aquí incluyo el concepto de performatividad, acuñado por Austin (Loxley, 2007) y luego desarrollado por Derrida (1987/1989) y Butler (1990), concepto que alude a que los discursos son acciones en sí; no se trata de que los discursos produzcan acciones, sino que lo son cuando actúan en forma iterativa. En este sentido, los discursos marcarían los cuerpos y el género de cada persona. Esto alude también a un concepto desarrollado por Butler, quien sostiene que el género es una construcción paródica, una «performance», con lo cual ya no tendría una relación directa con la anatomía sexuada. Hay otra afirmación de la misma autora y de Laqueur (1990/1994): ¿Es el cuerpo una entidad presubjetiva, luego marcada por los discursos vigentes o, por el contrario, ya el cuerpo en sí es discurso?

Quedaría por evaluar cuáles son los alcances y los límites de la performatividad. Nuestro abordaje se basa en pensar cada categoría *en relación* con otras. De esta manera, le adjudicamos un valor al *poder performativo de los discursos*, pero lo abordamos en las fronteras, en los cruces con el *poder de los cuerpos* y con *la capacidad de desborde de la sexualidad*. Es en este sentido que cada una de estas categorías encuentra sus límites en las otras.

II. Desde otra perspectiva, abordamos el concepto de *género*, a pesar de que, como ya señalamos, se trata de divisorias totalmente convencionales.

Recordemos que el concepto de género aparece luego del auge del feminismo «igualitario» y del feminismo de la diferencia, cuando surge la postura de que las problemáticas en juego aluden a ambos sexos, aunque, agregamos, de muy diferente manera.

El concepto de género fue utilizado en la medicina cuando se encaró a mediados del siglo pasado la problemática de los géneros indefinidos en algunos casos de recién nacidos, hermafroditas y pseudohermafroditas, y se planteó —tema controvertido— la posibilidad de adaptar el cuerpo al género que se decide asignar. Esta propuesta se efectivizó, y sus resultados fueron cuestionados años después cuando algunos de esos jóvenes llegaron a la adolescencia.

Gayle Rubin (1975) propuso también sostener la división sexo-género desde la antropología: sexo anatómico-género cultural. Ciertamente, en esta división queda desdibujado el papel de la psicosexualidad.

Destaquemos que el concepto de género no es aceptado entre muchos psicoanalistas de lengua francesa, con algunas excepciones, ni en otras regiones ligadas teóricamente a sus teorías. En el mundo anglosajón, en cambio, fue incluido más ampliamente, comenzando por Stoller (1968/1984).

Sin embargo, en la actualidad nos encontramos con otras problemáticas: los transgéneros, que no aceptan incluirse en ninguno de los dos géneros conocidos y aceptados. Se podrá decir que es parte de una patología, lo mismo que las denominadas sexualidades migrantes. A pesar de ello, consideramos más interesante tomarlas como punto de partida para repensar la categoría «diferencia sexual» (Glocher Fiorini, 2015).

Es un punto de la mayor importancia porque cada vez se producen más consultas de adolescentes con dudas sobre su identidad sexual, de otros que dicen asumir identidades migrantes, de parejas y familias homoparentales, y un tema de interés especial, que alude a cómo piensa cada psicoanalista el hecho de si los hijos de parejas homosexuales pueden asumir o no la diferencia. Esto hace a que el análisis pueda seguir caminos diferentes, hasta opuestos, con consecuencias en la vida y la experiencia de cada paciente.

III. ¿Y la sexualidad? En la polaridad sexo anatómico/género cultural no está explícitamente incluida la sexualidad. Sin embargo, la sexualidad es el eje del *corpus* psicoanalítico. Si pensamos que el cuerpo es fundamentalmente cuerpo erógeno, que el género de una persona no es independiente de su sexualidad, que su sexualidad desborda las categorías de género —así como el género (masculino o femenino) delimita caminos para la sexualidad, caminos que no siempre son acatados—, podremos, entonces, empezar a pensar en relaciones en complejidad.

Freud (1905/1978) reveló la sexualidad infantil, denominada perverso-polimorfa, de los niños. Esto implicó reconocer un factor ausente hasta aquel momento. Planteó también un modelo «organizativo» de esa sexualidad anárquica, pulsional, parcial. Las teorías sexuales infantiles descritas por Freud (1908/1979) expresaron esa perspectiva. Ese modelo fue necesario en la propuesta freudiana: el complejo de Edipo-castración proporcionó una explicación y un camino para la organización de la subjetividad sexuada y de las posiciones masculina y femenina.

Sin embargo, sabemos que la pulsión y la sexualidad en general nunca se dejan cercar totalmente. Esto se comprueba en los sueños, en las fantasmáticas bisexuales, en las identificaciones siempre plurales y, actualmente, a través de las cada vez más visibles migraciones sexuales y de género. Sabemos también acerca de cambios significativos con respecto al lugar de las mujeres en muchas culturas contemporáneas, que implican abordar interrogantes de peso desde el punto de vista teórico.

Señalaba Faure-Oppenheimer (1980/1986) que así como la pulsión inviste al género, el género crea condiciones para el recorrido de la pulsión. Podríamos agregar que esta recursividad se da entre sexualidad, cuerpo y género, en una relación en movimiento.

Laplanche (1980/1988), por su parte, había planteado la necesidad de distinguir entre la diferencia de géneros y la diferencia sexual. La primera es anterior a la segunda, es decir que se puede acceder a la diferencia de géneros sin acceder a la diferencia sexual.

Indudablemente, esto conduce a otra problemática: ¿A qué se denomina diferencia sexual? ¿Es la diferencia fálico-castrado, que Freud adjudica a Juanito? (Freud, 1909/1980) ¿Es la diferencia genital? ¿Es la elección de objeto heterosexual? ¿Qué sucede con las teorías sexuales adultas?, pregunta Laplanche (1980/1988).

En otra publicación (Glocer Fiorini, 2015), hemos planteado que el concepto de diferencia es polisémico y que la diferencia sexual (con sus ambigüedades) es una parte del gran campo de las diferencias, tanto consideradas en un sentido simbólico o imaginario como reconociendo sus aspectos enigmáticos, no simbolizables.

En estas constelaciones, está incluido el deseo de los padres con respecto al género del hijo o la hija y a la delineación de su sexualidad, así como están en juego sus propias inscripciones psíquicas sobre la diferencia, incluida la diferencia sexual, en un interjuego con sus tendencias narcisistas si no alcanzan una resolución adecuada.

Se trata de descentrar apresurados cercamientos teóricos y repensar los caminos de la subjetivación sexuada en un sentido simbólico. Así, se nos presenta la oportunidad tanto de ir más allá de moralismos maniqueos como de instalarnos en posiciones acrílicas con respecto a estos temas, que tienen fuerte repercusión en la clínica.

INTERFASES

Frente a estas problemáticas (Glocer Fiorini, 2001), habíamos planteado la necesidad de pensar la construcción de subjetividad sexuada a partir de un modelo, por lo menos, triádico, para no recalar en esencialismos propios del pensamiento binario.

Tomamos como punto de partida de esta propuesta algunas líneas divergentes en la obra freudiana.

- a) Freud (1932-1933/1979) insistió a lo largo de su obra en que masculino y femenino eran categorías de contenido incierto. Sin embargo, también propuso una salida ideal, normativa, del complejo de Edipo-castración, cuya resolución simbólica llevaría a asumir una posición masculina o femenina.
- b) Por otro lado, en los textos freudianos aparecen propuestas triádicas para entender la construcción de subjetividad. Una es la de las series complementarias: lo constitucional, la historia infantil y lo accidental (Freud, 1916-1917/1976); otra es la que propone en un caso de homosexualidad femenina (Freud, 1920/1979). Esta es la línea a la que adscribimos.
- c) En ese artículo, aborda la construcción de subjetividad sexuada considerando tres variables: los caracteres sexuales anatómicos, los caracteres sexuales psíquicos y la elección de objeto, homosexual o heterosexual, y señala la multiplicidad de combinatorias posibles entre ellas. Esta conceptualización es mucho más compleja que la de acceder normativamente a una posición masculina o femenina y se acerca más a las heterogeneidades de los procesos de subjetivación y sexuación.

Indudablemente, hay que entender estas variables en un marco en el que se relacionan en tensión. Se trata de variables heterogéneas que no responden a una sumatoria ni tampoco alcanzan una síntesis dialéctica, sino que su misma heterogeneidad hace que sus relaciones, sus concordancias y discordancias, actúen más allá de cualquier resolución simplista, armónica, monocausal. Esto implica alejarse de las centralidades excluyentes.

Mi propuesta es pensar estas categorías a partir de las relaciones entre cuerpo, identificaciones y campo deseante. En este abordaje, el cuerpo es siempre un cuerpo significado, el campo identificatorio incluye la identidad de género con sus variantes y contradicciones, y el campo del deseo marca la elección de objeto sexual y amoroso, concordante o no con los dos anteriores.

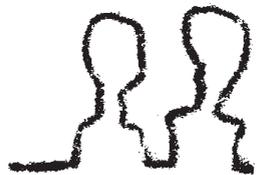
La forma en la que se relacionen estas variables y cómo estén atravesadas por efectos simbólicos producirá distintos modos de subjetivación sexual. Por eso, sería inconducente pensar el cuerpo, o las identificaciones o el deseo en forma separada.

Por eso, también planteamos un pensamiento en interfase. En otras palabras, nuestra perspectiva apunta a lo que se produce en los límites, en las fronteras entre estas variables. Cuando las variables se acercan y entran en contacto, allí se produce el impacto, más o menos conflictivo, en la construcción de subjetividad. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Belaval, Y. (1992). Racionalismo, empirismo, ilustración. En Y. Belaval (ed.), *Historia de la Filosofía* (vol. 6). México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1998).
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble*. Nueva York: Routledge.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-Textos. (Trabajo original publicado en 1980).
- Derrida, J. (1989). *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1987).
- Faure-Oppenheimer, A. (1986). *La elección de sexo*. Madrid: Akal. (Trabajo original publicado en 1980).
- Foucault, M. (1995). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1984).
- Freud, S. (1976). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917).
- (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- (1979). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- (1979). *El yo y el ello*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 19, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

- (1979). 33ª. conferencia. La feminidad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932-1933).
- (1979). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 18, pp. 137-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1979). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 9, pp. 183-202). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- (1980). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 10, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Glocer Fiorini, L. (1994). La posición femenina: una construcción heterogénea. *Revista de Psicoanálisis*, 51(3), 587-603.
- (2001). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- (2015). *La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Lacan, J. (1971). El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan (ed.), *Lectura estructuralista de Freud*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1937).
- Laplanche J. (1988). *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1980).
- Laqueur, Th. (1994). *La construcción del sexo*. Madrid: Cátedra. (Trabajo original publicado en 1990).
- Le Breton, D. (2011). *Conductas de riesgo. De los juegos de la muerte a los riesgos de vivir*. Buenos Aires: Topía.
- Loxley, J. (2007). *Performativity*. Nueva York: Routledge.
- Morin, E. (1995). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1990).
- Nasio, J. D. (1996). *Los gritos del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1977).
- Platón. (1980). *El banquete*. Buenos Aires: Aguilar.
- Rubin, G. (1975). The traffic in women: notes on the «political economy» of sex. In R. R. Reiter (comp.), *Toward an Anthropology of Women* (pp. 157-210). Nueva York: Monthly Review Press.
- Stoller, R. (1984). *Sex and Gender*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1968).
- Trías, E. (1991). *Lógica del límite*. Barcelona: Destino.



DE UNO Y OTRO

RESEÑA

El 49.º Congreso de la API en Boston desde la mirada de una analista en formación



GABRIELA DARTAYETE¹

Boston me impacta como una ciudad abierta, moderna, aireada, que conserva su patrimonio cultural y arquitectónico en armónico juego con los desarrollos tecnológicos que pone al servicio de realzar la belleza de esa historia.

Recorriéndola a pie, encuentro un ritmo interesante, cosmopolita, móvil sin ser abrumador.

Algo de esa vivencia se mantuvo en el 49.º Congreso de la API, en un lugar abierto, con espacios al aire libre que nos permitían sentir el calor del verano y la brisa, y observar las gaviotas entre una ponencia y otra. El mar estaba ahí, al alcance de la mano; nos venía bien poder mirar lejos y perdernos después de talleres o encuentros clínicos intensos que movían nuestro interior.

Los analistas en formación nos reconocemos de lejos, somos los que antes de que empiece el congreso formal, inauguramos esos enormes salones que al día siguiente estarán repletos. Parece que bollamos en esos espacios ¿o será que llegar primero nos hace perder el miedo a la interacción más masiva y con analistas de trayectoria del día después?

En ese primer día dedicado a IPSO nos *rerreconocemos* las caras; estar en contacto todo el año por vías virtuales nos permite preparar el evento,

1 Analista en formación, Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mariagabrieladartayete@gmail.com

pero al final, nos cansa, preferimos el cara a cara, hablar ese idioma intermedio que encontramos para comunicarnos y volver a sentir la sorpresa que nunca deja de estar presente: ¡tenemos la misma pasión! Sudáfrica, República Checa, Japón, Colombia, Uruguay: hablamos, en algún sentido, de las mismas cosas; en grupos de intercambio, en el bolichito de la fiesta del primer día, en los pasillos y, esta vez, frente al mar.

A lo largo del Congreso nos vamos cruzando con los viejos conocidos y con nuevos compañeros que, a partir del Precongreso de IPSO, ya sea porque presentaron sus trabajos o porque intercambiamos o discutimos, se volvieron más cercanos. En esta oportunidad, el comentario general es que el Congreso mantuvo el aire de Boston. *Abierto* a las nuevas realidades sociales y culturales, *móvil*, usando la tecnología para facilitar el trabajo sin que nos tome por rehenes y nos quite los diálogos cuerpo a cuerpo, en grupos chicos, por afinidades ya sea de idioma o de preocupaciones comunes, sin importar mucho la geografía.

En cuanto a los contenidos, durante el Congreso se intercalaron actividades de candidatos en las que interactuamos entre nosotros y con analistas. La riqueza de esas instancias estuvo, a mi modo de ver, en el lugar privilegiado que se da a la clínica, la manera abierta y espontánea en la que se muestran las dificultades y el crecimiento en el posicionamiento analítico. Las supervisiones se realizaron en un buen clima de trabajo, con pautas claras en cuanto al modo de intervención, lo cual propició un diálogo fructífero para todas las partes.

En los espacios llamados *meet the analyst*, que se implementaron hace ya tiempo en los Congresos de la API, se realizan entrevistas personales a analistas de trayectoria. Elegí escuchar la historia de Roosevelt Cassorla, por conocerlo por su participación en APU y por la cercanía geográfico-cultural. Todos los presentes nos deleitamos con el modo en el que intercala con franqueza anécdotas y recuerdos de su vida personal con un agudo pensamiento analítico y trazas de la historia y la evolución del pensamiento analítico latinoamericano.

Por último, quisiera compartir mi vivencia de analista en formación en las grandes ponencias centrales del Congreso: me refiero a la oportunidad de escuchar en persona a Christopher Bollas y René Rousillon.

De estas dos oportunidades, que valoro por el contenido del pensamiento teórico propio de cada uno de ellos, hay dos elementos que me sorprendieron gratamente. En primer término, se ocuparon de partir de sus experiencias clínicas actuales, mostrando sus cuestionamientos y los problemas teóricos y técnicos que la actualidad les impone. Por otra parte, los comentarios a sus trabajos realizados por analistas de nuestro medio (Silvia Flechner) y de Colombia (Fernando Orduz) reflejaron la fuerza y profundidad del pensamiento psicoanalítico latinoamericano, que valoro y que, creo, nos muestra un camino a continuar. ♦

RESEÑA DEL III COLOQUIO FRANCO-RIOPLATENSE

Adolescencias: textos y contextos¹



LUISA PÉREZ SUQUILVIDE²

Comienzo a conocerme. No existo.

Soy el intervalo entre lo que deseo ser y lo que los otros me hicieron,
o mitad de ese intervalo, porque también hay vida...

Soy eso, en fin...

Álvaro de Campos

Por tercera vez, Argentina, Francia y Uruguay eligieron navegar juntos los mares de la adolescencia. Durante un año los organizadores, el Laboratorio de Adolescencia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), el Laboratorio UCES de problemáticas actuales en la adolescencia (LUPAA) de Argentina y el Collège International de l'adolescence (CILA) de Francia trabajamos activamente para llegar a buen puerto.

Sorteando un conflicto que nos privó del paraninfo de la universidad, APU nos recibió en la noche del 27 para una actividad abierta introductoria que contó con las presentaciones de Beatriz Janin, Florian Houssier y Marcelo Viñar.

Durante los dos días siguientes, soleados, ventosos y tibios para la época, nos acogió el aula de la Facultad de Ingeniería. El trabajo fue intenso y comprometido desde el inicio.

Tres sesiones plenarias el primer día: Uruguay abrió el encuentro tomando el tema del tiempo y el espacio en la adolescencia, y el devenir adulto. Siguió Francia, que abordó el cuerpo y la sexualidad, y Argentina

1 Montevideo, 28 y 29 de agosto de 2015.

2 Coordinadora del Laboratorio de Adolescencia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. luisaperez1@gmail.com

fue la encargada del cierre introduciendo la dimensión de la tensión entre lo psíquico y lo social, el desamparo y la exclusión.

El homenaje a María Lucila Pelento, la presentación del libro del II Coloquio del 2013 en Buenos Aires y un almuerzo en el viejo Rodelú del Parque Rodó, con la rambla y la bahía de la playa Ramírez espejando el pálido sol del invierno, completaron nuestra jornada.

El segundo día se desplegaron en dieciocho talleres los *textos* adolescentes —casos clínicos o experiencias de campo— para discutir y pensar los temas elegidos en esta oportunidad.

El *tiempo* inaugural de la adolescencia con el desarrollo pubertario subvierte el espacio y el tiempo adolescentes, inaugurando una nueva temporalidad en la que el tiempo se vuelve sensible, dinámico y limitado, e impone una dinámica que se expresa en el escenario del cuerpo.

Se trata de un *cuerpo* al que es necesario reconocer desde su genitalidad y del que hay que apropiarse, la erogeneidad y la imagen de sí como lugares a conquistar; un cuerpo que expresa y en el que se expresan emociones, afectos y angustias; un cuerpo que puede mostrar las diversas formas que toman el placer, la creación, la angustia y el dolor.

Nativos digitales, los adolescentes nos convocan como «inmigrantes digitales» a conocer y explorar el territorio de *lo virtual*, sus lenguajes y costumbres.

El acto-gesto *creativo* puesto en juego en un acto mínimo o a través de la música, las intervenciones callejeras o los atuendos dicen de un sujeto a ser reconocido y encontrado.

Los *contextos* en su dimensión familiar, educativa y social sostuvieron el plural del título: *las adolescencias*. Las nuevas conformaciones de la familia, los cambios en la concepción de la autoridad y el lugar del adulto atraviesan estos espacios desafiándonos a la cocreación de un nuevo lenguaje y un nuevo lugar que sostenga al mismo tiempo el encuentro y el desencuentro necesario que habilite el camino hacia la autonomía.

La cultura actual del vértigo, la inmediatez y la fugacidad, en la que prevalece la tensión entre lo posible y lo imposible sobre lo prohibido y lo permitido, parece no hacerle lugar al conflicto psíquico. El concepto de *patología* adquiere un estatuto que entra en cuestión en esta etapa de la vida. El sufrimiento psíquico, el padecer, sin posibilidad de ser metaforizado,

encuentra otras formas de expresión en los cortes, la violencia callejera o intrafamiliar, los trastornos alimentarios graves, los intentos de suicidio y el consumo de sustancias.

Los cambios históricos y *sociales* que condicionan contextos de vulnerabilidad, desempleo y exclusión nos enfrentan a la complejidad de articular estos aspectos con las causalidades inconscientes en el proceso de subjetivación adolescente.

Tal fue el tránsito durante el coloquio que, como un proceso adolescente, nos permitió atravesar las fronteras de la lengua y adentrarnos en el territorio del otro-extranjero a ser descubierto y conocido.

Coincidencias y diferencias, el clima de trabajo comprometido, respetuoso y de alegría fueron destacados en el plenario de cierre. Nuevas preguntas quedaron formuladas para pensar en futuros encuentros, en particular, la de la especificidad del trabajo con adolescentes.

Los textos de Emilia Benia Padrós, Mariana Lluch y Valentina Kachinovsky nos mostraron vivamente la creatividad en el proceso adolescente a través de un espectáculo musical, momento muy emotivo que conjugó lo trabajado a lo largo del coloquio con un homenaje a Carlos Kachinovsky, quien fuera un integrante activo y fundamental del Laboratorio de Adolescencia.

Cargados nuestros barcos de nuevos conocimientos y nuevas experiencias, estábamos listos para zarpar hacia otros encuentros. Algunos cruzaron el Río de la Plata; otros, el Atlántico; los más quedamos en tierra. La noche había caído, brillaba la luna llena.

PARTICIPARON:

Por Francia: Emmanuelle Caule (CILA), Jean Yves Chagnon (Universidad Paris 13, CILA), Didier Drieu (Universidad de Caen, CILA), Marion Haza (Universidad de Poitiers, CILA), Florian Houssier (Universidad Paris 13, CILA), Alberto Konicheckis (Universidad Paris Descartes, PCPP), Didier Lauru (CILA), Jean Yves Le Fourn (Universidad Paris 13, UTRPP), Haya Sleiman (Universidad Paris Descartes, PCPP).

Por Argentina: Mónica Borile (LUPAA, CODAJIC), Marcelo Cao (LUPAA, UCES), Griselda Cardozo (Universidad Nacional de Córdoba, LUPAA), Gabriel Donzino (LUPAA, UCES), Alicia Gamondi (LUPAA, UCES), Beatriz Janin (LUPAA, UCES), Elsa Kahansky (LUPAA, UCES), Silvia Morici (LUPAA, UCES), María Cristina Rojas (LUPAA, Universidad de Buenos Aires), Ona Sujoy (LUPAA).

Por Uruguay: Nicolás Bagattini, Alba Busto, Magdalena Filgueira, Javier García Castiñeiras, Irene García Maggi, Víctor Guerra, Ana Lía López Brizolará, Luisa Pérez Suquilvide, Ema Ponce de León, Adriana Ponzoni, Carmen Rama, Damián Schroeder, Julio Seigal, Miguel Silva, Aurora Sopeña, Marcelo Viñar. ♦

RESEÑA DEL LIBRO

La realidad, el sujeto y el objeto¹



JORGE LUIS SANTALLA²

Leonardo Peskin nos alcanza un nuevo libro: *La realidad, el sujeto y el objeto*. Cada uno de los significantes en cuestión es merecedor, por sí mismo, de un libro (el primero de Peskin refiere al sujeto); sin embargo, los anuncia y afronta juntos y articulados. La multitud de conceptos que Peskin toca hace que este comentario se limite a arrimar una visión, naturalmente sesgada y concisa, de lo que el título lleva, a lo largo de ocho capítulos, en su intimidad.

Uno de los aspectos más importantes, y que circula en todo el desarrollo de Peskin, es que el tema de la «realidad» nos concierne como psicoanalistas —particularmente como psicoanalistas—,

aunque a veces pareciera que nos es ajeno. Y Peskin lo redacta como psicoanalista. Sus articulaciones se anclan fundamentalmente en Freud y —como su convicción lo dicta— en Lacan, aunque no solo en ellos.

Peskin despliega una escritura en la que los temas retornan una y otra vez, y como paciente y perseverante orfebre bórromeo, los va re-tomando, re-recorriendo, re-realizando, aunque siempre, como debe ser, con diferencias. A lo largo de los capítulos, teje la urdimbre que recorre las articulaciones que el título anuncia, y entre sus hilos, trama, siempre, uno de sus intereses fundamentales: nuestra práctica. No todos los capítulos tienen la misma densidad conceptual, sí idéntica jerarquía intelectual. Y nos participan tanto de una posición teórica como ética.

El Prólogo de Néstor Braunstein es de gran valor indicativo de la claridad con la que Peskin aborda cuestión tan compleja como esta.

- 1 Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- 2 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. jorgelsantalla@fibertel.com.ar

El epígrafe de Borges, una síntesis elocuente y brillante de lo mismo.

En el primer capítulo, «Constitución de la realidad», anuncia una hipótesis fuerte: la realidad se constituye. En él anuncia la heterogeneidad de «realidades» que circulan en nuestras vidas —la consensual, la de los sueños, etc.— y anticipa su epistemología. Su base, Freud y Lacan; sus tres registros. Imaginario, Simbólico y Real. Toda «realidad» debe ser concebida en la articulación de los tres.

Propone un concepto: «poiesis de la realidad», que, como su nombre lo indica, implica una creación —poética, si se quiere—, y sus creadores somos nosotros, pero no solo la creamos, la habitamos en la trama que habilita y limita sus posibilidades.

Así vamos al segundo, «Armazón de la realidad». A los efectos, Peskin parte de Freud y su metapsicología, con la que fue factible arribar a la propuesta de «realidad psíquica» como fundamental para comprender la neurosis, pero también para abordar los límites entre esta y la realidad consensual-material. Va incorporando los elementos, las variables lacanianas, imprescindibles para el «armado de la realidad»: la sexualidad, el deseo, la castración y el fantasma. En otros términos, el Sujeto y el objeto. Recalca una concepción en la que se supone al sujeto intentar resolver una falta originaria y cuya resolución será, entre

otras, su concepción de la realidad. Vale destacar que el organizador *princeps* es una falta, no una esencia. Sin embargo, requiere que definamos dónde ubicar la realidad: *dentro o fuera*.

En el tercero, «Algunas puntuaciones sobre la realidad en la obra de Lacan», hace un recorrido exhaustivo del desarrollo del maestro francés, poniendo énfasis en el imaginario como constituyente de una «primera realidad» y su articulación con lo simbólico. Traza un recorrido minucioso y profundo de los gráficos que, a los efectos, propone Lacan. Así se detiene en los Esquemas: L y R, y las variables que incluyen en su representación de la constitución de la realidad individual; y el Esquema L para la psicótica. Luego, introduce lo Real. En una frase sintetiza Peskin la versión que va constituyendo: «La realidad, en, definitiva, es un montaje complejo del orden del significante, unido a lo imaginario, por fuera de lo real».

En el cuarto, «La realidad y la sublimación», Peskin retoma el punto neurálgico del agujero, el hueco consecuente a una cosa-pérdida originaria, constitutiva de lo humano, en derredor del que se constituye la realidad humana. Este rodeo, según él, es ya un camino a la sublimación. Recuerda a Lacan y uno de sus aforos, en la sublimación... «El objeto aquí es elevado a la dignidad de la cosa». Este camino de «elevación» tendrá

significativa importancia en lo que a las cuestiones del fin de análisis concierne. Peskin nos acerca un esquema propio, con bases lacanianas, que podríamos nominar «esquema del engranaje», en el que justamente «engrana» el agujero pulsional, el objeto «a», el deseo y las acciones sobre el mundo. Propone que la «misma creación del objeto a, forjado por la insistencia pulsional, es un hecho sublimatorio». Otro aspecto que despierta inquietudes es abordado por Peskin: «el sublimar no es una garantía de salud ni de estar del lado del bien». Debemos incluir la subjetividad, represión mediante, al Otro y su calidad, el Ideal y lo real, y lo posible, su encausamiento para reconocer su destino. Es claro que se hace necesario incluir la función paterna en la cuestión, y la condensa en los siguientes términos: «Quizás podamos decir que la posibilidad de actuar de acuerdo con el deseo sujeto a la Ley paterna en la realidad corriente [Wirklichkeit] está condicionado la realidad psíquica [Realität], en la medida en que ambas son el anverso y el reverso de la subjetividad». Y agrega otro de sus aportes: «cada quien atraviesa un proceso de morfogénesis de un padre». En alguna medida, todos «creamos» un padre y, en esa morfogénesis, parte de la realidad.

En el quinto, «El psicoanálisis como una investigación que parte desde la realidad», propone una reflexión: «Quizás podamos decir que el objeto del psi-

coanálisis es el sujeto, ya que emerge en la articulación del inconciente con la pulsión». Otro tema que atañe a la cuestión es el del «encuadre psicoanalítico». El concepto ha recorrido un camino largo y con propuestas de características diferentes y hasta contrapuestas. Peskin aporta un concepto de Foucault, que es el de «dispositivo», y lo analiza a la luz de lo que hace al encuentro en nuestra práctica entre el «deseo del paciente» y el «deseo del psicoanalista», y las necesarias complejidades que contiene.

Toma y re-toma el desarrollo del *infans* y su isomorfismo con algunas creencias religiosas. Es inevitable que al tocar el tema de la realidad, se acerque el tema del tiempo, y lo aborda considerando un «tiempo del narcisismo» que alude a la realidad del instante, y variedades de postergación que atañen a la necesaria demora por el tiempo de la espera que requiere del deseo. El punto, mítico, de la articulación de la pulsión con el deseo constituiría lo atemporal e inmortal del deseo, que al articularse al «engranaje simbólico», motoriza y temporiza la operación del sujeto.

El sexto es «La realidad y la clínica». Como es previsible, e inevitable, aborda la cuestión de la transferencia. Es que la transferencia representa el tema *princeps* en el que se juega esta compleja articulación Imaginario-Simbólico-Real, y es también uno de los que más remite a la po-

sición del analista. Recuerda Peskin que con Lacan, el analista hace semblante del objeto «a» y, apoyado en el mencionado deseo del analista y formalizado en el «discurso del analista», ejerce su función. De la transferencia nos deslizamos a las entidades clínicas y su correlativa constitución de la realidad. La neurosis, la perversión y la psicosis, acorde a sus mecanismos específicos de defensa, definen diferentes modos de ordenamiento, o creación, de la realidad.

En el séptimo, «La realidad desde la infancia a la adolescencia», recalca una posición: no hay clínica que no contenga una teoría. Es de los acuerdos mínimos que podremos abordar la práctica. Con Lacan, deberemos considerar los registros Imaginario, Simbólico y Real a los efectos de considerar una «teoría del sujeto». En ese camino, Peskin retoma los desarrollos acerca de la génesis del sujeto considerando el narcicismo, el pasaje por el Edipo con la operatoria de la castración, simbólica, la incidencia del Otro, etc. La asunción del goce sexual como propio es el desafío y se encuentra ceñido por lo antedicho y el camino de la ya anunciada hipótesis de la «creación de un padre» y la problemática del superyó. Esta cuestión lleva a Peskin a plantear cuál es el lugar de analista ante la demanda adolescente, y responde: «Se trata de no cubrir los errores, los yerros del padre, y de poder decirse: “¿Qué puedo

hacer yo con eso, para tener un punto de apoyo? Porque ese es el punto que está claudicando en mi mundo simbólico y eso cae sobre mí como deuda a pagar”».

Por último, «La realidad como espacio que limita con lo real, lo social, lo virtual y lo ficcional». Por lo que Peskin viene tratando, la realidad es definible a la manera de un campo o territorio que tiene sus límites. En el deslizamiento sobre la superficie, encontraremos diferentes realidades, pero si la perforamos, podemos acceder a lo real. En el plano de la materialidad en el que se desliza la subjetividad se puede introducir otra «materialidad», la del significante, que permite acceder a lo «irreal», lo ficcional, sin que se altere la posición del sujeto en la realidad. Pero no solo lugares espaciales constituyen la realidad. Multitud de estímulos como olores, palabras, sensaciones corporales, etc., serían las cosas, concebibles e inconcebibles, que operan en la vida del sujeto. Entre estas versiones, escenas, transcurre el sujeto intentando resolver la pulsión, lo real y la repetición. «Nuestra expectativa es que la repetición como expresión tanática ceda y podamos observar en la realidad de la vida de las personas que, frente a hechos que se presenten, encuentren nuevos modos, para que la realidad sea más placentera, acorde al deseo y la transformación que lograron de sus síntomas». Frase con la que culmina Peskin su libro.

A lo largo de su obra, Peskin va cumpliendo rigurosamente con su propuesta al tiempo que su lectura ejerce cierta conmoción. Es un libro que va produciendo efectos que promueven nuevas «versiones de la realidad» y, por ende, subjetivos. Kierkegaard, en su prólogo a

La alternativa, hace dialogar a un libro y sus palabras, con su lector al que dice: «léelas de tal suerte que después de haberlo hecho sigas siendo como los que no han olvidado lo que leyeron», Creo que los lectores de Peskin se enrollaran, como yo, en este conjunto. •

RESEÑA DEL LIBRO

Parentalidades y cambios familiares

*Enfoques teóricos y prácticos*¹



MARIO DEUTSCH² & PEDRO MORENO³

Este libro es el producto de la puesta en movimiento del pensamiento que a partir de la práctica se piensa a sí mismo. Es una especie de *work in progress* que trasunta el carácter procesual de su producción. Un año de trabajo, más de trescientos autores comprometidos en el proyecto, múltiples ángulos disciplinaarios y disímiles miradas dan cuenta de la magnitud de una empresa tan compleja como —a nuestro juicio— imprescindible, dicho esto en varios sentidos.

Hay una dimensión ética y política —en el sentido casi literal de los términos: una reflexión acerca del *ethos* de la *polis*— puesta en juego en una obra en la que los actores de una praxis la piensan incluyéndose y ponen por escrito el estado de su reflexión.

En este sentido, nos parece que atraviesa el libro una postura epistémica solidaria con lo dicho más arriba. El objeto de investigación y los hallazgos en el camino refieren menos al *eureka* del descubrimiento que al sentimiento de perplejidad y dislocación, a la extrañeza inquietante del «qué es esto que tengo aquí», en lo que estoy concernido.

Podríamos incluir, aún, una dimensión propositiva. Dicen los autores de uno de los trabajos: «Hemos encontrado que el relacionamiento y la actualización de vínculos con hermanos de los cuales se encuentran distanciados, son agentes privilegiados, no solo de gratificación

1 Ferrando, J., González, F., Balparda, S., Montañez, M., Schroeder, D. y Lasida, J. (2014). *Parentalidades y cambios familiares: Enfoques teóricos y prácticos*. Montevideo: INAU.

1 Candidato del Instituto Universitario de Postgrado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. edeu8@hotmail.com

1 Candidato del Instituto Universitario de Postgrado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. epmoreno@vera.com.uy

afectiva, sino también de solidez en la narrativa identitaria». Entre los múltiples sentidos y tensiones que atraviesan lo fraterno, uno de ellos, lo fraternal como solidario, anima el texto e invita al lector.

El libro es resultado de un proyecto desarrollado en el ámbito del INAU durante 2014 «con el objetivo de promover la reflexión y la sistematización del saber acumulado en el sistema INAU» (p. 15) y aborda cuatro ejes temáticos:

1. presencia/ausencia del padre y sus impactos en la crianza de los hijos;
2. las buenas prácticas de ejercicio de la parentalidad, formas de promoverlas y exigir las;
3. alternativas de cuidado y crianza (situaciones en las que las familias *vulnerabilizan* en lugar de amparar) y
4. las políticas públicas y los ejercicios de la parentalidad.

Los trabajos sobre la práctica con los que nos encontramos en el libro transmiten el alto nivel de compromiso personal, la enorme dedicación, la rigurosidad técnica y el monto de afecto puesto de manifiesto en las descripciones de su actividad profesional por parte de los diferentes autores, todo lo que debe ser de gran riqueza para los niños, adolescentes y padres cuyas vidas se verán beneficiadas enormemente por esta labor descrita por los ellos. Los trabajos de contenido teórico muestran una gran profundidad en su elaboración y gran riqueza en su

contenido, así como aquellos trabajos en los que se reflexiona o se plantean interrogantes sobre los posibles sentidos a buscar en la práctica descrita. Todo esto hace altamente recomendable la lectura de los trabajos reunidos en este volumen, que lamentablemente, por razones de espacio, no aparecen mencionados en su totalidad en la presente reseña.

Los profesores Cabella y Nathan abren este volumen diciéndonos que «la transformación de las familias es uno de los rasgos más sobresalientes del cambio social de las últimas décadas [...] [y crean] un panorama familiar cuyas principales características son la diversidad y la inestabilidad» (p. 21). En las conclusiones del trabajo, los autores incluyen una serie de orientaciones para las políticas públicas.

En los trabajos del *eje 1* aparece repetidamente, incluso en los títulos, la idea de la «invisibilidad» del padre, ausente en muchos de estos nuevos arreglos familiares. En el trabajo de la licenciada en Psicología Gabriela Sanguinetti y colaboradores se destaca la forma en la que ese lugar de ausente del padre se puede poblar de las imágenes del «superhéroe o villano» y de la forma en la que, en su presencia, el padre puede no aparecer como interlocutor para los equipos de trabajo, en los también el trabajo desataca la baja presencia de profesionales varones. Para las licenciadas María

José Torres y Sandra Rosso, este carácter invisible del padre refuerza la rigidez de los roles tradicionalmente esperables de la pareja parental, lo que nos introduce en las ideas que desarrollan los estudios sobre género, una perspectiva que recorre muy buena parte los trabajos del libro. La educadora básica Silvia Benecio y colaboradores buscan activamente, en el centro CAIF La Murguita, «hacer visible» al padre con acciones que van desde hacerlo figurar en los formularios hasta promover su participación de las actividades que promueven desde el centro. En el trabajo de la psicoanalista Ema Ponce de León se subraya el valor y la riqueza potencializadora de la interacción entre el trabajo terapéutico individual y la contención y el apoyo institucional para una pareja de padres adolescentes. Como dice la psicoanalista Ana Lía López Brizolara, al reflexionar sobre este trabajo, se debe buscar «restaurar el lazo social [y] construir el entramado para pensar y aceptar la dolorosa singularidad de cada historia y así ir buscando sentidos» (p. 92). En el panel «Transformaciones sobre el lugar del padre», el psicólogo Jorge Cohen hace algunas recomendaciones «para favorecer la aceleración de los cambios que contribuyan a hacer efectivos los derechos de los niños a tener un padre» (p. 94). El trabajo de los psicoanalistas Susana Balparda y Damián Schroeder busca «deconstruir el concepto de función pa-

terna y revisar algunos conceptos fundamentales del psicoanálisis» examinado la «noción de parentalidad» y proponiendo «un concepto de lo paterno en términos de funciones simbólicas parentales» (p. 122). En el panel «Dónde están los padres varones», el Ph. D. Guillermo Giucci nos invita a tratar de analizar y comprender los cambios culturales para, de esta forma, actualizar nuestras teorías. Finalmente, el comentario de la doctora Gabriela Garrido nos advierte sobre «el riesgo de aplicar estereotipos en relación con la estructura familiar y organizar servicios y respuestas en base a ellos» (p. 114).

En el *eje 2*, el educador Pablo Domínguez y colaboradores nos presentan dos intervenciones en las que parece hacerse patente, ante la enorme complejidad de las situaciones relatadas, la necesidad de abordajes multi- e interdisciplinarios. La presentación del Psicoanalista Víctor Guerra apunta a desarrollar el «concepto de intersubjetividad», rastreando sus antecedentes en la teoría psicoanalítica y la del apego para de esta forma poder pensar «algunos aspectos de la implicación parental, de las funciones simbólicas de la familia» (p. 170). El trabajo culmina con la presentación de una «grilla de indicadores de intersubjetividad (0-12 meses)», recorrido esperable en un camino de desarrollo saludable.

En el *eje 3*, la licenciada en Psicología Alicia Abal y colaboradores se interrogan

sobre «la posibilidad de ejercer las funciones parentales en dispositivos institucionales» (p. 186). Se interrogan sobre «qué deseos del adulto se ponen en juego en este encuentro; con qué recursos cuenta el adulto en estos dispositivos para promover y enriquecer el procesos de desarrollo de los niños» (p. 191). La psicóloga Amparo Luraschi —a partir de su experiencia en la institución La Bonne Garde, que trabaja con madres adolescentes y sus hijos en un régimen de residencia transitoria— reflexiona sobre el eje del trabajo que tiene como meta el «cuidado del cuidador, tratando de fortalecer su autonomía» (p. 200). En su comentario, el psicoanalista Luis Bibbó señala «un aspecto a problematizar [...] el logro de la autonomía [...] supuestos teóricos [para] sostenerla y de qué manera debe ser trabajada. Y el egreso, ¿desde cuándo debe ser pensado y trabajado?» (p. 208) El licenciado en Psicología Fernando Bruschi y colaboradores plantean su preocupación con respecto a la estadía en centros de acogida «que se supone que es transitoria, [pero que] tiende a ser de un plazo más largo que el deseable, lo que puede generar efectos iatrogénicos en los niños y las familias de acogida» (p. 210). Se plantea para estos centros, como lo ya visto para La Bonne Garde, «cómo cuidar a los que cuidan», y se sugiere «la creación de espacios de reflexión conjunta, ámbitos de recreación y uso del tiempo libre y asesoramiento e intervenciones especializadas»

(p. 213). El psicólogo Julio Boni y colaboradores nos describen la tarea de INAU de «corresponsabilidad y complementariedad, apoyando a las familias en el desempeño de sus tareas parentales» con la dificultad que implica para estos niños y adolescentes «la exigencia de múltiples adaptaciones a diferentes estilos de crianza» (p. 218). La magíster en Trabajo Social Ana Laura Cafaro reflexiona sobre «la concepción de derechos y género a la hora de pensar los cuidados e incorporar una dimensión política de la división sexual del trabajo» (p. 226). La licenciada en Psicología Olga Castro y colaboradores hacen una reflexión sobre la construcción de la parentalidad adoptiva. En las conclusiones del trabajo se preguntan los autores si «la adopción es la respuesta para todos los niños» (p. 241). En los paneles que siguen, el asistente social Gustavo Machado analiza el tema de la crianza, de las formas de protección social, particularmente el papel del INAU, «tomando a la familia como sujeto, como punto de partida para eliminar el núcleo duro de la pobreza, mejorar las condiciones de vida de los uruguayos y fundamentalmente calificar las formas de crianza» (p. 252). El profesor doctor Miguel Cherro analiza la situación de las llamadas «parentalidades tóxicas» y hace un recorrido por diferentes investigaciones que abordan los efectos de la institucionalización.

En el *eje 4*, la licenciada en Ciencias Sociales Alicia Gil y colaboradores

nos describen el valor de un sistema de información y evaluación «en vías de creación» para el plan CAIF, que permita «la planificación, gestión, supervisión y evaluación de las políticas, programas y proyectos» y la comparación de «resultados e impactos» que conduzca a «generar aprendizajes para retroalimentar las prácticas y los supuestos de los que se parte» (p. 332). Un sistema de estas características será una riquísima fuente de información para lograr que la experiencia acumulada se vuelva un insumo de relevancia a la hora de la planificación de las políticas públicas. El trabajo de la licenciada en Trabajo Social Anabela Lauz y colaboradores sobre intervenciones en situaciones de violencia doméstica se plantea un tema un tema ricamente polémico: «La ausencia de dispositivos de trabajo con agresores imposibilita un enfoque integral y habilita nuevas situaciones de riesgo y vulneración de derechos» (p. 338). El psicoanalista Hebert Tenenbaum se pregunta si es posible integrar a los dispositivos de cuidado al padre violento, si estos padres son tratables y si su integración a estos espacios no podría resultar forzada. La licenciada en Trabajo Social Virginia Álvarez y colaboradores nos describen la «Estrategia Nacional de Fortalecimiento de las Capacidades Familiares - Cercanías, iniciativa interinstitucional para atender prioritariamente las familias en

situación de extrema vulneración, que supone la acción articulada de distintos organismos» (p. 351). En los paneles que siguen, la médica pediatra Cristina Lustemberg nos informa sobre el programa Uruguay Crece Contigo, que se propone «consolidar un sistema de protección integral a la primera infancia a través de una política que garantice los cuidados y protección adecuados de las mujeres embarazadas y el desarrollo integral de los niños menores de 4 años» (p. 380). La magíster en Educación Susana Mara nos describe el funcionamiento del plan CAIF, «la principal política pública de atención y educación en la primera infancia y sus familias en el Uruguay» (p. 391). El educador social Diego Silva Balerio nos plantea lo complejo del proceso «de promoción del ejercicio de la parentalidad [...] ya que requiere desmontar una tradición tutelar fuertemente arraigada en la cultura institucional, para impulsar e instalar estrategias de trabajo educativo y social que promuevan la des-internación de niños, niñas y adolescentes, y la instalación de dispositivos de apoyo simbólico y material a las familias» (p. 408). El ministro del Tribunal de Apelaciones de Familia, doctor Eduardo Cavalli Asole, plantea que a pesar del «poderoso avance en la legislación sustantiva sobre protección de niños, niñas y adolescentes», los juicios en la materia «no parecen conformar a todos los operadores, sea por el

contenido de las resoluciones o por las demoras» (p. 422).

En el panel de cierre, la psiquiatra de niños y adolescentes María del Luján Álvarez, la licenciada en Psicología Beatriz Scarone, la maestra especializada en pedagogía social Mora Podestá y la licenciada en Psicología Carmen Rodríguez intentan «plasmar los cambios

institucionales que se están proyectando en relación con el modelo de atención de niños y adolescentes que ven interrumpido en forma transitoria o permanente el cuidado por parte de su familia» (p. 428).

Finalmente, el comité editorial del libro plantea una serie de «recomendaciones del INAU para el desarrollo de una política pública de parentalidades» (p. 443). •

RESEÑA DEL LIBRO

La infancia y sus bordes

*Un desafío para el psicoanálisis*¹



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA²

El libro de Julio Moreno constituye en realidad un desafío para nosotros, psicoanalistas o estudiante de nuestros institutos, o para todos aquellos afines al psicoanálisis, y nos desafía al poner en cuestión cosas que tendemos a dar por sentadas. Es producto de una observación fina y de una reflexión profunda y sostenida que va incorporando, entretejiendo, discutiendo ideas y propuestas surgidas de nuestro campo de clínica, sus prácticas y teorías, y de otros territorios del pensamiento y la investigación (historia, filosofía, antropología, etc.), sean actuales o de épocas pasadas.

El libro está dividido en cuatro partes; la primera, dedicada a la infancia, el juego y los juguetes; la segunda, al vínculo entre padres y niños; la tercera, al tránsito adolescente; la cuarta, a lo cuántico y conectivo.

Desde su primer capítulo y sin anestesia, nos sacude la modorra al colocarles un signo de interrogación a algunas certezas con las que nos explicábamos el presente y nos dirigíamos al futuro. Enfoca, así, la caída del calor asignado a la tradición, al pasado, determinándonos a través de marcas dejadas por las generaciones que nos han precedido.

Se vale de la historia del juego y del juguete en sus proximidades y distancias con el mito y el rito para ejemplificar el vuelco por el cual languidece el condicionamiento del presente por el pasado, y se pregunta por los efectos de un giro crucial en el sentido de ese vector temporal.

1 Moreno, J. (2014). *La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@vera.com.uy

Considera que esto ya está ocurriendo con los juguetes y los tipos de juego.

Ejemplifica, desde su clínica con pacientes niños, tipos de juego o, más bien, de actividades de apariencia lúdica que, atrapadas en la patología, no dan lugar a creatividad alguna ni en el plano del contenido ni en el del manejo *a piacere* del tiempo, perdiendo así esa fascinante posibilidad de que en el jugar siempre se pueda revertir el tiempo, volver a empezar.

Moreno destaca que más allá de las raíces universales, en cada ser humano, el nacimiento del juego se da tempranamente en el vínculo con la madre. Se va dando en un contexto afectivo-comunicativo, constituyéndose en «un acontecimiento inaugural de una secuencia creativa», basamento de los fenómenos de la subjetividad.

Pasa a describir tipos de juego de acuerdo con la presencia o la participación creativa del niño, enfocando también las causas de la atracción por ese juego, es decir, la relación con el placer. Distingue, así, *juegos asociativos* —en los cuales lo creativo predomina y el juego se despliega en historias fabulosas siempre posibles de nuevas vueltas de ficción—, *juegos reglamentados* —en los que la norma acota lo creativo, si bien son posibles algunas trampitas o ciertos cambios de reglamento, frutos de la producción imaginativa— y un tercer tipo, de fuerte presencia hoy: los *juegos conectivos*, la

amplia gama de los videojuegos. Aquí, el juego —dice Moreno— consiste en seguir caminos preestablecidos en los que lo creativo se reduce al cotejo de habilidades en secuencias que están predeterminadas, como también lo está el contenido, y el jugador es un usuario.

Del juguete considerado por los antropólogos (Lévi-Strauss y Agamben) como esencia misma de la historia (miniaturización de objetos pertenecientes a épocas pretéritas) y testimonio de la capacidad de transformación del humano, que muestran el pasado en el presente, se ha ido pasando a la preferencia infantil por los juegos que anticipan el futuro. Son juegos de anticipación que en todo caso miniaturizan el porvenir, robots, naves espaciales, rayos láser, guerreros con superpoderes para cambiar sexo, edad, succionar energía de otros. Juguetes que incorporan novedades que tienen que ver con futuros posibles.

El autor especula sobre si esto tendrá que ver con que en la era informática en la que vivimos no hay tiempo para perder en evocaciones, y será mejor que niños y adultos se acostumbren a transitar lo no previsto para estar más acordes a los vertiginosos tiempos por venir.

Esta inversión del sentido del juguete con respecto al tiempo, de la evocación a la anticipación, podría estar prefigurando cambios en la concepción de la infancia y quizás anuncie un cambio

en lo humano en relación con la Modernidad que nos precedió. Hoy, los niños están en contacto directo con los medios y son capaces de absorber y conformarse de acuerdo con lo que reciben de las pantallas mediáticas, sin mediación de sus adultos. La interfaz medios-niños es mucho más permeable que la que separa a los adultos de los medios, y en materia de informática, niños y jóvenes nos enseñan a los mayores.

Estos nuevos juegos y juguetes valoran el instante y la simultaneidad, apunta al llamado «tiempo real», la teletransportación, por la cual en instantes se puede estar en otro punto, no importa la distancia a la que se encuentre. Esto, dice Moreno, sucede todos los días en los dispositivos mediáticos y es lo que pregonan los físicos de la mecánica cuántica. Una partícula y un cuerpo se pueden conectar instantáneamente con otro en otro planeta u otra galaxia: es el entrelazamiento cuántico.

Los juegos asociativos, que seguían el modelo de la libre asociación, desplegaban la fantasía interior del niño. Los juegos conectivos que hoy predominan en cuanto a concitar preferencias infantiles están cada vez más por fuera de aquella fantasía interior, en pos de la conexión de íconos que hacen aparecer instantáneamente realidades virtuales.

El primer capítulo finaliza con una interesante reflexión sobre el proyecto de

la infancia de la Modernidad, los ideales imperantes entonces y el futuro que era posible imaginar jugando a «ser grandes» con los modelos emulables y hasta superables, ahí en casa (los padres).

La tecnología cambió los juguetes, la producción masiva —ya no artesanal— los multiplicó y la propaganda los transformó en posesiones, objetos emblemáticos de consumo y prestigio. Las promociones de juguetes —los anuncios ya no se dirigen a los padres— van directo a los niños.

La función del juguete ha cambiado, ha cedido sus espacios; de preservar el pasado, preparando el futuro imaginado como una versión mejorada del presente, a su función de hoy: preparar para la no previsibilidad, para un futuro contingente en el que no hay anticipación posible, el porvenir es una total incógnita. Aun así, viendo jugar a los niños, rescato algo: hay veces en las cuales buscan o se inventan trazas de predictibilidad, y se me ocurre que hay una cierta «cuota» de regularidades necesarias a la estructura psíquica que no se puede omitir.

Vayamos al capítulo 4: «Cambios actuales en la familia y su impacto en la infancia y el psicoanálisis». Moreno parte de una constatación innegable: la influencia del psicoanálisis ha disminuido. Plantearse por qué ha sucedido esto lo lleva —en este momento y más allá de otras razones posibles— a proponer

que la sociedad, «las instituciones familia e infancia y las prácticas de crianza han ido cambiando con rapidez, lo que generó subjetividades muy diferentes a los tiempos de Freud», y se pregunta qué está pasando.

Entonces, se aboca en este capítulo a considerar con qué se encontró Freud en lo relativo a la sexualidad, la crianza y la familia en la Modernidad de su tiempo, para luego enfocar nuestro tiempo de Posmodernidad y sus efectos. De allí emerge que «la característica más notoria es la insuficiencia, la inoperancia que muestran las instituciones, para dar cuenta de los acontecimientos que se precipitan». En su análisis de la situación, el autor enfoca la sexualidad y el deseo en tanto motivaciones inconscientes detrás de cada acto humano. En cada época y en cada cultura, lo sexual depende de las estructuras de poder vigentes; en la Modernidad, el poder fue ejercido por la Iglesia y el Estado sobre la sexualidad a través de la familia. Moreno señala que la configuración y las dinámicas de la familia en la Modernidad freudiana tuvieron mucho que ver con la forma que adoptó el psicoanálisis en esos tiempos. Además, advierte que Freud no ignoraba la importancia de las modalidades de crianza en las historias de sus pacientes neuróticos, pero piensa que quizás creyó que era una propiedad de lo humano, y no una característica de esa época. Esto queda evidenciado en el

trabajo sobre «La más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912).

Son los avatares de la necesaria convergencia de las corrientes tierna y sensual sobre un mismo objeto para una sexualidad plena los que impiden esa confluencia en las llamadas «impotencias psíquicas». Freud explica esos avatares por la crianza cargada de erotismo: «Los síntomas no hacen sino hablar sobre que los vínculos de parentesco son invadidos por el dispositivo de la sexualidad incestuosa lo que genera una ruidosa turbulencia en el psiquismo que solemos llamar neurosis», y estas emergen de la confluencia de la función prohibitiva del incesto con el ejercicio de una parentalidad promotora de la sensualidad.

Hace luego un interesante recorrido por los tiempos históricos previos a esa confluencia que señalara como causal de la neurosis y también del psicoanálisis. Describe dos tipos de dispositivos que reglamentaban la vida familiar y la sexualidad: el dispositivo de alianza para las condiciones del matrimonio y el parentesco (sistema de transmisión de nombres y bienes), y el dispositivo que reglamentaba la sexualidad (cualidad de placeres prohibidos, permitidos, promovidos). La familia tenía que ver con la alianza y no se centraba en la crianza de los hijos. Entre los siglos XVII y XVIII se va dando la concentración de sexualidad e hijos en el ámbito de la vida conyugal.

Charcot, nos recuerda Moreno, frente a los cuadros de la patología histérica imponía, como primera condición para la curación, separar al enfermo de su familia, como si hubiese entendido que la causa del mal era la mezcla de los dispositivos de sexualidad y alianza. Freud, al ser convocado, respondió de manera diferente: detectó el complejo de Edipo y creó el psicoanálisis. Los hallazgos psicoanalíticos en ese contexto de la Modernidad reafirmaron la universalidad del Edipo, que quedó instalado en el centro del inconsciente como causa de todo lo humano.

Luego, Moreno examina la familia posmoderna. Esta surge por la década del sesenta; el contrato entre los cónyuges ya no aspira a la permanencia, la atribución de autoridad —otrora de dominio paterno— decae, la división de tareas se desvanece, aumentan los divorcios, las separaciones, las recomposiciones conyugales, etc. Los niños ya no están tan protegidos o encerrados en el claustro familiar y los medios masivos de comunicación se introducen en él con su discurso más y más dominante, frente al cual no hay «protección al menor» que valga; los niños se han vuelto, a su vez, el medio privilegiado para el acceso invasivo de la informática y de los medios a la familia.

Al mismo tiempo, los medios hacen posible otro cambio importante: la abolición de la privacidad. Lo íntimo se publica

y se muestra; me pregunto si será que solo se siente propio así, siendo visto y oído por otros, y no por una vivencia personal consistente.

Los cambios en las formas de constitución en las estructuras de las familias de hoy afectan el ejercicio de la función otrora básica de la crianza. Las necesarias constancias para los niños —tan caras a vivencias de estabilidad, previsibilidad, que aportaban seguridad— se han visto sacudidas. Ya no se aspira a llegar a ocupar lugares establecidos, se percibe más bien la inestabilidad, las situaciones cambiantes, el movimiento. Hay algo del orden de probarlo todo para después elegir qué hacer o qué ser. Pienso que parecería haberse instalado una ilusión de omnipotencia, de puedo hacer, puedo ser lo que quiera, negando así todo lo que implique las limitaciones, los acotamientos, en fin, la fragilidad, la instantaneidad de la existencia humana. ¿Qué serpiente nos tienta hoy a ser como dioses o a creer que probarlo todo es igual a saberlo todo sin restricciones?

La segunda parte, dedicada al vínculo entre padres e hijos, se inicia con un interesante capítulo sobre la neurosis infantil. El autor lo propone como algunas notas, pero estas constituyen bastante más, un enfoque muy atento —y, yo diría, oportuno— sobre el tema al enfocar relevantes asuntos conceptuales, comenzando por la desaparición del término

neurosis de la nomenclatura del DSM IV y su reemplazo por *trastorno*, y lo discute con sutileza.

Considera que las neurosis no son trastornos del bien funcionar; más bien, serían «presentaciones de lo normal», algo a transitar durante la existencia, que no se circunscribe a la infancia y que se condice con la vida en el mundo civilizado, con las contradicciones que conlleva y las renunciaciones que impone. Es claro que estas «presentaciones» pueden llegar a construir patología.

«La psicopatología infantil estaría necesariamente inmersa en el contexto del vínculo entre padres e hijos, del ambiente de crianza y del entorno social». Moreno cree que la nosografía clásica ha resultado excedida y sería insuficiente para dar cuenta de las consultas por niños en la actualidad. «Hay otras líneas de determinación que las que provienen del inconsciente o, mejor, que eso que llamamos *el inconsciente* está en pleno y vivo contacto con el medio». Pero el medio es muy cambiante, y para los niños supone un enorme trabajo de adaptación. Despliega algo más su propuesta del concepto de discurso infantil, aquel que reglamenta el vínculo parentofamiliar, constituido por el conjunto de reglas y prácticas que lo rigen, que tienen efecto subjetivante en hijos y padres, y que varía con las épocas y las sociedades.

El discurso infantil incluye los interrogantes de los niños y el saber supuesto

de los adultos, algo que les permite a los pequeños vivir en la ignorancia y estar *abiertos al mundo* que habitan, al tiempo que *suponen* que sus adultos conocen las respuestas a sus enigmas. Sin embargo, nos advierte, no es que el niño crea ciegamente en lo que dicen «los que saben», solo lo supone. Yo me pregunto ¿cómo se sitúan y juegan las teorías sexuales infantiles en este contexto?

Luego, trabaja la relación del discurso infantil y sus fallas o carencias con diferentes situaciones de la patología, y lo hace con referencia a su casuística y a clásicos casos freudianos. Comunica después su posicionamiento y sus estrategias personales frente a la consulta diagnóstica o la indicación de tratamiento.

El capítulo 7, «Una perspectiva clínica», es una rica oportunidad que Moreno nos da de asomarnos a la sutileza de su contacto clínico, incluida su visita a Freud y Juanito en lo que llama la primera sesión vincular en la historia del psicoanálisis. Asimismo, al «asistir» a esa sesión, puede hacer una lectura algo diferente de la que hizo Freud al tomar en cuenta el D. I. y el reordenamiento de sus posiciones, lo cual sucedió en la inmanencia de la sesión, a diferencia de la intervención explicativa de Freud en posición trascendente (le referencia al complejo edípico preexistente).

Dos casos clínicos de más de veinte años atrás son para el autor la oportu-

nidad de ensayar una suerte de autosupervisión que lo lleva a nuevas hipótesis surgidas de sus actuales propuestas, con lo que amplía la perspectiva sobre la eficacia patógena y la terapéutica. Pero lo que me parece interesante es que lo nuevo del enfoque no anula o descalifica el anterior, sino que lo enriquece al incluir consideraciones y posicionamientos en una apertura a nuevas significaciones.

El capítulo 8 analiza pormenorizadamente la impronta mediática en el discurso infantil. El discurso infantil de la Modernidad sigue operando en el vínculo parentofilial y sus producciones, pero está cambiando rápido y lo hace al compás del accionar de los medios masivos de comunicación. La penetración de la realidad informática en los diferentes participantes del discurso es muy diferente de lo que fue en épocas anteriores, y ello, a su vez, determina modos muy distintos de entender los hechos entre padres e hijos. En la interfaz que media entre ellos hay más diferencia, más distancia, menos permeabilidad, menos códigos compartidos.

Se aboca, entonces, a profundizar de qué manera se ha visto afectada hoy «la confrontación generacional», cómo se ven afectados el discurso infantil y el complejo de Edipo que lo configuran. En la Modernidad, el ensamblado entre ellos conformaba una «máquina» de generar, moldear subjetividades de padre e hijos,

se transmitían modos de ser y contenidos sociales, culturales, históricos, libidinales. Los engranajes del dispositivo afectaban por igual a padres e hijos que compartían códigos y claves. Pero al producirse la penetración de la *mass media* se generó un cambio que significó más y más distancia entre los modos de pensar de adultos y niños porque esa penetración no operó igual en padre e hijos. El aspecto conectivo de los vínculos, preponderante en los niños, les confiere una disponibilidad mayor a lo abierto de lo no representacional, a diferencia de los adultos, que son más afines al comprender que al conectar.

Dejo acá este interesantísimo e inquietante análisis que continúa haciendo el autor para dirigirme a pasos largos a *la tercera parte*, sobre el tránsito adolescente. *Se inicia con el capítulo 9*, en el que se subraya el tema de la «confrontación generacional». Esta es desplegada a partir de la perspectiva filogenética recorriendo desde el animal hasta la hominización, sirviéndose del mito freudiano de la horda primitiva.

El autor sostiene la tesis de la necesidad de la confrontación entre padres e hijos para que no haya consecuencias catastróficas en el vínculo o en sus integrantes. Querel eludir o aplacar la confrontación puede llevar a la intensificación de las hostilidades, con las consiguientes consecuencias entre padres e hijos o entre

paciente y analista. (Pienso en Winnicott y «El odio en la contratransferencia», de 1947, o en el artículo «Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente», de julio de 1968, donde plantea con firmeza la necesidad de la confrontación).

Despliega distintos aspectos del mito de Edipo, enfocando en particular a Edipo en su adolescencia. Parte de las preguntas que Edipo, como todos los adolescentes, se formula son: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo?, preguntas surgidas de la desazón ante sus cambios puberales, nuevas marcas en el cuerpo, despertares en lo psíquico y miradas propias o ajenas que lo inquietan. Preguntar a los padres ya no es una vía confiable para obtener respuestas creíbles, ni en la antigua Grecia ni hoy. Llegado este tiempo, es la mirada de los otros —especialmente los pares, reflejada en las pantallas— la que se procura para hallar alguna confirmación de quién es uno. Moreno constata que cualquiera sea el caso, los padres del adolescente ya no son más los de la infancia, aquellos del discurso infantil; son otros.

El capítulo 10, «La pubertad y el acontecimiento adolescente», enfoca la pubertad como «el tiempo en el que desde cambios en el cuerpo a mutaciones del discurso que envuelven al púber, hay verdades que comienzan a insistir por inclusión». Se instala un clima de perturbación del estado anterior que afecta al

púber y a su entorno. El chico no puede entender ni decir lo que le pasa. El diálogo se vuelve difícil; entonces, se lo ve pendiente de las pantallas y las miradas de los otros en búsqueda de algún reflejo que le diga algo de sí mismo.

Moreno apunta a la necesidad de hacer algo con eso emergente perturbador que es el motor de la pubertad, y ese hacer no es fácil; las marcas suplementarias capaces de transformar la pubertad en el acontecimiento adolescente tienen algunos requisitos que tocan lo paradójico: que lo nuevo pertenezca y no pertenezca a lo histórico, que se construya una historia nueva con cierto viso de continuidad. El autor analiza los posibles decursos (acontecimiento - catástrofe - detención) y los ilustra con dos ejemplos clínicos.

En el capítulo 11 se consideran los ritos de pasaje adolescente. Propone que los humanos necesitamos que el entorno cultural nos provea de ritos que acompañen algunos acontecimientos significativos. Necesitamos signos que nos adviertan y prevengan de la inmediatez, como si fuera potencialmente traumática. Señala que hay eventos como la adolescencia que no siempre se anuncian con claridad. Las ceremonias rituales se apropian del hecho y señalan el lugar más o menos justo, fijando el evento en el calendario. Describe ritos de pasaje en tribus de Sudamérica. En ellos, luego del pasaje, los que eran niños ya no lo son, ahora son

adultos. En ellos, la adolescencia es solo un punto inextenso.

Luego, se refiere a las sociedades civilizadas que carecen de la provisión institucional de ritos efectivos y puntuales que involucren a toda la comunidad. De ahí que los adolescentes se las arreglen un poco por sí mismos, construyendo ritos caseros, propios y particulares que inauguran un «nosotros». Piensa este «nosotros» como reconocimiento de la alteridad del grupo con respecto al resto de mundo. Yo me pregunto si quizás en parte el «nosotros» los tranquilice al «poblar» el vacío que viven con un plural que les provee cierta calma. También, porque trae algo parecido al compartir, a los otros les pasa «lo mismo», aunque no sepan claramente qué es. Pienso que con un «attimo de nostalgia» (Les Luthiers) explora el fenómeno del *rock and roll* y sus bandas como nuevos agentes de subjetivación.

Más adelante, enfoca un fenómeno actual, como es la prolongación de la adolescencia en ambas direcciones: se llega antes y se permanece más tiempo, y explora las posibles causas, desde la enorme desocupación a las llamadas podas sinápticas. Finalmente, el autor propone que la tarea de «ser lo que es y lo que será» conduce al adolescente a búsquedas o a la participación —improvisada o no—, lo que insume, entre otras cosas, tiempo vital.

Capítulo 12. Lo cuántico y lo conectivo.
Como final, se aboca a una tarea real-

mente muy compleja: «Examinar algunas coincidencias entre descubrimientos de la física cuántica, que desafía a la clásica, y hallazgos relacionados con los fenómenos conectivos que se oponen a los asociativos en el psiquismo».

No se trata de comparar el psicoanálisis y la física en general; lo que señala como sugestivo e interesante es la diferencia y el contrapunto que existe entre los planteos de la cuántica y la física clásica, con la diferencia y confrontación que se evidencia entre el acontecer conectivo y el asociativo del psiquismo.

Considera que hemos transcurrido gran parte de nuestra existencia asociando nuestro modo de pensar al saber de la física clásica y el transcurrir psíquico a lo asociativo, desechando, expulsando tanto la realidad cuántica del mundo de la física como la conectiva del universo de las motivaciones psíquicas. Es probable que esto haya contribuido a que ni los fenómenos conectivos ni los de la física cuántica nos resulten accesibles a la intuición.

«El régimen psíquico asociativo hace un trabajo denodado para hacer continuo lo fragmentario, y por hacer homogéneo lo disruptivo del transcurrir de nuestras vidas». Pero —y empiecen a ponerse nerviosos—, cada vez se hace más evidente la constitución fragmentaria de lo que consideramos «la realidad» y el hecho de que «eso» aún no representado nos afecta. Las causas de eventos singulares

pueden ser ínfimas, imposibles de detectar; las cosas no salen de la nada, pero nos es imposible determinar de dónde salieron, muchos hechos pasan a ser indeterminables para los humanos. La incertidumbre pasa a ser un principio. No hay un pasado ni una historia única de cada evento, lo cuántico de la física y lo conectivo del psicoanálisis admiten causas que no fueron registradas, como partículas mínimas o indetectables, y los hechos no causados por lo representado.

Para terminar, nuevamente, las palabras de Moreno son las más apropiadas: «Hay una esperanza que permanezca el espíritu de zambullirnos, no en la historia que creemos que nos determinó, sino

en la incertidumbre que esta no cubre, que dejemos libre el paso ocluido por las telarañas del saber ya sabido, de la búsqueda de causas de todo lo que es, búsqueda que ocluye la apertura a lo incierto, que es por donde la capacidad creativa del pensar se expande».

Llegando aquí y recordando el comienzo tradición-transmisión, me pregunto: ¿Qué transmitiremos, en definitiva? ¿Será la posibilidad de cambiar y el deseo de hacerlo? ¿De aceptar novedades impensadas? ¿De cohabitar con la ignorancia buscando siempre saber algo más de nosotros? Vale la pena plantearse. •

Agosto de 2014

OBITUARIO

Luz, una evocación



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA¹ & FRANCISCO AMEGLIO²

El 8 de agosto de 2015 murió Luz María Porras.

La fecha sitúa su deceso en un punto preciso del tiempo, pero la contundente lógica del dato vacila cuando, como amigos y colegas, la evocamos en su vida y en su recorrido final.

En realidad, empezamos a extrañarla en la institución y en la amistad ya unos años antes de su partida, cuando en rápida progresión fue dejando de ser la Luz rica, activa, empecinada a veces, pero siempre curiosa y creativa que conocíamos.

El asiento vacío en la reunión científica de los viernes, la memoria diezmándose y el silencio en zonas antes densamente pobladas de intereses eran muestras de un cambio que menoscababa las dotes y potenciales con los que había enriquecido su vida y la nuestra. Era muy doloroso verla avanzar en el repliegue a un modo de existir en un «refugio psíquico», la Colonia del Sacramento de su infancia. Allí, donde tuvo unos pocos años de existencia en familia; allí, donde la temprana muerte de su madre instaló soledades, pesares y grietas insalvables.

Desde esos comienzos, algo de lo trágico habitaba en ella y coloreaba desde la vida personal las afinidades teóricas, psicoanalíticas o literarias.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@vera.com.uy

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ameglio@adinet.com.uy

Desde esas mismas zonas y muy consustanciada con el trabajo en su análisis personal, pudo rescatarse para la vida para poblarla de vínculos de intereses y de logros.

Se formó en medicina, se especializó en ginecología y en psiquiatría para luego entrar a formarse en el Instituto de APU; entretanto, los «plantes» de la dictadura habían cerrado un capítulo maternal en sus inicios, una experiencia breve pero muy dura. Acompañada de Walter, su marido, recorrió sendas de recuperación física y emocional, y finalmente pudo instalarse a sembrar y producir en el campo de lo psíquico.

Esta es la Luz que conocimos en APU, la que daba siempre muestras de una curiosidad inagotable y del disfrute que le deparaban la indagatoria y sus pequeños-grandes hallazgos, todo lo cual vertía en una riquísima producción intelectual que avanzaba tejiendo ideas y estimulándolas en los otros. Evocamos así la conferencia sobre Champollion y su gesta de descifrar una lengua desconocida sobre una estela funeraria de miles de años, la piedra Rosetta: esta conferencia, una perla —al parecer, perdida—, un trabajo de investigación finísimo sobre otro investigador que rescata de un pasado muerto un bien cultural que entra en la inmortalidad.

Esta evocación, con mucho de nostalgia y añoranza, pensamos que tiene en nuestro duelo la función de ayudarnos a remontar ese penoso tramo final y rescatar aquella Luz de presencia singular, viva y productiva que a veces con sus aportes inéditos nos dejaba atónitos y complacidos como niños viendo salir conejos de su galera, una galera que se poblaba de referencias a lecturas insospechadas que anudaban la aguda mirada sobre el hecho clínico o literario con la perspectiva psicoanalítica, enriqueciendo con sus enfoques ambas áreas. En esta línea se sitúan sus infaltables aportes a las jornadas de literatura y psicoanálisis de las que fue desde el inicio incansable impulsora, así como su libro *Galerías*, un paseo complejo por las riquezas del arte la cultura y el psicoanálisis.

En 2005 y 2006 fue editora de la Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis (BUP). Ya en años anteriores, junto a D. Gil y Myrta Casas había dedicado importantes esfuerzos para sacar adelante la publicación de los libros de Koolhaas. Ahora, trabajando codo a codo con Marta Labraga de Mirza, compiló dos volúmenes: uno, *Literatura y psicoanálisis*; el otro, *Perspectivas psicoanalíticas; perfiles de la práctica*.

LUZ, UNA EVOCACIÓN

Estas referencias a las actividades institucionales en las que Luz se involucraba —casi diríamos, pasionalmente— la muestran en un compromiso consistente —más allá de la teoría y de la clínica, que tanto le concernían— con la institución psicoanalítica como tal.

Otra zona de la vida institucional que le interesó sobremanera fue la formación. El Instituto contó con ella en todas las áreas de actividad. Fue docente titular, coordinadora del Grupo de docentes, supervisora y analista de Formación, directora de Enseñanza (1992-1994) y activa impulsora del nuevo Plan de estudios.

Dentro de la zona del Instituto, volcó también los resultados de su reflexión sobre variados aspectos de la formación, a veces en forma individual, a veces en colaboración. Se destacan, así, aportes vinculados con la supervisión curricular, las teorías y nuestro vínculo con ellas, la transferencia en relación con las teorías y la evaluación y la autoevaluación (los tres últimos, con uno de nosotros).

Sus numerosos aportes a la vida institucional, como hemos visto, fueron amplios, variados y valiosos. En 2002, en coincidencia con la gran crisis económica a nivel nacional, Luz se hizo cargo de la presidencia de APU y debió enfrentar junto con sus compañeros de directiva las dificultades financieras de la institución en ese momento. En la interna hubo que tomar decisiones penosas vinculadas, por ejemplo, con la disminución de personal o con la gestión de acuerdos sobre atrasos de cuotas de los miembros. En relación con el exterior (es decir, con la IPA), se imponía solicitar, fundamentar y negociar disminuciones transitorias de las cuotas de los miembros. Luz tomó este cometido con mucha dedicación, y luego de algunas conversaciones con Laplanche, se logró que la IPA realizara una disminución importante del aporte, beneficio con el que hemos contado hasta hace muy poco tiempo.

Respetuosa de estatutos y reglamentos —sin concesiones, desde su convicción de que estos garantizaban y fortalecían la vida y la salud institucional—, estuvo también abierta a pensar y discutir las modificaciones que se visualizaban como necesarias. Así, promovió que los acuerdos útiles que surgían de los grupos pudieran, luego de ser debidamente discutidos, integrarse a los reglamentos, gracias a lo cual se aportaban novedades y dinamismo, pero sin omitir los pasos necesarios dentro de la legalidad

institucional. Su condición memoriosa era valiosa en estas instancias de trabajo colectivo: Luz recordaba no solo las decisiones tomadas, sino mucho de las dinámicas argumentales que las habían fundamentado.

Es mucho lo que queda sin ser dicho. Anidado en los afectos, su frase «uno nunca sabe quién se muere» evoca con su polisemia una construcción personal en cada uno, íntima, singular y siempre parcial, y el texto escrito funciona para cada quien que lo lee como una pequeña llave que abre a la singularidad del vínculo y del personaje construido en él: la buena docente, la autora sorprendente, la analista que no se olvida, la amiga entrañable. ♦

NORMAS DE PUBLICACIÓN REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: revistauruguayapsi@gmail.com

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la Ame-

rican Psychological Association (APA): <http://www.slideshare.net/bibliopsicouy/gua-apa-6a-ed-zavala>
Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su *publicación*. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la Revista será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE ACEPTARÁN LOS TRABAJOS
QUE NO REÚNAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información consultar
www.apuguay.org
o contactar a través de
revistauruguayapsi@gmail.com

TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL	9
THEMATIC	
Panel from 49 th IPA Congress, Boston, 22-25 July 2015	
On Psychoanalytic Technique in the Age of Bewilderment <i>Christopher Bollas</i>	15
Comment <i>Martin Teising</i>	24
Comment ¿Perplexity - bewilderment? <i>Silvia Flechner</i>	30
Response to comments <i>Christopher Bollas</i>	35
The craft of the analyst and his tool box: interpretation revisited <i>Virginia Ungar</i>	41
The third model of the contemporary psychoanalytic field theory <i>Stephanie Montana Katz</i>	64
The dialectics of transferential interpretation, analytic field and metaphor <i>Beatriz de León</i>	90
Doing, saying and countertransference: working with children <i>Laboratorio de Niños de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay</i>	104
When the rhythm proposed by the analytic setting becomes an excess and an obstacle for the work of symbolization or on how to strengthen the order of the absence <i>Ana María Chabalgoity</i>	116

Our technique in the face of new technological contexts <i>Nancy Delpréstitto</i>	138
The implication of the psychoanalyst in contemporary praxis <i>Damián Schroeder</i>	152
POLEMOS	
Body, sexuality and gender: interfases <i>Leticia Glocer Fiorini</i>	175
FROM ONE AND THE OTHER	
49 th IPA Congress in Boston. A training analyst's perspective <i>Gabriela Dartayete</i>	189
Review of the III Franco River Plate Colloquium: Adolescences: texts and contexts <i>Luisa Pérez Suquilvide</i>	192
BOOK REVIEWS	
Reality, the subject and the object (<i>La realidad, el sujeto y el objeto</i>) <i>Jorge Luis Santalla</i>	196
Parenthoods and family changes: theoretical and practical approaches (<i>Parentalidades y cambios familiares: Enfoques teóricos y practicos</i>) <i>Mario Deutsch & Pedro Moreno</i>	201
Infancy and its borders. A challenge for psychoanalysis (<i>La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis</i>) <i>Cristina López de Caiafa</i>	207
OBITUARY	
Luz, an evocation <i>Cristina López de Caiafa & Francisco Ameglio</i>	217

EDICIÓN DE 400 EJEMPLARES
NUMERADOS DEL 001 AL 400